

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

FELIX FRANCO OPPENHEIMER

**IMAGEN Y VISION
EDENICA DE PUERTO RICO
EN SU POESIA**

DESDE LOS COMIENZOS
HASTA NUESTROS DIAS

T E S I S

PARA OPTAR AL GRADO
DE DOCTOR EN LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA

MEXICO 1964



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A IRMA

mi esposa

INDICE

NOTA PRELIMINAR	11
INTRODUCCIÓN	15

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE PUERTO RICO

CAPÍTULO I	
Visión profética	23
CAPÍTULO II	
Visión de conquistadores, poetas y cronistas	39
CAPÍTULO III	
Visión histórica	55

SEGUNDA PARTE

LA POESIA Y SU SENTIDO

CAPÍTULO I	
Trasfondo de nuestra creación poética	75
CAPÍTULO II	
Alborear del Romanticismo	83
CAPÍTULO III	
Período de culminación Romántica	103
CAPÍTULO IV	
Reacción neoclásica dentro del Romanticismo	123
CAPÍTULO V	
Poetas de transición	135

CAPÍTULO VI	
El modernismo en Puerto Rico	151
CAPÍTULO VII	
Los movimientos literarios	175
CAPÍTULO VIII	
Poetas que no pertenecen a escuelas	191
CONCLUSIONES	203
APÉNDICE	207
BIBLIOGRAFÍA	231

NOTA PRELIMINAR

Esta obra obedece al propósito de ver cómo, a lo largo de la expresión poética —connatural a nuestra etnografía— se ha ido vislumbrando el alma de nuestro pueblo, desde la común visión física sensorial, de su naturaleza —luz y color— hasta las esencias más características, determinantes de una personalidad nacional, sin duda, dentro de la prística levadura hispánica.

Cómo en ese ver encontramos una a manera de identidad emotiva con la geografía y la geología, que como consecuencia conduce a una actitud ardorosa y apasionada, la que asimismo va a ser clave de la poesía propiamente puertorriqueña, y sigue hoy latiendo vitalmente, con igual ímpetu y entusiasmo.

Para dar a conocer ese oculto y persistente existir nacional, hemos rastreado la producción poética de los líricos más representativos, desde el momento inicial de nuestra literatura, hasta nuestros días, para así hacer constar, con relativa perspectiva, la maduración de una conciencia autóctona.

Al principio de este trabajo hemos incluido un capítulo relativo a los antecedentes, un tanto míticos y proféticos de nuestra Isla, ya que la recurrencia del tema edénico en nuestro parnaso —desde Santiago Vidarte y José Gautier Benítez, a Virgilio Dávila y Luis Lloréns Torres—, lo hace justificable. Hemos incluido, además, un capítulo relacionado con la visión que tienen los primeros cronistas, porque —rara coincidencia— con ellos habían de coincidir en la estimación exaltada, los líricos nuestros que luego cantarán a Puerto Rico, así como los poetas españoles de nuestros días.

A nuestro entender, la poesía puertorriqueña tiene una originalidad de intención nacional: no le cantamos a Puerto Rico por vacuo narcisismo hedonista, sino porque sentimos hacia nuestra

Isla un amor desgarrado, agónico, entrañable; por lo cual creemos que para conocer y comprender mejor a nuestro pueblo es imprescindible remitirnos a su poesía, expresadora ella de nuestras angustias, nuestros amores y nuestras rebeldías, ella es desembarazo, y expresión, martirio y gloria.

Este trabajo se inició en la Universidad de Puerto Rico, bajo la dirección de los profesores, doctores, Margot Arce de Vázquez, Federico de Onis y Rubén del Rosario, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico y fue continuado y concluido en la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la dirección del profesor, Dr. Francisco Monterde, asesor técnico, cuyas advertencias hemos apreciado en lo que valen. Debemos también hacer constar, aquí, igual gratitud al Dr. Cesáreo Rosa-Nieves, profesor de literatura puertorriqueña en la Universidad de Puerto Rico, quien originalmente nos orientó sobre el tratamiento de este estudio. A todas, nuestro agradecimiento perdurable.

FÉLIX FRANCO OPPENHEIMER.

I N T R O D U C C I O N

1. La poesía ha sido siempre la expresión primera, acaso primordial y culminante de los pueblos; en ella se manifiesta la conciencia, los sentimientos y las aspiraciones más nobles así como el propio ser nacional. En ella, en la poesía, es donde hemos de advertir lo cabal y puro de un pueblo.

Nuestra isla, de verdor deslumbrante, de clima siempre delicioso, de cielo claro y mar de azul inocente, está en constante rejuvenecimiento, en sus playas graciosas. De lomas femeninas y risueñas, ríos como sonrisas liecuadas de Dios, todo en Puerto Rico parece ponerse de acuerdo para crear un conjunto de circunstancias únicas que sin notarlo apenas hace despertar en todos sus habitantes, así como en el viajero que toca su suelo, un gustoso sentimiento de belleza. Ser poeta en Puerto Rico es algo propio de la naturaleza de cada isleño. Si en Puerto Rico no tenemos un número más crecido de poetas mayores, en parte se debe a que muchos líricos genuinos, en vez de cantar sus experiencias estéticas, optan por vivirlas, que tal vez, con ello, perciben más a plenitud la poesía ambiente. Sabemos que el sentimiento más tierno y profundo no lo podemos expresar en justa medida. Esa belleza transparente que hemos percibido y vivido, se nos queda ahí, en el hondón misterioso de nuestro espíritu.

De esa naturaleza admirable de nuestra isla, donde moran la paz y la inocencia, según decir hermoso de un poeta nuestro, María Bibiana Benítez; de esa naturaleza, repetimos, recatada en su intimidad tropical, le viene al puertorriqueño esa actitud

Isla un amor desgarrado, agónico, entrañable; por lo cual creemos que para conocer y comprender mejor a nuestro pueblo es imprescindible remitirnos a su poesía, expresadora ella de nuestras angustias, nuestros amores y nuestras rebeldías, ella es desembarazo, y expresión, martirio y gloria.

Este trabajo se inició en la Universidad de Puerto Rico, bajo la dirección de los profesores, doctores, Murgot Arce de Vázquez, Federico de Onís y Rubén del Rosario, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico y fue continuado y concluído en la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la dirección del profesor, Dr. Francisco Monterde, asesor técnico, cuyas advertencias hemos apreciado en lo que valen. Debemos también hacer constar, aquí, igual gratitud al Dr. Cesáreo Rosa-Nievas, profesor de literatura puertorriqueña en la Universidad de Puerto Rico, quien originalmente nos orientó sobre el tratamiento de este estudio. A todos, nuestro agradecimiento perdurable.

FÉLIX FRANCO OPPENHEIMER.

INTRODUCCION

1. La poesía ha sido siempre la expresión primera, acaso primordial y culminante de los pueblos; en ella se manifiesta la conciencia, los sentimientos y las aspiraciones más nobles así como el propio ser nacional. En ella, en la poesía, es donde hemos de advertir lo cabal y puro de un pueblo.

Nuestra isla, de verdor deslumbrante, de clima siempre delicioso, de cielo claro y mar de azul inocente, está en constante rejuvenecimiento, en sus playas graciosas. De lomas femeninas y risueñas, ríos como sonrisas licuadas de Dios, todo en Puerto Rico parece ponerse de acuerdo para crear un conjunto de circunstancias únicas que sin notarlo apenas hace despertar en todos sus habitantes, así como en el viajero que toca su suelo, un gustoso sentimiento de belleza. Ser poeta en Puerto Rico es algo propio de la naturaleza de cada isleño. Si en Puerto Rico no tenemos un número más crecido de poetas mayores, en parte se debe a que muchos líricos genuinos, en vez de cantar sus experiencias estéticas, optan por vivirlas, que tal vez, con ello, perciben más a plenitud la poesía ambiente. Sabemos que el sentimiento más tierno y profundo no lo podemos expresar en justa medida. Esa belleza transparente que hemos percibido y vivido, se nos queda ahí, en el hondón misterioso de nuestro espíritu.

De esa naturaleza admirable de nuestra isla, donde moran la paz y la inocencia, según decir hermoso de un poeta nuestro, María Bibiana Benítez; de esa naturaleza, repetimos, recatada en su intimidad tropical, le viene al puertorriqueño esa actitud

apasionada de sentir, más que de mirar el mundo, de soñarlo, más que de analizarlo. Razón esta que nos ofrece la clave de por qué, es la poesía nuestra expresión natural. La vida la miramos como algo para ser exaltado al tono mayor de lo admirable y dionisiaco. Y en medula de vida sentimos la belleza de nuestra isla y soñamos en ella el sosiego de ánimo que quisiéramos para los demás, y que la codicia, en parte, ha ensombrecido, para convertirnos en un pueblo de carácter melancólico. Somos un país que nació para cantar y solazarse en su edén maravilloso. Y siendo la poesía esa forma peculiar de cebar a la rosa de los vientos, el espíritu, los puertorriqueños nos hemos dado en ofrecer al mundo nuestro canto de fe, de amor y de esperanza.

2. Según el Dr. Cesáreo Rosa-Nieves, en su obra, *La poesía en Puerto Rico, Historia de los temas poéticos en la literatura puertorriqueña*, los principales han sido, la religión, la patria y el amor. Nosotros creemos que los tres temas se conjugan en un único sentimiento de ternura lírica, ya que cuando el poeta trata el tema religioso, intuitivamente, percibe una realidad emotiva, viviente, en nuestro paraje natural, y cuando el poeta le canta a la patria, la convierte en mujer para amarla. Sobre este concepto de lo femenino del paisaje boricua nos dirá el escritor español Samuel Gili Gaya:

La lujosa vegetación del trópico tiene aquí toda su excelencia pero dista mucho de ser imponente. Todo adopta un aire suave, halagador, amable y profundamente femenino.

y efectivamente, es como mujer para amarla apasionadamente que ven a su patria nuestros poetas.

El amor, no es más que un maridaje esencial entre sentimiento religioso y pasión al terruño. Es decir, que casi podríamos afirmar que el tema único de la poesía puertorriqueña, es el del amor, en sus diversas vertientes. Acaso sea el romántico José Gautier Benítez el poeta nuestro que mejor nos pueda ilustrar este aserto. En una conocida redondilla, de su poema, "A Puerto Rico", (Ausencia), nos dice:

*Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí
a ella la quiero por ti,
y a ti te quiero por ella,*

En donde vemos al poeta expresar su amor a la patria y a la amada, en un sentir religioso henchido de pasión. La mujer es idealizada en la patria y mujer y patria se fusionan, para ser un mismo tema en el canto. Ese mismo poema, que en su versión original, fue publicado en el *Nuevo cancionero de Borinquen*, según la escritora e investigadora, Socorro Girón de Segura, tenía esta estrofa:

*Ella es el ángel que adoro,
la que en mis sueños contemplo,
y tú, patria, eres el templo
que me guarda mi tesoro.*

Donde advertimos que se confirma, de manera clara, la tríplice aserción de nuestra lírica: religión, patria, mujer, se aúnan en el amor. El amor es la vibración más honda y constante en nuestra lírica. Es como suma y síntesis de lo que alienta el estro del poeta. Y es el propio Gautier Benítez, quien nos lo afirma, en una hermosa quintilla de su poema, "A Puerto Rico", (Regreso):

*Perdonádle al desterrado
este dulce frenesí;
vuelvo a mi mundo adorado
y yo estoy enamorado
de la tierra en que nací.*

La tradición de nuestra lírica podemos evidenciarla en otro poeta de nuestros días, Luis Lloréns Torres, nuestro poeta nacional, que, al igual que Gautier Benítez, manifiesta un sentimiento de ímpetu y eficacia, frente a la patria. En su magnífico poema "Rapsodia Criolla" Llorens Torres nos dice que "Borinquen es virgen novia", prometida que tiene fragancia y perfume de miel; es hermana que "vuela del arca" y trae, "cual la paloma del diluvio, el verde olivo de la paz"; además, es amiga, fiel esposa, tierna madre y tierra fértil; pues según nos dice el poeta,

*En tí la aurora es un ensueño, una esperanza, una sonrisa,
la tarde, un cuadro de la misa;
el mediodía, una apoteosis; la medianoche, una oración.*

Para terminar el poeta, diciendo, en un intenso sentimiento amoroso-religioso, que,

*tú eres la patria: novia, hermana
amiga, esposa, madre, tierra.*

3. Otros temas de nuestra poesía, según el profesor Rosa-Nieves, son, el jibarismo poético, el progreso, la gloria, lo sepulcral, el *carpe diem*, el *beatus ille*, lo oriental, el humor, la sátira, el sentimiento de la naturaleza, y el negro, de los cuales, sólo trataremos, en este estudio, sobre el sentimiento de la naturaleza, amén de los de la patria y la tristeza edénica.

El mar y el cielo cambia a cada instante sus tonalidades y la isla parece un jardín aromoso en su variadísima flora y sus frutas silvestres, y un aire puro y fresco, trasmina el espíritu, elevándolo a lo apenas soñado por el sueño. Veamos cómo siente y expresa esa natural orquestación de tonos y matices de nuestra isla, la notable ensayista Margot Arce de Vázquez:

También hay sonidos, el de la brisa ligera sobre las hojas, los susurros de millares de insectos, el grito variable y agudísimo del coquí, el rumor de las aguas, de la voz ronca del mar. Los pocos pájaros cantan dulcemente. Quien ha oído en el silencio de la noche del trópico el canto del ruiseñor no lo olvida nunca. Su hermosura recuerda las ardientes y purísimas liras del "Cántico espiritual".

Apacible es nuestro paisaje —lámina en constante recreación de maravilla— que según confesión regocijada del poeta español Pedro Salinas, en Puerto Rico,

*la hora no tiene minutos:
sesenta delicias.*

y bien pudiéramos sostener que aún, en Borinquen, se está creando el Paraíso. "La más preciosa Isla de América", la llamó el comisario regio, don Alejandro O'Reilly, en 1765. Acaso fue Puerto Rico, lugar de recreo y esparcimiento para los pobladores de la Antilia legendaria, y hoy, sigue siéndolo.

Tierra creada para el amor, como alguien ha dicho, todo en Borinquen es hermoso y sugerente y propios y extraños le han cantado en un tono predominantemente lírico. Su primavera es eterna, su verdor siempre lozano; jardín siempre florecido. Al ensayista Mariano Picón Salas, en un discurso de colación de grados, pronunciado en la Universidad de Puerto Rico, en 1946, le llevó a manifestar, que debería empezar por un acto de acción de gracias:

La plácida luz de Puerto Rico, que dando las más extrañas tonalidades al mar y jugando con las pequeñas colinas que ofrecen en flores, árboles y frutas al trabajo secular del hombre puertorriqueño, perfila este paisaje contenido y armonioso, donde el trópico, tan agresivo y desmesurado en otras tierras americanas parece humanizarse y limitarse frente al ojo que lo mira y a las manos que anhelan palparlo.

y con regusto emocional, más adelante nos dice:

donde el paisaje como un regazo, donde cada rincón, cada fuente habla al espíritu una lengua de reminiscencias, de generaciones que laboraron y pasaron. Ello me explica el ardiente patriotismo del puertorriqueño, la desazón que siente el hombre de aquí, cuando engranado a otros sitios en busca de mayor ganancia, no puede olvidar su casal lejano y está siempre en trance de retorno a la Isla.

Esas palabras penetrantes en el contorno paisajal y en la sicología puertorriqueña tienen mucho que ver con una actitud paradójica del hombre de Puerto Rico, que viviendo en una isla de tanta luz y gracia, de "bello cielo" y "atmósfera pura", de tanto follaje y primor de colores, albergue a un hombre triste.

4. Al puertorriqueño, la vida amarga le llegó por varios caminos, unos naturales, otros históricos. Al efecto, uno de nuestros más distinguidos ensayistas, Antonio S. Pedreira, buccador perspicaz de nuestra personalidad, explica acertadamente, esta característica depresión de ánimo del puertorriqueño:

Por una serie de condiciones en que intervienen la etnología, la geografía y la historia, somos un pueblo triste. Campeche, Oller, Gautier Benítez, Juan Morel Campos, para citar pintores, poetas y músicos de primer orden, fueron los productos más expresivos de la tristeza puertorriqueña. Cuando se atiende al volúmen de la tierra acosada de terremotos, de tempestades y de impuestos; cuando se cala la impotencia del hombre para luchar desventajosamente con su composición biológica y su tragedia política; cuando se contempla el paisaje o se escuchan los apenados tonos de una danza; cuando en fin, se mira en el fondo de nuestra afirmación, tan picada de inconvenientes, se puede descubrir los viejos surtidosres de nuestra melancolía.

Pueblo que ha sido vejado desde los tiempos mismos de la conquista, ha tenido que ser rebelde y triste. En los primeros cincuenta años de la colonización fue exterminada, casi en su totalidad la población aborigen de la isla. Y fue en Yagüeca donde quedó sojuzgado definitivamente nuestro indio hospitalario, para convertirse en paria en las encomiendas de los conquistadores. Luego, la intervención absentista, despobladora, creó una angustiante barrera a esa naciente conciencia boricua que tal parecía tomar pulso cierto en el año de 1897, con la autonomía, que en viril lucha cívica, habíamos conquistado desde la tribuna, el periódico y el libro. Mas todo ello fue castillo de naipes que se vino a tierra cuando otra intervención, la militarista norteamericana, desdibujó y dispersó nuestra naciente responsabilidad nacional: desde entonces, nos convertimos en huraños y tristes. Son estos hechos los creadores de esa actitud especialísima, de perplejidad, un tanto insularista, de nuestro pueblo. Y ante esta Encrucijada dolorosa, sólo hemos tenido los puertorriqueños, la sangrante disyuntiva de la palabra poética para dar al mundo nuestra realidad histórico. Y hemos volcado en la poesía el peso de nuestra angustia colectiva, y así hemos cantado la belleza de nuestro paisaje, la música de nuestros ríos, mansos y graciosos, la luz incomparable de nuestro cielo: pero también hemos sabido, aunque esporádicamente, afinar las cuerdas rebeldes de nuestro triple criollo, para así salvaguardar ese patrimonio de belleza creado por Dios para solaz del hombre de Borinquen.

5. Puerto Rico ha tenido, por circunstancias geográficas e históricas, que cantar y crear una poesía de tono romántico, que en ocasiones parece lamento, más propensa a las experiencias tiernas que a la fuerza descriptiva, más sentimental que desapasionada y realista. En ella ha privado más la palabra añorante, reveladora de un alma recatada, en ciertos momentos blanda y con visos derrotistas, no obstante, en nuestra poesía ha habido siempre un trasfondo de esperanza.

6. En este estudio hemos de ver, a través de las imágenes —la histórico-política, la del sentimiento del paisaje y la de la tristeza edénica— cómo se ha ido evidenciando lo propiamente autóctono de esta isla de la simpatía, según el poeta Juan Ramón Jiménez. Este pueblo de tierra exigua que férreamente se obstina en conservar sus esencias nacionales y que aspira a vivir dignamente, forjador y dueño de su destino.

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES HISTORICOS DE PUERTO RICO

CAPÍTULO I

VISION PROFETICA

I. Tomás Carrión Maduro,¹ escritor de recio estilo y honda visión en cierto momento memorable preconizó, que Puerto Rico había tenido un poeta, Juan Morel Campos, y un profeta José Gautier Benítez. Juan Morel Campos, en su música, interpretó el alma de Borinquen, su tristeza ga'ante, su ensoñación, así como la especial condición anímica de todo un pueblo, mientras que José Gautier Benítez, el poeta romántico por antonomasia de Puerto Rico, le ofrece la proyección profética de la Isla.

Y ciertamente, antes de que la imagen natural de Puerto Rico fuera mostrada al mundo moderno por Cristóbal Colón, el 19 de noviembre de 1493, era ya visionada por profetas, poetas, filósofos, geómetras y aventureros, para ser tema de leyendas fascinantes en la Edad Media.

Acaso desde los tiempos remotos se miraron estas islas —las del Caribe— como tierras de promisión, donde habría de hallar el hombre, la nueva Arcadia.

Nuestro poeta profeta, Gautier Benítez, llamó a nuestra Isla, bello jardín encantado:

*Tu ser fue una bellissima quimera
a los que vian el confín del mundo
de Thule en la fantástica ribera.²*

Luego la considera "vergel de lirios y de rosas", "garza dormida entre la espuma blanca", que ofrece a la brisa del mar, "la garzota gentil, de sus palmares", para contemplarla absorto, como

*una ciudad fantástica de espumas
que formaron jugando las ondinias.*

.....
*un búcaro de flores columpiado
entre espuma y coral, perlas y aromas.*³

Porque es "la perla de Occidente".

En esta forma de ensueño fervoroso verá a Puerto Rico su poeta profeta, Gautier Benítez, mientras que otro poeta nuestro, de profundas raíces telúricas y nacionales, ya de nuestros días, Luis Lloréns Torres, tratará de encontrar en los viejos pergaminos nuestro abolengo ilustre, al entroncar nuestro origen con la leyenda para hermosarla aún más: veamos algunos fragmentos de su musical poema, "Canción de las Antillas":

*¡Somos viejas! O fragmentos de la Atlante
de Platón,
o las crestas de madrepora gigante,
o tal vez las hijas somos de un ciclón.*

.....
*¡Somos nobles! La nobleza de los viejos pergaminos señoriales:
que venimos resonando por las curvas de los siglos ancestrales,
en las clásicas leyendas orientales
y en los libros de los muertos idiomas inmortales.
Nuestro escudo engasta perlas del dolor de Jeremías
y esmeraldas de las hondas profecías
de Isaías.*

*He aquí el címbalo de alas,
más acá de las etiópicas bahías,
que enviara en vaso de árboles al mar
su legado.*

*Aquí el mundo en otros tiempos humillado,
cuyas cúspides homéricas
fueron nidos de las águilas ibéricas
en sus sueños y en sus ansias de volar.*

*Nobles por lo clásicos profetizadas de Isaías,
de Jeremías,*

*de David, de Salomón,
de Aristóteles, de Séneca y Platón.*

*Nobles por lo legendarias: góticas, cartaginesas y fenicias,
por las naves que vinieron
de Fenicia y de Cartago y las que huyeron
en España de la Islámica invasión.*

.....
*Las Hespérides amadas por los dioses.
Las Hespérides soñadas por los héroes,
Las Hespérides cantadas por los bardos.⁴*

2. El problema de la existencia de la Atlántida —la isla de los dioses— ha preocupado, durante más de dos mil años a científicos e investigadores, pensadores y poetas. La noticia de esta isla de dorados palacios y misteriosa cultura, que fue la Atlántida, se sabe a través del diálogo *Critias* de Platón, quien relata lo que de joven oyó de labios de Solón, el legislador ateniense, de quien se dice hizo algunos apuntes para escribir un poema de ancho aliento lírico, sobre este continente perdido. Se cree que estos apuntes los dejó a un amigo suyo de nombre Drópides, uno de los antepasados de Critias. Solón había oído el relato sobre la Atlántida a un anciano sacerdote "de la diosa Saita Neith quien lo había leído en las inscripciones inmemorablemente antiguas del tiempo de Neith —no era una fábula inventada sino la pura verdad como decía Sócrates— acerca de la Atlántida, de la primera y perdida humanidad y de la Atenas de aquella época, o de una desconocida ciudad prehistórica llamada, *Atenas*, en el oculto lenguaje pitagórico-platónico del mito-misterio-historia".⁵ Y Platón alude, sin titubear, a lugares geográficamente determinados. Columnas de Hércules, (Gibraltar), la región de Gades (Cádiz), lo cual hace comentar al científico investigador Ricardo Hennig, según nos lo refiere Mereshkovsky, que detrás del mito de la Atlántida se esconde una verdad indubitablemente histórica. Veamos lo que nos dice Otto H. Muck:

Novecientos años después de Solón, el célebre filósofo Pro-
dos que vivió entre los años 412 y 485 después de Jesu-
cristo, escribió un extenso comentario sobre el Diálogo Ti-
mayo de Platón. Y en su escrito decía que 300 años después
del viaje de Solón a Egipto, es decir, hacia el año 260, an-
tes de J. C., un heleno llamado Crantor, fue a Sais y allí
vio la columna recubierta de jeroglíficos en la cual estaba

escrita la historia de la Atlántida; unos escritores se la habían traducido. Y según afirmó, lo que había oído estaba perfectamente de acuerdo con el contenido, por él bien conocido del relato de la Atlántida de Platón.⁶

Sobre este mismo aspecto nos dice el escritor Demetrio Mereshkovsky, en su libro *La Atlántida*, que un historiador griego del siglo IV antes de Cristo, Teopompo de Chíos, relataba una fábula cuchicheaba por el sabio Sileno, al Rey Midas de Frigia; que más allá del mundo conocido, Europa, Asia, Africa, había otra tierra de prados y pastizales muy florecientes que da alimentos a los animales de variada clase y cuyos hombres sobrepasan dos veces en estatura y longevidad a los de las tierras conocidas y que esos pastizales siempre verdes, recuerdan las praderas americanas y esos rebaños de poderosos animales, los búfalos, asegurando que ese Sileno bien podía ser, "tal vez un salvaje piel roja que llegó al Asia en las naves tirasidianas o en las de Tarteso, algo sabía de América".⁷ También aduce Mereshkovsky que el mar de hierbas de Sargazo, encontrado por Colón, durante su primer viaje era ya conocido por los fenicios y los cartagineses.

Sobre este mismo asunto nos afirma el erudito investigador Otto H. Muck, que Francisco López de Gómara, quien fue el primer español en escribir una historia sobre las nuevas tierras descubiertas, aludió, en 1553, a "la extraordinaria confirmación de lo que Platón había relatado sobre la topografía de la parte occidental del Atlántico".⁸

3. Los cronistas del siglo XVI desde Gonzalo Fernández de Oviedo tratan el tema de la Atlántida. El mismo Fernández de Oviedo "identifica las islas Hespérides de la antigüedad con las Antillas, afirmando que éstas eran posesiones de España durante el reinado del mitológico Hesperius". A este respecto, Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de Nueva España*, luego de decir que los santos profetas profetizaron el descubrimiento de América, así como también sibilas, y los poetas Virgilio y Ovidio, afirma que:

También es casi demostración, para creer lo que desta ysla, saber que todos los historiadores y los cosmographos antiguos y modernos llaman al mar que anegó esta ysla, Atlántico, reteniendo el nombre de cuando era tierra. Pues supuesto ser esta historia verdadera: qu'en podrá negar qu'esta Atlántica comencava desde el estrecho de Gibraltar (sic) o poco después de pasado Cádiz y llegara y se tendía por

este gran golfo, donde de así norte sur como leste hueste, tiene espacio para poder ser mayor que Asia y Aphrica. Las yslas que dize el testo se contrauan desde allí, parece claro sería: la Spañola, Cuba y San Juan y Jamaica y las demás qu'están en aquella comarca.

Fray Bartolomé de las Casas cree ciertos los relatos que hace Platón en *Critias* y *Timoteo*, así como Francisco López de Gómara, que aunque no reconoce genio a Cristóbal Colón, afirma que el descubrimiento de América aclara lo que escribió Platón; mientras que Agustín de Azcárate, sostiene que es bajo la autoridad de Platón que Colón emprende la empresa y la identifica con "la Española, Cuba, San Juan y Jamaica y las demás que están en aquella comarca".¹⁰

Ida Rodríguez Prampolini, en el Apéndice de su tesis de licenciatura, *La Atlántida de Platón*, nos dice referente a este mismo asunto:

Entre los varios textos de fecha anterior al descubrimiento de América, que los escritores contemporáneos del suceso y los inmediatamente posteriores interpretaron como alusivo al Nuevo Mundo, se encuentran además, los versículos, 9, 26, 10, 11 del libro primero de los Reyes que dieron lugar a una identificación de América con Ofir. Unos versos del Acto II de la tragedia *Medea* de Lucius Séneca, (Purgatorio), conocidos como versos proféticos por la alusión que en ellos parece hacerse al Nuevo Mundo.¹¹

Y Juan de Solórzano y Pereyra, en su *Política indiana*, nos hace referencia a esos asertos proféticos de Séneca al decirnos:

"Y especialmente los vulgares versos de Séneca en su *Medea*, en que si no vio parece la pintó, cuando dixe, siguiendo la traducción del Padre Joseph de Acosta:

*Tras luengos años verá
un siglo nuevo, y dichoso
que el Oceano anchuroso
sus límites pasará.*

*Descubrirán grandes tierras
verán otro nuevo Mundo
navegando al gran profundo
que agora el paso nos cierra.*

*La Thule tan ajamada,
como del mundo postrera
que dará en esta carrera
por muy cercana cantada.*¹²

Más adelante nos dice Solórzano que Lucio Marineo Sécuro relata haberse hallado, "en tierra firme, cateando una venas o minas de oro, cierta medalla antigua con el nombre y rostro de Augusto César, lo cual hizo evidente que ya los romanos, habían penetrado hasta aquella provincia".¹³

Podríamos decir que más que la comprobación real y científica, los hombres eminentes suponían la existencia de esas tierras en los Antípodas, —Sécuro, Séneca, Cicerón, Lipsio, los estoicos, etc., lo creyeron— mas fue la iglesia, rígida siempre en sus interpretaciones de las Escrituras y del dogma, y en buena parte, desde luego, la ignorancia y la superstición, lo que hizo que se retrasara el descubrimiento de América.

Más adelante, Solórzano, para rebatir lo que de cierto pudiera haber en lo que en la antigüedad se decía referente al Nuevo Mundo nos dice:

Pues hay muchos que no sólo la tuvieron, (la noticia), sino que Salomón enviaba a él, (Ofir), todos los años las poderosas armadas que despachaban de Ascongabes con las naves, y siervos del Rey Hiran y que allí volvían cargadas de oro, plata, piedras preciosas, pavos y ximias y otras cosas de estima de que hace mención la Sagrada Escritura.¹⁴

Pero a su vez, Solórzano menciona la creencia que tenían muchos de que Colón se inspiró en los libros de Platón para descubrir la Isla Atlántida, y que las islas que señala Platón, "pasada la Atlántida, son las de Cuba, la Española, la Borinquen, Xamaica y otras que llaman de Barlovento".¹⁵ Y finalmente dice Solórzano que América tiene forma de corazón que toca la Antártica y que aquí, en América, debió estar el paraíso.

4. Según Demetrio Mereshkovsky, "lo que nosotros llamamos *instinto*, el profético *conocimiento-resonancia*, la *anannesis* de Platón, es más fuerte en los animales que en los hombres",¹⁶ pues parvadas de aves migratorias vuelan cada año allá donde estuvo la Atlántida, como si fuera ayer. Y bien podríamos afirmar, que, lo que aún los 25,000 libros escritos sobre el debatido problema,

nada habían podido aclarar, el instinto de las aves ha guiado a la ciencia a comprobar la verdad sobre la existencia de la Atlántida.

En la prueba zoológica se menciona el caso de la anguila europea que cruza dos veces al año la cuenca atlántica; cuando es diminuta, y cuando ya tiene forma de pez crecido; costumbre de la cual no ha podido prescindir, pues la vida de la anguila empieza en los bosques de algas del mar de Sargazos, o algas, "ya que las anguilas obran cual si la Atlántida aún existiera".

Asimismo se refiere el escritor Demetrio Mereshkovsky, en su libro sobre la Atlántida que, entre los moluscos actuales de estas islas, existen supervivencias de especies fósiles de la época glacial, y que

La distribución geográfica de los moluscos *Oleacinidas* que sólo viven en el Africa central, en las Antillas, las Azores, la isla de Madera y en la cuenca del Mediterráneo, presupone la existencia al principio del Mioceno de un continente que comprendía todas estas comarcas. ¹⁷

7. Las exploraciones científicas submarinas a base de sondas han llegado a la conclusión de que efectivamente existió, en lo que es hoy la cuenca norteamericana, una inmensa isla que pudo haberse hundido en un cataclismo telúrico, hacia el año 9.500, antes de Cristo, "por medio de las sondas en operaciones de investigación realizada con toda exactitud", se ha "revelado el sitio donde se hundió la Atlántida, hasta 3,000 metros bajo el nivel del mar, al cual dio su nombre la corriente del Golfo que ahora pasa rozando aquellas pequeñas islas, cubre el secreto de la Atlántida. Oculta a los ojos humanos lo que esconde sus azules aguas". ¹⁸

Y se supone que al este de la costa sudoriental norteamericana, donde estaba localizado el centro de las fuerzas de los deslizamientos postglaciales ahí estuvo situado el foco de la catástrofe de la Atlántida, ya que

El mapa de profundidades atlánticas nos proporciona otro documento de inestimable valor. Pues precisamente allí, donde hemos encontrado el foco, el relieve del suelo es completamente anormal. Se halla situado sobre dos inmensos agujeros de más de 7,000 metros de profundidad, no lejos del picacho que relacionados con dichos agujeros constituye la fragmentada plataforma de Puerto Rico, que es el residuo que ha quedado en medio de la rotura practicada en la línea de la costa y no lejos del Sur del gran

macizo submarino que antes de hundirse constituía la isla valladar X que durante el cuaternario bloqueaba la corriente del Golfo y fue identificada como la Atlántida por Platón". . . "El espacio correspondiente al foso se prolonga hacia el sur hasta terminar en la profunda fosa de Puerto Rico, de 9,000 metros de profundidad.¹⁹

8. Pero hay también la tendencia a confundir la Atlántida con América, que según se sabe, Platón distinguía, a lo que el penetrante escritor Demetrio Mereshkovsky afirma, que el lazo existente entre la Atlántida y América en la ciencia, la geología, la geografía, la biología, la etnografía e historia, es tal que no se lograría explicar este fenómeno, si no se "admite que entre las tierras emergentes de los dos hemisferios entre Europa, Asia y Africa, a un lado, y América, por el otro, existió una vez un anillo de conjunción, la gran isla-continente, una serie de islas, como un puente tendido a través del Atlántico".²⁰

El autor se pregunta si la ciencia puede reconstruir este anillo perdido y responde afirmativamente, ya que en la persona de sabios como Lapparent, Haug, Scherff, Edward Hull, Pierre Termier, la geología lo comprueba: la medición de las profundidades oceánicas efectuadas a fines del siglo pasado, la primera deducción demuestra que:

A través de toda esta parte del océano de las riberas de Irlanda a las Azores y a las Islas de Tristán de Cunha, se extiende una gigantesca montuosidad subácea, y la llamada Cordillera del Delfín, —Delfín Ringe— del nombre de la nave americana Delphin, que determinó los principales relieves. Se levanta a pico, en la inmediata cercanía de la mayor profundidad, a 9.000 pies de altura media está formada de tres, penínsulas salientes, una de las cuales se acerca a Europa, la otra a Africa, y la tercera a América. A juzgar por la estructura geológica, esta montuosidad no es otra cosa que una isla sumergida poco a poco o de improviso, tal vez precisamente a fines de la época glacial. Sus últimos restos, —las Antillas occidentales, y las Azores, las Canarias y la isla de Cabo Verde al Oriente, cimas de montañas sumergidas—, "se yerguen sobre la superficie del agua como Columnas de un edificio derrumbado."²¹

Mientras que la segunda deducción hecha de tales relieves cartográficos dice, que:

A juzgar por los fenómenos sísmicos en esas islas, por la cantidad de volcanes aún activos o apenas apagados, por la

erupción de lava y por los terremotos, así como también por el imprevisto levantamiento del suelo en el fondo del océano, toda la parte central y oriental pertenecía a la zona volcánica. En toda su gigantesca extensión de 3,000 kilómetros de ancho el fondo del Atlántico se mueve y a cada momento pueden producirse los más terribles cataclismos. A la luz de la geología asaz recientemente, —se puede decir ayer— se produjo uno: el fin de la Atlántida.²²

Luego nos re'ata Mereshkovsky que el verano de 1898, a unos 900 kilómetros de las Azores, mientras se levantaba el cable transatlántico, que se había roto, sumergido, entre Brest y el Cabo Codd, "se pescó una lava vítrica, taquilita que no se forma en el agua sino al aire libre", lo cual indicó que las erupciones volcánicas se produjeron antes de hundirse la Isla. Pero aún hay más, para comprobar la antigüedad de la taquilita pescada en las Azores, se sometió a exámenes microscópicos las lavas de los volcanes de la Martinica, lo cual demostró, "una diferencia esencial entre la estructura cristalina de la lava que se enfriaba lentamente en el agua". Se supone que "los cristales lávidos sujetos a la acción del agua marina, se disgrega", después de pasado 15,000 años, pero la taquilita no se disgregó, lo cual comprueba la teoría cronológica de la Atlántida según Platón.

Luego asegura Mereshkovsky que la flora y la fauna de los dos hemisferios confirman la hipótesis de los geólogos y de la existencia de los grandes puentes continentales y que en cierto modo justifican históricamente la existencia de relaciones comerciales entre la famosa Tartesio y el Occidente.

9. Todo lo cual comprueba lo que profetizaban Esdras, Isaías, Jeremías, David, Salomón. Y que según Fray Luis de León, en el libro de Job, se profetizó, no "obscuramente el descubrimiento de América y otras islas ignoradas de los antiguos", e interpretando el versículo 12 del capítulo 38, de este libro como que:

un mundo nuevo, apartado de nuestro comercio por medio de mares inmensos no sabido ni aún de las aves y escondido del todo e nosotros, hallará la diligencia y osadía del hombre, y hallado, trastornará los montes del, y barrenará las peñas y calará los ríos, y sacará de sus entrañas no creible riquezas. Todo pues lo puede alcanzar mas la sabiduría no, si no le viene del cielo.²³

10. Bien es sabido que un sabio alejandrino llamado Ptolomeo, desde el siglo II de nuestra era, sostenía la teoría de que la tierra

era esférica, así como también sostenía la hipótesis de la existencia de tierras al sur del mundo conocido. Los primeros en aceptar estas ideas fueron los árabes, quienes al aceptarlas mejoraron la ciencia de la navegación, con la ayuda, indudablemente, del uso del astrolabio, con el que podían conocer la longitud y latitud de un astro, así como el uso de la brújula, que podía indicar el rumbo de las aves por los mares tenebrosos.

También se sabe que en el siglo VI, un abad irlandés de nombre Brandanus, obsesionado por hallar la tierra prometida, había llegado navegando hacia el occidente a unas islas a las que dio el nombre de Brandans. También se habla de las islas fabulosas —acaso como consecuencia de la lectura del *Timeo* y de *Critias*—, pues, precisamente, es para el siglo VII y tal vez por iniciativa de los árabes, cuando se traducen y conocen las obras de Platón. Entre esas islas fabulosas se mencionaban la Antilla, en la que se suponía había desembarcado, en el año 714, un arzobispo de Oporto, con seis obispos, que huyeron de los moros luego de la célebre batalla de Jerez de la Frontera.

Igualmente se menciona, hacia el siglo IX a Islandia, que fue originalmente madriguera de piratas normandos y donde fue desterrado el noble inglés Eric el Rojo, quien navegando hacia el occidente, llegó a lo que es hoy Groenlandia, que luego en el siglo XIII, quedó totalmente poblada.

También las narraciones de Marco Polo sobre la China y la India, luego de viajar por estas tierras durante veinte años, dieron noticias magníficas de tierras más allá del Atlántico que venía a ser como el extremo oriental del mundo conocido para aquel entonces.

La penetración turca que ponía en peligro el comercio entre Europa y Asia Central y los puertos del Mar Negro, hacia el siglo XIV, penetración como bien sabemos no pudo ser contenida por las poderosas ciudades estados italianas, hizo que la prosperidad del sur europeo decayera. Es en este momento, de cerco total turco cuando hubo la urgentísima necesidad de encontrar una nueva vía más asequible y libre hacia las Indias Occidentales.

Ya para mediados del siglo XV, se conocían las cartografías antiguas y un tal Martín Behaim construye la primera esfera terrestre. Pomponio Mella hizo un mapa en el cual mostraba la creencia de que en aguas del Atlántico existieran grandes islas, todo lo cual va a dar base para los descubrimientos futuros.

Fue durante el siglo XV, lo precario de las relaciones comerciales de los pueblos europeos, importadores de ricos tapices, piedras preciosas, sedas, perfumes, de Oriente, de Persia, de Ceilán, de la India, lo que va a obligar a los grandes argonautas como Enrique el Navegante, de Portugal —que en parte, apartándose de la navegación costera y del mar Mediterráneo— a bajar al mar de las Tinieblas; Vasco de Gama, que costeó el Africa por primera vez llegar hasta Calicut, en la India; Bartolomé Díaz, descubrió el extremo austral de Africa, el cual llamó Cabo de las Tormentas. Todo lo cual ha de culminar con la intrépida hazaña de Cristóbal Colón, el nauta que comprobaría la redondez de la tierra, para dar un Nuevo Mundo a la Humanidad.

II. Esta aparente digresión nos lleva al tópico inicial del tema, en que hacíamos mención al origen legendario de nuestra isla, confirmando con ello la nobleza de las Antillas, que fue el propósito del poeta Luis Lloréns Torres al escribir su "Canción" y que ya antes había enunciado el poeta profeta, José Gautier Benítez, en su "Canto a Puerto Rico".

NOTAS

(1) Varios autores, *Corona literaria a Juan Morel Campos*, p. 122.

(2) S. Girón de Segura, *José Gautier Benítez, Obra completa, Recopilación y notas de*: p. 219.

(3) *Ibid.*, p. 218.

(4) L. Lloréns Torres, *Alturas de América*. (poemas). A continuación reproducimos un ensayo del poeta Lloréns Torres sobre el origen y veracidad histórica de la **Nobleza de las Antillas**, que en parte explican los versos citados.

"Zambullendo en lo más nebuloso del fragmento transcrito, cabe formular varias interrogaciones. ¿Por qué nuestro escudo de las Antillas engasta esmeraldas del Profeta Isaías? ¿Anunció el Profeta, en tan remótos tiempos, la existencia de estas Indias Occidentales? ¿Vaticinó, acaso, la verde esperanza del descubrimiento realizado después por los españoles?...

Obsérvese que, en el poema, al afirmar que "nuestro escudo engasta esmeraldas de las hondas profecías de Isaías", inmediatamente se añade, a título de comprobación:

He aquí el cimbalo de alas,
más acá de las etiópicas bahías,
que enviara en vasos de árboles al mar
su legado.

Aquí el mundo en otros tiempos humillado. Etc.

Tales palabras son traducidas casi literal de los dos primeros versículos del capítulo XVIII del Libro de la Profecía de Isaías, según aparecen en la Vulgata Latina:

"Vea terrae cymbalum alarum, quae est trans fluimina Ethio-
pae.

"Qui mittit in mare legatos et in vasis papyri super aquas.

Ite, angeli veloces, ad gentem convulsam. et dilaceratam: ad
populum terribilem, post quem non est alius: ad gentem expectatam
et conculcatam, cujus diripuerunt flumina terram ejus".

Véase la traducción de Scio de San Miguel, Obispo de Segovia:

"Ay de la tierra, címbalo de alas, que está a la otra parte de
los ríos de la Etiopía".

"Que envía sus legados al mar, y en buques de papiro, sobre
las aguas.

Id mensajeros veloces, a una nación desgajada, y despedaza-
da: a un pueblo terrible, después del cual no hay otro: a una na-
ción esperanzada y conculcada, cuya tierra le roban los ríos".

Digna de mención es la glosa que de esos dos versículos escri-
bió en Lima en 1681 el doctor Diego Andrés Rocha:

"Este lugar de Isaías lo entienden casi todos los intérpretes
por el descubrimiento y conquista de estas Indias Occidentales,
hecha por los Reyes de España, y de este sentir es el Padre Joseph
de Acosta, en la *Historia de este Nuevo Mundo*, lib. 1, cap. 15; Del
Río, tomo 1, adag. 723, in fine; Montano, Borrelo, Thomas Bozio,
Basilio Ponce, Ludovico Legionese y otros referidos por el con-
sejero don Juan de Solórzano, tomo 1, cap. 15, núm. 23".

"Dudo, añade el Dr. Rocha, lo que significó el profeta con
las palabras *cybalum alarum*, y si estas palabras están puestas con
misterio y metáfora. Si atendemos a la propiedad de la palabra
latina *cymbalum* y de la palabra griega *cymbalon* es un instrumen-
to que hace mucho ruido, como una campana. Pero se puede enten-
der también la palabra címbalo en metáfora y epíteto, porque este
epíteto: *Mundi cymbalum* o *cymbalum mundi*", según Erasmo en
la *Chiliada Cuarta*, se pone para denotar la fama que tiene la per-
sona o tierra de que se trata, lo cual se verifica en estas Indias,
cuyo nombre, por sus riquezas, oro, plata, perlas y piedras precio-
sas, ha admirado al Orbe, y no sin causa las llamó címbalo alado
el Profeta, significando la velocidad con que ha volado su fama y
se ha extendido su nombre a todas las naciones".

"De aquellas remotas edades, la Etiopía era el último confín
occidental del mundo conocido. Y el monte Atlas, —escribe un
autor antiguo—, por quien llamamos mar Atlántico al Océano, está
a lo último de Etiopía, según aquellos versos de Virgilio:

"Oceani finem, solemque cadentem
Ultimus Aethiopum locus, nos maximus Atlas".

"Dice Isaías después. "Qui mittit legatos in mare", "que en-
vía legados al mar", y en vasos de raíces o árboles, los envía a
que vayan sobre las aguas: "In vasis papyri", dice, y es de adver-
tir que la palabra *papyrus*, en griego *papyrus*, es una planta que
nace en lagos o lagunas. De estas embarcaciones usaban los indios,
y éstos son sus vasos de navegar. Y eran tan veloces estos nuncios
o legados de estas Indias, refiere el P. Acosta, que andaban hasta
cincuenta leguas entre el día y noche".

"Prosigue el Profeta Isaías diciendo: "Id ángeles veloces, a buscar una gente que toda junta fue arrancada de su origen; a un pueblo terrible, después del cual no hay otro a una gente que ha mucho que está esperando; gente humillada y abatida cuya tierra tienen robada los ríos". Este versículo, —dice Rocha—, lo aplican todos los autores al descubrimiento y conquista de estas Indias.

Don Fernando Colón, hijo del Almirante y otros historiadores de su época sostienen que la citada profecía fue el faro que iluminó a Colón en su empeño de surcar el Océano Atlántico. Así se explica que, después del viaje del descubrimiento, en carta dirigida a doña María de Guzmán, aya del Príncipe don Juan, se expresara Colón en estos términos: "Del nuevo cielo y tierra que decía nuestro señor por boca de San Juan en el Apocalipsis, después de dicho por boca de Isaías, me hizo dello mensajero y amostro en cuál parte". Y en carta del mismo Colón a los Reyes: "Ya dije que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón ni matemática ni mapamundos: llanamente se cumplía lo que dijo Isaías".

También el Almirante, en otro de sus escritos, dijo haber sido inspirado por el Profeta Jeremías, a que alude aquel verso: "Nuestro escudo engasta perlas del dolor de Jeremías". Y altos intérpretes de las Sagradas Escrituras sostienen que el Profeta de Las Lamentaciones derramó lágrimas por estas Indias Occidentales, al lamentar la barbarie de las tribus lejanas del confín del mundo, "cuyas pieles se han vuelto del color del barro a fuerza de trabajos y hambres": *Pellis nostra quasi elibamus exastas est a facie tempestatur famis*; palabras que son del versículo 10 del capítulo final de los Trenos, y las aplica Fray Gregorio García a las tribus del mundo descubierto por Colón.

Escarbando en los abolengos de nuestras Antillas, muchos autores aseguran que fueron descubiertas y pobladas por los cartagineses, escudándose en las siguientes palabras de Aristóteles: "Navegantes de Cartago navegaron desde Las Columnas de Hércules (Gibraltar) hacia Occidente, y después de muchos días de navegación llegaron a una isla de grandes montañas y caudalosos ríos, y se quedaron en ella, y el Senado de Cartago sintió mucho esta navegación y noticia, y vedó la embarcación a ella, decretando pena de muerte contra los que habían pasado a poblar dichas tierras". Y amparado en Aristóteles y otros autores antiguos, escribe el Padre Mariana, en su *Historia de España*: "Por el mismo tiempo, como algunos cartagineses partiesen de España por mar, con deseo de imitar a Hannon, tomando la derrota entre Poniente y Mediodía, y vencidas las bravas olas del mar Océano con navegación de muchos días, descubrieron y llegaron a una isla muy ancha, abundante de pasto, de mucho frescura, y arboledas, y muy rica, regada de ríos que de montes muy empinados se derivaban, tan anchos y bordables que se podían navegar; por las cuales causas, y por estar yermas de moradores, mucha de aquella gente se quedaron allí; los demás con su flota dieron aviso al Senado de todo. Aristoteles dice, que tratado el negocio en el Senado acordaron encubrir estas nuevas, y para efecto, hacer morir a los que las trajeron, porque no dejasen la ciudad yerma, y de común acuerdo se fuesen a poblar tierra tan buena. Que era mejor carecer de aquellas riquezas y abundancia, que enflaquecer las fuerzas de la ciudad con extenderse mucho. Esta isla se creen algunos que fuese alguna de las Canarias; pero ni la grandeza, en particular de los ríos, ni la frescura, concuerdan; y así los más eruditos, están persuadidos que es la que hoy llamamos de Santo Domingo o Es-

pañola, o alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota". (Libro 2, Cap. 2 del Tomo 1).

En aquellas épocas remotas, también los fenicios poblaron estas tierras de América. Compruébase con la palabra Antilla que es de origen fenicio. Y de ello también da fe el citado Rocha que escribió en 1681: "Graves autoridades discurren que los primeros pobladores de estas Indias Occidentales fueron fenicios, como refiere Solórzano en su Política, lib. 1, cap. 5, folio 20, y adelanta esta opinión el P. Fray García, en el lib. 4, del Origen de los Indios, cap. 22. Fúndalo en las largas navegaciones que esta nación hizo por la mar, sobre la cual explica dos lugares de Aristóteles y de Herodoto en el lib. 4 y trae con claridad los dos viajes que los fenicios hicieron a España, y navegaron desde Cádiz por el mar Atlántico a aquella isla y tierra firme; a lo que se añade con autoridad de Plinio que los fenicios fueron los inventores de navegar demarcando las estrellas, con que se engolfaban a largas navegaciones, y así, parece que los indios descienden de los fenicios".

¿Y dónde está el abolengo gótico? Remontándonos al siglo XV, citamos a Behaim, célebre cosmógrafo de su época, quien dibujó un mapa en 1492. En dicho mapa, en el confín occidental del Atlántico, aparece marcada una tierra llamada Antilia y debajo hay escrita esta nota: "En 714, cuando la España fue sometida por los árabes, la Antilia fue poblada por un arzobispo de Oporto, acompañado de otros seis obispos y de muchos cristianos que habían huído de España con sus ganados y bienes" Y el historiador César Cantú, después que en el cap. IV del tomo 7 de su *Historia Universal* dice que Colón se inspiró en Séneca, Aristóteles, Esdras e Isaías, escribe en sus notas al libro XIV: "Cuéntase que en el año 714 se embarcaron siete obispos que fueron con gente y varios barcos a aquella isla (Antilia) y a fin de que no pudiesen regresar a España quemaron los barcos con todas las cuerdas y demás cosas necesarias para navegar".

Amparados en la autoridad de Platón, comienza el autor citado:

"Platón nos cuenta en su *Timeo* una historia que los egipcios referían en loor de los atenienses, alabándolos de que habían vencido muchos reyes, y que aportaron a sus tierras saliendo desde la grande isla llamada Atlántida, que comenzaba con las Columnas de Hércules y navegando por la mar a sus confines, refiere el mismo Platón que desde Atlántida se navegaba a otras islas grandes, como decían los egipcios, las cuales estaban más adelante, y que estaban vecinas a la tierra continente, y después de ella se seguía al verdadero mar, y de esta relación no se puede negar que las islas que refiere Platón, después de la Atlántida, son las que hoy llaman de Barlovento, la Española, Cuba, Puerto Rico, Jamaica y otras".

Y enalteciendo la nobleza de estas regiones occidentales, Fray Gregorio García añade:

"Hallamos en la Escritura Divina una grandísima conjetura para creer que el nombre Perú fue muy antiguo apellido, no sólo del reino del Perú, sino también de la Nueva España, porque en el Paralipomenon, libro V, cap. 3, se dice que Salomón cubrió el templo con láminas de oro muy fino, el cual oro se dice en el hebreo aurum peruain, que quiere decir claramente oro de la tierra llamada dos veces Perú, porque aquella terminación aim es número dual en la gramática hebrea lo cual llanamente cuadra y conviene a las dos regiones de este Perú y México, y así donde la vulgata dice, en el libro de Paralipomenon: "Porro autem aurum erat probatissimum",

traslada Sant Spaquino— " Aurum autem erat ex locu Peruaim". Votablo pone: Aurum vero erat auru de Peruaim", Arias Montano lee: "Et aurum, aurum Peruaim", y dice que es nombre de lugar, et inferius, por lo cual Votablo, Arias Montano y Genebrardo convienen en que Peruaim son el Perú y Nueva España.

Ya en el siglo I de la Cristiandad, el Papa Clemente I, San Clemente, quien según Tertuliano fue el inmediato sucesor de San Pedro en la Silla Pontificia, dijo en su Epístola a los Corintios: "El Océano y los mundos que están allende del".

Y de San Jerónimo son estas palabras: "Preguntamos también qué quiere decir el Apóstol cuando dice "en las cuales cosas anduvisteis un tiempo, según el siglo de este mundo", si quiso por ventura dar a entender que hay otro siglo que no pertenece a este mundo, sino a otros mundos que estaban después del Océano, como escribe San Clemente en su Epístola".

Las siguientes son palabras de De Orígenes:

"El Océano nadie lo puede navegar a los mundos que están de la otra parte de él".

En igual sentido, se expresaron Tertuliano, Luciano, Plutarco y otros insignes historiadores de la antigüedad, principalmente Séneca, en su Medea, quien claramente expresó que habría de llegar el año en que un navegante surcaría el mar Atlántico y descubriría nuevas tierra más allá de la isla de Tile que era entonces el último confín del orbe conocido.

Imposible es agotar, en el reducido espacio de un periódico, tema tan copioso como éste del ilustre abolengo de nuestras Antillas más que ningún otro, mi propósito ha sido aclarar la estancia nebulosa del poema. Y si no queda bien aclarada, especialmente en la parte de Isaías, la causa es del misterio con que habló el Profeta en las líneas insertas en el poema.

Pero mea culpa non est.

(5) Demetrio, Mereshkovsky, *La Atlántida*, Versión de J. Rodolfo Lozada, pp. 5-6.

(6) Otto H. Muck, *El Mundo a través del diluvio*, *La Atlántida*, p. 37.

(7) Demetrio Mereshkovsky, *Op. cit.* p. 133.

(8) Ida Rodríguez Prampolini, *La Atlántida de Platón*, p. 16.

(9) Francisco Cervantes de Salazar, *Crónicas de Nueva España*. (Tercera serie-Historia) col. 1-353 p.: vol. 11-271 p.: vol. 111-457, p. 7.

(10) Ida Rodríguez Prampolini, *Op. cit.* p. 46.

(11) *Ibid.*, p. 54.

(12) Juan Solórzano y Pereyra, *Política indiana*. (Dividida en 6 libros), Corregida e ilustrada con notas por el lic. A. Francisco Ramiro de Valenzuela, T. I, p. 21.

(13) *Ibid.*, p. 72.

(14) *Ibid.*, p. 25.

(15) *Ibid.*, p. 7.

(16) Demetrio Mereshkovsky, *Op. cit.*, p. 67.

(17) *Ibid.*, p. 140.

(18) *Ibid.*, p. 146.

(19) Otto H. Muck, *Op. cit.*, p. 23.

(20) Demetrio Mereshkovsky, *Op. cit.*, p. 134.

(21) *Ibid.*, 135.

(22) *Ibid.*, 135-36.

(23) Juan Solórzano y Pereyra, *Op. Cit.*, p. 416-16.

CAPÍTULO II

VISION DE CONQUISTADORES, POETAS Y CRONISTAS

He aquí el escenario de Boriquén, el cual, según la mayoría de los cronistas de la época, daba la impresión de albergar una población numerosa de indígenas en su suelo de belleza incomparable.

Cristobal Colón llamó al primer puerto que avistó de Boriquén, Puerto Rico, no sólo por su belleza sino también por su recalado natural que viene a ser el de casi todos los puertos de la Isla que desde los días aurorales de la conquista fueron de magnífico resguardo, comprobado luego en los diversos ataques y en relaciones comerciales, como Boca Chica, Fajardo, Mayaguez, Ponce, Boquerón, Guánica —que según Juan de Castellanos, es lo mejor de todo lo creado—, y tantos otros. Así al hablarnos de la Isla, el doctor Diego Alvarez Chanca —que vino en el segundo viaje de Colón a América en calidad de médico de la flota— igual que el padre Bartolomé de las Casas, la señala como la más hermosa de las del Archipiélago, con una vegetación exuberante.

Veamos lo que nos dice en su *Carta*¹ el doctor Diego Alvarez Chanca:

Anduvimos por estas costas lo más de este día hasta otro día en la tarde que llegamos a vista de otra isla llamada Burenquen,² cuya costa corrimos todo un día: juzgábase que tenía por aquella banda treinta leguas. Esta isla es muy hermosa y muy fértil al parecer; a ésta vienen los ca-

ribes a conquistar, de la cual llevaban mucha gente; éstos no tienen fustas ningunas ni saben andar por mar, pero según dicen estos caribes que tomamos, usan arcos como ellos. En un Puerto³ de esta isla estuvimos dos días, donde saltó mucha gente a tierra, pero jamás pudimos haber lengua, que todos se fuyeron como gente temORIZADA de los caribes. Todas estas islas dichas fueron descubiertas de este camino, que hasta aquí ninguna de ellas había visto el Almirante, el otro viaje, todas son muy hermosas y de muy buena tierra; pero ésta, (la isla de Puerto Rico), pareció mejor de todas: . . .

Por los datos que nos ofrece el doctor Alvarez Chuca vemos que la isla impresionó por su hermosura, sus puertos naturales y la fertilidad de su suelo, dejando entrever la natural timidez de los aborígenes que huían temerosos a la vista de los españoles.

En el orden del tiempo, el primer cantor que tendrá Boriquén será Juan de Castellanos, (1522-1607), quien en su largo poema, *Elegías de varones ilustres de Indias*, dedica a nuestra isla la "Elegía VI",⁴ a la muerte de Joan Ponce de León, donde cuenta los azares y prodigios de la conquista. En ella nos dará una idea asaz completa, ya que según la investigadora y estudiosa de esta obra, la doctora María Cadilla de Martínez,⁵ Juan de Castellanos estuvo en la isla por el año de 1528. El poeta nos dice que cuando Juan Ponce de León, "del rico Boriquén tuvo noticia", se propuso conquistarlo, y que en él encontró gentes de "tan blandas y sinceras voluntades", que "le descubrieron minerales de oro de riquísimos caudales". Luego el cronista poeta nos habla del ambiente que reinaba en la isla y nos afirma, que "la paz y el amistad se fortifica". Extendiéndose después a elogiar los aires templados que

*vierten a todas partes dulces ríos,
cuyas arenas son granos dorados,
sus recodos, remansos, vertederos,
abundan de riquísimos veneros.⁶*

Para hablarnos en seguida de la localización y riquezas de los ríos isleños, —los dulces ríos cuyas arenas son granos dorados—, que, al parecer, por aquel entonces, resultaban muy caudalosos: de ellos nos dirá:

*A la parte del norte Cairabone
que más que todo agua multiplica
más al oriente corre Tainiabone,
cuya vertiente son de tierra rica;
otro también se llama Bayamone,
y el que nombró Luisa la cacica,
Camuy, Culibrinas, y el Aguada,
de fértiles labranzas cultivada.*

*El Mayaguex al sur hace su playa
y allá sus aguas Coriguez derrama,
al oriente demora Baramaya
Jacagua, y el que dicen de Guayama,
Macuo, Guayaney y Guibayama,
menos ricos que otros, según fama,
pero ninguno de ellos salto de oro
y en todas sus riberas gran decoro.⁷*

Todo lo cual le fue mostrado a Juan Ponce de León con "sincerar voluntades". Pero los conquistadores que habían de quedar deslumbrados por las riquezas auríferas de nuestros ríos, aquella hospitalidad de los aborígenes muy pronto fue olvidada al nacer en ellos la codicia.

Esta referencia al ambiente paradisiaco de nuestra isla hecha por Juan de Castellanos, quedará luego comprobada en lo que nos cuentan cronistas como Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia General*; Antonio de Herrea, en su *Crónica General*; en la *Memoria de Melgarejo*; Juan de Laet, en su *Historia del Nuevo Mundo*; *Relación del viaje a Puerto Rico de la expedición de Sir George Clifford, Conde de Cumberland*; Iñigo Abbad y Lasierra, en su *Historia*; André Pierre Ledrú, en su *Viaje a la isla de Puerto Rico*; Fernández Miyares González, en sus *Noticias particulares*. El mismo Juan de Castellanos nos asegura que en su poema narrativo, él cuenta y no pone fábula, ni ficciones, ni comentarios.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1551) en su *Historia General de Indias*, nos confirma lo dicho por Juan de Castellanos, de que nuestra isla tiene un aire templado y de que la tierra es "muy rica y fértil y de mucha estimación", y que "hay assi mesmo en esta costa del medio día muchos e buenos Puertos".⁸

Y como el aire es templado, y las aguas naturales lo que tengo dicho, es toda la isla fertilísima: e assi abunda de mucho ganado de todas las maneras que los hay en la Isla Española, de vacas y ovejas, e puercos, e caballos, e todo lo que en los libros procedentes queda escripto, en loor de Hayti o Isla Española.⁹

Y más adelante vuelve a confirmarnos que,

esta isla es muy fértil é rica, é de las mejores de las que hay pobladas de chripstianos hasta el presente tiempo.¹⁰

Antonio de Herrera, (1565-1625), en su *Crónica General de las Indias*, luego de decirnos que Puerto Rico es pueblo principal y sano, y cuyo nombre le viene por la mucha riqueza de oro que en él había, nos refiere que:

... Tierra adentro hay infinitos arroyos y en todos se halla oro, y hay minas de ello y de plata, plomo, estaño y una de azogue y otros metales y veta de una piedra azul de que se sirven los pintores: hace dado bien, todo ganado, tiene diez ingenios de azúcar adonde se labran quince mil arrobas al año y se haría más cantidad si gubiera gente: y su riqueza es de esto, se cría bien la caña-fistula y todas frutas de Castilla, salvo olivas, que aunque crecen no dan fruto y hortaliza y muchas de la tierra; hállase en esta isla el árbol Tabernáculo que hecha resina blanca como anime que sirve de bien para los navíos y para alumbrarse y es medicinal para sacar fríos y curar llagas: el árbol maga, que también se halla aquí es incorruptible y sirve para escritorios, y muchas otras cosas; hecha flor como rosa colorada: hay mucho palo santo que llaman Guayacán y también sirve de teñir paños: el higuillo pintado es tan saludable que estrujado el zumo de la hoja en una herida, no es necesario curarla segunda vez: y lo mismo hace otro arbolillo que llaman yerba de Santa María y otro que llaman bálsamo y una yerba espinosa que echa una flor blanca como violeta, algo más larga, llámase quibey: cualquier animal que la come muere: el manzanillo que está en la costa de la mar, quien duerme a su sombra se levanta hinchado: y el pescado que come las manzanas, se le vuelven los dientes negros y ha acontecido morir los hombres que comen el pescado, dentro de veinte y cuatro horas, y sino, pelarse: el árbol seyba hace al medio día tan gran sombra que un gran tirador no la puede pasar, de una parte a otra con una piedra: es tan grueso, que hubo un carpintero lla-

mado Pantaleón que quiso hacer un hueco para una capilla y tendrá tanto de ancho por el pie que quince hombres asidos de las manos, rodeados de él no lo alcanzan. La Fortaleza está en un cerro que llaman el Morro, empinado, a la entrada del puerto, en una angostura de manera que es rodeado de la mar y por sola una parte bien estrecha es su entrada, y es fuerte.¹¹

Descripción ésta maravillosa, en que el cronista nos da noticias generales y específicas de la Isla, desde su topografía, su riqueza minera, ganadera, industrial, la variedad de sus frutos y hortalizas, así como de las plantas y árboles medicinales, entre los cuales, tal parece ser el árbol tabernáculo —tabonuco— una panacea. Luego hace referencia de los árboles madereros, como el maga, que tanto sirve para hacer escritorios y navíos. También nos habla de el palo santo —del cual ya también nos había hablado el cronista Fernández de Oviedo, diciéndonos que es uno “de los más excelentes árboles del mundo”— y el cual sirve a su vez como colorante, el que era importado a España y Flandes, para teñir paños, según se nos asegura en la *Memoria de Melgarejo*. El árbol higuillo, el balsámico Santa María, y los venenosos quibey y manzanillo. Y termina este suceso extraordinario de la naturaleza del trópico mencionando la ceiba enorme, en la que hubo idea de construir una capilla en ella. Y para completar esta imagen de naturaleza maravillosamente feraz en su hermosura, el cronista nos menciona, acaso como contraste de todo ello, La Fortaleza, adelantado de honor guerrero, en el cerro del Morro, frente al puerto.

Creemos que esta estampa, en que se nos presenta la pujanza del hombre, su actitud y realización noble de su vida, frente a una naturaleza casi indómita, es la mejor imagen que cronista alguno haya hecho de nuestra isla.

En la famosa *Memoria*,¹² llamada de Melgarejo, suscrita por el primer cronista puertorriqueño, el presbítero Juan García Troche y Ponce de León, y el bachiller Antonio de Santa Clara, hecha por orden del Rey Felipe II, en 1582, en cierto sentido se nos hace una recapitulación de lo dicho por otros cronistas de Indias pero también se nos ofrece una visión ya más cercana a una postura propia, puertorriqueña, y nos afirman los cronistas que nuestra isla estaba poblada de numerosos ríos y arroyos, de aguas buenas y sanas, en cuyas fértiles riberas se halla oro y cuentan además de la “scyba de fabulosa sombra”, que fue vi-

vienda y habitación de yndios", y de los copudos árboles, que cierran la tierra. Luego nos hace mención de la bondad de los indios; —lo cual hace suponer que aún para el 1582, existían indios en Puerto Rico—, que eran mansos y de buenos colores.

Del río Loíza nos dicen los cronistas que es muy caudaloso, río de oro, Río Majagua, que tenía el oro más fino" que tocaba en veinte y tres kilátes sobre cobre".

Pero lo que más nos ha llamado la atención de esta *Memoria* es la relación que hacen los autores de los frutos: hay granadas, naranjas, sidras, toronjas, limones lima: uvas negras, piñas, la pitahaya, cocos, mamón y corazón. Nos dice también que igualmente se producen los "rábanos, coles, lechugas, perejil, zanahoria, nabos" y que las parras dan fruto tres veces al año.

Hace también mención de la existencia de unas cuatro o cinco salinas, en que la mayor es la de Caborrojo, "más salada que las de España".

Esta *Memoria*, como la *Descripción* de Antonio Herrera, tiende a darnos una visión arcádica de Puerto Rico, más que una información de una situación política y económica. Aunque apenas habían pasado setenta y cinco años de la colonización, Puerto Rico daba la impresión de tener un gran movimiento humano pero a su vez su gente vive una vida muelle y sin grandes preocupaciones.

El segundo poeta que le canta a Puerto Rico —aunque en forma un tanto despectiva —lo será uno anónimo de mediados del S. XVII, que escribe el siguiente soneto:

*Esta es Señora una pequeña islilla
falta de bastimentos y dineros
andun los negros como en esa en cueros
y hay más gente en la cárcel de Sevilla,*

*aquí están los blasones de Castilla
en pocas casas, muchos caballeros
todos tratantes en xenxibre y cueros
los Mendoza, Guzmanes y el Padilla,*

*ay agua en los algibes si ha llobido
Iglesia Catedral, clérigos pocos
hermosas damas faltas de donaire,*

*la ambición y la envidia aquí un nacido,
mucho calor y sombra de los cocos,
y es lo mejor de todo un poco de ayre.*¹³

El tal poeta anónimo bien pudo ser el mismo Fray Damián López de Haro, Obispo que para ese entonces lo era de Puerto Rico, pues el tono y el estilo en que está escrita la *Carta*, (1644), dirigida a Juan Díaz de la Calle, lo revela:

el cielo de la isla es muy bueno y claro, la vista de grande amenidad porque a un mismo tiempo se ven pedazos del mar con grandes espesuras de árboles que siempre están verdes y amenos.¹⁴

y que:

ordinariamente, corren unos ayres que llaman aquí vrizas, que son muy apacibles y muy sanos

para decirnos más adelante:

... y en conclusión lo mejor que tiene esta ciudad son las vrizas y el ayre con que todos quedamos con salud a Dios gracias...

Y burla burlando, el Obispo Fray Damián hace el primer elogio de algo que es característico de Puerto Rico: esos "ayres que llaman aquí vrizas" y que reafirma en la terminación del soneto: "y es lo mejor de todo un poco de ayre". Pues ese aire es en todo el archipiélago y la América algo muy característico de Puerto Rico, que singulariza y hace descable el vivir en nuestra tierra, y como dice el mismo Fray Damián López de Haro, con esas brisas, "todos quedan en salud a Dios gracias". En otra parte de su *Carta* nos dice: "... porque todos estaban sanos y morían de biejos, con que yo juzgué que venía al Paraíso".¹⁵

Pero la contraparte aclaratoria de lo que escribe en 1644 Fray Damián López de Haro, la hace Juan de Castellanos, que no cuenta fábula, ni tiene prejuicios. Y al hablar de los primeros colonos dice que:

*Son sus vecinos gente bien lucida
nobles, caritativos, generosos
hay fuerza de pertrechos proveída
monasterios de buenos religiosos,*

*iglesia catedral muy bien servida,
ministros doctos, limpios, virtuosos,
fue su primer pastor y su descanso
aquel santo varón, Alonso Manso.*¹⁶

El poeta-soldado deja ver que tenía un conocimiento directo de la realidad puertorriqueña y de lo que narra, pues cuando elogia al obispo Alonso Manso, para darle más fuerza a lo que dice, en la octava siguiente, hace esta rotunda afirmación:

*Fue de menesterosos gran abrigo
porque lo conocí, sé lo que digo.*

Para el primer tercio del siglo XVII ocupa la silla episcopal de Puerto Rico, el poeta Bernardo de Balbuena (1568-1627), español nacido en Valdepeñas. Aquí escribió Balbuena el prólogo de su celebrado poema heroico *Bernardo o Victoria de Roncesvalles*, 1624. Época ésta de aventuras corsarias en el Caribe, fue atacado Puerto Rico en 1625 por el pirata holandés Boudoyno Enrico, quien encendió la ciudad; tanto los archivos civiles y eclesiásticos como parte de la Fortaleza y del convento de dominicos, así como la biblioteca de Balbuena fueron destruidos.

"Es precisamente a este infausto suceso que alude Lope de Vega en los versos del *Laurel de Apolo* (Silva II; 1630).

*Y siempre dulce tu memoria sea
generoso prelado,
doctísimo Bernardo de Balbuena.
Tenías tú el cayado
de Puerto Rico, cuando el fiero Enrique,
holandés revelado,
robó tu librería;
pero tu ingenio no, que no podía
aunque las fuerzas del olvido aplique.
¡Qué bien cantaste al español Bernardo!
¡Qué bien al siglo de Oro!
Tú fuiste su prelado y su tesoro,
y tesoro tan rico en Puerto Rico
que nunca fue tan rico".*¹⁷

A nuestro ver, completan esta visión impresionista que tienen los primeros cronistas de la Isla, *la Relación del viaje a Puer-*

to Rico de la Expedición de Sir George Clifford, tercer Conde de Cumberland,¹⁸ escrita por el reverendo John Layfield, Capellán de la Expedición, en 1698. Este reverendo Layfield habrá de mencionar la "fresca brisa", que sopla hasta las cuatro o cinco de la tarde, por lo cual las casas "en todo ese tiempo permanecen muy frescas", mientras que a la media noche, al aumentar el estado caluroso de la atmósfera

dicen que es peligroso permanecer al sereno, porque hace mucho daño y verdaderamente, los soldados que durante la media noche tenían que quedarse fuera al relente, cuando se despertaban, encontraban sus ropas mojadas.¹⁹

Mas por parecernos curioso, deseamos mencionar aquí lo relacionado con la apariencia natural de la Isla.

Todos los árboles son vigorosamente verdes y ninguno sin alguna fruta pero tan extrañas que confundirían a los profesores de Botánica en Inglaterra. Entre esos boscajes, los caballos y los bueyes se crían gordos y corpulentos si se les da descanso. En las colinas predominan los árboles frutales. Los limones, las limas, y las naranjas que hemos visto se encuentran ordinariamente donde la mano del hombre no las ha sembrado. Dentro y alrededor de la población hay una gran cantidad de palmas de coco las que además de su excelente fruto dan un aspecto poético y delicioso al paisaje.²⁰

Aparte de darnos el cronista una idea de la feracidad de la isla, en su abundancia frutal, apreciamos que es la primera vez que se mencionan las palmas de coco en relación al paisaje las cuales le dan una vista romántica.

En 1640, escribe Juan de Laet, en su *Historia del Nuevo Mundo o descripción de las Indias Occidentales*, en relación al clima de la Isla:

gózase en ella de una temperatura en extremo deliciosa, pues ni se siente allí con gran intensidad los rigores del sol, ni escasean las lluvias, excepto en la época que media entre mayo y septiembre llamada sequía.²¹

Extendiéndose el cronista en comentar los torrentes que arrastran oro en sus arenas y de las minas de oro y plata que se encontraban en la isla.

El científico André Pierre Ledrú, en su *Viaje a la Isla de Puerto Rico*, 1787, con propósito de investigar la fauna y la flora de Puerto Rico, luego de hablarnos de la generosa hospitalidad, las cualidades de "la sobriedad y el cumplimiento religioso de la palabra" de los puertorriqueños, nos cuenta un hecho anecdótico que pone de relieve la atmósfera espiritual y moral de la vida apacible y sencilla que en aquel entonces se gozaba en la Isla. El científico, invitado a permanecer por varios días en la casa de un campesino hacendado nuestro, tiene la siguiente experiencia al participar de la mesa de ese día:

Entramos al comedor. Dos niños vestidos a la criolla jugaban alrededor de la mesa... Llamad a Francisca, dijo el padre... ¿Cuál fue mi sorpresa al ver entrar un momento después a una joven de diez y seis años apenas, más hermosa y más fresca que todas las que había visto en América? Largos cabellos negros y rizos flotaban sobre sus espaldas: llevaba por tocado un pañuelo amarillo con listas azules que envolvían negligentemente su cabeza y cuya orilla anterior trazaba una línea curva sobre su frente: su traje se componía de un vestido blanco de algodón ajustado por debajo del seno y cuyas mangas dejaban ver completamente desnudos sus dos brazos de alabastro... Pero su belleza es superior a mi pobre descripción. ¿Cómo pintar el fuego de sus ojos, los delicados perfiles que dibujaban su rostro, el colorido de su tez sobre la que la naturaleza había sembrado todas las rosas de la primavera... aquel talle esbelto y ligero y aquellas formas torneadas por el amor? Un aire de candor y de ingenuidad embellecía aún más aquella encantadora figura cuya vista me hizo estremecer. ²²

Hemos de advertir que esta pintura ardiente y emocionada no es de un poeta sino de un científico, lo cual nos hace pensar no sólo sobre la belleza ingenua e inocente de la joven sino también en el marco de égloga, de naturaleza en que se vive en ese momento en Puerto Rico. Y hemos de ver que la belleza física de esta hermosa niña pubescente, según la descripción que nos hace Ledrú, armoniza con su belleza íntima. Por lo que bien puede ser esta niña símbolo del cuadro moral y natural de nuestro pueblo en ese momento. Sabemos que nuestras mujeres gozaban fama por su belleza así como por su candor. De ahí que el cronista puertorriqueño, Lic. Diego de Torres Vargas, en cierta ocasión en 1643, se sintiera muy ufano en decir y repetir que:

las mujeres (de Puerto Rico). son las más hermosas de todas las Indias, honestas, virtuosas, y muy trabajadoras y de tan lindo juicio, que los gobernadores don Enrique de Sotomayor, (1631-1635) y don Diego de la Mota Sarmiento, (1635-41), decían que todos los hombres prudentes se debían de venir a casar a Puerto Rico, y era su ordinario, "para casarse, en Puerto Rico".²³

Para principios del siglo XIX el poeta Juan Rodríguez Calderón, nacido en Galicia, de noble familia, aventurero y militar, al parar en Puerto Rico, en castigo de destierro, escribe su "Canto en justo elogio de la Isla de Puerto Rico", 1816,²⁴ de tono neoclásico, en "estancias petrarquistas"; que según el doctor Rosa-Nieves, es "la primera canción descriptiva del paisaje nativo".

Hablando de la hospitalidad del suelo puertorriqueño —heredad aborígen, recordemos el recibimiento que le da Agueybaná a Juan Ponce de León— el poeta le dirá agradecido:

*Albergue venturoso
adonde encontrar suele el forastero
un asilo dichoso
y adonde con esmero
el extraño se acoge:
aun cuando a él te arroje
la desgracia fatal y le persiga
una suerte infelice,
si acogerse le obliga
a tus riberas dicha tal bendice.*

Proverbial hospitalidad que ha sido nuestra mejor forma de ser cristianos. Luego el poeta nos hablará de sus "nobles moradores", de los primoros de su suelo afortunado y de sus muchas maravillas, considerando a Puerto Rico como su nueva patria, grato refugio, por el cual, agradecido le hace el siguiente encomio:

*el forastero cree con justicia
que en la Arcadia se mira:
no observa allí malicia,
y sólo sencillez y agrado admira.*

En cuya loa vemos una posible caracterización de lo que es Puerto Rico, su vivir, su gente, donde reina la paz, la felicidad, en

suma, las formas esenciales que conforman una verdadera mansión de felicidad e inocencia. El poeta, para ofrecernos una imagen más realista de ese lugar de regalada atmósfera, le canta a la naturaleza, a sus productos y su riqueza:

*El café más selecto,
el azúcar, tabaco y las maderas
del tinte más perfecto;
llenas siempre las eras
de arroz el más sabroso,
y de maíz hermoso
ofrece este país al comerciante
un lucro conocido,
y goza el habitante
el premio del trabajo que ha tenido.*

Debemos recordar que el cubano Fernando Miyares González, que convivió por algún tiempo en Puerto Rico, en sus *Noticias particulares de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, pocos años antes, en 1775, había dicho a'go parecido:

Es esta una isla de las más fértiles de la América y debe mucha parte de su fecundidad al riego de sus veinte y tres ríos principales... (enumera los ríos); ninguna de sus aguas son nocivas, todas delgadas, cristalinas, dulces y provechosas a la salud. ²⁵

Porque como dice el poeta, en el clima de Puerto Rico, es eterna la Primavera, la naturaleza es pródiga y en su tierra no se ven reptiles mortíferos. Mientras que sus habitantes son alegres y cordiales, dichosos por no haber conocido nunca, según el poeta, los crímenes bochornosos, para rematar hab'ándonos de esa prosperidad y ese ambiente feliz, diciéndonos:

*Tampoco el miserable,
el pálido y desnudo pordiosero,
en este albergue amable
que a todo forastero
ampara, no se observa,
cualquier pena acerva,
cesa en este país: en él su asiento
sija la hermosa Atrea*

*porque en él se franquea
pena al crimen, y al mísero alimento.*

Por lo que nos relata el poeta de Galicia, da la impresión de que en el tiempo en que convivió con los puertorriqueños, conoció no sólo su tierra y admiró su paisaje, sino también a su gente y su historia, pues al hablar de la valentía de los puertorriqueños, nos dirá:

*Mas vos, bravos isleños,
pródigamente auxilio franqueasteis
en los graves empeños
que de lejos mirasteis
era de todo urgentes,
y con ricos presentes,
socorristeis la patria en sus apuros,
por el oro importuno
cambiasteis cada uno
nuevas gracias que son bienes seguros.*

En donde se refiere el poeta a la lealtad y valentía que hizo famosos a los puertorriqueños, reconociéndoseles y dándosele a nuestra isla el título de *Vanguardia y llave de las Indias*, pues como dice Miyares González en sus *Noticias*, "en la cédula de gobierno que S. M. confirió a don Agustín de Silva del orden de Alcántara, su fecha en agosto de seiscientos cuarenta y uno, le encarga la aplicación de, cuidado y desve'o a esta importante plaza, estimulándole con estas palabras: *Siendo frente y vanguardia de todas mis Indias Occidentales y respeto de sus consecuencias, la más apreciada de ellas y codiciada de los enemigos*". 26

Como hemos podido advertir a través de estas impresiones que han tenido de Puerto Rico los primeros cronistas, desde el doctor Diego Alvarez Chanca hasta Juan de Laet y el Prosbítero Diego de Torres Vargas, ha sido de deslumbramiento, ante la incomparable belleza de nuestro suelo. A todos ellos les parece nuestra Isla lugar único donde renaciera de nuevo la Antigua Arcadia inocente y feliz. Todo lo cual iniciaría una tradición de sentimiento ardoroso —metáfora edénica— de nuestro paisaje que luego se plasmará en hermosos cantos de acendrada exaltación en nuestros primeros poetas, Juan Bautista Vidarte y su hermano Santiago, José Gautier Benítez, José Guadalberto Padilla, en el

pasado siglo, y en nuestros días, Virgilio Dávila y Luis Lloréns Torres.

Y continuando ese tono admirativo, bien pudiera compararse lo que una escritora moderna, María Teresa Babín, que ha estado por algún tiempo ausente de Puerto Rico, dice de su Isla, como si hiciera a manera de un descubrimiento estético de su isla inolvidable, pues parece mirarla con los mismos ojos de sorpresa de esos primeros cronistas. Veamos la visión de María Teresa Babín:

Las vegas de las hondonadas forman un arcoiris de amarillos, lilas, rosas, violetas y verdes suculentos. Hay mangles y poyales en la costa. Los apiñados cocales y los uveros de hojas redondas crecen en las playas. El yagrumo tornasolado espejea entre los precipicios que bordean las carreteras. Los árboles de tabonuco, guaraguao, laurel, sabino, ausubo, caoba y capá, se yerguen tras los helechos gigantes pegados a las peñas. El capto erecto entre la maleza, el almácigo de tronco añejo, la promesa frutal del tamarindo y el jobo de la India, la madera verde de los tachuelos, úcares, limoncillos y granadillos, crean la visión dadivosa del trópico antillano.²⁷

El tiempo no ha pasado, Puerto Rico sigue siendo tierra de maravilla, su belleza edénica seguirá siendo motivo de inspiración y sentimiento de amor, entrañable.

NOTAS

(1) La Carta del Dr. Diego Alvarez Chanca es el documento directo más amplio sobre el segundo viaje de Colón a América. La hemos tomado del libro *Navegaciones colombinas* de Edmundo O. Golman. Bil. Enciclopedia Popular, (Tercera época), Sec. de Educación Pública, Selección y pról. de, p. 34

(2) Isla de Puerto Rico, la que llamó Colón San Juan Bautista. (Nota de O'Golman).

(3) Ensenada de Mayaguez, (Nota de O'Golman).

(4) Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, Biblioteca de autores españoles, Tomo IV, Sucesores de Hernando, 1914, p. 51.

(5) La doctora María Cadilla de Martínez estudió y analizó para su grado de maestra en artes en la Universidad de Puerto Rico la *Elegía VI*, 1931.

(6) *Ibid.*, p. 57

(7) *Ibid.*, p. 63

(8) Gonzalo Fernández de Oviedo. *Historia General de las Indias*, en Biblioteca Histórica de Puerto Rico. A Tapia y Rivera, p. 21-100, p. 23.

(9) Ibid. p. 29.

(10) Ibid. p. 58.

(11) Antonio de Herrera, **Crónica General de las Indias**, en **Biblioteca Histórica de Puerto Rico**, A Tapia y Rivera, p. 128-9.

(12) Presbítero Juan Ponce de León y Bachiller Antonio de Santa Clara, **Memoria y descripción de la Isla de Puerto Rico mandada a hacer por S. M. el Rey Felipe II, en el año 1582 y sometida por el ilustre Señor Capitán Jhoan Melgarejo, Gobernador y Justicia Mayor en esta ciudad e Isla**. El original de esta Memoria está en el Archivo de Indias, Patronato. Tomado del **Boletín Histórico de Puerto Rico.**, de C. Coll y Toste, Vol. 1, pp. 75-91.

(13) A. Tapia y Rivera, **Biblioteca histórica de Puerto Rico**, p. 455 .

(14) Ibid., 451.

(15) Ibid., 455.

(16) Opus Cit.,

(17) Cesáreo Rosa-Nieves, **La Poesía en Puerto Rico**, p. 23.

(18) **Boletín Histórico de P. R.**, Tomo V., p. 44-50, 51-53, 55-56, y 60; 63-70. Trad. de Margarita Cuchi Coll. Nuevamente revisado.

(19) Ibid. p. 141.

(20) Ibid. p. 144.

21 Juan de Laet, **Historia del Nuevo Mundo o descripción de las Indias Occidentales**. (Escrita en 1640, en 18 libros). En **Biblioteca Histórica de P. R.**, A. Tapia y Rivera, p. 136.

(22) André Pierre Ledrú, **Viaje a la Isla de Puerto Rico**, Trad. de Julio L. y Vizcarrondo, p. 44-50 aparece en **Crónicas de Puerto Rico**.

(23) Lic. Diego de Torres Vargas. **Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico y de su Vecindad y población, presidio, gobernadores y obispos, frutos y minerales**. En **Biblioteca Histórica de P. R.**, A. Tapia y Rivera, p. 488.

(24) Cesáreo Rosa-Nieves, **Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña**, t. I, pp. 40-53.

(25) F. Miyares González. **Noticias particulares de la Isla y Plaza de San Juan Bautista de P. R.**, Universidad de P. R. Pub. de la revista **Historia**, p. 11.

(26) Ibid., pp. 24-25.

(27) María Teresa Babín, **Panorama de la cultura puertorriqueña**, p. 55.

CAPÍTULO III

VISION HISTORICA

Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, nos enjuicia erróneamente al decir que Puerto Rico "pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia",¹ acaso por el hecho de que durante tres siglos no tiene nuestro país una tradición literaria notable. Pero la historia no es sólo literatura, es también vida esforzada, conciencia de unos acontecimientos que han vertebrado un pueblo.

Abundemos en lo que para nosotros constituye nuestro trasfondo histórico-heroico-cultural, que no sólo es orgullo nuestro sino para la misma madre patria.

Puerto Rico, la menor de las Antillas Mayores, fue descubierta por Cristóbal Colón en su segundo viaje a América, el 19 de noviembre de 1493. Su nombre indígena era Boriquén.

La colonización empezó en 1508, fundándose la primera ciudad que se llamó Caparra, por Juan Ponce de León, que fue nombrado por el Rey Fernando de Aragón, Capitán de Mar y Tierra de la Isla de San Juan. El nombre de San Juan lo recibió la Isla por voz del mismo Rey. A su llegada a Boriquén, Juan Ponce de León fue recibido con muestras de cordialidad por el cacique general Agueybana, que en unión a su madre trocó su nombre: él fue llamado, Juan Ponce de León, su madre, Doña Inés, y su padrastro, Fernando, quienes brindándole a él y a los

suyos, la más espontánea hospitalidad, le mostraron la Isla en sus ríos relucientes de oro.

Pero el deseo desmedido de riqueza de los conquistadores creó las encomiendas o repartición de indios para el trabajo en las minas. Los indios se rebelan por el mal trato que reciben y por el exceso de esfuerzo para saciar esas ansias desmedidas. Los indios rebeldes son dirigidos por el bravo Guaybaná, descendiente de Agueybana, pero no teniendo armas superiores a las de los españoles son rendidos y sometidos en Yagüeca. Aunque a sangre y fuego fueron reducidos a la obediencia no fue ello por cobardía que valientes defensores de su terruño se mostraron siempre, según afirma el cronista Fernando González de Oviedo.

En 1511 se le concede a la villa de Caparra el título de Ciudad de Puerto Rico con su escudo de armas, donde aparece un cordero yacente sobre la Biblia, el cual vendría a ser símbolo de lealtad y sumisión a lo largo de toda su historia.

El Padre Bartolomé de las Casas, constituido en Apóstol de los indios maltratados y esclavizados, propuso al Rey el sustituir a los indios por negros africanos para hacer los trabajos fuertes de las minas. Con el elemento africano se incorpora a nuestra etnografía un factor fuerte y vivo.

Pero las calamidades en epidemias, huracanes, incursiones de indios caribes y más tarde de los corsarios ingleses, franceses y holandeses, crearon una sicología de temor que vino a crear luego el dicho, "nos coje el holandés".

El 23 de noviembre de 1595, Francisco Drake y Sir John Hawkins, atacaron a Puerto Rico, con una escuadra de 22 velas y seis galeones de guerra, tripulados por mil quinientos hombres y tres mil infantes, para operar en tierra: pero después de una cruenta lucha los ingleses fueron vencidos.

Pocos años más tarde, el 16 de junio de 1598, otra flota inglesa integrada por veinte naves que tripulaban 900 hombres, al mando de George Clifford, Conde de Cumberland, atacó a Puerto Rico y logra rendir la guarnición del Morro así como también la ciudad de San Juan. Los ingleses estuvieron en posesión de la Isla por espacio de 136 días, en que una epidemia de disentería diezmó las fuerzas adversarias, las cuales tuvieron que abandonar la plaza.

Y una nota curiosa, como experiencia de estas expediciones piráticas lo será la crónica del capellán de la flota del con-

de de Cumberland, reverendo Layfield de la cual hace comentario el historiador don Adolfo de Hostos, relativa al adelanto de la Ciudad de San Juan, en esos días iniciales:

Muy en consonancia con el espíritu de aquel tiempo, la Catedral era el más conspicuo edificio de la población: era tan buena, dice Layfield, como cualquiera de las catedrales de Inglaterra. Estaba dotada de confesionarios, siales para los prebendados, trono episcopal, pila bautismal muy bien esculpida pileta de agua bendita, coro, imágenes y hasta con un hermoso órgano. ¡Un órgano de iglesia, en 1598! ²

En lo que ya se deja ver la historia y el progreso de una incipiente población, Pero de nuevo, el 25 de septiembre de 1625, es atacado Puerto Rico, por el holandés Boudoyno Henrico, con una escuadra compuesta de dieciseis navíos. El pirata, a pesar de quemar la ciudad, no pudo rendir la plaza del Morro, que estuvo defendida por el gobernador Juan de Haro, y el valiente capitán Juan de Amézquita.

Luego, en el 1643, para la mejor concreción militar y civil, se erigió oficialmente el gobierno de Puerto Rico en Capitanía General. Sin embargo, desde 1582, se habían fusionado los cargos de Gobernador y Alcaide del Morro, bajo el título de Capitán General.

Pero el sintomático empobrecimiento de Puerto Rico, por el agotamiento de la minas de oro, epidemias, huracanes, incursiones de piratas, hizo necesario el pedir ayuda a la península y crearse luego el resfuerzo económico llamado "el situado", mejicano, que desde el 1586 nutrirá nuestro tesoro. De ahí que del temor de que peligraran las Antillas, y el propósito de convertir a San Juan en base militar, viniera el que la corona se interesara en construir las mura'las y fuertes, a lo cual contribuyeron los fondos recibidos de México.

Las fortificaciones se empezaron a levantar en el primer tercio del siglo XVI, La Fortaleza y El Morro; a fines de siglo, los fuertes de San Antonio y del Boquerón; y más tarde, en 1783, el fuerte de San Cristóbal. Lo cual "sirvió a la gobernación de Puerto Rico de peldaño en sus carreras de Indias, como a Bahamonde de Lugo y Francisco de Solís, trasladados, el primero a Cartagena y el segundo a Yucatán". "De Puerto Rico se sacaron auxilios para Hernán Cortés en su conquista de Nueva

España y se sirvieron bastimentos y caballos a Pizarro en su empresa del Perú".³

Como era de esperarse, estos ataques militares hicieron gran menoscabo en el estado económico y social de la colonia. El canónigo Lic. Don Diego de Torres Vargas, en el aviso que llegó a España en abril de 1647, en que se atendía a la situación económica desesperante por la cual pasaba la Isla, luego de hablar de la situación geográfica de las tres Antillas, San Domingo, Cuba^o y Puerto Rico dice que:

Siendo pues estas tres islas las que primero se descubrieron en este Nuevo Mundo, dice Fray Luis de León sobre el capítulo 80. de los Cantares, que se ha de entender y explicar aquel lugar Sororii nostra in die quando aloquenda est? edificemus super eum propugnacule aregentea sioa tium compignamus illut tabulis cedrinis, de la gente de este descubrimiento y siendo así a quien le cuadra la explicación aún en el sentido literal con que habla la esposa sino a esta Isla de Puerto Rico? que ella sola "parbula est" pues de las tres la más pequeña, y ella "ubera no habet" porque habiéndose consumido sus naturales que beneficiaban sus ricas minas es la más pobre de todas y ella, "si murus. est", es sólo Ciudad de Muros cerrada entre las demás de las Indias, y ella si "Ostium habet" no sólo tiene puerto sino que por ser tan bueno se llama San Juan de Puerto Rico, y en él "quid fatumus sorori nostre in die quando aloquendae est", parece que la divina esposa previene a los Reyes de España, sus señores y nuestros, que consideren la respuesta que han de dar a sus quejas cuando dormido descuido llegare a peligrar a la hostilidad de tan advertido enemigo que se le han avecinado para lograr mejor sus ocasiones que Dios no permita... Pues de esta superioridad y eminencia viene a gozar en las Indias occidentales la Isla de Puerto Rico *como primera de las pobladas* y principal custodia y llave de todas como su Magestad refiere en las cédulas que remitió el año 1642, en las que se dice "siendo frente y vanguardia de todas mis Indias occidentales la más importante de ellas y codiciada de los enemigos".⁴

No obstante, mientras por esos mismos años los franceses se apoderan de San Cristóbal, de Guadalupe, los holandeses de Tórtola y de Curazao, y en 1655 los ingleses se adueñan de Jamaica, y hasta Santo Domingo, en 1640, la mitad de su territo-

rio irá a manos de Francia, según afirma el historiador Salvador Brau .

en tanto Puerto Rico, la colonia pastoril, el peñón estratégico, el feraz cuanto olvidado terruño, mantiene inalterable, en medio de sus transformaciones su sagrada nacionalidad. Y la mantiene por la voluntad de sus moradores.⁵

Y nuestro primer historiador Fray Iñigo Abbad y Lasie-rra, nos dirá emocionado del heroico rechazo que hicieron de los ingleses el Capitán Antonio Correa y sus milicianos urbanos, en la Villa de Arceibo:

Había resuelto Inglaterra apoderarse de Puerto Rico para formar en ella el emporio de su comercio en América; y en 1702 envió otra escuadra con tropas de desembarco, que hicieron en la costa del norte cerca del pueblo de Arceibo, en el cual sólo había una pequeña guardia de las milicias urbanas del país, compuesta de once hombres, a cargo del capitán Don Antonio Correa. Este, luego que vio a los ingleses disponerse para salir a tierra, abandonó el puesto de la guardia, fingiendo retirarse aceleradamente, para ocultarse en un bosque inmediato en donde tenían los caballos los once milicianos de su mando; hizoles montar prevenidos de su lanza y sable, que son las únicas armas que usan, esperaron con frescura a los ingleses. Estos se formaron en columnas y dirigieron su marcha por el centro del bosque y entraron en él lejos de pensar que aquellos pocos que habían huído tan apresuradamente a su primera vista tuviesen valor para esperarlos tan cerca.

El capitán Correa esforzó a su gente, animándolas en pocas palabras a vencer o morir por su patria; y en tiempo oportuno dio de improviso con sus once caballos sobre los ingleses, alanceándolos con tanto brío que los puso en desorden y llenos de confusión sin acertar a rechazarse huyeron a reembarcarse. Correa, que del primer golpe había muerto 42 ingleses y estropeados a otros muchos sin desgracia de los suyos siguió animosamente a los enemigos hasta entrarse en la mar tras ellos mientras pudieron alcanzarlos con sus caballos matándolos aún dentro de las mismas lanchas, hasta que huyeron en ellas, dejando muchos muertos y heridos en el bosque y playa sin los que se ahogaron e hicieron prisioneros.⁶

Hazaña gloriosa que reconoce el Rey Felipe V, y que da una idea del valor, sentimiento patrio, que caracterizan la personalidad cívica y militar del puertorriqueño como dice Salvador Brau. Esto, en esos tres primeros siglos que supone Menéndez y Pelayo sin relieve histórico.

El 18 de abril de 1797, es de nuevo sitiado Puerto Rico por los ingleses, con una escuadra compuesta de sesenta naves, comandada por el Almirante Henry Harvey, y el teniente coronel Sir Ralph Abercromby. Con sus 14,000 hombres, no pudieron rendir la astucia y valentía de los defensores de la Plaza, y, vencidos, se retiraron el 30 de abril de ese mismo año.

Por esta valerosa defensa Carlos IV le concedió a San Juan el título de "Muy noble y leal", el 13 de abril de 1799.

El despotismo e incomprensión de los Capitanes Generales que gobernaban con mano férrea hizo que una ciudad que por su patriotismo había ganado el orlar su escudo de armas con las frases: "Por su constancia, amor y fidelidad es muy noble y muy leal esta ciudad", hizo surgir el separatismo y el espíritu nacional rebelde. En nuestra isla había predominado el militarismo, el absolutismo, con las odiosas "facultades omnímodas" de los gobernadores arrogantes y sanguinarios. Pues una cosa era lo que España sentía y otra lo que los capitanes generales disponían: la isla estaba regida por las llamadas "leyes de Indias", reglamentos y órdenes reales, que estos mandatarios espúreos no obedecían ni ponían en práctica. Miguel de la Torre, gobernador absolutista, en uno de sus bandos prohibió en cierta ocasión, las blasfemias, faltar a los sacerdotes, andar por las calles después de las diez de la noche, jugar volantines en la ciudad y otras zarandajas por el estilo. Se nos trataba como a un pueblo adulescente.

Y como bien nos dice Tomás Blanco en su *Prontuario histórico*, en medio de esos continuos ataques de corsarios y política de abuso de poder, nuestro pueblo,

al mismo tiempo se había ido organizando la colonia como tal, con carácter de población civil, además del eclesiástico y militar que desde su origen tiene y al finalizar el siglo XVIII, Puerto Rico es ya algo más que un mero peñón fortificado y una iglesia catedral sin rentas. ⁷

El erudito historiador don Adolfo de Hostos, en su libro *Ciudad Murada* nos refiere que "El 4 de mayo de 1808 tomaba razón el cabildo de San Juan de una comunicación del gobernador Toribio Montes que leía en parte:

Considerando el Rey, nuestro señor D. Fernando Séptimo y en su real nombre la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, que esta Isla no es propiamente una colonia o Factoría, como las de otras naciones, sino una parte integrante de la Monarquía Española, y deseando estrechar, de un modo indisoluble, los sagrados vínculos que unen esta Isla y demás Dominios de América con los de España, y corresponder al mismo tiempo a la heroica lealtad y patriotismo que acaba de dar tan decidida prueba a la Madre Patria en la más crítica coyuntura que se ha visto hasta ahora nación alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de estas Indias, de 21 de noviembre último, (1808) que los reinos provincias e Islas que forman estos Dominios, deben tener representación nacional inmediata a su Real Persona y constituir parte de la Junta Central Gubernativa del Reino por medio de los correspondientes diputados, y para que tenga efecto esta soberana resolución ha de nombrar esta Isla un individuo que la represente.⁸

Es curioso el Informe de don Pedro de Irizarri, Alcalde Ordinario de San Juan, en que hace referencia a las instrucciones que debían darse a don Ramón Power Giral, diputado que fue electo para representar a Puerto Rico ante las Cortes Españolas, para promover el adelanto económico de la Isla, en el año 1809.⁹

En dicha Real Orden, de 22 de enero de 1809, se le concede a Puerto Rico, "un salvo conducto para exponer cuanto se estime útil, y necesario de bien de nuestra patria". y sigue diciendo en su Informe el dicho Alcalde, Pedro de Irizarri, que,

me considero con doble vínculos a promover cuanto juzgue conducente a dar una relevante prueba del grande interés, que tomó en la felicidad de mi patria...

... ¡Puerto Rico o amada Patria! a quien tan justamente se daba y mereció este pomposo nombre por ser suelo en quien la naturaleza pródigamente derramó la fertilidad... Nobles y fieles Patricios de Puerto Rico... valerosos Patricios de Puerto Rico.

Más adelante, en dicho Informe, dice don Pedro de Irizarri de los extranjeros: "ellos entran en nuestra Patria con la piel de ovejas, e interiormente son lobos rapaces que nos rodean y velan continuamente para devorarnos". Ya para este momento Puerto Rico sostiene relaciones comerciales con los Estados Unidos, de lo cual dice:

¿cuándo el gobierno ha permitido el comercio con Estados Unidos no tomó un incremento rápido y espantoso, la agricultura en nuestra isla? Puerto Rico exportaba a Estados Unidos azúcar y mieles y recibía harinas. Mis compatriotas son muy comparables a aquellos desgraciados cautivos que por haber caído en manos de un tirano déspota, Señor inhumano, gimen sus desdichas por muchos años, arrastrando largas y pesadas cadenas en unas oscuras mazmorras, siempre esperando el momento feliz de su redención.

Lo cual, o parece tener doble sentido o propósito irónico, o tal vez forma ve'ada de decir la verdad indirectamente, pues hemos visto que al hablar de su tierra boricua la llama patria o nación, a sus hijos, patricios, compatriotas, pero luego, para dorar la píldora, nos dice que la redención, "la que nosotros deseamos nos la ofrece la Suprema Junta". Mientras que en la décima sexta súplica recalca:

que no se consienta por ningún pretexto ni motivo el establecimiento de los extranjeros, ni en la ciudad ni en el campo, y se extrañen de nuestra Patria, todos con españoles, principalmente franceses, porque son nuestros alevosos y fieros enemigos de nuestra religión, de nuestra vida, de nuestros intereses, de nuestro honor.

Hay que recordar que el que ésto sugiere es un puertorriqueño, y que habla de nuestra patria y nuestro honor, el cual ha de defender de todo elemento ajeno a nuestra manera peculiar de vivir y ser puertorriqueños.

Luego, en la súplica décimoctava, hablando de la elección de subdelegados, ministros, etc., para los puestos habilitados, así como para otros empleos en la Isla, sugiere que sean escogidos aquellos de mayor integridad, celo y amor al servicio de la Corona y desde luego al bien de la Patria, y que tengan preferencia los Patricios hacendados, o sea, los puertorriqueños con propiedad que trabajen y cultiven la tierra.

Y termina el documento excusándose si no ha podido delinear el "plan que debe formar la felicidad de mis compatriotas", afirmando que le queda la satisfacción de que lo ha deseado.

Con este delegado probo, don Ramón Power Giral, vicepresidente que fue de las Cortes de Cádiz, es cuando se hace posible anular las odiosas facultades omnímodas de los capitanes generales. Empieza entonces una economía propia y se logran reformas políticas. Fue don Ramón Power quien con una visión extraordinaria creó la Intendencia y seleccionó a otro hombre de gran genio en la economía política, don Alejandro Ramírez, el que estableció, en bases firmes nuestra economía, fundando la auténtica hacienda puertorriqueña. Y a'go que también hemos de agradecerle a este extraordinario economista que fue don Alejandro Ramírez, el haber logrado de Fernando VII, "La Cédula de Gracias en virtud de la cual se estableció el comercio directo con el exterior y la admiración de extranjeros, de naciones amigas, así como otros privilegios beneficiosos", según anota Antonio S. Pedreira, en *Insularismo*.

El 19 de junio de 1831, con el propósito de dar al gobierno mayor equilibrio, se establece en San Juan la Real Audiencia y Cancillería o Tribunal de Apelaciones, cuyas obligaciones eran la de velar, proteger y enmendar la administración de la justicia, conocer las actuaciones de los gobernadores, entre otras cosas.

Pero persistiendo las restricciones sociales, políticas y de prensa, indefectiblemente habría de surgir el movimiento intelectual de ideas reformistas a mediados del siglo XIX, el cual había de incubar los hombres más ilustres del civismo y la cultura isleña, como José Julián Acosta, Román Baldorioty de Castro, Segundo Ruiz Belvis, Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, Francisco Mariano Quiñones, Julián E. Blanco, Ramón Marín, José de Celis Aguilera, Pedro Gerónimo Goico, y otros tantos de gloriosa memoria. Se desea consolidar una patria. Estos hombres, de una sola pieza, surgen con la clara conciencia de forjar un pueblo. Protestan contra los abusos de los gobernantes. Muchos de ellos se habían formado en las clases establecidas por la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada por el Intendente Alejandro Ramírez, así como en el Seminario Conciliar, del cual era rector Fray Angel de la Concepción Vázquez, puertorriqueño.

Para esta época de incertidumbre, pero a la vez de rebel-
días, habrá de publicarse un libro clave, *El Cibaro*, 1849, del

doctor Manuel A. Alonso, del cual nos dice el ensayista, Antonio S. Pedreira, "encendió su luz nuestra primera estrella". Pues con este libro representativo "se descubre al fin el alma de Puerto Rico". Pedreira, en su libro *Insuralismo*, afirma sobre el doctor Alonso que:

suyo es el primer intento de definición poética del tipo puertorriqueño en el Album; suyos los primeros esbozos de costumbres, publicados en el *Cancionero*; suyo también *El Gíbaro*, la nota más henchida de este período y acaso de toda nuestra literatura del siglo XIX. En él se resume maravillosamente el trozo más expresivo de nuestra historia; por él conocerá el futuro la infancia de nuestras tradiciones, amarguras, creencias, virtudes y defectos y las aristas ya centenarias de nuestro carácter.¹⁰

En los diversos aspectos que trata el libro, recoge, y más bien evoca el autor, con cierta melancolía lo que se nos estaba yendo para esa época. Y para hacer una afirmación de nuestros valores, Alonso escribe en la lengua local; y nos habla de nuestras costumbres, nuestros bailes típicos. Nos describe también Alonso la pelea de gallos, con sus notas características que ofrecen un aspecto peculiar del ser puertorriqueño. Pero acaso sea el baile la expresión más representativa del alma de nuestros campesinos, como el de garabato, con su repertorio de sonduro, seis chorreao, el cabayo, cadenas, en los que se usan instrumentos músicos de ruda construcción jíbara como la bordonúa, el tiple, el cuatro, el carracho y la maraca.

El doctor Alonso, con seria conciencia cívica y literaria de su labor intelectual, en el prólogo de *El Gíbaro*, dice que:

Hace cerca de siete años que media el océano *entre mi patria y el lugar en que escribo sus costumbres*: así que mi libro no lleva la pretensión de una obra acabada pero sí de ser intérprete fiel de mi sentimiento.¹¹

Esa mención que hace el autor de *mi patria y el lugar en que escribo*, es altamente reveladora de una ya común conciencia nacional, ya adulta. Y cuando hace el elogio de nuestro baile dice el doctor Alonso:

¡Oh hijas de mi patria! nadie os iguala en el baile, nadie derrama como vosotras ese raudal de fuego puro co-

mo vuestras frentes, esa voluptuosidad encantadora que sólo nace en nuestro clima.¹²

Y en "Un desengaño" (cuadro de costumbres), el autor empieza el artículo diciendo: "En un lugar de mi patria" . . . y más adelante, al hablar el cura en el mismo relato y dar su opinión sobre la educación de los hijos de los compadres dice que "los conocimientos adquiridos después de fundados en ella, (la educación), formarán hombres útiles a la patria".¹³ Lo cual hace creer que ya era corriente en Puerto Rico, para esa época, pensar en nuestra isla como en una Patria, como algo que tiene sus propias características espirituales, cívicas y sociales.

Pero mucho antes de mencionarse el concepto patria, ya entre los primeros autores tenemos al licenciado Don Diego de Torres Vargas, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de esta Isla, que en su *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico y de su vecindad y población*, escrita para el 1617, decía que:

los naturales son generalmente de grande estatura, que sólo un linage hay que la tenga pequeña; de vivos ingenios, y *fuera de su patria*, muy activos y de valor, que aunque en lo antiguo no se tiene noticia, más que de aquel capitán de Flandes, Juan de Avila, natural de esta ciudad, que por sus hechos mereció que se hiciera de ellos mención en la 1a. parte de la Pontifical que escribió el Doctor Babía y de otro caballero, Don Antonio Pimentel que lo fue del hábito de San Juan.¹⁴

Y más adelante el canónigo Torres Vargas, luego de hacer una lista de hombres i'ustres que salieron de Puerto Rico para servir en diferentes partes de América, por su talento y prestancia, dice:

de los que han *salido de la patria*, se conoce que cualquiera que cumpliera con el mandato que le hizo Dios a Abraham, egredo de terra tua et de cognations tua, sin duda lucirá *adelantando su casa y honrando a su patria*, y su amor dulce como dice Virgilio, dulces amor patriae laudum immensa cupido, y que sea la primer nobleza la de esta ciudad y la de Santo Domingo, lo refiere Antonio de Herrera y se deja bien entender por haber sido las fundaciones primeras.¹⁵

Pero lo que resulta curioso es el hecho de que un puertorriqueño trotamundos, aventurero, con ribetes de pícaro, acaso el primero que tendrá la América, Alfonso Ramírez, al hacer mención de su lugar de origen, en sus *Infortunios*,¹⁶ que relata al Presbítero don Carlos de Sigüenza y Góngora, dice:

Es mi nombre Alfonso Ramírez, y mi patria, la ciudad de San Juan, de Puerto Rico, cabeza de la isla que en los tiempos de ahora con este nombre y con el de Borinquen en la antigüedad entre el seno mexicano y el mar Atlántico divide términos.

Era mi padre carpintero de ribera e impúsome, en cuanto permite la edad al propio ejercicio, pero reconociendo no ser continua la fábrica y temiéndome no vivir siempre por otra causa, con las incomodidades que aunque muchacho me hacían fuerza determiné hurtarle el cuerpo a mi misma patria para buscar en los ajenos más conveniencia.¹⁷

Alfonso Ramírez, sale de Puerto Rico a los 13 años, en 1675, ingresa en "una orquesta del capitán Juan del Corcho que salía de aquel puerto, (San Juan), para el de la Habana", dice él, como paje, y que no le "pareció trabajosa la ocupación, *considerándome en libertad* y sin la pensión de cortar madera".¹⁸ Luego de abandonar la nave, arribó a tierra firme de Nueva España, llegó a Puebla de los Angeles, después de pasar por Xalapa hasta Perote. Por último, se decide abandonar Puebla e irse a la ciudad de México. Veamos lo que relata:

En la dimora de seis meses que allí perdí experimenté mayor hambre que en Puerto Rico y abandonando la resolución indiscreta de abandonar mi patria por tierra adonde no siempre se da acogida a la libertad generosa, haciendo mayor el número de unos arrieros sin considerable trabajo me puse en México.¹⁹

Los *Infortunios que Alfonso Ramírez natural de San Juan de Puerto Rica padeció* fueron recogidos a viva voz por el Presbítero Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1690), cosmógrafo y catedrático del Rey Nuestro Señor, en la Academia Mexicana, 1690, nos muestran un alma deseosa de libertad, de aventura, independiente, que en parte va a representar el espíritu indómito y liberal de los puertorriqueños.

El estado de presión militarista había creado un cerco de agresión, una conciencia separatista que habría de culminar en la Revolución de Lares, en 1868, gesto éste hermano del Grito de Yara, en Cuba, surgido ese mismo año y que duró hasta 1878. Es decir, es ese el momento de predominio de ideas liberales defendidas desde la tribuna y la prensa por estos hombres de recia envergadura moral y patriótica, forjadores de una conciencia pública, cuando surgen los partidos políticos que se van a esforzar en conseguir mayores reformas: la abolición de la esclavitud, representación isleña en las Cortes Españolas, la autonomía municipal, para lo cual irán a Madrid, en 1866, José Julián Acosta, Francisco Mariano Quiñones y Segundo Ruiz Belvis. Pero el Bando de Policía y Buen Gobierno, del Capitán General, Don Juan de la Pezuela, fechado en 1848, pone al pueblo en actitud hostil creando una atmósfera de protesta que da origen a las agrupaciones políticas. Unos se convierten en liberales, otros en conservadores, y de esta pugna de criterios surgen los Reformistas y los Asimilistas.

Ya no era posible silenciar el espíritu liberal, por lo que, como contrario a Asimilistas y a Reformistas, se habrá de crear el partido Autonomista, opositor de la monarquía, no obstante, no del todo separatista. En su primera asamblea, celebrada en Ponce, en 1887, el Partido Autonomista, demandó identidad política y jurídica con la metrópoli, "mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional", programa que se creyó demasiado radical por parte del gobierno insular, por lo que la férula opresora de los capitanes generales no dejó de perseguir por todos los medios posibles a los dirigentes y simpatizadores de estas reformas de justicia política.

Para acallar las ideas liberales y suprimir el partido Autonomista el en ese momento recién nombrado gobernador, Romualdo Palacio, urdirá una serie de procedimientos, acusa a los autonomistas de subversivos y de tramar una conspiración contra el gobierno establecido, poniendo en la cárcel a los hombres más honorables de ese momento del civismo patrio. Y se crea a su vez el plan diabólico de los componentes, organizado por el nefasto Romualdo Palacio, en que habría de someter a hombres dignos a castigos onerosos. Según Francisco Mariano Quiñones, contemporáneo, testigo de estos hechos, se contaban violaciones y actos en lo más sagrado del domicilio que no se pueden relatar. Antonio S. Pedreira, que escribió todo un libro, *El año te-*

rrible del 87, nos dice en su libro de ensayos, *Insularismo*, sobre los compontes, que

Jóvenes y ancianos tratados a culatazos por la guardia incivil para arrancarle confesión de lo que muchos ignoraban; encarcelamiento de culpables e inocentes, tratados peor que criminales; bofetadas insolentes en rostros respetables; castigos dolorosos; latigazos, palos y punta-piés a los indefensos, amarrados codo con codo en el suelo y en el terrero de un sol canicular; amenazas de fusilamiento, dolorosos cordeles y palillos que trituraban los dedos, dislocaban los brazos y rompían los huesos; ataduras a la cola de los caballos; retorcimientos testiculares, con angustias horribles, mutilaciones.²⁰

El primero en ser abofeteado y encarcelado, sufriendo los horrores del componte fue el periodista español Don Francisco Cepeda, defensor de los derechos de los puertorriqueños; también fue escarnecido el dignísimo don Román Baldorioty de Castro, así como los paladines del civismo, Salvador Carbonell, Ramón Marín, Santiago R. Palmer, entre otros de prestigio que irán a parar a las cárceles del Morro.

Pero estos hombres eran de una fortaleza a toda prueba, y cuando es imposible el entendimiento en la propia isla, lo harán en la metrópoli. Se crean sociedades abolicionistas de los esclavos y se da ejemplo de solidaridad cristiana al ser manumitidos en el momento mismo del bautismo, muchos hijos de esclavos. Entre los primeros abolicionistas se habrá de distinguir el doctor don Ramón Emeterio Betances, creador de una sociedad abolicionista secreta, cuyo programa personal de reforma se conoció como el de "los diez mandamientos de los hombres libres", en que pedía en primer término la abolición de la esclavitud. Betances no postulaba su ideario en papel, lo llevaba a la práctica, y en la pila bautismal rescataba a la civilización y a la libertad al negro recién nacido, mediante el pago de veinticinco pesos, impuesto fijado por el general Juan de la Pezuela, para la redención del negro. También habrá de distinguirse, en esta noble causa de dignificación humana, el licenciado Segundo Ruiz Belvis, quien da el hermoso ejemplo de misericordia manumitiendo los esclavos que había heredado.

Esta atmósfera abolicionista se plasma definitivamente cuando el ilustre periodista don Julio L. de Vizearrondo funda en

Madrid, en 1865, la Sociedad Abolicionista Española, que culminará con la abolición de la esclavitud, el 22 de marzo de 1873. Sobre este acontecimiento de verdadera humanidad y alta civilidad nos dirá el doctor Tomás Blanco:

La iniciación, el desarrollo y triunfo del sentimiento abolicionista en nuestro país es la página más clara de la historia de la isla.²¹

Las justas demandas del partido Autonomista fueron oídas y Puerto Rico consiguió finalmente la Autonomía. Pero cuando íbamos a gozar del privilegio de hacer nuestro gobierno, dos golpes imprevistos nos aturden: la intervención norteamericana en 1898, y el Ciclón de San Ciriaco, 1899.

Mientras tanto los patricios emigrados a New York fundaron allí, en 1895, la Sección de Puerto Rico de la Junta del Partido Revolucionario Cubano. Muchos de ellos, alentados por el entusiasmo libertario, se van a Cuba a pelear por su libertad, muriendo por esta noble causa en la manigua cubana; entre otros, Gonzalo Marín y su hermano Wenceslao.

El Partido Unionista fundado en 1904, procedía del antiguo partido Federal del 1898; en su programa sostenía la llamada "base quinta", o sea, la autonomía, la "estadidad" y la república con protectorado. En 1913, este partido eliminó de su plataforma la "estadidad". En 1916, de la célebre asamblea de ese partido celebrada en Miramar surgieron dos nuevos sectores; uno, sustentador de la independencia, acaudillado por José de Diego, y el otro, que postulaba la independencia con protectorado, por Luis Muñoz Rivera. Pero será hasta mucho más tarde, en 1928, cuando se funde el Partido Nacionalista, por iniciativa del gran tribuno licenciado don José Co'l Cuchí.

Desde el 1910 existía en Puerto Rico un partido obrero dirigido por don Santiago Iglesias Pantín, el cual se convirtió, en 1917, en Partido Socialista.

El 2 de mayo de 1917, por virtud del Acta Jones, se concedió a los puertorriqueños la ciudadanía americana, extendiéndose a la isla el servicio militar obligatorio.

El Partido Republicano que fue fundado en 1898, creyó ver un paso de avance en la Ley Orgánica de 1917 que daba la ciudadanía, y que con ello se alentaba el ideal de convertir a Puerto Rico en un Estado de la Unión Norteamericana.

El 13 de septiembre de 1928, ocurre el huracán San Felipe, el más destructor de nuestra historia. Mueren, alrededor de 312 personas, hay miles de heridos y devastación casi total de la agricultura, derrumbe de edificios, la industria del azúcar arruinada, los cafetales en flor, arrasados, así como las siembras de tabaco; unas 500.000 personas quedan sin albergue, y las pérdidas se calculan en más de ochenta y seis millones de dólares. Mas no termina allí el infortunio, el 26 y 27 de septiembre de 1932, otro ciclón, San Ciprián, arrasa de medio a medio la Isla, siega 257 vidas, dejando en la indigencia a más de setenta y seis mil personas, con un saldo de daños a la propiedad de cuarenta millones de dólares.

Estas calamidades dejaron en el ambiente no sólo hambre, desesperación, desajuste económico; crearon además un estado de resentimiento que encarnó en el Partido Nacionalista, dirigido en este momento por don Pedro Albizu Campos. Don Pedro Albizu Campos le da un cariz militarista y agresivo a su política negando a los Estados Unidos autoridad legal para regir los destinos del pueblo de Puerto Rico, pues España, jurídicamente estaba incapacitada para cederlo, por contar Puerto Rico con un sistema de gobierno otorgado por España y además porque el pueblo de Puerto Rico que era el afectado, no había sido consultado ni participado en las discusiones del llamado Tratado de París, de 1898. La exaltación nacionalista llevó a cabo una serie de actos de violencia en que murieron varios funcionarios militares y civiles del gobierno, tanto federal como insular. Entre estos actos, el asesinato del Coronel Francis Riggs, Jefe de la Policía Insular, provocó más tarde la matanza del Viernes Santos en Ponce, el 21 de marzo de 1937. En ella murieron dos policías insulares y diez y siete ciudadanos y fueron heridos, además, cinco policías, así como sesenta y cuatro personas. Celebrado el juicio de los nacionalistas, el "líder" don Pedro Albizu Campos fue condenado a cumplir diez años de prisión en Atlanta, Georgia.

Dos agrupaciones casi conciliatorias se originaron del Partido Nacionalista, el Partido Popular Democrático y el Partido Independentista —Congreso Pro Independencia— la llamada Alianza y el Partido Socialista se habían fusionado, fundando el Partido de la Coalición, en 1932, y ese mismo año se funda el Partido Liberal que se extingue en 1936.

Mientras tanto, el Partido Popular Democrático, con su ideal de Pan, Tierra y Libertad, habría de triunfar ininterrumpidamente desde el 1940, hasta nuestros días, llevando a efecto un programa de rehabilitación económica mediante la industrialización del país. El 25 de julio de 1952 se logra una fórmula de gobierno más independiente, con la instalación del Estado Libre Asociado, en que el pueblo tiene ingerencia directa en los asuntos primordiales de su política y su economía.

El primer puertorriqueño designado gobernador insular fue don Jesús T. Piñero, por mandato del presidente Harry S. Truman, en el año 1946. El primero elegido por el voto popular de su pueblo, fue don Luis Muñoz Marín, en el año 1948.

N O T A S

(1) M. Menéndez y Pelayo, **Historia de la Poesía hispanoamericana**, Vol. I, 479 p., Vol. II, 436, p. Cap. V-P.R. (325-346), p. 325.

(2) Adolfo de Hostos, **Ciudad Murada**, pág. 48.

(3) Tomás Blanco, **Prontuario histórico de Puerto Rico**, p. 22-23.

(4) A. Tapia y Rivera, **Biblioteca histórica de Puerto Rico** p. 459-60.

(5) Salvador Brau, **Disquisiciones sociológicas y otros ensayos**, Introducción de E. Fernández Méndez, p. 280.

(6) Fray Iñigo, Abbad y Lasierra, **Historia geográfica civil y política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico**, 2a. ed. Estudio preliminar de Isabel Gutiérrez del Arroyo, p. 96.

(7) Opus Cit., p. 52.

(8) Opus Cit., p. 92—(**Boletín histórico de Puerto Rico**, 14 vols.) La cita parece en el **Boletín**, Vol. 10, p. 97.

(9) Rafael W. Ramírez, **Instrucciones al Diputado Don Ramón Power Giral**, **Boletín de la Universidad de P. R.**, p.p. 9-31.

(10) Antonio S. Pedreira, **Insularismo**, Ensayos de interpretación puertorriqueña, p. 58.

(11) Manuel A. Alonso, **El Gíbaro**, p. 109.

(12) **Un desengaño**, cuadro de costumbres; **El Gíbaro**, de Manuel A. Alonso, aparece, en **Crónicas de Puerto Rico**, (1809-1955), prol. de E. Fernández Méndez.

(13) *Ibid.*, p. 121.

(14) A. Tapia y Rivera, **Biblioteca histórica de P. R.**, Ed. del Instituto de literatura de P. R., **Descripción de la Isla de Puerto Rico**, etc., p. 200.

(15) *Ibid.*, p. 210.

(16) Carlos de Sigüenza y Góngora, **Infortunios que Alfonso Ramírez natural de San Juan de Puerto Rico padeció**, p. 221.

(17) *Ibid.*, p. 222.

(18) *Ibid.*, p. 222.

(19) *Ibid.*, p. 223.

(20) Antonio S. Pedreira, **Insularismo**, p. 185.

(21) Tomás Blanco, **Prontuario histórico de Puerto Rico**, p. 83.

SEGUNDA PARTE

LA POESIA Y SU SENTIDO

CAPÍTULO I

TRASFONDO DE NUESTRA CREACION POETICA

Varios motivos —falta de centros docentes superiores, aislamiento cultural y político, escaso comercio de libros —explican en parte la pobreza para crear en los tres primeros siglos de nuestra historia.¹

El primer nombre ligado a nuestros orígenes literarios será el del poeta español Bernardo de Balbuena, (1568-1627), que fue obispo de Puerto Rico, y en nuestra isla terminó de corregir y escribió el prólogo de su celebrado poema heroico *El Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles*, publicado en 1624, en Madrid.

Pero hasta 1682 se dará a conocer el primer poeta puertorriqueño, en el orden del tiempo, Francisco de Ayerra Santa María, (1630-1708), al aparecer una *Canción* suya premiada en un certamen celebrado por esa fecha en México, incluida en el libro, *Triunpho Parthenico*, 1683.² Sin embargo, Ayerra Santa María no puede considerarse como poeta puertorriqueño su poesía de tono gongorino, excesivamente cultista e intelectual, no nos dice nada de su origen: en un sentido riguroso, es un poeta sin raíces.

Para el 1806 llegará la imprenta a Puerto Rico: "un emigrado francés de apellido De la Rue",³ la introdujo. Como no pudo dicho extranjero operar su taller, fue comprado por el gobierno que empezó a publicar ese mismo año *La Gaceta de Puerto Rico*, como órgano oficial. En este periódico, según el doctor

Rosa Nieves, "en algunos números encontramos alguna que otra poesía mal hilvanada y de fofa ideología en donde campea el color local".⁴ Más adelante, el citado investigador nos dice que "en 1815, aparece *El Ramillete*, que era un semanario en donde la juventud de la isla iniciaba sus facultades creadoras".⁵

Y van surgiendo así los periódicos en los que se inician nuestros primeros periodistas, escritores y poetas: *El diario económico de Puerto Rico*, 1814; *El Cigarrón*, 1814; *El Investigador*, 1820; *El Eco*, 1822; *El Boletín Instructivo Mercantil*, 1839, entre otros. Es en *El Diario Económico de Puerto Rico*, 1814, según apunta Antonio S. Pedreira, donde se dará a conocer el primer periodista puertorriqueño: José de Andino y Amézquita.

Un hecho relevante en los comienzos de nuestro periodismo es el relacionado con el cuarto periódico, fundado en 1820, *El Investigador*, en cuyo segundo número se inicia la primera polémica motivada por las llamadas "Coplas del Gíbaro",⁶ escritas por un poeta civil, de nombre Miguel Cabrera, de la Villa de Arecibo. Esta polémica es de suma importancia en nuestra historia nacional y literaria, por cuanto en ella se dan rasgos muy propios de nuestra personalidad, además de ser ésta la primera vez que se emplea el término *Gíbaro*. La actitud de desconfianza asumida por el coplero, respecto a la Constitución de 1812, es característica de nuestros campesinos, esquivos y en guardia contra el engaño de los hombres de la ciudad y los políticos. Además en estas Coplas, a nuestro entender, aparecen las primeras notas costumbristas y, por ende, el habla dialectal de nuestro campesinado.

Según el profesor e investigador don Manuel García Díaz, cuando nuestra literatura "se empieza a desarrollar no lo hace al calor del romanticismo, que aún estaba en su plenitud en Europa, sino al calor del neoclasicismo, que aún estaba batallando por no desaparecer".⁷ ya que nuestra literatura, según concluye este investigador, nació, "en el 'frío ardor' del neoclasicismo".⁸ Hecho que indudablemente quedará confirmado con las obras que luego van a aparecer en esos años, en nuestro raquí-tico mundo literario.

Para la fecha en que se introduce la imprenta, 1806, aparece también el primer libro publicado en Puerto Rico, *Ocios de la juventud*, del poeta español Juan Rodríguez Calderón, nacido en Galicia, a fines del siglo XVIII, según Tapia y Rivera. Pero

este aeda, según la escritora María Teresa Babín,, estará ligado a la cultura de nuestra isla: "desde antes de esta fecha, en 1802, este poeta había publicado en Madrid el soneto, "Ida al campo de Puerto Rico".⁹ Este poeta es también autor del canto "A la hermosa y feliz isla de Puerto Rico", 1816¹⁰ publicado originalmente en España y más tarde incluido en las *Memorias*, 1832, de Pedro Tomás de Córdova.

Otro poeta que habrá de aparecer en estas *Memorias* será María Bibiana Benítez. (1783-1873) —con su oda "La ninfa de Puerto Rico"— primera mujer que publica versos en la isla, es autora de la obra en verso *Diálogo*, 1858, y del drama *La Cruz del Morro*, 1862, en dos actos y en verso.

En el orden del tiempo, Juan Rodríguez Calderón, con su soneto "Ida al Campo de Puerto Rico" y su poema "A la hermosa y feliz isla de Puerto Rico", es el segundo poeta extranjero, en cantarle al paisaje de Puerto Rico; el primero fue Juan de Castellanos, en su "Elegía VI", de su poema narrativo, *Elegías de varones ilustres de Indias*. Este poema de Rodríguez Calderón, "A la hermosa y feliz isla de Puerto Rico", de corte neoclásico, formalmente bien escrito, es frío en su aliento. No obstante, en él se hace un bello elogio a nuestra isla, que según el poeta, "es albergue venturoso". Encuentra que sus moradores son dignos y cordiales, se encuentran siempre felices en sus pueblos; de ellos le causa sorpresa y simpatía, la inocencia y la alegría de vivir. Luego le canta a la agricultura, al clima y a la naturaleza pródiga:

*El forastero cree con justicia
que en la Arcadía se mira:
no observa allí malicia
y sólo sencillez y agrado admira.*

Tierra para el lirido paradisiaca, en donde no se ven reptiles mortíferos. El poema termina con esta exaltada unción.

*Salve, ¡Oh, isla excelente!
sitio más lindo cuanto más lejano
salve apacible gente
que desde suelo hispano
en tí busco el amparo,
salve epílogo raro
de cuanta perfección el gran tonante*

*dispensó al Universo;
¡salve, en fin, y el adverso
hudo, tu dicha ni placer espante!*

El poeta, por propia experiencia, tiene una visión edénica de la isla, desde lo delicioso de su clima, su naturaleza, su paz, hasta sus habitantes, entre los cuales no encuentra la miseria, ni en el aspecto moral ni en el económico, algo que bien puede llamarse singular. Acaso el poeta vio a Puerto Rico con los ojos de la admiración más emotiva y el agradecimiento más sincero, en un subjetivismo sentimental un tanto exagerado. De ahí creemos, van a arrancar toda una corriente de sentimiento apasionado del paisaje puertorriqueño.

El poema de María Bibiana Benítez, "*La ninfa de Puerto Rico*",¹¹ que originalmente apareció sin el nombre de la autora, en las *Memorias*, 1832, de Pedro Tomás de Córdova, está escrito bajo la influencia de Fray Luis de León, y en algunas ocasiones, parece que la autora sitúa la acción del poema en un paraje imaginario o exótico. Al hablar de la justicia nos dice:

*No puede a tu presencia el furor craso
del pésimo delito
en caminar su paso
al honesto vergel del pastorcito
que desde luego corre a tu regazo.*

Aunque con escenario y elementos un tanto falsos, la autora nos ofrece la tónica de mansedumbre y candor predominante en el ambiente isleño. Más adelante nos reafirma:

*¡Oh que dulce consuelo la inocencia
tranquila en su cabaña
reposa en la conciencia
de que perenne vela la campaña
que su riesgo no pisa la insolencia!*

Y es el hecho que, según el poeta, en el Puerto Rico de ese entonces, refiriéndose a la justicia:

*Sabe que aquí tu templo se ha erigido
que profanar no puede
el dolor fementido,*

*y su espíritu firme nunca cede,
del dolor al imperio sometido.*

En esa atmósfera de égloga, la autora, feliz, nos dice que contempla, desde la alta cumbre agreste de Luquillo, las orillas de los ríos "cubiertas de frondosas sementeras". Mas con visión extraña y tono exótico el poeta nos describe la exuberancia y delicia de nuestra campiña, veamos:

*Aquí la espiga vanidosa
de llevar bien temprano
la mies, dulce, abundosa
que lo mismo en invierno que en verano
recoge la zagala primorosa.*

Tal parece que el poeta está describiendo un paisaje dieciochesco, galante, fino, acogedor, pero falso: no obstante, en el caso específico de Puerto Rico, no parece ser así en lo esencial, sino en lo puramente exterior y accesorio de su poetizar, por hallarse bajo la influencia neoclásica, preocupado por demás en contener la expresión y cuidar la forma. Sin embargo, en el poema también apreciamos valores nativos, autóctonos, cuando por ejemplo el poeta nos dice:

*Aquesta es tu mansión: do un bello cielo
una atmósfera pura
del insoluble hielo
precursor de la muerte prematura
hace feliz al hombre, sano el suelo.*

Para volver de nuevo a la afirmación del sentido virgiliano de la campiña puertorriqueña, cuando nos dice, refiriéndose a la justicia;

*Aquí es tu mansión: en ella moran
la paz y la inocencia
que te aman y que te adoran
y con solemne voto de obediencia
de tu noble alianza se decoran.*

El poeta quiere dejar también constancia del sentimiento religioso y del heroísmo de sus compatriotas, en que parece que el

Cordero pascual de nuestro escudo le sirve de enseña simbólica de libertad:

*Aquí, ¡Pero que digo! esta es la tierra
do sólo una vez Marte
osó traer la guerra,
le opongo ya el Cordero y su estandarte
y la soberbia Albión humilla, aterra.*

*Para siempre repulso, avergonzado
huye el britano fiero,
y en su isla retirado
preconiza el valor de mi Cordero
por las nociones todas respetado.*

Frente a la perfidia y ataques alevosos de los corsarios ingleses, estaban el valor y la fe de los puertorriqueños. La poetisa, indudablemente, se refiere a las expediciones hechas, con el propósito de conquistar la isla para la Corona Inglesa: la de Francis Drake, en 1595; la de Sir George Clifford, Conde de Cumberland, en 1598, y la de Sir Ralph Abercromby y Sir Henry Harvey, en 1797, las cuales fueron rechazadas valientemente por los puertorriqueños. Este último hecho heroico hizo que la ciudad de San Juan orlara su escudo de armas con las frases: "Por su constancia, amor y fidelidad es muy noble y muy leal esta ciudad".

El poema es de escasos méritos literarios, no hay en él, descripciones notables, tampoco es un poema narrativo, más bien es ideológico: su tema, la justicia, cuadra con la vida apacible que describe. Los principales temas de este poeta neoclásico tienen proyecciones universalistas, ya que está influido por los poetas alemanes, franceses, italianos y españoles.

No obstante estos loables esfuerzos personales, el ambiente cultural puertorriqueño, para esa época, es raquítico, el tráfico de libros es nulo, la publicación de revistas, inexistente, los periódicos, con apariciones esporádicas y bajo la vigilante y odiosa censura oficial. Los libros publicados, menos que inferiores; en ellos no encontramos ni siquiera la intención literaria.

El segundo libro que se imprime en Puerto Rico, *Cuadernito de varias especies de coplas devotas*, 1812, no tiene valor literario alguno; fue su autor el religioso capuchino Fray Manuel María

de Sanlúcar. Más tarde se publica otro libro, raro para esa época, en Puerto Rico: *El beso de Abibina*, 1838, del clérigo Graciliano Afonso (1775-1861), deán de Canarias. En dicho libro aparece "una traducción de las *Odas de Anacreonte* y del poemita de Museo, *Amores de Hero y Leandro*, juntamente, con una colección de 27 anacreónticas originales".¹² A este libro sigue *Un entreacto de mi vida en Puerto Rico*, 1839, de Jacinto de Salas Quiroga, (1813-1880), liberal español que después de recorrer varios países de Hispanoamérica, visita a Puerto Rico.

Tanteos que aunque mediocres ya dejan ver en la primera poetisa nuestra, María Bibiana Benítez— los tres aspectos que van a servir de trípode estructural y anímico a este trabajo: a saber, el tratamiento del paisaje, idealizado, en su color, su luz y su música; la intención de arraigo terrígena, aún no nacionalizada, pero que se manifiesta por el elogio hecho a la heroica defensa de San Juan, en que heroísmo y sentimiento religioso se complementan para dar un sentido de hispanidad y cierta nostalgia y apego que la poetisa María Bibiana Benítez caracteriza en la figura de Fernando VII, cuando nos dice:

*Te contemplo
lejana Puerto Rico, de mi lecho.*

*Si el Atlántico vasto te desvía
del regio Manzanares,
mi corazón te envía
un rayo de luz, con que tus Lares
formarán tu ventura y mi alegría.¹³*

Tanteo que será clave para una tradición que inmediatamente tomará su curso natural en los poetas Santiago y Juan Bautista Vidarte, que se darán a conocer en el *Aguinaldo puertorriqueño*, 1843, y en el *Album puertorriqueño*, 1844, respectivamente.

N O T A S

(1) Ver: Cesáreo Rosa-Nieves, *La poesía en Puerto Rico, historia de los temas poéticos de la literatura puertorriqueña*, p. 21-22.

(2) *Ibid.*, p. 24.

(3) Paul G. Miller, *Historia de Puerto Rico*, p. 554.

(4) *Opus cit.*, p. 27.

(5) *Ibid.*, p. 21.

(6) Antonio S. Pedreira, "La actualidad del Jíbaro", **Boletín de la Universidad de Puerto Rico**, sep., 1935, p. 42.

(7) Manuel García Díaz, "Los neoclásicos en Puerto Rico". En: **Literatura puertorriqueña, 21 conferencias**, pp. 86-117, p. 88.

(8) *Ibid.*, p. 97.

(9) María Teresa Babín, **Panorama de la cultura puertorriqueña**, p. 313.

(10) Cesáreo Rosa-Nieves, **Aguinaldo Lírico de la poesía puertorriqueña**, t. I, pp. 40-48. El poema apareció originalmente en, **Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico**, de Pedro Tomás de Córdoba, Puerto Rico, Oficina del Gobierno, vol. 4, pp. 410-418.

(11) *Ibid.*, p. 33-36. De: Cayetano Coll y Toste, **Boletín Histórico de Puerto Rico**, mayo-junio, año XIII, Núm. 3.

(12) Marcelino Menéndez y Pelayo, **Historia de la poesía Hispanoamericana**, t. I, p. 336. (Citado por el Dr. Cesáreo Rosa-Nieves).

(13) *Opus cit.*, p. 34.

CAPÍTULO II

ALBOREAR DEL ROMANTICISMO

Propiamente hablando, no sabemos a ciencia cierta, cuando llegó el romanticismo a Puerto Rico, pues, substraídos como estábamos a todo contacto intelectual y literario, no podemos dar una clave esclarecedora. Lo que sí nos puede brindar en parte alguna luz sobre este asunto podría ser la relación comercial clandestina y la incursión esporádica de viajeros y corsarios, en nuestra isla, los cuales de vez en cuando traían en sus alforjas alguna novedad, no sólo en el sentido puramente mercantil. Indudablemente estos viajeros dejaron aquí sus libros, así como relatos de sus propias aventuras, lo cual pudo haber influido en el cambio de actitud y visión de mundo en ese ambiente mediatizado, estrecho, demasiado civil de la isla.

Hemos de recordar que Ramón Power, el primer diputado puertorriqueño a las cortes españolas, que llegó a ser su vicepresidente, había conseguido para Puerto Rico notables reformas económicas. Consiguió que en 1811, se aprobara por real orden la creación de la Intendencia de Puerto Rico, desligada del Gobierno General, designándose como primer intendente a Alejandro Ramírez. A él se debe la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País, 1813, especie de centro docente liberal, que había de formar algunos puertorriqueños, institución ésta que estimuló la creación de otras asociaciones docentes y culturales como el Seminario Conciliar de San Ildefonso, 1832, que se inició

ofreciendo *becas de merced* y cuyo primer rector lo fue el puertorriqueño, Fray Angel de la Concepción Vázquez. Y como dice el escritor de mediados del siglo pasado Sotero Figueroa, sobre el aspecto de la educación,

aparte del (Colegio) que por el año de 1834 creara el Conde Carpegña, en 1837 se establecieron en la capital el Instituto Liceo de San Juan, que dirigían algunos Padres Escolapios, y el Museo de la Juventud.¹

Más tarde, en 1851, el gobernador Juan de la Pezuela, con fondos de su propio peculio, funda la Academia Real de Buenas Letras que tenía facultades para investigar las necesidades de la instrucción primaria, y que a su vez, ocasionalmente celebra los primeros certámenes que había de avivar la creación literaria. Sobre la naturaleza e importancia de esta Academia dice el Historiador Oficial de Puerto Rico, don Adolfo de Hostos, que era una

especie de consejo de instrucción y arcópagó literario a la vez, entre cuyas atribuciones se mezclaban aquellas encaminadas a estimular el cultivo de la literatura y las destinadas a ejercer la superintendencia de la instrucción primaria.²

Esta Academia, en 1859, premió a los poetas Manuel Felipe Castro y a Juan Manuel Echevarría.

Luego, este primer intento de crear un ambiente cultural en Puerto Rico se acrecienta con el establecimiento del Teatro Municipal, 1830, que da un gran impulso a las representaciones de obras de procedencia española y donde según nos afirma el amante de nuestra historia artística, don Emilio J. Pasarell, estrenan los primeros dramaturgos puertorriqueños como María Bibiana Benítez, (1783-1873); Carmen Hernández Araújo, (1832-1877); Alejandro Tapia y Rivera, (1826-1882); Ramón Méndez Quiñones, (1847-1889); Manuel Corchado, (1840-1884); Eleuterio Derkes, (1836-1883); y tantos otros. Y ya para el 1851, Alejandro Tapia y Rivera escribía el libreto de la primera ópera puertorriqueña, *Guarionex*, con música del maestro Felipe Gutiérrez.

El establecimiento de instituciones educativas, culturales, y cívicas, así como la fundación de periódicos y revistas, librerías y gabinetes de lectura, contribuirán a su vez a crear una atmós-

fera cultural que redundará en la integración de una literatura puertorriqueña . Entre las primeras tiendas de libros pueden mencionarse: Librería y Gabinete de Lectura de don Santiago Dalmáu, 1836; Librería de don Francisco Márquez, 1837; Gabinete de Lectura y Librería de don José Selves Balaguer, 1848. Sobre este particular, refiere don Adolfo de Hostos, en su excelente libro *Ciudad Murada*:

Como dice Tapia, dicha imprenta, (la del Sr. Dalmáu, en la cual se imprimió en 1838, el libro de Graciliano Afonso, *Los amores de Hero y Leandro*), tenía una pequeña librería, primera y única abierta en la ciudad que pasó después a ser propiedad de Gimbernát. El mismo autor, (Tapia), nos ha dejado en sus *Memorias* (*) una corta lista de los libros que vendía la única librería ya mencionada y algunas tiendas que también incluían libros entre sus abigarradas existencias: libros de lectura para principiantes, catecismos, devocionarios, *El Quijote*, *Gil Blas*, *Robinson Crusoe*, *Viaje de Enrique Vanton al país de los monos*, algunas traducciones de los noveladores ingleses y franceses de la historia, de la moral cristiana y el romanticismo, Chateaubriand, Genlis, Walter Scott; las obras filosóficas del Padre Arnat, los manuales de moral práctica del Padre Osuna y otros autores absolutamente insospechables. ³

Más adelante, refiere el citado historiador que,

Otra importante librería de la misma época, la de don José Julián Acosta (**), ofrecía un surtido de 863 obras, 92 de las cuales eran de medicina, 62 de religión y 709 de cualquier otro género. Infiérese de la lectura de este catálogo que la influencia literaria extranjera que actuó con mayor fuerza en el desarrollo de la cultura de la ciudad, (San Juan), fue la francesa: 185 de las obras anotadas corresponden a traducciones de autores franceses, incluyéndose entre los nombres a Balzac, Chateaubriand, los dos Dumas, Cantú, Flammarión, Fenelón, Pascal, Saint Victor, de Kock, Prevost, Rousseau, Saint Pierre, Verne y Zo'la. Los autores de otras nacionalidades ocupan un lugar secundario en la lista, estando limitados a un corto número de las traducciones de Amicis, Ereckmann, Kant y Washington Irving. ⁴

De todo lo cual se colige, una afirmación distinta a la que siempre se ha sostenido, de que el romanticismo puertorriqueño, tiene sus raíces y sus influencias, no en los autores españoles, si-

no ingleses y franceses. Vamos a verlo comprobado en las obras poéticas y en prosa de nuestro primer libro en conjunto: el *Aguinaldo puertorriqueño*, 1843. Y acaso para afirmar aún más este aserto podríamos mencionar lo que nos dice el doctor Rosa-Nieves, al examinar la revista de Alejandro Tapia y Rivera, *La Azucena*, (1870-1871), en que los autores extranjeros más leídos en el Puerto Rico de ese entonces --segunda mitad del siglo XIX-- eran Alfredo de Musset, Edgar Allan Poe, Bécquer, Scott, Guillermo Belmonte, Muller, Heine, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Hartzzenbush, Goethe, Dante, Shakespeare y Camoens.

Referente a los periódicos que se publicaban en Puerto Rico, que contribuyeron al fomento de nuestra literatura, apunta la profesora Josefina Rivera de Alvarez:

También se publicaba en San Juan, hacia el 1846, *La Semana Literaria* del *Boletín Mercantil*, que recogía en sus páginas novelas de los mejores autores españoles y extranjeros así como artículos de historia, biografías y versos. Entre los versos figuran el canto *Al Sol Naciente*, firmado por un Sixto Sáenz de la Cámara el cual es en la historia literaria puertorriqueña la primera composición épica de que se tiene conocimiento.⁵

Había también otras publicaciones que ofrecían acogida benévola a las producciones en prosa y verso de los incipientes literatos puertorriqueños, como *El Mercurio*, 1854, fundado por el ilustre don Julio L. de Vizcarrondo; *El Fénix*, 1855; *La Guirnalda Puertorriqueña*, 1856, que dirigió don Ignacio Guasp Cervera, mal'orquín domiciliado en Puerto Rico desde la infancia, que se había de distinguir como entusiasta promotor y colaborador del *Aguinaldo Puertorriqueño*, 1843; *El Fomento de Puerto Rico*, 1863, revista quincenal que dirigía don Federico Asenjo Arteaga; *El Lunes*, 1866, *El Duende*, 1886, *El Porvenir*, 1866; *El Ponceño*, 1852, en la Perla del Sur. En este periódico se publicó el canto épico, *Agueybana el Bravo*, 1851, del poeta ponceño Daniel de Rivera. *El Diario de Avisos*, 1864, en Mayagüez; *Don Simplicio*, 1873, semanario satírico de Pablo Rodríguez Cabrera; *La Lira*, 1876, dedicado a las Bellas Artes, de Jenaro Aranzamendi; *La Razón* 1870, en Mayaguez, dirigido por José Antonio Freyre, que llegó a ser un periodista notable; *La voz del norte*, en Manatí, dirigido y fundado por el poeta Francisco Alvarez; *El Buscapié*, 1877, semanario dirigido por el gran animador de nuestras letras,

don Manuel Fernández Juncos, En *El Buscapie*, "inició en él —su fundador— el estudio del folklore puertorriqueño, recogiendo además en sus páginas la producción de tales escritores en ciernes como Luis Muñoz Rivera, José A. Negrón Sanjurjo, Matías González García y otros".⁶ Además, tenemos la *Revista Puertorriqueña*, 1878, quincenario de literatura y ciencias, fundada por el poeta José Gautier Benítez y don Manuel Fernández Juncos. Y como corolario a este gran movimiento periodístico e intelectual, tenemos, para 1877, una *Bibliografía Puertorriqueña*, escrita por el poeta Manuel María Sama, lo cual da constancia de la existencia, en nuestro ambiente de una relativa y apreciable producción literaria.

Según el erudito investigador Don Francisco Monterde, las primeras manifestaciones románticas que se dan en América habían ya aparecido en México antes del 1830,⁷ acaso con la figura del poeta cubano José María Heredia, (1803-1839), que vivió desterrado, donde escribe su oda, *El Teocalli de Cholula*, 1820. De este precursor de esta escuela dirá Don Federico de Onís: "Heredia triste y elegíaco, más lírico que ninguno, será el que más influirá en el romanticismo que va a desarrollarse en todo el continente".⁸

Al aparecer en Puerto Rico el romanticismo, con la publicación del *Aguinaldo puertorriqueño*, 1843, hacía ya seis años que en la Argentina se había editado *La Cautiva*, 1837, de Esteban Echeverría, que trajo a América las fórmulas románticas como resultado de su estadía en París. Con *La Cautiva*, toma auge ese movimiento en Hispanoamérica, es "la primera obra que ostentaba con talento el programa de una poesía vuelta hacia el paisaje, la tradición, el color local, el pueblo y la historia".⁹

Acaso el ambiente político alimentó, en parte, el subjetivismo y la rebeldía individual del romanticismo isleño y atemperó el criollismo costumbrista que había de buscar la dimensión agónica del ser nacional incipiente. Nuestro romanticismo pretendió ser autóctono, buceador de nuestras esencias tradicionales. Y aquí cabría mencionar las palabras de Cintio Vitier: "la poesía es el espejo fiel de la integración de la patria". Pues es el tema de la patria el que ciertamente iniciará nuestra literatura y nuestro romanticismo, el cual, será, con el del paisaje y el paisanaje —que ya hemos visto en parte, expresado en la poesía de María Bibiana Benítez— la constante temática de nuestra lírica. En relación con este hecho dice la ensayista María Teresa Babín, que:

El paisaje, el hombre y el ideal de patria forman el triángulo ideológico del tema de Puerto Rico en la literatura. El escritor no se sustrae nunca al encanto de su tierra. Vive sorprendido de su belleza y la describe con una emoción casi infantil, no por hacerlo añadadamente, sino por hacerlo con ingenua alegría, deleite sensual y sentimental a la vez, diciendo con su acento tropical cuánto le agradecemos a Dios el haber nacido en la isla soleada y amorosa. En este sentimiento de paisaje boricua se confunde el presente y el pasado.¹⁰

Más adelante la misma escritora dice:

... En esta corriente misteriosa descubrimos la continuidad y la vivencia de uno de los aspectos más entrañables del tema de Puerto Rico en la literatura.

Nuestra literatura, como ya hemos afirmado, tiene su comienzo con el *Aguinaldo* como iniciativa de un grupo de jóvenes españoles y puertorriqueños. Constituían este grupo de Jóvenes, además del publicista don Ignacio Guasp Cervera, director del *Boletín Mercantil*, los españoles, Eduardo González Pedroso, (Mario Kohlmann), Fernando Roig; los puertorriqueños Martín J. Travieso, Francisco Pastrana, (Jacobo), Carlos Cabrera, Francisco Vassallo, Mateo Cavailhon, Alejandrina Benítez y Benicia Aguayo. El propósito de estos jóvenes al publicar el *Aguinaldo*, era sustituir lo vulgar y cotidiano con un libro que pudiera ofrecerse a una dama o a un amigo, como "signo de reconocimiento", así como a un pariente o a un protector. En esta actitud, a las claras apreciamos, por lo menos en la intención, un deseo de afirmación de lo propio: el libro intentaba ser, "enteramente indígena".¹¹ El libro fue recibido con gran alborozo y, sobre todo, sirvió de estímulo a otros jóvenes ya propiamente puertorriqueños, estudiantes en la ciudad de Barcelona, para que el año siguiente, hicieran una publicación similar, intitulada, *Album Puertorriqueño*, 1844. Los colaboradores de ésta fueron: Pablo Sáenz, Juan Bautista Vidarte, Francisco Vasallo Cabrera, Manuel A. Alonso y Santiago Vidarte.

Al *Album* siguió un *Segundo Aguinaldo*, 1846, publicado en la imprenta de don Ignacio Guasp Cervera, en San Juan, en el cual habría de aparecer otro escritor novel, que luego figuraría en nuestra historiografía como uno de los más distinguidos: don José Julián Acosta. Este *Segundo Aguinaldo*, a su vez, incitará

de nuevo a los estudiantes puertorriqueños en Barcelona, a publicar el *Cancionero de Borinquen*, 1846, y acaso, este estímulo persistente contribuyera a que, más tarde, el doctor Manuel A. Alonso, escribiera y publicara su libro de recuerdos y estampas puertorriqueñas: *El Gíbaro*, 1849. (*) Hemos de ver que estas obras son hijas de un entusiasmo y un fervor genuino a lo nativo. Vienen a constituir los iniciadores de nuestra literatura, sin haber siquiera madurado una tradición en nuestro ambiente cultural. Además hemos de agradecerseles porque en ellos se vislumbra las primeras manifestaciones del tratamiento de los temas principales de nuestra literatura: enuncian ellos, con luminosa incipiente, los temas de la patria, lo edénico, el costumbrismo, el paisaje, etc.

Bien sabemos que estos libros no tienen gran mérito en su realización literaria. Pero a nuestro entender, si el *Aguinaldo puertorriqueño*, entre otros logros, sólo tuviera el de haber contagiado el entusiasmo juvenil y el de iniciar a algunos otros en las lides literarias, ya sería más que suficiente. Además, tiene el valor de haber dado comienzo a la publicación de una serie de *Aguinaldos* y *Cancioneros*, que serían nuestras primeras aportaciones al acervo cultural literario nacional. En ellos hemos de hallar la rica gama de nuestros ideales, preocupaciones y realizaciones estéticas más puras por espontáneas. Y como mesuradamente nos dice el profesor y poeta Francisco Matos Paoli:

Literalmente hablando, el *Aguinaldo*, se mueve en una órbita de excesiva pobreza estética, carece de originalidad creadora y solamente tiene importancia desde el punto de vista histórico por ser la primera obra que abrirá cauce a la influencia más constante de nuestra literatura: el romanticismo.¹²

Pero como hemos afirmado antes, lo que vale primordialmente de estas primeras obras es el propósito y por el hecho de haber contribuido a incitar a la publicación de otros *Aguinaldos* —*Almanaque aguinaldo*, 1859, *Almanaque aguinaldo*, 1866, y de 1867— de ese grupo que colabora en el *Album puertorriqueño*, 1846, surgirá el primer poeta notable de Puerto Rico, y el primer costumbrista: Santiago Vidarte, y Manuel A. Alfonso respectivamente.

Pero donde indudablemente habrá de madurar prometedoramente nuestra literatura será en el *Almanaque aguinaldo*, de 1859:

del cual nos dice el profesor y poeta don Francisco Manrique Cabrera:

De mayor interés poético es el *Almanaque aguinaldo de 1859*, cuya segunda parte recoge un buen grupo de poesías de diverso género, desde epigramas hasta elegías, con notable predominio del acento neoclásico. Esta colección presenta un grupo variado de poetas conocidos al lado de otros cuantos no tan nombrados.¹³

Este florecer de nuestra producción literaria habrá de culminar en las antologías propiamente dichas, como *Nuevo Cancionero de Borinquen*, 1872, de Manuel Soler y Martorell y *Poetas Puertorriqueños*, 1879, de José María Monge, Antonio Ruiz Quiñones y Manuel María Sama.

Entre los primeros autores que se darán a conocer en este amanecer de nuestras letras, que luego se habría de distinguir como poeta, podríamos mencionar a Juan Manuel Echevarría, (? —1866), que en el *Aguinaldo puertorriqueño*, 1843, aparece firmando el poema "A un ramillete", y el ensayo novelesco, "La infaticida". También colaborará con sus creaciones poéticas en el folleto, *Fiestas reales de Puerto Rico*, 1844. Según nos dice la investigadora de nuestra literatura Josefina Rivera de Alvarez, Echevarría era

poeta de versificación suelta y briosa, influido por el estilo brillante y declamatorio de Quintana, obtuvo el premio más alto de un certamen patrocinado en 1851 por la Academia Real de Buenas Letras, con un largo poema en cuatro cantos y un epílogo, sobre el tema *Gloriosa defensa de la ciudad de Puerto Rico durante el asedio británico que sufrió en 1797*; otro poema suyo, titulado *La victoria del Morro*, inspirado en la defensa de San Juan contra los holandeses, en 1625, fue designado también para premio en 1854, en el último concurso que celebró la mencionada Academia.¹⁴

Pero de los colaboradores del *Aguinaldo puertorriqueño*, la figura que más se habría de significar sería de la poetisa Alejandrina Benítez, (1817-1879), nacida en Mayagüez. Su primer poema, "Mis ilusiones", apareció publicado en el *Aguinaldo*. Su poema, "La patria del genio", fue premiado en certamen celebrado por la Sociedad Amigos del País, en 1863, en honor al pintor

puertorriqueño, José Campeche. Figuró en la *Antología de Poetas Puertorriqueños*, 1879, de José María Monge. Sus poemas más representativos son: "Buscando a Dios", "El cable submarino en Puerto Rico", "A Cuba", "A la estatua de Colón", y sobre todo, "La cabaña afortunada", "Meditación", e "Introducción", que apareció en el *Aguinaldo puertorriqueño*, del 1861. Alejandrina Benítez cantará al progreso, al amor, pero al cantarle con acento doñente al paisaje se mostrará amadora fiel de su patria. Veamos lo que a este respecto nos dice el profesor y ensayista José Antonio Torres:

Otro aspecto de la lírica de Alejandrina Benítez es la presencia de la naturaleza en su poesía. La naturaleza, la flora, la fauna, el paisaje, nos lo ofrece con riqueza de detalles. Sin embargo tiende a lo descriptivo, fondo que sirve para aquilatar el amor a la tierra americana y para destacar el proceso civilizador del hombre. Alejandrina Benítez sigue de cerca los modelos románticos, pero notamos como en el caso de nuestro primer lírico, Santiago Vidarte, que la poetisa ya comienza a perfilar las primeras notas particulares del paisaje americano y de Puerto Rico. Su visión de la naturaleza es algo nuevo, inédito, nuestro, acogedor, marco propicio para desarrollar nuestra vida propia.¹⁵

En su poema "La cabaña afortunada",¹⁶ la autora tiene un sentido edénico del ambiente de égloga de la campiña puertorriqueña, en donde "corazones de penas destrozados", pueden encontrar la dicha. Al comenzar el poema, ya tenemos las notas firmes y precisas de nuestra topografía isleña:

*De altos cerros magnífica cintura
forma un valle apacible y misterioso,
donde vierte Turabo la fresca
de su raudal fecundo y delicioso*

En este paraje se levanta una colina, en la que se confunden la higuera, la rosa y la clavellina. En este lugar crecen el naranjo, los "cándidos jazmines", que embellecen las mariposas y los "verdes tomiguines". Esta colina está circundada de una vegetación espléndida de plátanos, los cuales enguirnaldan la flor del café. Y para llenar todavía más de hermosura y de alma el ambiente, el poeta nos dice:

*Se agitan sin cesar en torno de ellas
del bosque los alados ruiseñores,
al viento dando trinos y querellas
y envidia al corazón con sus amores.*

En esta naturaleza casi salvaje, por las "rocas escarpadas se ven saltar las cabras trepadoras", y en medio de este retiro natural se distingue una choza pobre —grato asilo— que humanizada, dominando la colina, ve transcurrir a su ladera, el claro río. El poeta, admirando tanto sosiego y mansedumbre, aconseja al hombre de la ciudad ir a esta cabaña —a nuestro entender, a no dudarlo, la cabaña resulta ser símbolo de paz de la campiña boricua— donde ha de encontrar la dicha, porque en ella el pecho respira libre, en olvido del tráfigo desquiciador de la urbe. El gozador de esta dicha, "no compra con dolor sus alegrías", mientras que

*Al canto de las aves se despierta
el cuerpo sano, el alma en dulce paz.*

En ocasiones, el paisaje y los habitantes parecen imaginados pero por el sentimiento resumido en estos versos apreciamos, que es el de la idealización vivida íntimamente.

En su poema "Introducción", que apareció en el *Aguinaldo* del 1861, el poeta, en un acendrado latir a su isla dice:

*¿Quién de la patria al nombre sacrosanto
no siente el pecho de emoción henchido?*

porque parece que,

*cada una de sus glorias tiene canto
cada una de sus penas un gemido;*

todo lo cual le incita a cantar y elevar el pensamiento. Y nos dice que el sentimiento de amor patrio tiene en su pecho un ara santa, donde "le rinde reverente culto". Por eso, cuando le nombran la patria, siente que "el alma canta", en exaltadas claridades. Y es tal ese sentimiento patrio, que quisiera —como más tarde también lo dirá, su hijo, José Gautier Benítez, nuestro primer romántico— llegar a la muerte antes que olvidarla:

*Será para ella mi postrera voz
para ella mi sentido último adiós.*

Y es que la hermosura de su isla es tanta, que cuando la contempla desde sus altos montes, no puede menos que confesar apasionada:

*Los que anhelaís que su belleza cante
venid a contemplarla de la altura
rodeada de ese mar que besa amante
en sus costas la espléndida verdura,
bajo su cielo azul, puro, brillante
en el que nunca impera sombra oscura,
que al recoger el sol el manto real
viene la clara noche tropical.*

*Noches de mi país, noches serenas
grato embeleso vuestro seno abriga,
os perfuma el aroma de azucenas,
las estrellas os dan su luz amiga,
de resplandor, de paz, de amores llenas
a amar también vuestro atractivo obliga;
que al desplegar sus alas tibia brisa
voluptuosa emoción el alma hechiza.*

Creemos que el poeta es veraz en su exaltación lírica, pues poetas de hoy, como el español Pedro Salinas, han tenido esa misma visión de nuestro mar, de las costas de "espléndida verdura", y de ese

*...cielo azul, puro, brillante
en el que nunca impera sombra oscura.*

Es la concepción de un ambiente incomparable, de sueño y emoción, donde "las estrellas os dan su luz amiga" y las noches están "de paz de amores llenas", mientras "que al desplegar sus alas brisa tibia, la emoción voluptuosa hechiza el alma".

Entre los propulsores de la publicación del *Album puertorriqueño*, 1844, se contaban Manuel A. Alonso, Francisco Vasallo, Pablo Roig, Juan Bautista y Santiago Vidarte, que para ese entonces se encontraban estudiando en la Universidad de Barcelona. De entre ellos se distinguirá, como fino poeta, Santiago Vidarte,

(1828, 1843), que había nacido en el pequeño pueblo de Yabucoa, el 25 de julio de 1828. Cursaba la carrera de leyes cuando le sorprendió la muerte en 1843. Al año siguiente, como homenaje póstumo se publican su *Poesías*, con prólogo de su amigo Manuel A. Alonso.

Vidarte, muriendo a tan temprana edad, logró ser "el primer poeta puertorriqueño que se dedicó al cultivo de la poesía con brillantez y entusiasmo",¹⁷ según lo afirma don Manuel Fernández Juncos. Sin duda alguna, por ser el de más auténtico lirismo llegó a consagrarse como el poeta más notable de su tiempo.

Su poesía es tierna, dolorida, intimista, con gran sentido del ritmo y de la métrica. Su gran destreza técnica queda demostrada en el dominio y uso de diversos metros y ritmos. Entre los temas de su poesía encontramos, "el insomnio, el nocturno, el *carpe diem*, la religiosidad, el mar, la jibarita y el paisajismo patrio".¹⁸ Nostálgico de su isla, le cantará con ternura, idealizándola y viéndola en la lejanía como lugar de ensueño. En relación a el tema de la patria en este lírico dice el profesor y poeta Luis Hernández Aquino que

La patria ha sido tema constante en la poesía puertorriqueña. La tendencia a cantarle surge desde el inicio de nuestra literatura. Ya en el *Album puertorriqueño*, 1844, editado en Barcelona, por jóvenes puertorriqueños que deseaban emular el *Aguinaldo puertorriqueño*, 1843, Juan Bautista y Santiago Viadarte, iniciarán el tema de la patria con sus colaterales del sentido edénico e idílico, anticipándose al "gran Gautier" y otros epígonos.

En el poema "A Puerto Rico", de Juan Bautista Vidarte hay ya la célula del tema patriótico edénico. El poema es idílico con algo de *beatus ille*, y en él se especula con la flora y la fauna de Puerto Rico, aunque el dolor de la ausencia de la patria no cuaja en el emocionado lirismo que utilizará Santiago Vidarte en su poema *Insomnio*, que es posterior y que no deja de ser un canto a la tierra nativa.¹⁹

Lo que luego, en 1849, hará Manuel A. Alonso: darnos un "fiel diseño", del hombre de Puerto Rico, creemos que lo intentó primero Santiago Vidarte, con la campesina nuestra, en su poema, "La jibarita",²⁰ en que la describe como a "niña de tez morena", cabellos y ojos negros que hechiza aún más que su "her-

mosa Borinquén". El poeta, al verla en su figura graciosa nos dirá:

*Con tu andar de mariposa,
con tu tez tan candorosa
nadie es hermosa cual tú.
Por un beso que hechicera
tú me dieras, yo te diera
todo el reino del Perú.*

*¿Qué valen, dí, los tesoros
de turcos, Reyes, moros,
con tu choza y tu palmar,
con tus cocos, tus limones
tus mameyes, tus melones
y tu florido rosal?*

*Sí: en tu choza jibarita,
eres tú la más bonita
del americano Edén.
Y por un sí que hechicera
tú me dieras, yo te diera
mi preciosa Borinquén.*

En donde ambiente edénico y amor a la mujer se mezclan con el amor a la tierra, a la patria, en un matiz tan apacible como apasionado. Y algo que muy bien señala María Teresa Babín al decir que "hay en estos versos un prelude de las décimas del poeta de Collores"²¹ en su aire de modernidad y especialmente en su exquisito tono lírico.

El poeta, en su poema "Un recuerdo de la patria",²² al evocar la dicha familiar, su inocencia, sus amores lejanos, cuando disfrutaba de la belleza angélica de una mujer, nos dice:

*Un Edén el mundo era
dulce, bello y delicioso
donde a la ilusión primera
brotaba el hombre gozoso.*

Todo lo cual, allá en Barcelona, nostálgico de su isla, echa de menos. Finalmente, el poeta confiesa con un suspiro amargo:

*Y tú, mi patria querida
recibe mis ilusiones
mis juveniles canciones
que allá en tu seno de vida
bebí tus inspiraciones*

Diáfananamente vemos que el poeta concibe a su patria como lugar edénico, donde mora el amor, la felicidad, pero que, a su vez, es también fuente de inspiración gozosa.

Veamos ahora su poema más representativo de la expresión romántica, "Insomnio".²³ Es un día de estío, el sol es ardiente, sofocante. El poeta siente que su cabeza le da vueltas. La fiebre, que abate su cerebro cansado, le hace ver fantasmas torvos: ¿qué es lo que quieren estas sombras que conturban su pensamiento? El poeta, para desasirse de ese "cortejo umbrío", invita a su blanca paloma —su amada— a huir a "otra región más feliz", a "otro cenit encantado" —su patria— en donde puedan gozar mejor del amor. De pronto, el poeta observa que la tarde se serena, y le dice:

*Oye... el pájaro ya canta
sus postrimeros amores
y cierran las gayas flores
su casto broche de amor.*

Y en una barca de ensueños —en tierno abrazo con su "bello lucero"— boga el poeta a impulso del viento suave, mientras van contemplando que la noche empieza ya a dibujar en sus luces, la luna y las estrellas.

En la segunda parte del poema, el poeta se encuentra bogando en alta mar llena de placidez el alma, y le dice a la amada, confidencia'mente:

*Mañana hechicera,
la lumbre primera
del sol en oriente
te hará ver riente
fantástico edén.*

En la tercera parte del poema, el poeta, ilusionado ve que... "rompe el alba", "su luz de rosa": ante espectáculo tan hermoso, invita a la amada a despertar, pues presiente que la barca ya se acerca a su isla:

*Verás cual se dibuja en lontananza
verde gigante de metal preñado*

*Verás cabe su planta orgullecida
de flores un fantástico pensil,
donde rico de luz, amor y vida
ostenta sus primores el abril.*

Visión edénica, de vegetación fecunda, toda la isla es un gran jardín aromoso, donde predomina la luz, la vida plácida, donde el amor es una bendición de paz, en medio de una juventud que recuerda la edad primera del mundo. Y hasta resulta que en este ambiente de ensueño, de deleite y suavidad, aun el mismo progreso no lo perturba, antes bien, se entrega sumiso y gozoso:

*Verás, más allá, cuando velerá,
se vaya nuestra barca aproximando,
una peña blancuzca y altanera
que está del mar en brazos dormitando.*

Y esa "peña blancuzca y altanera" no es otra que la ciudad de San Juan, feliz en su romántico sueño tricentenario. Pero tal es el ansia que anima al poeta de arribar a su tierra que le parece "un siglo cada hora": cuando de repente, le dice a su amada:

*... ¿No disingues con su brillo
aquel gigante que en el agua asoma?
Pues se llama el gigante aquel, —Luquillo
¿Y ves allí, cabe su planta umbría
fantástico jardín de flores rico
donde vive el abril, sirena mía?
pues el jardín se llama Puerto Rico.*

Al poeta, en su vigilia, todo se le aparece idealizado: Luquillo es un gigante; Puerto Rico (San Juan) no es ya un jardín común, es otro fantástico, henchido de flores. Pero finalmente, el propio poeta advierte su despropósito emocional, y el poema termina con la sorpresa: "Poder de Dios, si estoy soñando". No obstante esta salida, a nuestro entender, no hay tal delirio, pues es así como realmente el poeta ve en su nostalgia a su patria, que más que verla, es un sentirla, un amarla más allá de todas las palabras.

Otras de las personalidades más interesantes de los comienzos de nuestras letras es la del doctor Manuel A. Alonso. (1822-1889), coeditor del *Album puertorriqueño*, 1844, y del *Cancionero de Borinquen*, 1846. Estudió en el Seminario Conciliar, donde fue discípulo del educador puertorriqueño Fray Angel de la Concepción Vázquez y del Padre Rufo Manuel Fernández, que tanto había de influir en la educación y talento de la juventud isleña.

Alonso hace sus estudios de medicina en Barcelona y se recibe de doctor en 1849. Por varios años residirá en Galicia y Madrid, ejerciendo su profesión con gran éxito. Durante esos años de su vida en la península, según nos dice don Manuel Fernández Juncos, el doctor Alonso

Era médico del general Serrano en los albores de la revolución de 1868; le alcanzó la persecución ejercida contra este ilustre personaje en los últimos días del reinado de Doña Isabel y fue desterrado a Lisboa. Más tarde volvió a Madrid, en donde puso sus influencias y su pluma al servicio de las formas liberales de Puerto Rico.²⁴

A su regreso a Puerto Rico hizo periodismo político y fue director de *El Agente*. Como escritor ya se había dado a conocer en el *Album puertorriqueño* donde publicó los primeros trabajos costumbristas de su obra *El Gíbaro*, 1849. (*) Esta obra, por haber sido escrita a la distancia y en una ausencia de siete años de la tierra, en plena juventud, es de afirmación, y hasta diríamos, definición del criollismo, así como del ser nacional puertorriqueño.

Además de ser Alonso nuestro primer costumbrista, es también nuestro primer crítico literario, en el orden del tiempo. En *El Gíbaro* aparece, como escena IX, el prólogo que escribió para las *Poesías* de Santiago Vidarte. En esta crítica, Alonso se muestra ponderado y certero en el juicio.

En *El Gíbaro*, Alonso, con gran riqueza folklórica, nos pinta a Puerto Rico, desde el aspecto moral y físico de su paisanaje, hasta el de sus costumbres e ideales; fiestas populares típicas, bailes, peleas de gallos, vida en el campo: casamientos jíbaros, instrumentos músicos propios de ellos, fiestas de tradición navideña, aguinaldos, trullas y carreras de caballos en la capital; es decir, todo aquello que define o da una caracterización de un pueblo que lucha por expresarse y vivir su historia con liberalidad consciente, orgulloso de su tierra y de su tradición. Sobre este particular, el profesor don Modesto Rivera nos dice que

De la expresión de nuestro pueblo, de sus sentimientos telúricos, él desarraiga a *El Gíbaro*. Escudriña el folklore. Da forma popular a las tradiciones y narraciones. Con sabor pintoresco y color local crea sus romances. Alonso se funde al espíritu de su época. Sigue sus inquietudes. Por un lado, el romanticismo le hizo revivir épocas pretéritas de la historia isleña y nacional; por otro, expresar su devoción a lo popular y típico. Se apoya en la tradición viva y en las costumbres puertorriqueñas, para crear sus escenas y estampas de ambiente social, que saben a nuestra tierra, huelen a nuestras yerbas y expresan nuestro sentir. Este último aspecto es lo que da expresión a nuestro mundo físico y espiritual, en su obra literaria.²⁵

Además, hay en Alonso una voluntad expresa de ofrecernos, en cierto modo, la ímanifestación simbólica de Puerto Rico en un personaje popular: *Perico Paciencia*. Pero veamos el intento de Alonso de pintarnos la figura física, moral y espiritual del puertorriqueño:

*Color moreno, frente despejada,
mirar lánguido, altivo y penetrante,
la barba negra, pálido el semblante,
rostro enjuto, nariz proporcionada.*

*Mediana talla, marcha acompasada;
el alma de ilusiones anhelnte,
agudo ingenio, libre y arrogante,
pensar inquieto, mente acalorada.*

*Humano, afable, justo, dadivoso,
en empresas de amor siempre variable,
tras la gloria y placer siempre afanoso.*

*Y en amor a su patria insuperable:
este es, a no dudarlo, fiel diseño
para copiar a un buen puertorriqueño.²⁶*

Según lo representa Alonso, el puertorriqueño es de talla mediana, moreno, de semblante pálido, rostro enjuto, frente despejada, nariz proporcionada, barba negra: en su mirar lánguido, altivo y penetrante: de ingenio agudo y pensar inquieto, y aunque tiene un alma siempre anhelante de ilusiones, es humano, justo, afable, dadivoso: es en empresas de amor, variable, por ir ufano tras

la gloria y el placer, no obstante, por sentirse libre, en su mente acalorada, es arrogante y único en el amor a la patria.

Esta descripción emotiva del puertorriqueño nos recuerda en parte la figura melancólica del árabe español, la del andaluz inquieto y soñador y la del castellano arrogante y valeroso, núcleos integradores de las características étnicas de nuestro pueblo. Y debemos recordar que esta imagen del puertorriqueño la hace Alonso desde una perspectiva consciente, de evocación y amor patrio, en que bien podría tener la cabal concepción de lo que eran él y los suyos. Y como afirma el profesor don Modesto Rivera de Alonso:

Su alma se arraiga en las entrañas de lo puertorriqueño, para desenterrar las mejores esencias del espíritu patrio, traducidas en su folklore, leyendas, tradiciones y costumbres: y con su obra enraiza nuestra isla en el mundo de las letras, con su tema de mayor preocupación y vivencia social y política, económica literaria: el tema del jíbaro.²⁷

Pues en esas escenas que componen su libro, hondamente puertorriqueño, el mismo Alonso nos revela que deseaba ser "intérprete fiel de sus sentimientos", no se le podía escapar el tema de la patria. A nuestro juicio, a Alonso se le debe acaso el primer poema de intensión rebelde de nuestra literatura, con "El salvaje", publicado originalmente en el *Album puertorriqueño*, 1844, en Barcelona. Recordemos que en ese momento, año de 1844, Puerto Rico sufría uno de los gobiernos más despóticos de su historia. Siendo gobernador general de la isla don Miguel de la Torre:

En 1825 el gobierno español otorgó "poderes discrecionales" con facultades extraordinarias que las ordenanzas militares confieren a los gobernadores de plazas sitiadas". Quedó implantado el Absolutismo en toda su amplitud. "Las facultades omnímodas" cuya anulación había conseguido el diputado Ramón Power en 1812 quedaron restablecidas y subsistieron por medio siglo.²⁸

Y las llamadas leyes especiales prometidas en 1837 y 1845, para regir a la isla, nunca se pusieron en vigor.

Ante este panorama de injusticias no podía menos que arder la sangre liberal del joven Alonso y escribir poemas un tanto subversivos como "El Puertorriqueño", "El Capitán Correa" y

"El salvaje". Este poema, a nuestro juicio, se presenta como una alegoría a través de la cual el poeta asume una actitud de abierto ataque al gobierno, sin temor a podersele juzgar por rebelde. Veamos el poema.²⁹ Es en tierra antillanas, al caer la tarde, un salvaje descansa de la fatiga, acaso del pelear y junto a él, las flechas con las cuales se ha defendido del "europeo codicioso", e indiferente a "las riquezas que perdió", canta, más bien medita:

*y si acercarse lo veo
morirá al punto a mis manos;
que para sufrir tiranos
en su patrio no nació.*

El poeta, indudablemente, bajo la apariencia del salvaje —el indio— o sea él mismo, asume la actitud de sublevación y ataca deliberadamente a esos gobernadores abyectos. Debemos recordar que, aunque escrito y publicado el poema en Barcelona, su radio de circulación y efectividad mayor sería Puerto Rico. Pero por hallarse viviendo el autor en un ámbito de libertad, en otra estrofa nos dirá:

*Que es mi dicha vivir libre
sin cadenas que me opriman
con su peso sólo giman
los esclavos y no yo.*

Y desde la Ciudad Condal su "gozo no tiene igual", cuando percibe los aullidos del tigre y el sibido de la sierpe —iracundia y violencia— porque intuye que aún no se ha perdido todo. Y como si quisiera provocar un gesto libertario en su gente insular, muy altanera y gallardamente nos dice:

*para probar mi bravura
los montes bastan y sobran
si los indios no recobran
lo que el blanco les robó.*

Fijémonos en los adjetivos un tanto desaforados y desafiantes, ya que en parte, pueden ser ellos un anticipo profético de la Revolución de Lares.

N O T A S

- (1) Sotero Figueroa, *Ensayo biográfico*, p. 77-104. Citado por Cesáreo Rosa-Nieves, en *La poesía en Puerto Rico*, p. 45.
- (2) Adolfo de Hostos, *Ciudad Murada*, p. 332.
- (*) **Balduino Enrico**, por Fernando J. Géigel Sabat, Ed. Araluce, 214 págs. Citado por Adolfo de Hostos, en *Ciudad Murada*.
- (**) Catálogo General de las obras que se hallaban a la venta en la librería de José Julián Acosta, Fortaleza 21, Puerto Rico, un folleto de 56 págs. Citado por Adolfo de Hostos, en *Ciudad Murada*.
- (3) *Ibid.*, p. 372.
- (4) *Ibid.*, p. 372.
- (5) Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de la literatura puertorriqueña*, p. 420.
- (6) *Ibid.*, p. 420.
- (7) Francisco Monterde, "La poesía y la prosa en la renovación modernista", en *La dignidad de Don Quijote*, p. 159.
- (8) Federico de Onís, *España en América*, Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos, p. 159.
- (9) Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, (Brevario 89), p. 115.
- (10) María Teresa Babín, *El tema de Puerto Rico en la literatura del presente*, *Asomante*, (2), 1955, p. 9.
- (11) **Aguinaldo puertorriqueño**, Prefacio: Edición Conmemorativa del Centenario. (La edición es copia facsimilar de la impresa en Puerto Rico, Imp. de Gimbernát y Dalmáu, 1843.
- (*) Manuel A. Alonso, *El Gíbaro*, 1849. Este libro fue escrito en Barcelona, España, mientras su autor residía en esa ciudad.
- (12) Francisco Matos Paoli, *Introducción*, a la Edición Conmemorativa del Centenario del **Aguinaldo puertorriqueño**.
- (13) Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña*, p. 142.
- (14) Josefina Rivera de Alvarez, *Opus cit.*, p. 39.
- (15) José Antonio Torres, *Alejandrina Benítez*, (1819-1879), 1951, en *Asomante*, (4), oct. - dic., p. 51.
- (16) Carmen Gómez Tejera, Ana María Losada, Jorge Luis Porras, *Poesía puertorriqueña*, p. 413-415.
- (17) Manuel Fernández Juncos, *Antología Portorriqueña*, Prosa y verso, p. 56.
- (18) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, T. I., p. 117.
- (19) Luis Hernández Aquino, *Dos cantos a Puerto Rico*, (1-5), *Rev. del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, p. 1.
- (20) *Opus cit.*, 121-123.
- (21) María Teresa Babín, *Panorama de la cultura puertorriqueña*, p. 324.
- (22) Cesáreo Rosa-Nieves, *Opus cit.*, p. 125-29.
- (23) *Ibid.*, p. 111-122.
- (24) *Opus cit.*, p. 19.
- (25) Modesto Rivera, *Concepto y expresión del costumbrismo en Manuel A. Alonso*, p. 172.
- (26) *Opus cit.*, p. 90.
- (27) *Opus cit.*, p. 208.
- (28) Paul G. Miller, *Historia de Puerto Rico*, p. 259.
- (29) Cesáreo Rosa-Nieves, *Opus cit.*, p. 79-81.

CAPÍTULO III

PERIODO DE CULMINACION ROMANTICA

El momento romántico de nuestra lírica va a distinguirse por el cultivo de una poesía de tono intimista dedicada al amor, a la patria, que serán los temas principales. Aunque las más de las veces se utilicen recursos, personajes, incidentes y hasta escenarios exóticos, ello no nos debe llevar a errores, pues bajo el velo de estas fórmulas encontramos protestas sobre los problemas y situaciones del momento político y social que vive la isla. Por eso creemos que nuestro romanticismo es de ley, auténtico, amoroso y blando, pues realmente se escribe por inspiración, y aunque el poeta esté de acuerdo con la creencia de la época de que es una especie de profeta —lo sabe y así lo entiende al cantarle a la patria— no hay en él extravagancia, y se sabe comprendido —por el amor a su patria— y más bien es un ser humilde, triste: —ejemplos, Gautier Benítez, Tapia y Rivera, Francisco Alvarez— que se encarga de interpretar el dolor —así como la rebeldía— de todo un pueblo vejado por gobernantes despóticos que ha tenido que soportar a lo largo de su historia. Y como buen romántico va a tener un concepto idealizado de la mujer, alto sueño el cual apenas habría de alcanzar. Pero el poeta isleño, por ese tener en trance de martirio a su patria, va a ver en ella, no sólo a la amada, sino también a la madre —Tapia, dirá: “¡Patria! ¡Madre! sois una, yo exclamé!”— y habrá de amarla con pureza, en el amor más entrañable. Oigamos los que a este respecto dice la ensayista María Teresa Babín:

El amor a la patria y al dolor de vivir en la patria quizá sea la forma predilecta de expresar el amor en toda la literatura puertorriqueña en prosa y verso. En el concepto de la patria se aúnan el paisaje de la tierra, mar y cielo, con el anhelo insaciable de justicia y libertad. Penetra la entraña del ser o no ser de todo un pueblo y se traduce en un trascendentalismo telúrico, abarcador de las angustias nacionales y los sueños de bienandanzas redentoras hacia un futuro pleno. El amor a la patria adquiere en el escritor puertorriqueño un carácter de intimidad y de regodeo, carece de exaltación y de gritos desahogados, manifestándose con una pátina de melancolía, pero iluminada potentemente con un destello de esperanzada fe.¹

Nuestro romanticismo nunca fue extremista, pues como acertadamente dice el crítico e historiador de la cultura hispanoamericana, Enrique Anderson Imbert, "en las colonias que no se independizaron como Cuba y Puerto Rico, tampoco se debilitó la raíz hispánica, a pesar del prestigio creciente de la literatura francesa e inglesa",² ya que el idioma, en parte, llevaba un sentido de lealtad espiritual y cultural, del cual los puertorriqueños no se desprendieron totalmente. Ese romanticismo contenido de Puerto Rico, está representado en la vida y la obra de tres poetas, encarnadores de su época: Alejandro Tapia y Rivera, (1826-1882), José Gantier Benítez, (1848-1880), y Francisco Alvarez Marrero, (1847-1881); especialmente, estos dos últimos, de vidas dolientes y trágicas.

Alejandro Tapia y Rivera, se nos presenta como un espíritu ardoroso de vida inquieta: es el tipo "de escritor puertorriqueño que cuadra mejor dentro del concepto de un romántico a lo Víctor Hugo",³ según afirma María Teresa Babín. Nació en San Juan y se educó en el Colegio Carpegna, luego estudió en Madrid y Barcelona. Poeta, cuentista, novelista, dramaturgo, ensayista, biógrafo, esteta, historiador, en fin, uno de nuestros primeros polígrafos. Animador sobre todo de nuestra cultura, fundó el semanario *La Azucena*, 1870. Fue asimismo director del periódico *El Agente*. Hombre alerta a los novísimos acontecimientos culturales, estaba al tanto de las ideas más avanzadas de su tiempo. Estuvo desterrado en España —vivió en Madrid, Barcelona, Cádiz— allí frecuentó bibliotecas y conoció personas de ilustre rango intelectual. Transcribe documentos históricos —*Biblioteca histórica de Puerto Rico*, 1854.— que luego han de servir para reconstruir gran parte de los hechos sobresalientes de nuestra historia. Deste-

rrado pocos años después, en la Habana —1857-62— se dedica a humildes labores en una fábrica de cigarrillos, mientras que emplea sus horas de ocio a escribir y editar sus obras: —publica en Cuba, *El Bardo de Guamaní*, 1862.— Temperamento nervioso, con un hondo sentido humanitario y humanístico, desea remediar y transformar el mundo, y escribe su poema simbólico, *La Sataniada*, 1873, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas. Es poema de tono teológico y cósmico, con tendencias ideológicas y espiritualistas. Tapia "hizo de la literatura un verdadero culto". "componía y escribía con gran rapidez", y según nos dice su biógrafo, don Manuel Fernández Juncos, "sólo vivía para el cultivo y propaganda de las letras y las artes".⁴ Su misma muerte viene a ser un hecho revelador: muere el 9 de julio de 1882, de un ataque cerebral, mientras hablaba a la Junta de la Sociedad Protectora de la Inteligencia, en el Ateneo Puertorriqueño. Es decir, su obra tiene el signo de su propia vida. Entre sus obras más apreciables se pueden mencionar: *Bernardo de Palissy*, 1857; *La parte del león*, 1880; *La cuartentona*, 1867; *Biblioteca histórica de Puerto Rico*, 1854; sus *Conferencias sobre estética y literatura*, 1881, donde se muestra con criterio propio, y su singular obra de apuntes autobiográficos *Mis memorias*, publicada póstumamente, en 1928. Sus obras, en general, por no haberse detenido a meditarlas y revisarlas, adolecen de descuidos y fallas lamentables. Don Manuel Fernández Juncos, sobre este aspecto, dice:

Valia más que sus obras su propia personalidad literaria, su ilustración extensa y su gran entusiasmo de agitador de ideas generosas, de propagandista del gusto literario y artístico y de factor de la cultura intelectual de su país.⁵

Su poesía carece de brillantez. Escribió poemas de sabor criollo, así como de rebeldía. Veamos su poema "El último horincano",⁶ en el cual defiende al oborigen, frente al conquistador español. El poema es a manera de una leyenda en verso, en la cual evoca uno de los primeros encuentros guerreros entre indios y españoles. El poeta empieza haciendo referencia a la deseada victoria cuando, perdida toda esperanza, sólo se piensa en que la muerte alivie la desgracia, ya que no es posible resistir el fuego de los cristianos. Nos recuerda que a manos de estos guerreros murió Agüeybana —símbolo de unión— que prestaba aliento a la lucha, por lo que ya no queda esperanza de redención, y resuelven ocultarse, "en las ásperas montañas". El indio que re-

uerda estos acontecimientos bélicos, es un personaje colectivo —acaso el alma ancestral aborígen— que vió las huestes de Yagüez y de Humacao, que un día nefasto fueron al rescate de la libertad de su tierra, pero

*Alli sucumbió el postrero
de las huestes borincanas.
Y cuéntase que su sombra
en aquella cumbre áspera
de tiempo en tiempo se ofrece
a las vecinas miradas.*

El Yunque —que en español significa sufridor— es el símbolo indio, el cual contempla desde su atalaya —espiritual y física— la historia, pero el poeta, acaso resignado, exclama doliente:

*Yo imagino que su espíritu
fue bañado en la luz santa
con que el cielo en su piedad
ilumina nuestras almas.*

A nuestro juicio, este es un canto de impotencia, pues aunque el indio supo "sucumbir por su ley", el poeta antepone cristianismo a paganidad —conquista y sumisión— a la libertad e independencia: predomina en el poeta el amor sentimental a su tierra. Es la redención del indio por la cruz lo que supone, trae bienandanzas a su patria, por lo que la Sierra de Luquillo, viene a ser imagen de sumisión. Tapia, aunque rebelde, en política es de ideales asimilistas.

En el poema "Borinquen donde nació,"⁷ el poeta concibe a Puerto Rico como un edén. Al escribirlo, se encuentra desterrado en Cádiz, y al ver marchar a sus compatriotas de regreso a su tierra, se queda "enfermo de mal de ausencia" pensando en su patria de

*Cielo azul y transparente
campos de eterna verdura.*

y que es un

¡panorama de hermosura

Todo ello lo dice el poeta después de haber visitado a Inglaterra, París, Italia, la capital estadounidense, Wáshington; pero encuen-

cuerda estos acontecimientos bélicos, es un personaje colectivo —acaso el alma ancestral aborigen— que vió las huestes de Yagüez y de Humacao, que un día nefasto fueron al rescate de la libertad de su tierra, pero

*Allí sucumbió el postrero
de las huestes borincanas.
Y cuéntase que su sombra
en aquella cumbre áspera
de tiempo en tiempo se ofrece
a las vecinas miradas.*

El Yunque —que en español significa sufridor— es el símbolo indio, el cual contempla desde su atalaya —espiritual y física— la historia, pero el poeta, acaso resignado, exclama doliente:

*Yo imagino que su espíritu
fue bañado en la luz santa
con que el cielo en su piedad
ilumina nuestras almas.*

A nuestro juicio, este es un canto de impotencia, pues aunque el indio supo "sucumbir por su ley", el poeta antepone cristianismo a paganidad —conquista y sumisión— a la libertad e independencia: predomina en el poeta el amor sentimental a su tierra. Es la redención del indio por la cruz lo que supone, trae bienandanzas a su patria, por lo que la Sierra de Luquillo, viene a ser imagen de sumisión. Tapia, aunque rebelde, en política es de ideales asimilistas.

En el poema "Borinquen donde nació,"⁷ el poeta concibe a Puerto Rico como un edén. Al escribirlo, se encuentra desterrado en Cádiz, y al ver marchar a sus compatriotas de regreso a su tierra, se queda "enfermo de mal de ausencia" pensando en su patria de

*Cielo azul y transparente
campos de eterna verdura,*

y que es, un

¡panorama de hermosura

Todo ello lo dice el poeta después de haber visitado a Inglaterra, París, Italia, la capital estadounidense, Wáshington; pero encuen-

tra que Puerto Rico —esmeralda del mar Caribe— es el corazón, ya que: ¿“no fue del Creador la más grata maravilla mi Borinquen?”, pues su patria se le muestra en su fantasía de amador y soñador, como si fuera

*Selva de Edén su grandeza,
frutas de Olimpo envidiadas,
dorada edad en belleza,
maravillas encantadas.*

Porque de todos los lugares visitados por el poeta, en ninguno ha hallado nada comparable a su tierra, por lo que encomienda a sus amigos, que al llegar a su isla y saludarla con gozo ardiente, le digan en su nombre “ que estoy sin vida por Borinquen”. Notamos que la actitud de Tapia frente al paisaje es edénica, un estado de alma.

Según el profesor y poeta Cesáreo Rosa-Nieves, José Gautier Benítez nació en Humacao, el 12 de abril de 1848.⁸ Hijo y nieto de poetas —María Bibiana Benítez y Alejandrina Benítez, respectivamente— será heredero de una fina sensibilidad poética, sumado a ello el haber quedado huérfano a muy temprana edad. Se desarrolló en un ambiente consagrado al cultivo de estas relaciones y gustos estéticos: en su hogar se reunían los poetas más significados, así como las personas más ilustradas de la época. Luego de recibirse en San Juan como cadete de infantería, en 1867, se traslada a Toledo, donde se convierte en subteniente, y tiene la oportunidad de convivir en el ámbito donde nació y escribió su obra el melancólico Gustavo Adolfo Bécquer. Teniendo allí que vivir en hiriente contradicción —las letras y las armas— nostálgico de su patria, y con la rémora de la tisis que empieza a minar su organismo, su naturaleza se torna sentimental y doliente. Y amaré a su Isla con un amor enfermo, y la verá como mujer, como ideal, para constituirse en el cantor excelso de su tierra.

A su regreso a Puerto Rico, en 1872, formará parte de la redacción del periódico *El Progreso*, que dirigía don José Julián Acosta. Y en 1876, en unión de don Manuel de Elzaburu, y otros hombres ilustres de su tiempo, fundará el Ateneo Puertorriqueño. También en sociedad con Elzaburu, fundará la *Revista Puertorriqueña*, mensual de literatura y ciencias.

A su muerte —ocurrida en San Juan, el 24 de enero de 1880— en la corona literaria en su honor. "los poetas más distinguidos le rinden homenaje lírico póstumo". Su libro *Poesías* se edita el año siguiente, con prólogo de Manuel de Elzaburu. Sobre los últimos días de este poeta nos dice la investigadora y profesora Josefina Rivera de Alvarez:

Antes de morir había compuesto Gautier un poema, dirigido a sus amigos, que sigue las líneas de la composición "A mes amis", de Alfredo de Musset, y en el que enlazando el tema sepulcral con el inmenso amor que profesaba a su patria manifiesta su última voluntad de ser enterrado donde pudiera sentir el "sol de fuego" de su patria. Sus amigos lo hicieron grabar sobre la losa de su tumba.⁹

Por este encarnar en su vida y en su obra un momento de nuestra literatura, Gautier Benítez llegó a representar la culminación del romanticismo en Puerto Rico. Canta al amor y a su patria con gran subjetivismo y dolido acento, en ritmo musical, tierno, poniendo de moda el modo edénico de cantar a la patria. Su poesía culmina con el "Canto a Puerto Rico", premiado por el Ateneo Puertorriqueño, en 1879. Además de este "Canto" entre los poemas representativos del sentimiento a la patria de Gautier Benítez, se encuentran los siguientes. "A Puerto Rico" (Ausencia), y "A Puerto Rico", (Regreso).

Se encontraba el poeta en Toledo haciendo estudios en ciencias militares, cuando movido por la nostalgia y la melancolía, escribe su poema en redondillas "A Puerto Rico", (Ausencia),¹⁰ en donde predomina una actitud apasionada. El poeta evoca a su patria de "blancos almenares" y de "verdes palmares", la cual ve, en la neblina que forma el mar

*como una blanca gaviota
dormida entre las espumas.*

Al cantarle, dice que lo hace con los ojos del alma, es decir, con todo el íntimo aliento de su espíritu:

*Con un cariño profundo
en ti la mirada fijo:
¡para el amor de tu hijo
no hay distancias en el mundo!*

Pues la distancia, el hallarse en suelo extraño, no le impide amarla y verla espléndida, "como una barquilla anclada", que

*El mar te guarda, te encierra
en un círculo anchuroso,
y es que el mar está celoso
del cariño de la tierra.*

Pero, ciertamente, el que está celoso de su isla es el mismo poeta, que la identifica con la amada:

*Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí,
a ella la quiero por ti,*

En que vemos que el amor patrio se confunde con el amor al ser querido; patria y amada se funden en un mismo querer, y como nos dice María Teresa Babín:

El sentimiento patriótico predomina e invade sus versos, produciéndose una bellísima transmutación de patria —mujer en el simbolismo adherido a la temática que maneja, dentro de un límite reducido, aunque muy hondo en sus alcances.¹¹

Es por lo tanto un amor tan del alma, tan en silencio, que cuando el poeta se encuentra lejos de ella —su patria— surge en él la desesperación por confesárselo:

*¡ay! patria, yo no sabía
lo que es el llorar ausente!*

Y en esa nostalgia el poeta habrá de ver a su patria como en sueños:

*como una ciudad de espumas
formada por mis antojos.*

Porque en esa ausencia el poeta comprenderá el hondo afecto que le tiene a su patria. De ahí que el poeta, comprendiendo lo incomparable con valor humano alguno de ese amor que profesa a su isla, dirá que "por un puñado de tierra", diera todo el oro del mundo.

En su poema "A Puerto Rico" (Regreso),¹² escrito en quintillas, la pasión amorosa del poeta crece hasta la veneración y la adoración:

*Para poder conocerla
es preciso compararla,
de lejos en sueños verla,
y para saber quererla
es necesario dejarla.*

Y en otra estrofa más adelante nos confiesa:

*¡Patria! jardín de la mar,
la perla de las Antillas,
tengo ganas de llorar!
¡tengo ganas de besar
la arena de tus orillas!*

Porque en esa perspectiva el poeta podrá tener la verdadera conciencia del amor que siente por su patria. Por lo cual, al concebirla pura, le da rango mítico, y cuando se acerca a sus playas, se forja la ilusión de que nace de nuevo "como Venus de la espuma", por eso, obrando con cabal conocimiento, de este aparente extravío emocional amoroso, el poeta, casi con reflexión neoclásica, así como de romántico apasionado, dice:

*Perdonadle al desterrado
este dulce frenesí
vuelvo a mi mundo adorado,
y yo estoy enamorado
de la tierra en que nací*

Fuera de la patria, según lo confiesa el poeta, después de esta experiencia amarga, no existe propiamente el existir, por lo que supone que, el tiempo que estuvo ausente de ella, realmente no lo vivió. Este amor a su patria, nos dice, es el más santo de cuantos amores tenga el hombre, sólo comparable con el amor a la madre:

*Tuya es la vida que aliento,
es tuya mi inspiración
es tuyo mi pensamiento
tuyo todo sentimiento
que brota en mi corazón.*

Para el poeta, la patria lo es todo, por eso, más adelante nos dirá:

*Que haya en ti vida primero,
cuanto ha de fijarse en mí,
y en todo cuanto venero,
y en todo cuanto yo quiero
hay algo, patria, de ti.*

Cuando ya la salud del poeta se encuentra arruinada por la enfermedad, regocijado en su espíritu, como hijo y amante fiel, nos revela:

*No, nada importa la suerte,
si tengo que abandonarte,
que yo sólo aspiro a verte
a la dicha de quererte
y a la gloria de cantarte.*

En que advertimos algo de premonición o profecía sobre el encargo que poco antes de su muerte haría a sus amigos, pues aunque materialmente, después de su muerte, no podría ya ver a su tierra, con los ojos de su espíritu habría de tenerla cerca.

En su otro poema, el "Canto a Puerto Rico",¹³ escrito casi en su totalidad en endecasílabos, el poeta, con "alma melancólica y enferma", ofrece a su isla su "testamento", su "adiós", que a ella —su hermosa Cacica— le debe el "aire que respiro", la inspiración; y con "santo amor" le pintará "su rústica armonía". En esta ofrenda final, el poeta desea reciprocarse ese querer fervoroso:

*tu amor lo dicta al corazón del bardo
y el bardo en él su corazón te envía.*

El poema, como todo canto clásico, empieza con una invocación:

*¡Borinquen!, nombre al pensamiento grato
como el recuerdo de un amor profundo:
bello jardín, de América el ornato,
siendo el jardín América del mundo.*

Parece que el poeta hace como una recapitulación de un ensueño amoroso, en que ha visto a su isla convertida en perla, garza dormida, garzota gentil en sus palmares, y como

*una ciudad fantasma de espumas
que formaron jugando las ondinus.*

Luego de toda esta multiplicidad de donaires que encuentra el enamorado poeta en su isla, la verá aún otros más atractiva y menuda, al admirarla como si fuera "un jardín encantado", sobre las aguas sumisas del mar, haciéndola aparecer todavía más gentil y graciosa, al concebirla como

*un búcaro de flores columpiado
entre espuma y coral, perlas y aromas.*

La isla, ante la vista emocionada del poeta, viene a ser como un don aromoso del Creador. Este poema, que fue premiado por Ateneo Puertorriqueño, el 29 de junio de 1879, llevaba el siguiente lema: "El día llegará en que el Océano, del Universo las cadenas rompa: Séneca". Este lema trae, incuestionablemente, la alusión al mito de la Atlántida.

*Tu ser fue una bellissima quimera
a los que vían el confín del mundo
de Thule en la fantástica ribera*

pues según el poeta, el destino quiso que el hombre volviera "al sitio donde nace el día". Después nos dirá que su isla es un "bellísimo fragmento" de ese mundo fabuloso que un inmemorial cataclismo hundió en los mares, y que la isla surgió como consecuencia de este hecho:

*Mas trajiste tan sólo su belleza
sin copiar del inmenso continente
la pompa y el horror de su grandeza.*

Y que tampoco quedaron en su Borinquen los animales fieros, los reptiles venenosos, los ríos caudalosos, los volcanes destructores, las cataratas impetuosas o las aves de rapiña. Mientras que aparecerá deslumbrante en su paraje delicioso, de soñada amenidad:

*Tienes. . . la caña en la feraz sabana,
lago de miel que con la brisa ondea,
mientras la espuma, en la gentil guajana,
como blanco plumón se balancea.*

Ambiente de mansedumbre bucólica, en que todo parece hallarse en un estado de naturaleza amable, edénica, en que la isla, "encerrada en el ánfora colgante", "luce el cañeto la gentil guirnalda", con "las bayas de carmín y de esmeralda", en donde apreciamos un paisaje auténtico, no sólo un estado de alma, sino algo pleno en el sentimiento del poeta, en su acendrado amor a su patria. Veamos lo que sobre el particular nos dice el poeta y profesor Luis Hernández Aquino:

La visión del paisaje en Gautier es amorosa, es la suma de lo idílico en la mejor voz de nuestro romanticismo. Para el puertorriqueño que lee a Gautier Benítez, el paisaje cantado por él no resulta genérico. Todos concebimos y sentimos a Puerto Rico en ese paisaje idealizado. En un lírico de la talla de Gautier no cabe el compromiso de lo estrictamente objetivo ni de lo épico.¹⁴

Para el poeta, la isla, en las noches lunadas, se muestra voluptuosa, ofreciendo su amor "en un vergel de lirios y de rosas", y mientras los manantiales musitan al leve soplo de la brisa, hay

*Tórtolas que se quejan en los montes,
remedando suspiros lastimeros;
palomas y turpiales, y sinsontes,
que unidan en floridos limoneros.*

Finalmente revela el poeta, con certera perspicacia, un matiz de la sicología del puertorriqueño; al decirnos que todo en Borinquen es "dulce, apacible, halagador y tierno", afirmando que su mundo moral está conformado "al dulce influjo de tu mundo externo". Verdad esta rotunda e indubitable, que un poeta y crítico de nuestros días, el cubano, Cintio Vitier, habrá de afirmar, al dar con la clave de nuestra condición espiritual —que es la misma de Cuba— al decirnos que

Nuestra verdadera teluridad es marina y aérea, más que de la tierra: es decir, esencialmente comunicante. La misteriosa razón de esto la dan los geógrafos cuando afirman que nuestra isla no fue originalmente tierra continental, sino que surgieron sus primeras formaciones directamente del lecho oceánico...

...Una cultura del aire, del aliento del alma del mundo, que puede llevarnos a merecer el soplo confortador, no de

la historia, sino del espíritu. Y entonces empezaría nuestra historia de la que sólo conocemos ahora la increíble profecía martiana.¹⁵

Hay en nuestra condición de pueblo, al igual que en el cubano, un destino que le viene de sus orígenes geológicos que nos dan la personalidad y manera específica de nuestro comportamiento: más que el origen étnico, el origen geológico nos condiciona y nos hace susceptibles de ser emotivos, desinteresados, sentimentales, cordiales, hospitalarios, incapaces de resentimientos. Somos un pueblo abierto al espíritu del mundo, en el que la forma natural de su expresión —al igual que en el pueblo cubano— es la poesía. En ella nos manifestamos, y con ella nos comunicamos. Esto, en parte, explica la cordial bienvenida que le ofrecieran nuestros indios a los conquistadores. No fue cobardía ni temor, su actitud fue expresión sincera a los que llegaban como visitantes amigos. Pero la historia fue distinta, y los conquistadores, por ir “tras el torpe lucro”, pagaron con ingratitude, esclavizando y destruyendo al feliz morador de este “jardín antillano”. Por ello, el poeta se averguenza y nos dice:

*¡Y tú, patria, la perla de Occidente,
no volviste al seno de los mares
para lavar la mancha de tu frente.*

Pero el mismo poeta nos dice que por ello no hubo pesar o enojo, aceptando que ese primer momento civilizador, logrado a impulso sangriento, valía por el alto sentido cristiano, que luego, andando el tiempo habría de ennoblecerse, con la redención de la esclavitud negra:

*porque sólo en tu suelo hospitalario
... ..
se vio la redención sin el Calvario.*

Es decir, un verdadero sentimiento cristiano dará las bases perdurables a nuestra cultura.

Luego el poeta canta las luchas cívicas de su patria por conquistar sus derechos ciudadanos y políticos, ansiosa de ir al progreso, orgullosa, lo cual habría de conseguir por medios de equidad, de paz y comprensión: debemos recordar que el poeta, frente a la patria asume una actitud de liberal reformista:

*Tal es, patria, tu sino
libertad conquistar, ciencia y ventura,
sin dejar en las zarzas del camino
ni un jirón de tu blanca vestidura.*

Palabras nunciales, de gran penetración en el carácter moral y espiritual de su pueblo así como de su historia, de amante apasionado que tan sólo desea la felicidad posible para su patria, pues el ideal del poeta es verla gloriosa y feliz, siendo él su heraldo:

*Dios me dé, al contemplarte
de ventura y triunfos coronada,
una vida sin fin para adorarle
y una lira inspirada,
inmortal y feliz para cantarte.*

Anhelo profético que se ha cumplido, pues aún sigue él contemplándola, viviéndose en su poesía ardorosa siempre, en su amor a su isla, viva ella en su canto y él inmortal en ella por causa de su amor sin muerte.

El otro poeta que completa este ciclo de culminación romántica es Francisco Alvarez, (1847-1881). De trágica vocación poética, apenas tuvo oportunidad de instruirse, pero siendo en él más fuerte la voluntad de poesía y de realización, pudo vencer todos los inconvenientes, aún aquellos endémicos de la enfermedad que fatalmente lo habría de destruir en la flor de su juventud, sin apenas haber disfrutado de la vida.

Nació en Manatí, en 1847, y quedó huérfano a los 13 años. El dolor, la enfermedad y la pobreza no lo llevaron a la desesperación sino a la sublimación estética y a la resignación cristiana. Su grandeza y humildad lo llevaron a solicitar consejos y tomar libros prestados, para darle curso a ese mundo febril y angustioso. Teniendo una cultura a medio hacer, asediado por un genuino llamado artístico, logra realizar una obra de profundas intuiciones de belleza y de espiritualidad. Las lecturas atenúan sus angustias así como calman el ansia "de arte, luz, verdad y ciencia". En medio de la aflicción estaba su optimismo. Funda el periódico *La voz del norte*, en donde publica sus primeros esbozos literarios.

La pobreza y la desgracia no pudieron vencerlo; alma fortalecida en la fe, no sólo en su Dios sino también en sí mismo, se despertó en él, acrecentado de día en día, el ansia de ser, de llegar a Dios y a los hombres a través de una obra de arte, expresadora de su honda afectividad desolada. En este poeta, a nuestro juicio, se manifiesta el temperamento más extraordinario de nuestro romanticismo, supera la angustia y las laceraciones de su cuerpo enfermo y la indiferencia de un ambiente hostil.

En Manatí, su pueblo natal, escribió y estrenó, el drama *Dios en todas partes*, el 14 de febrero de 1881, pocas semanas antes de su muerte, obra en la cual, su vida llega a la cúspide más conmovedora. El poeta franciscano no reniega de nada ni de nadie, y ve en el Supremo Creador la fuente de vida, de fe, de esperanza y de amor. Además escribió un libro de versos, *Flores de un retamal*, que a nuestro juicio tiene el título más genial de libro alguno de nuestra literatura. Ambas obras aparecieron luego, en 1882, bajo el título común de *Obras literarias*, con prólogo de don Manuel Fernández Juncos.

Tratemos de analizar el símbolo que encarna el título del libro de versos *Flores de un retamal*, a la luz de la vida dolorosa del poeta Francisco Alvarez. En primer lugar, sabemos que la retama es amarga, su vida; es planta con muchas verdascas de varas largas, verdes, su juventud —espiga flexible, débil— contiene hojas lanceoladas, que por su figura se asemeja al hierro de la lanza, de flores amarillas, imagen del oro, de la aurora naciente, que contrasta con su enfermedad de origen gastrointestinal endémica en la América tropical; y para rematar aún más la ironía sangrienta, las varas de esta planta sirven para hacer escobas y también son utilizadas para combustible ligero, muy apreciable en los hornos de pan, como si en este contraste estuvieran los dos más sarcásticos extremos de la vida de este poeta ejemplar. Esa suma paradójica fue la vida de este poeta que llegó a superarlo todo en aras de un ideal excelso de poesía. Y por vía de contraste basta mencionar su "Madrigal",¹⁷ uno de los más hermosos en la historia de nuestro parnaso.

Este poeta tiene un poema "A América",¹⁸ que se presta a error por su título, pues aunque es dirigido en general, a América, es más bien un pretexto para cantarle a su patria, a su belleza, sus ideales y su progreso. En el momento que el poeta escribe este poema se iniciaban los trabajos de construcción del

Canal de Panamá, que habría de representar un gran paso de avance en las nascentes relaciones comerciales de América con otros países del hemisferio americano y del mundo:

*Que allá, cuando del arte el férreo brazo
dome el ístmico, ingente promontorio
y Anfitrite y Neptuno en tierno abrazo
celebren en tu suelo el desposorio;
cuando de paz y libertad el lazo
una a tus hijos; tú, virgen emporio
de belleza y de amor, el casto beso
recibirá del inmortal progreso.*

Y que cuando ocurra tan glorioso acontecimiento —en ese fausto día —todos los pueblos de la raza habrán de celebrarlo de uno a otro extremo, y América entera, estará “ceñida de laurel, mirto y olivo”, mientras que su Borinquen, llevará a las fiestas, un

*Concurso de vestales que sustenta
el sacro fuego de la patria gloria.*

Ese día América, victoriosa, habrá de proclamarse emporio de las naciones civilizadas del mundo.

Pero veamos el poema en detalle. América, para el poeta, es más bien Borinquen, para la cual, muchas veces ha templado el laúd para cantarle:

*De admiración absorto al contemplarte,
por tu rara belleza fascinado
nunca pudo mi acento consagrarte
el himno de mi amor grande y profundo;
canto digno de ti, virgen del mundo,*

El poeta, que apenas salió de su rincón natal, no podía conocer y tener una perspectiva de América; además, nunca la había visto en grande, lo que podía sí, era sentirse americano en su isla, en la feracidad de los campos de su tierra. Es decir, su admiración a América, viene de la admiración a su isla, por lo que al cantar a América, a quien realmente canta es a Puerto Rico, y ello muy claramente se deja traslucir en varios pasajes del poema.

El canto empieza con una actitud de humildad lírica. él sabe que como poeta es apenas.

*...avecilla en la enramada
que aún es al valle su canción ignota.*

En que ingenuamente nos confiesa, que su canto "de débil nota", todavía, en su misma patria es desconocido, y que su voz no reúne las calidades de excelstitud necesarias para cantarle, "a esa ondina que flota entre dos mares", pero que al decidirse a cantar, espera que

*...mi voz el raudó viento
lleve en sus ondas, cual la esencia pura
de la humilde oración lleva a la altura.*

Por lo cual invoca a Erato, la musa de la poesía lírica y le preste brillantez a su estro, pues observa que otros poetas más inspirados que él, no han mirado —cantado— a América —Puerto Rico— en su esplendorosa belleza natural, y al hablar de "el prístino existir", parece que el poeta hace —al igual que Gautier en su "Canto a Puerto Rico"— una evocación de los orígenes míticos y fabulosos de América.

El poeta, para cantar, simbólicamente se sitúa en lo más alto de América, en la enhiesta cumbre andina, y desde allí, en sentimiento y en inspiración, va a "ver" a su isla:

*¡Oh!... ya en lecho de flores, que recama
natura, y abrillanta sebea lumbre,
contemplo a la deidad, de quien es jama
que un tiempo fue cacica, cuyo imperio
trocó el conquistador en cautiverio.*

Este pasaje, sin lugar a dudas, se refiere a Puerto Rico, y a los hechos de la conquista, cuando fue sometido el indio. Tanto Tapia como Gautier, al igual que Alvarez, llaman a Borinquen, la Cacica, acaso volviendo a esos días en que la isla era el sitio de solaz para los reyes indios. Pero el poeta, para contemporizar, luego de echar en cara a los españoles el haber convertido a su isla en cárcel y campo de sangre, nos la pinta como "vestal ceñida de azahares",

*Entre plátanos, cedros y palmares
se mira muellemente reclinada;
y extendiendo por brazos los dos mares
brinda amorosa, en fraternal exceso
próvido asilo al hombre y al progreso.*

Lo cual nos trae el recuerdo de la referencia que hacen de Puerto Rico aquellos exilados españoles que como Juan Rodríguez Calderón bendijeran el día en que llegaron a nuestras playas y vieron nuestra isla con el corazón del más profundo agradecimiento.

Pero el poeta, de una visión particular, pasa a la genérica, y se dirige entonces a América y sus relaciones comerciales que ésta tuvo —más bien las Antillas— con el pueblo hebreo en la época de Salomón. Pero de nuevo, en la estrofa siguiente, vuelve a mencionar a la isla, diciéndole:

*Que tú, precioso búcaro esmaltado,
que del amor universal la esencia
ocultas en tu seno perfumado;*

En que Puerto Rico resulta ser para el peregrino a manera de oasis, diciéndole también: "tú eres la amada tierra prometida".

Como hemos podido observar, la poesía de estos tres poetas no adolece de espectacularidad y extremos expresivos; en ellos, la exaltación de fervor patrio es arremansada, sentimental, tierna doliente. La intención amorosa es añorante y nostálgica. Sin temor a equivocarnos podríamos afirmar que el romanticismo, en este momento, en Puerto Rico, tanto en Alejandro Tapia y Rivera, como en José Gautier Benítez y Francisco Alvarez, es uno de trascendencia vital, esencial, en su honda raíz espiritual y telúrica.

N O T A S

(1) María Teresa Babín, **Amor y dolor de vivir en la literatura de Puerto Rico**, Rev. del Instituto de Cultura Puertorriqueña, p. 21-26.

(2) Enrique Anderson Imbert, **Historia de la literatura hispanoamericana**, p. 219.

(3) María Teresa Babín, **Panorama de la cultura puertorriqueña**, p. 338.

(4) Manuel Fernández Juncos, **Antología Portorriqueña**, p. 49.

(5) *Ibid.*, p. 50.

(6) C. Gómez Tejera, Ana M. Losada, Jorge L. Porrás, *Poesía puertorriqueña*, p. 153-155.

(7) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, p. 113-116.

(8) Cesáreo Rosa-Nieves, *La lámpara del faro*, p. 145-150. El profesor Rosa-Nieves, incansable investigador de nuestra literatura ha dejado aclarado el problema de la fecha y lugar de nacimiento del poeta José Gautier Benítez, al examinar las dos Partidas Bautismales existentes en los dos pueblos que se disputan el sitio de nacimiento del aeda, Caguas y Humacao, así como otros documentos relativos a este asunto. Para tener un idea más convincente sobre este particular, consúltese del libro del profesor Rosa-Nieves, *Tierra y lamento*, el ensayo, *Nuevos enfoques en torno a José Rodolfo Gautier Benítez*, p. 145-150.

(9) Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, p. 297. El poema de José Gautier Benítez, al igual que el de Alfredo de Musset, se intitula *A mis amigos*.

¡Oh mis amigos, cuando yo muera
plantad un sauce sobre mi huesa!

—A. de Musset.

Quando no reste ya ni un solo grano
de mi existencia en el reloj de arena,
al conducir mi gélido cadáver,
no olvidéis esta súplica postrera:

No lo encerréis en los angostos nichos
que llenan la pared formando hileras,
que en lóbrega, angosta galería
jamás el sol de mi país penetra.

El campo recorred del cementerio,
y en el suelo cavad mi pobre huesa:
que el sol la alumbre y la acaricie el aura,
y que broten allí flores y hierbas.

Que yo pueda sentir, si allí se siente,
a mi alrededor y sobre mí, muy cerca,
el vivo rayo de mi sol de fuego
y esta adorada borinqueña tierra.

(10) *Opus cit.*, p. 70-73.

(11) *Opus cit.*, p. 327.

(12) *Opus cit.*, p. 73-75.

(13) Socorro Girón de Segura, *José Gautier Benítez, Obra Completa*. Recopilación y notas de p. 218-235.

(14) Luis Hernández Aquino, *El tema edénico en la poesía puertorriqueña*, p. 18, en *Crítica y antología de la poesía puertorriqueña*, p. 11-26.

(15) Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, p. 491.

(16) Francisco Alvarez, *Madrigal*, en *Poesía puertorriqueña*, p. 242.

Filena, codiciosa
de un nevado azahar, a un limonero
trepaba ya gozosa,
cuando el coral purísimo
de su labio hechicero
una abeja picaba licenciosa.

En lágrimas deshecha, tras Lizardo,
que a la entrada del bosque la esperaba,
corrió triste la niña;
túrgido el labio a su amador mostraba
y con graciosa pena,
"—¡Ay, sácame este dardo!"—
decía llorosa la sin par Filena.

Al punto un beso resonó en el valle,
que Lizardo imprimió en el labio herido
de su Filena pura;
¡prodigioso remedio!, pues alegre,
con grácil travesura
• vila muy presto hacia la selva umbria
correr con pie ligero.
y al sentido reclamo de su amante
oí que repetía:
"—¡Deja otra vez que suba al limonero!"

(17) Opus cit., p. 178-183.

CAPÍTULO IV

REACCION NEOCLASICA DENTRO DEL ROMANTICISMO

Los "poderes discrecionales" y las "facultades extraordinarias", habían creado en Puerto Rico el absolutismo de tipo militar, a principios del siglo XIX, y aunque en la constitución del 1845 se disponía que las provincias de ultramar fueran gobernadas por "leyes especiales", éstas nunca se pusieron en práctica, lo cual hizo surgir el sentimiento separatista en la Isla. Se organizaron sociedades secretas como la de Capá Prieto, la de El Lanzador del Norte y la de Centro Bravo No. 2, las cuales habían de crear el ambiente bélico para la llamada Revolución de Lares, en 1868. Aunque este acto de rebeldía no tuvo el éxito deseado, creó una conciencia liberal que luego había de conseguir que el 22 de marzo de 1873, por decreto de la Asamblea Nacional, se otorgara la abolición de la esclavitud negra en puerto Rico.

Pero los atropellos políticos continuaron, y gobernadores como el general José Laureano Sanz¹ —gobernó en Puerto Rico por dos períodos, 1868-70, y 1874-1875— de triste recordación en la Isla, fue, por cruel paradoja, el creador de la conciencia separatista en Puerto Rico. Disolvió las Milicias Disciplinadas compuestas por hijos del país, y fundó el Instituto de Voluntarios integrado por peninsulares, creando la funesta Guardia Civil. Suprimió además la Diputación Provincial y los Ayuntamientos de procedencia popular para organizarlos de oficio, a su dis-

creción y conveniencia, prohibiendo a su vez las reuniones públicas y las fiestas literarias.²

A pesar de que Puerto Rico tácitamente permanece en un casi aislamiento cultural —España sólo consideró a Puerto Rico como plaza fuerte— en honor a la verdad, debemos afirmar que por los puertorriqueños que estudiaban en Europa, Alemania, Francia, España y algunos en los Estados Unidos, teníamos algún acceso a esas culturas, y sus influencias en nuestro país fueron evidentes. Es decir, estábamos al tanto de las luchas cívicas, políticas y sociales, así como del acontecer intelectual y literario. Pero debido a la presión política dominante en la Isla, nuestro periodismo, y en gran medida nuestra literatura, tuvieron que asumir un carácter ideológico y combativo. De ahí que nuestra producción poética fue, más que de verdadera realización artística, de intensión política y social, y en ocasiones, de puro regodeo estético, insustancial, vacuo. Hay un hecho oficialesco que limita aun la suspicacia y la libre expresión del sentir y el pensamiento: la censura. Esto obliga a que, en múltiples casos, la expresión artística se presente velada o en forma errónea. Y un país que en sus esencias es romántico, exaltado, temperamental, tuvo que simular frialdad, comedimiento, someterse al neoclasicismo imitador y ajeno a su verdadera manifestación espontánea y ardiente. Por lo que en apariencia va a predominar en Puerto Rico, en esta segunda mitad del siglo XIX, la preocupación por la forma del parnasianismo: color y justeza expresiva. Esta modalidad poética se inicia en Puerto Rico hacia 1875, con las traducciones de los poetas franceses del Parnaso, que hace Manuel de Elzaburu, la cual llega a su culminación con la obra de tipo exótico *Las huries blancas*, de José de Jesús Domínguez. Podríamos afirmar que en un mismo momento conviven en Puerto Rico el romanticismo político, rebelde, y el neoclasicismo, un tanto ideológico, así como el parnasianismo preciocista, de perfección formal deslumbrante en su frialdad. En el ámbito intelectual prevalece el amor al progreso y el reformismo ilustrado.

Se pone de moda el poeta Teófilo Gautier, de quien Manuel de Elzaburu traduce, "El madrigal panteísta", "La sinfonía en blanco mayor", "Lo dicen las golondrinas", "La nube", "Tristeza en el mar", "La Rosa-Té", y "Humo". Y como nos refiere el profesor y poeta Cesáreo Rosa-Nieves:

Otro poeta, —de bastantes inquietudes poéticas, José A. Negrón Santurjo, (1864-1927), también se interesa por la

cultura francesa y traduce al español al poeta romántico Alfredo de Musset, (1810-1857), y a Víctor Hugo, (1802-1885), al Hugo fogoso y de tendencias populares, pero se decide enseguida por la nueva corriente de los poetas parnasianos, y traduce directamente del francés, *La hora robada*, de Catulle Mandés, (1840-1909); *La concha*, de José María de Heredia, (1842-1905), el célebre autor de *Los Trojeos*; *Las abuelas*, de Francois Coppée, (1842-1903), y *El vaso hendido*, de Sully Prudhomme, (1839-1907).³

También se pondrán de moda los poetas, el español Gaspar Núñez de Arce y el mejicano Salvador Díaz Mirón.

Por circunstancias históricas, geográficas y políticas, en nuestro ambiente cultural, al igual que en el hispanoamericano, habrá una reincidencia neoclásica, pues el romanticismo no tuvo, en un sentido general, una manifiesta aceptación entre los poetas más notables de la época. Tanto la sociedad como los gobiernos veían con criterios sospechosos estas innovaciones culturales. Así la sociedad puertorriqueña no pudo estar de acuerdo con una moda que se salía de su forma tradicional de vivir. Y así como sucedió en la América Hispana, en que durante el período romántico había de convivir el neoclasicismo conjuntamente con el romanticismo, sucede en Puerto Rico, donde se producen obras de mérito en ambas direcciones estéticas. Veamos lo que a este respecto dice el ilustre investigador y profesor, don Federico de Onís:

Porque en primer lugar el advenimiento del romanticismo, a pesar de su extensión y éxito, no suprimió la poesía clásica anterior, que siguió existiendo en todo el siglo XIX, ahora como poesía tradicionalista, españolista y reaccionaria. Lo mismo que en la política, se establece la lucha entre el liberalismo y el tradicionalismo en la poesía, se dividen los poetas en cada país en clásicos y románticos.⁴

Como consecuencia de este estado de tirantez, opresión e indiferencia, la poesía que se había de cultivar en este período del romanticismo en Puerto Rico va a ser, como ya hemos visto en Alejandro Tapia y Rivera, José Gautier Benítez y Francisco Alvarez, de íntimo y puro amor a la patria, pero que aún es de tono sentimental y telurista, mientras que en este período, será de acento exaltado, en extremo política, con propósitos separa-

tistas y de rebeldía. No obstante, también veremos subsistir —en la poesía neoclásica— la expresión atemperada, racionalizante y de término medio.

Entre los poetas más representativos de este momento que hemos llamado de reincidencia neoclásica, en coexistencia con el romanticismo, podemos mencionar a Daniel de Rivera, José Gualberto Padilla, Ramón Marín, Eleuterio Derkes, Ursula Cardona de Quiñones, Manuel M. Corehado y Juarbe, José María Monge, Lola Rodríguez de Tió, Francismo Gonzalo Marín, dentro de esta actitud y formas expresivas. Entre ellos podríamos establecer una clara distinción: los que simpatizan con el romanticismo, que le cantan a Puerto Rico con voz rebelde propiamente, y los que ya neoclásicos o parnasianos, le cantarán a la patria en su aspecto externo, a la tierra. Estos últimos son los que habrán de predominar a los largo del siglo XIX, por lo que, el escritor español Carlos Peñaranda, en sus *Cartas*, se lamentará de que la poesía puertorriqueña de fines de ese siglo esté hecha de "sólo descripciones".⁵

La verdad histórica es que el primer poema de tono hélico que se produce en Puerto Rico, por insufrible sarcasmo, no lo escribirá un puertorriqueño, sino un español: Juan de Castellanos. Dicho poema aparece en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, "Elegía VI".⁶ El poeta guerrero pone en boca del sublevado Agüeybaná, el discurso de rebelión, pronunciado en la Asamblea convocada para el levantamiento general de los aborígenes en contra de los españoles:

*Por tanto, cada cual las haga prestas
y del pasado sueño se despierte,
échese des carcajes a las cuevas,
aliste con furor el arco fuerte;
y sin otras demandas ni respuestas
mueran los enemigos mala muerte,
porque no puede ser mejor cauterio
para la llaga de este cautiverio.*

Y para hacer más desvergonzada la afrenta de nuestra sumisión, el segundo poeta que canta con lira guerrera, Daniel de Rivera, resulta ser, a la postre, un incondicional que, en la segunda parte de su poema "Agüeybana el Bravo", elogia a los españoles, por lo que es menester llegar hasta el poeta Francisco Gonzalo Ma-

rín para tener el primer poeta auténticamente rebelde de Puerto Rico.

Daniel de Rivera (1824-1858) nace en Ponce. Periodista y poeta. Autor de "El jardín de Agüeybana", 1852, y de "Agüeybana el Bravo", 1854, poemas que más que por su tono bélico valen por su nota descriptiva y el tema de *entraña boricua*. Más que por su poesía, este poeta cuenta por su actitud primera, en que da la voz de alerta —tímidamente, desde luego— para cantar a la isla con entusiasmo patriótico de amor a lo nuestro. En la última estrofa de su poema "Agüeybana el Bravo", decía el poeta:

*¡Ea, compañeros! vamos al combate:
honor la patria a defender nos llama;
sin paz, contento el corazón no late
la guerra nos dará fortuna y fama;
hasta la mar que nuestra costa bate
ondas escupe y agitada brama,
que cual nosotros contemplar quisiera
libre esta perla de la gente ibera.⁷*

Que a nosotros nos parece, no por emplear el poeta el mismo patrón estrófico —la octava real— tener el mismo tono de la octava que hemos citado de Juan de Castellanos .

Recientemente, el poeta ponceño Antonio Mirabal,⁸ ha descubierto la segunda parte de este poema, en que el poeta se muestra adepto al régimen despótico de su época. El poema "Agüeybana el Bravo", canto heroico, apareció publicado en 1916, en forma de folleto, con prólogo de Pedro de Angelis, quien hace referencia a la odisea que sufrió el autor, en el exilio. El poema, originalmente, se había publicado en *El Ponceño*, el 22 de julio de 1854, y según decía Pedro de Angelis, Daniel de Rivera,

fue el primer portorriqueño que sin miedo ni reservas mentales tuvo el valor de lanzar el grito de rebeldía para ver "libre esta perla de la gente ibera".⁹

Pero según la investigación posterior hecha por el poeta Antonio Mirabal, el poema constaba de dos partes y debido a ser desconocida la segunda, el poeta fue perseguido y encarcelado, el dueño de *El Ponceño*, don Felipe Conde, multado, y su imprenta confiscada. A su regreso a Puerto Rico, pagada la multa, el poeta vive una vida sencilla y muere oscuramente, en un pequeño

pueblo de la isla. La segunda parte del poema no se conoció en vida del poeta.

Entre las mujeres de lira afinada en lo nuestro se distingue Ursula Cardona de Quiñones, (1836-1875). Nació en San Germán el 3 de diciembre. Fue maestra de la poetisa revolucionaria Lola Rodríguez de Tió. Su poesía es melancólica, de musicalidad íntima y tono romántico. Le canta al paisaje puertorriqueño con hondo fervor lírico y acento edénico de mansedumbre espiritual. En su poema "A mis amigos bardos de San Germán", invita a los trovadores boricuas a cantarle al "suelo ardiente" de Borinquen porque

*Es nuestra Antilla delicioso Edén
en brazos del Atlántico arrullado
sólo inspira purísimos amores
al bardo que le canta entusiasmado.*

Edén delicioso es nuestra Isla inspiradora de los amores más puros: por eso los invita como en homenaje de gratitud y gozo, a "ensalsar sus portentos", sus "mil primores". El poeta, como queriendo advertirle a los poetas amigos de la belleza de ese lugar encantado que es su Isla, les hace el recuento: por donde quiera se desliza una fuente en cuyas aguas juega la brisa que mece el cafeto y el plátano: en sus valles se alzan las palmeras, los naranjos, las piñas, el limonero, el higuero, la china embalsamadora del ambiente. Paraje edénico en donde las mariposas vuelan alígeras, y se oye el canto de la tórtola inocente y los trinos dulces de los ruiseñores, todo lo cual será marco para el idilio amoroso del pastor que besa con fruición a su pastora. Todo es emoción y bienandanza:

*Aquí las horas plácidas gozamos
de dichas llenas, de ilusión y encanto
y tranquila reposa la conciencia
el alma libre de dolor y llanto.*

Ambiente al cual según nos asegura el poeta, no llega la ambición ni la orgía del mundo, que todo aquí es paz, quietud, remanso amable para el espíritu.

Otro poeta de este momento, ya dentro de la atmósfera neoclásica, lo es José Gualberto Padilla, (1829-1896), quien le cantará a su patria en forma externa, descriptiva.

Estudió medicina en España, y allí se le despertó su entusiasmo poético, acaso, influenciado por los clásicos, Quevedo, Góngora, Fray Luis de León, además de la lectura de los neoclásicos. Se distinguió como poeta satírico, cáustico. Se hizo célebre por su polémica con el poeta español Manuel del Palacio, quien en su poema "Un paseo por el otro mundo" injurió a Puerto Rico. Por motivos de la Insurrección de Lares estuvo preso en la cárcel de Arecibo.

Su poesía se distingue por su limpieza y su perfección técnica, no obstante haber en ella objetividad y descripción, a veces mimética, no adolece de frialdad. Hay también galantería y finura. Ejemplo de ello podría ser su poema "La flor silvestre",¹¹ que el poeta dedicó a la esposa de un gobernador general. En dicho poema hace aparecer a una flor humilde —la amapola— como símbolo e "imagen pura de Borinquen", no obstante llamar a su patria Edén. Según el poeta galante y altivo, esta flor —la amapola— le dice a esta señora:

*podrá deciros con sus colores
cómo señora, cómo da flores
el fértil campo de Borinquén.*

En su brillante "Canto a Puerto Rico",¹² el poeta empieza presentando el contorno gracioso de la isla, que llama estrella pura, que se destaca en el turquí del cielo y que el mar adormece en su blando regazo. Luego la ve como doncella púdica, gentil y gallarda. Pero también la verá en su fantasía como:

*Rica esmeralda, transparente y bella
en plata y en zafiros engarzada.*

Más adelante, el poeta nos describe el mar sosegado que "con pompa y majestad se mece, al susurro del aura matutina";

*y a lo lejos se funden en la bruma
cielo y mar en inmenso panorama.*

Se aprecia que el poema obedecía a un plan prefijado: primero el poeta ve a la isla en su imagen hermosa, el mar que le da sus contornos; después el sol que salta en torbellino luminoso, "mientras la brisa vagabunda", desata el calor para darle aún más gracia y deliciosa placidez al escenario en que el poeta nos ha

de presentar a su isla, que también llama "perla del mar Caribe", que ufana, "entre las ondas luce su verdura", pues

*¡Perpetuo abril la pinta y engalana,
sutiles auras danla su frescura,
límpido y claro la corona el cielo,
pródigo y rica la tapiza el suelo.*

Ante esta visión ofuscadora de luz el poeta llama a Puerto Rico: edén risueño, paraíso soñado, donde el aborigen vivía vida sosegada. Dice que éste, para sentirse feliz sólo necesitaba, como único ajuar, una choza humilde y una barquilla. Califica al indio de agreste raza, y nos lo describe:

*la frente adusta de expresión bravía
negros los ojos de vivaz destello,
ancha la espalda, desenvuelto el busto
pequeño el tronco y ágil y robusto.*

Este indio que nos pinta José Gualberto Padilla, es afable, pero esquivo, frugal en el comer, activo en su labrantío, rudo y altivo en su vida comunal; sin embargo, es "franco en su hogar y hospitalario" y rey de los prados y de las selvas.

El poeta, luego de presentar la isla y sus habitantes, pasa a hacer una somera relación de los frutos y de los árboles madereros de recia pulpa, como el cedro, el seboruco, el tabonuco, el yagrumo, el maga, el aceitillo, el húcar, el roble, el guayacán, el ortegón, el espino, el ausubo, el copás. Más adelante nos hace mención de árboles y plantas medicinales: el copey, el sambuco, el coparis, el tamarindo, la verbena, el guaco, el gayula, el manajú, la salvia, la taurula, y ante tan variada prolijidad de nuestra botánica nativa, el poeta exclama:

*¡Cuán infinita y múltiple natura
alarde hace de óptima grandeza
variando especies, formas y figuras
al símbolo feliz de su riqueza!*

El poeta, para demostrar aún más la abundante grandiosidad de la naturaleza isleña ofrece, casi en forma exhaustiva, una enumeración de los frutos que dan pagana delicia al ambiente bucólico de la isla: y menciona el árbol del pan, el verde aguacate,

el rojo mamey, el copudo mangó, el caimito, el suave anón, el guamás, el guanábano, el jobo, el guayabo, el corazón, la cenicienta jagua, el pajuil purpurino, el hicaco montés, la breve multa, la quenepa de rugadizo cutis, la uva triguena, la mentada casambreña, la china, la lima y el limón, y la piña que se le presenta entre búcaros silvestres.

Al morir el poeta, ahí quedó el poema que, de terminarlo, hubiera sido de los más hermosos de nuestra parnaso, por su riqueza descriptiva, por su visualización casi mimética del paisaje y la naturaleza, que hizo el poeta con tino, gracia, color y sentimiento patrio.

Otra de las figuras de gran relieve en este momento, pero de acento revolucionario en su cantar, es el poeta Francisco González Marín, (1863-1897), que nació en Arecibo, el 9 de marzo de 1863. Tipógrafo, poeta, periodista y músico, romántico en vida y obra, de auténtico fervor patriótico. En Arecibo fundó el periódico *El Postillón*, 1887, para defender los ideales libertarios. Este periódico luego reaparecerá en Ponce y finalmente en New York. Marín fue también uno de los fundadores de la sociedad secreta de aliento revolucionario, La Torre del Viejo. Al ser perseguido por sus ideas bélicas por el gobernador general Romualdo Palacio —el mismo que implantó en Puerto Rico, en 1887, los célebres Comportes—, huyó de la isla y fue a parar a Santo Domingo, de donde, al atacar la tiranía de Ulises Heureaux, Lili, fue deportado de nuevo, yendo a dar a las costas de Venezuela: de allí, el general Andueza Palacio lo destierra de nuevo en 1890. De esta suerte, el poeta recorre, en peregrinación patriótica, Haití, Jamaica, Curazao, Martinica, Colombia, y, por último, llega a New York, donde publica de nuevo su periódico *El Postillón*, y da a conocer sus poemas revolucionarios y románticos, que ha ido escribiendo en su prolongada odisea por tierras del Caribe. En New York también colabora, con artículos de combate en el periódico rebelde *Gaceta de Puerto Rico*, que a la sazón dirigía el patriota Fidel Vélez Alvarado, otro perseguido del ideal de independencia. Mientras residía en la urbe neoyorquina, se entera de la muerte de su hermano Wenceslao, teniente de caballería en el ejército cubano en campaña, y en agosto de 1896 se agrega a la expedición del Dr. Rafael Cabrera, figurando en la escolta de Máximo Gómez, como secretario auxiliar de su despacho. En noviembre del año siguiente, 1897, muere como héroe y mártir de la Guerra de Independencia de

Cuba, en la ciénega de Turiguanó. Escribió dos libros de versos: *Romances*, 1892 y *En la arena*, publicado póstumamente en 1898. Antes había publicado *Flores nacientes*, 1884. *El óbolo*, 1887, dedicado al patricio Román Baldorioty de Castro, y en Santo Domingo había escrito el drama *El 27 de febrero*, 1888.

A nuestro juicio, el poeta Francisco Gonzalo Marín, frente a su patria, asume una actitud plenamente romántica, un romanticismo vital, vivido honda y trágicamente. El siguiente poema —“Número XIV”— que apareció en su libro *En la arena*, sin título, puede dar completa comprobación de esa acendrada actitud patriótica:

*Me preguntaron los que ayer me vían
vagar por la montaña:*

*—¿Cuál es tu pueblo, triste peregrino,
dónde está, vale mucho, camarada?*

Y yo les respondí:

*—Buenos paisanos
no desgarréis mi alma,
pues como muchos no tuvieron madre
yo no he tenido patria.*

*Mirad... ¿La indiferencia me rodea?
pues no importa, batalla
mi corazón enardecido, firme,
animoso, sin mancha.*

*Hoy, ya lo véis, el ánimo se abate,
la voluntad me salta,
y pensando en la suerte de Polonia
lo que a decir voy soñó mi alma.*

*El día que este pueblo se levante
contra su odioso sátrapa;
ruja como león acorralado
y en las calles y plazas
el estampido del cañón aterre
a la odiosa canalla...*

*Ese día, curiosos caminantes,¹³
os mostraré mi patria.*

El no tener una patria libre desgarró el alma del poeta, pues e'lo es como no tener el cariño de una madre —recordad

que patria y madre, son los dos grandes amores de su vida—pero con el alma abatida, la esperanza brilla, y sueña que la libertad de su pueblo será algún día una realidad. El poeta para merecer esa libertad, batalla con el corazón excitado vivamente, el ánimo puro y firme, aun sabiendo que a su alrededor cunde la indiferencia de sus paisanos. El poeta, para decir con claridad su sentimiento patrio, usa de un recurso retórico, de moda en la época romántica, haciendo el ataque en forma indirecta, pues lo que quiso decir, en buen romance fue ésto: El día que el pueblo de Puerto Rico se levante contra los gobernadores despóticos, y ruja como un león, proclamando la revolución, esos que componen el gobierno tiránico serán destruidos y la patria surgirá victoriosa e indemne. Es decir, el poeta cree que lo único que puede hacer la independencia política de su patria es la revolución armada, el exterminio de todo vestigio de dominación extranjera. Creemos que esta posición se justifica ya que para ese entonces Puerto Rico padecía uno de los gobiernos más tiránicos y crueles, el del sanguinario general Romualdo Palacio, que humilló hasta lo increíble a nuestro pueblo.

En su poema "Judas". A un tráfuga político, el poeta nos dice que el que traiciona a su pueblo es peor que Judas, pues la mano que falta al amor a la patria, con sólo su contacto ofende, y como el traidor, no tiene sentimiento alguno, "su alma es páramo sombrío". Es blasfemo si habla de la amistad, si dice de amor, perjuro. Porque al hombre avieso le está prohibido pronunciar el nombre de la patria, ni puede tenerla, pues la patria es el "amor de los amores".

Tiene Pachín Marín un poema, "El Rruiseñor",¹⁴ que ofrece una clave esclarecedora de su vida y de su poesía, en él, el poeta nos dice que aplaude al rruiseñor que al nacer el día vierte alegre sus trinos, que al mediar éste,

*quema, creyente, en el altar de Febo
no incienso, alas...*

y que al atardecer entona sus cantigas, y en la noche su plegaria. Pero luego, dice el poeta que, si a este rruiseñor, un extraño lo arranca por codicia de su recinto arbolado para ponerlo prisionero en una jaula, y deja de cantar, por no poder romper su prisión, muriendo de rabia, entonces, no sólo le aplaude sino que a sí mismo se pregunta.

que patria y madre, son los dos grandes amores de su vida—pero con el alma abatida, la esperanza brilla, y sueña que la libertad de su pueblo será algún día una realidad. El poeta para merecer esa libertad, batalla con el corazón excitado vivamente, el ánimo puro y firme, aun sabiendo que a su alrededor cunde la indiferencia de sus paisanos. El poeta, para decir con claridad su sentimiento patrio, usa de un recurso retórico, de moda en la época romántica, haciendo el ataque en forma indirecta, pues lo que quiso decir, en buen romance fue ésto: El día que el pueblo de Puerto Rico se levante contra los gobernadores despóticos, y ruja como un león, proclamando la revolución, esos que componen el gobierno tiránico serán destruidos y la patria surgirá victoriosa e indemne. Es decir, el poeta cree que lo único que puede hacer la independencia política de su patria es la revolución armada, el exterminio de todo vestigio de dominación extranjera. Creemos que esta posición se justifica ya que para ese entonces Puerto Rico padecía uno de los gobiernos más tiránicos y crueles, el del sanguinario general Romualdo Palacio, que humilló hasta lo increíble a nuestro pueblo.

En su poema "Judas". A un tráfuga político, el poeta nos dice que el que traiciona a su pueblo es peor que Judas, pues la mano que falta al amor a la patria, con sólo su contacto ofende, y como el traidor, no tiene sentimiento alguno, "su alma es páramo sombrío". Es blasfemo si habla de la amistad, si dice de amor, perjuro. Porque al hombre avieso le está prohibido pronunciar el nombre de la patria, ni puede tenerla, pues la patria es el "amor de los amores".

Tiene Pachín Marín un poema, "El Rruiseñor",¹⁴ que ofrece una clave esclarecedora de su vida y de su poesía, en él, el poeta nos dice que aplaude al rruiseñor que al nacer el día vierte alegre sus trinos, que al mediar éste,

*quemá, creyente, en el altar de Febo
no incienso, alas . . .*

y que al atardecer entona sus cantigas, y en la noche su plegaria. Pero luego, dice el poeta que, si a este rruiseñor, un extraño lo arranca por codicia de su recinto arbolado para ponerlo prisionero en una jaula, y deja de cantar, por no poder romper su prisión, muriendo de rabia, entonces, no sólo le aplaude sino que a sí mismo se pregunta.

*¿Por qué los pueblos que aherrojó el tirano
también no aprenden a morir de rabia?*

A nuestro entender, este poema es de sencilla y humilde confesión autobiográfica. El mismo Pachín Marín es el ruiseñor, que "no pudiendo romper sus cadenas, muere de rabia" en el exilio que el tirano le ha impuesto. Poema símbolo nos parece ser este de "El Ruiseñor".

Como hemos visto, el nuestro fue un romanticismo rebelde, por una serie de circunstancias y de injusticias que siempre tuvo a nuestro pueblo sobre ascuas. Creemos que el hecho geográfico de estar nuestra isla en el extremo oriental de América, la hacía para España una fortaleza común, un bastión para defender militarmente sus posesiones, por lo cual no fuimos atendidos como pueblo con una cultura, con necesidades espirituales que debía desarrollar en armonía con los demás pueblos hermanos de América. Pero esto no sólo sucedió en Puerto Rico; también ocurrió en Cuba, en Santo Domingo, y en las demás islas antillanas.

Anderson Imbert aclara este hecho al decir que "en general, la costa Atlántica del continente fue más beligerante, en su romanticismo que la costa del Pacífico",¹⁵ porque España se olvidó de atender sus necesidades y sólo vio en sus colonias del mar Caribe, avanzadas militares. De ahí que nuestra actitud en demanda de nuestros derechos se tornara en rebeldía.

N O T A S

(1) Véase, Sanz promotor de la conciencia separatista en Puerto Rico, Tesis doctoral del profesor Labor Gómez Acevedo.

(2) Paul G. Miller, Historia de Puerto Rico p. 282; Véase cap. XVII, p.p. 258-284.

(3) Cesáreo Rosa-Nieves, La poesía en Puerto Rico, p. 68-69.

(4) Federico de Onís, España y América, Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos, p. 160.

(5) Carlos Peñaranda, Cartas Puertorriqueñas, Carta V., p.55.

(6) Juan de Castellanos, Elegías de varones ilustres de Indias, Canto Segundo, Elegía VI.

(7) Daniel de Rivera, Agüeybana el Bravo, Canto heroico, con prólogo de Pedro de Angelis, p. 12.

(8) Antonio Mirabal, Daniel de Rivera, Apología.

(9) Opus cit., p. 3.

(10) Carta a su esposa Doña María Otero de Padilla, oct. 15 de 1868, aparece en el Boletín histórico de P. R., p. 381, vol. V, 1918.

(11) Manuel Fernández Juncos, Antología Puertorriqueña, pp. 74-75.

(12) Miriam Curet de Anda, José Gualberto Padilla, (El Caribe), Antología, Selección y notas de pp. 26-47.

(13) Francisco Gonzalo Marín, En la arena, p. 109-110.

(14) Ibid., p. 124-125.

(15) Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana, p. 218.

CAPÍTULO V

POETAS DE TRANSICION

Debido a la política fluctuante que predominaba en Puerto Rico en el último tercio del siglo XIX, en que dependía de los cambios de regímenes en España, de nuevas constituciones o de opiniones personales de los dirigentes españoles, o bien de los gobernantes arbitrarios de los que teníamos que soportar atropellos constantes, los hombres dignos de la isla tuvieron que recurrir, para reclamar sus derechos, no ya a alegatos racionales y jurídicos sino a formas violentas. Fue así como habrían de surgir los partidos políticos, en un principio simples agrupaciones. A los puertorriqueños se les consideraba como a españoles de tercera clase. Este menosprecio creó el gran cerco de antipatías y de separatismo entre los puertorriqueños y los españoles. Momento este en el cual habrían de entrar en el escenario político y cultural las personalidades más distinguidas y desinteresadas de nuestra civilidad, como José Julián Acosta, Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances, Segundo Ruiz Belbis, Francisco Mariano Quiñones, Julio L. de Vizcarrondo y Román Baldorioty de Castro. Esta generación de hombres dignos y de acción habrá de culminar con la generación de la victoria autonomista: Julián E. Blanco, Federico Degetau, Rosendo Matienzo Cintrón, Salvador Brau, Luis Muños Rivera, José Gómez Brioso y José de Diego, todos ellos intelectuales meritorios formados en las ideas liberales de la época. Cada uno tomará su puesto en la defensa de los derechos patrios; unos desde la tribuna de las Cor-

tes españolas, con sus discursos demoleedores; otros desde la prensa con sus artículos cáusticos; otros desde la docencia, y acaso los más rebeldes, desde la atalaya de la poesía de intención política.

Las realidades sociales y económicas habían agravado de tal suerte las relaciones políticas entre España y Puerto Rico que ya no era posible sostener más tiempo una situación por demás injusta. Así es que los hombres más decididos, portadores de un ideal de dignidad insular, no descansarán hasta ver realizada la propuesta fórmula autonomista, lograda al fin en 1897, culminación de un programa y una actitud, que reconocía tardíamente los derechos de' pueblo puertorriqueño.

En esta atmósfera caldeada, nuestros periodistas y poetas crearon una literatura directa, agresiva, en donde el canto a la libertad, a la dignidad y el amor al terruño habría de ser el tema y asunto principalísimo. Había, sí, que cantar, pero también combatir: la pluma sería más bien fusil o espada. Por eso, los poetas más distinguidos de ese momento —Salvador Brau, Lola Rodríguez de Tió, José de Jesús Domínguez, José Mercado, "Momo", José A. Negrón Sanjurjo, Luis Muñoz Rivera, José de Diego y Clemente Ramírez de Arellano, entre otros—, además de periodistas, serán revolucionarios. En parte, varios de ellos con indiscutibles virtudes poéticas que prometían realizar una obra extraordinaria, pero se malograron por desplegar su talento principalmente en la política. Ese fue el caso de Luis Muñoz Rivera, que pudo ser el más grande poeta épico de América, al igual que José de Diego, uno de los precursores del modernismo, que se inició brillantemente en los periódicos españoles *Madrid Cómico* y *La Semana Cómica*, con sus colaboraciones poéticas. Tanto Muñoz Rivera como José de Diego cultivaron principalmente una poesía civil y política.

Dos voceros memorables de esta época que darán curso a estas actitudes violentas serán *El Buscapié*, fundado en 1877, por Manuel Fernández Juncos y *La Democracia*, fundado en 1890, por Muñoz Rivera. Ambos periódicos habrán de dar cabida a los poemas rebeldes del periodista, Luis Muñoz Rivera. En ese momento se ponen de moda los periódicos de intenciones satíricas, se funda *Don Severo Cantaclaro*, 1868, que dirigirá el ágil periodista Mario Braschi; *Don Simplicio*, 1873. *El sombrero*, 1877, publicado en Vega Baja, y *El sastre del Campillo*, que fundará

el poeta festivo Luis Rodríguez Cabrero en unión de otro no menos festivo y humorista, José Mercado, "Momo". En la *Democracia* publicará Luis Muñoz Rivera, en colaboración de José A. Negrón Sanjurjo, una sección titulada *Retamas* sátiras políticas en verso, que se hicieron famosas: Muñoz Rivera firmaba con el seudónimo de *Demócrito*, Negrón Sanjurjo, con el de *Heráclito*.

Aunque en estos momentos —fines del siglo XIX— prevalecen como influencias literarias el neoclasicismo y el parnasianismo, en Puerto Rico, sólo tendrá vigencia esta modalidad, en lo puramente formal, ya que en la actitud, y en la medula poética, lo será el romanticismo, autóctono y viril, frente a la patria. Claro ejemplo de ello pudieran ser las expresiones líricas de Luis Muñoz Rivera, Lola Rodríguez de Tió y Salvador Brau, que aun pareciendo tan circunspectos, precisos y clásicos en la forma, en el fondo lo que encontramos es un ardimiento bélico. Casos semejantes pueden ser, el de José Mercado "Momo", amante de su lengua y de su isla, así como el del abanderado de la patria, José de Diego. Epoca esta que se nos presenta, más bien pintoresca que trágica; frente a las vicisitudes dolorosas que padece, encontramos lo festivo; frente a las vicisitudes dolorosas que padece, encontramos lo festivo y el uso de la ironía y la entereza de carácter, pero con una firme conciencia esperanzada de redención.

Salvador Brau (1842-1912) nace en Cabo Rojo, el 11 de enero. Polígrafo, historiador, dramaturgo, sociólogo, poeta y periodista. Se inició como dramaturgo y en el género logró relativo éxito insular. Su carrera de periodista fue brillante y singular en su época: a un amor sincero a la patria unía una gran claridad de expresión y de ideas, y un genuino deseo de crear una sociología puertorriqueña.

Su poesía, de tipo ideológico y civil, estructuralmente excelente es fría: de tono épico, expresa el sentimiento patrio sin exaltación alguna.

El poeta, ante la patria, asume una posición romántica, sentimental: "¡Hijo, Patria es la tierra en que se nace!", nos dirá en su poema "Patria",² premiado en 1888 por el Ateneo Puertorriqueño. Su sentimiento patriótico está condicionado por la razón, mientras que mira y siente añorante afición por la oriflama española: se opone a que la libertad patria se conquiste a través de las armas, porque.

*¡Así la Patria en la razón fulgura!
Guardada en opulento relicario
culto recibe de filial ternura.*

El poeta concibe a la patria como a madre a la cual ha de venerar, y como tal es que hay que defenderla y salvarla, y sólo desde esa posición puede sacrificarse todo, los goces de la vida, el oro, la vida misma:

ante el ara de augusta indiferencia.

El poeta no acepta que la bandera sea "el exacto simbolismo" de la patria, pues cree que la patria es un sentimiento que está por encima de una enseña:

*Mas, ¡Patria! he de llamar, en tanto viva
con vehemente paternal lenguaje,
a la encantada Boriquén nativa
que encendió con su sol mis ilusiones,
que las cenizas de mi hogar cautiva,
que entraña en su rigor mis afecciones,
y con el jugo de mi carne muerta
ha de nutrir sus ásperos terrones.*

Actitud romántica, en que el sentimiento patrio se torna triste, desgarrado. Y aún deseando el poeta identificar el concepto de patria con la idea del cosmopolitismo, vigente en esa época en que predomina el progreso y la razón, al decirnos que la patria es el mundo todo —desde luego, si no existieran "expoliación y odio—, nos dice que dejan libres sus labios y

*Patria llamar a la región querida
donde en goces de amor las horas ruedan;
donde la paz fructífera se anida
bajo el regio dosel de los palmaras,
en que repite el aura embebecida,
como intensa oración de los hogares,
del trabajo el exámetro estridente,
perfumado por lirios y azahares,*

*cortado por el ritmo persistente
de un mar que copia en su cristal sereno
el zafiro de un cielo transparente.*

En donde podemos palpar claramente una visión edénica, en un ingenuo bucolismo tropical, continuando así la tradición de Santiago Vidarte, José Gautier Benítez y José Gualberto Padilla. El poeta anhela que "su patria luzca su belleza", entre los pliegues de la bandera española, sin ser avasallada, pues quiere verla, "matrona vigorosa", llena de virtudes, junto "al materno pecho", rindiendo honor a la madre patria, pero en disposición de exigir en justicia sus derechos. Y finalmente dice que, al morir, no desea de su tierra más merecimiento que

*un rayo de su sol como audario,
en su peña por tumba una hendidura
y por salmo piadoso, funerario
el himno redentor de su ventura.*

Remate sentimental y generoso que nos recuerda el "Canto a Puerto Rico", de Gautier Benítez, en que para el bardo, la felicidad de su isla es la mayor fortuna que podría disfrutar después de muerto. Salvador Brau, como ya hemos podido apreciar a través de este poema, se muestra asimilista, quiere la libertad de su tierra, pero bajo la bandera de España.

José Mercado, "Momo", (1863-1911), nació en Caguas, el 7 de octubre. Siendo niño ganó fama al obtener el premio en un concurso de trovadores populares, improvisando décimas. No se sabe donde estudió; acaso la vida, la relación con los demás le dio el gran caudal de experiencia y destreza en el manejo de los géneros literarios. Poeta satírico, festivo e ingenioso, pero también de calidad y alta inspiración en sus opemas serios. Aunque su musa nace en el ambiente popular y a él se entrega con travieso espíritu, cuando le espolea el dolor de los que le rodean, su propio dolor y el de su pueblo, según afirma su biógrafo, don Manuel Fernández Juncos,²

ha sabido elevarse, en la escala del sentimiento patrio, de la elegía bien sentida y vibrante, y de un subjetivismo ingenuo y melancólico que hace recordar en cierto modo la doliente y amable sinceridad de Alfredo de Musset.

José Mercado, en cierto aspecto, es un poeta popular que se confunde con el pueblo y así se expresa. En nuestro parneso, "Momo" representa, según advierte el poeta y profesor, Cesáreo Rosa-Nieves, "en la lírica romántico-parnesiana, la nota cómica, la hilaridad a flor de labios, el gozo de la vida diaria puesta en versos ligeros, espontáneos, originales".³

La actitud que asume José Mercado ante la patria es semejante a la de Gautier Benítez y la de Salvador Brau: conciliatoria. En su obra encontramos dos poemas de tono patriótico, de gran calidad estética, "La lengua castellana"⁴ y "Lázaro",⁵ este último de sentimiento edénico de tristeza. En él, el poeta habla de la tragedia de su pueblo, del cual, desde la intervención norteamericana, la paz "huyó una tarde del terruño hermoso", ante la fuerza de los soldados yanquis, y vio entonces "su mísera cabaña cambiar de dueño". Por este hecho inesperado en los anales de la historia boricua, el poeta se lamenta desesperanzado y dice:

*Tú eres, mi patria, pájaro sin plumas
al que el destino le cambió la jaula
y eres hermosa y bella, tan hermosa
como la faz de la mujer amada.*

Pero en medio de ese angustioso sentimiento pesimista el poeta tiene el consuelo de advertir que su isla —orgia de luz, "derroche de colores"— habrá siempre de buscar la belleza, porque tiene su "pensamiento, deslumbrantes alas", y ahí tal vez se encuentre la salvación de su pueblo. El amor al trabajo, constante y ennobecedor, no habrá de permitir que su terruño pierda las raíces esenciales. Y al encomendar a Dios la justicia para su pueblo, aconseja que no haya odios ni rencores.

*haz que, inspirado en ti, surja mañana
un nuevo Cristo, generoso y grande,
que así nos digas ¡Lázaro, levanta!*

Versos que en su resignación aparente parecen tener un mensaje profético. —dolor y sacrificio.— Debemos recordar que este poema se escribió a raíz de la intervención norteamericana en Puerto Rico. Pero su poema mejor logrado, "La lengua castellana" de tono civil y político, es afirmación de los valores de la raza. En él, el poeta evoca su niñez desamparada, a la madre que implora la Virgen María dé protección para su hijo, que ello, parece

implicar un consciente y puro símbolo. Recuerda además que las primeras ternezas que conmovieron su corazón infantil las oyó en la lengua castellana. También su preceptor le recordará que ese terruño en el cual ha nacido: "ese, es la patria":

*... y desde entonces
idolatro a la isilla desgraciada
que un sol de fuego con su lumbre alegre
que el mar Caribe con sus ondas baña.*

Recuerda el poeta que las palabras de redención del esclavo también fueron pronunciadas en esa lengua hermosa, y observa que:

*No es eterno el sufrir, la fe consuela
y es faro de la vida la esperanza.*

Donde podemos ver que no se ha perdido del todo la confianza en el porvenir. Fe de vida que se afirma en el amor de la amada. Y dice que por su lengua conoció la patria y la piedad del Altísimo, y que las palabras de Cristóbal Colón que partearon a la América fueron dichas en la lengua gloriosa de Castilla, por lo que esta

*Lengua inmortal, a tu existencia unida
por siempre esté mi tierra borincana.*

Como queriendo sostener el poeta con ello que aquellos lazos filiales de Puerto Rico con la madre Patria, que un hecho histórico injusto vino a romper, no podrán destruirse nunca porque la lengua es el vínculo que habrá de unir el espíritu:

*¡¡que se puede cambiar una bandera
pero los sentimientos no se cambian!!*

El poeta se lamenta de la pequeñez territorial de su pueblo y lo imposible de medir las fuerzas, pero halla la salvación de su pueblo por la lengua, que comprende es el verdadero espíritu de la raza.

Luis Muñoz Rivera (1859-1916) nació en Barranquitas, el 7 de julio. Político, periodista, polígrafo, poeta. De ideas liberales, revolucionarias y patrióticas, su ideal fue ver feliz a su patria. En 1890 funda, en la ciudad de Ponce, *La Democracia*, tribuna

desde la cual libra brillantes campañas ideológicas a favor de su país. Su prosa es combativa y eficaz, directa y clara, conceptuosa y sobria. Es el primer político que logra unir a la familia puertorriqueña y darle los atisbos de una conciencia. Su poesía está comprometida con lo social, político y patriótico; es fuerte, energética, de elaboración ática, correcta; en ella, el espíritu de Hugo, vibra encendido. En sus poesías de humor —*Retamas*, en colaboración con Negrón Sanjurjo— publicadas en *El Buscapié* y *La Democracia*, satiriza al gobierno opresor.

Su poesía es expresión de su ideario político; de ahí que al hablar de ella tengamos siempre que hacer referencia a su quehacer público. En su poema "Mens Divinior",⁶ Muñoz Rivera ofrece la clave de su poetizar, pues su verso, dice, es como potro arisco, que él doma a medias, para dar en él su ideario patriótico. Bien comprende el poeta que en la poesía logrará expresar todo lo que siente y en una forma perfecta —a veces intenta esculpir la espuma—, y es que por ese mismo hecho que nos dice:

*Mi estrofa, dura y desigual, rebota
como el corcel del gaucho en la vertiente.*

Porque

*Quiero la rima que solloce y cante
que exprese la nostalgia y el deseo.*

pero no la puede lograr porque el llamado patriótico le lanza al verso rotundo, el que nos ofrecerá marcial y melancólico a la vez, en su extraordinario poema "Paréntesis",⁷ en el que el poeta hace un recuento de sus diez años de luchas incesantes —por la redención política de su pueblo—, durante los cuales, el poeta se mantiene firme en su puesto de honor

*No caeré; mas si caigo, entre el estruendo
rodaré bendiciendo
la causa en que fundí mi vida entera;
Vuelta siempre la faz a mi pasado
y, como buen soldado
envuelto en un girón de mi bandera.*

Para el poeta, la patria es lucha, alerta de acción y de espíritu, por lo cual hay que estar siempre en la trinchera, que el morir por la patria es alto y digno.

En el poema, el poeta evoca su vida transcurrida "junto a la margen del humilde río" que le ofreció paz y quietud; por eso, al volver a esos lugares que vieron esa edad dorada, dice

*el espíritu siente
toda una juventud que pasa y llora.*

Y en esa evocación de la naturaleza —mansa y eglógica— que nos ofrece el poeta, recuerda que entre las "cercanas frondas", leía y soñaba con la gloria. Al mirarla ahora, aunque sigue siendo acaso igual, al pensar en lo cercano de la muerte, sin haber realizado ese ideal ni disfrutado la vida de su remanso idílico, abatido nos confiesa:

*Entre tanto aquí está mi soto umbrío;
la margen de mi río;
el tronco entre la fronda abandonado;
el laurel verdinegro y la corriente
que surgen de repente
como imágenes vivas del pasado.*

Amor y tristeza se mezclan en el recuerdo, mas no el pesimismo, que era su obligación moral dejar lo amable de esos parajes dichosos e ir a pelear por conservarlos para sus compatriotas —sacrificio y amor, que en esa forma sería su vida para las futuras generaciones, ejemplo viviente. El poeta-político, por haber fortalecido su alma en el fragor de la lucha no se deja doblegar por la nostalgia ni la melancolía y vuelve a la acción, recordando que su destino es ése, luchar:

*¡Adios, remanso que en tu fondo guardas
las visiones gallardas
de mi primera edad dichosa y pura!*

*Vuelvo a buscar más anchos horizontes:
la cuenca de tus montes
me oprime como un cerco de granito;
vuelvo a encontrar más amplias perspectivas;
tus ondas fugitivas
no sacian ya mi sed de lo infinito .*

Todo interés particular, todo egoísmo, han desaparecido del alma del poeta, del hombre símbolo, del hombre heroico: falaz es

ahora todo lo que no sea en bien de la patria, y hay que seguir la lucha, resuelto y gallardo, por lo que se despide, más heroe aún en su tristeza, del rincón amado, preguntándole:

*¿reservarás en tus riberas pías
el sitio que solías
a la altivez estoica del vencido?*

Y así, triunfador de sí mismo, el poeta-político logrará para su pueblo lo que soñaba, y ya feliz en su muerte, reposará en su lugar de origen, "junto a la margen del humilde río", su vida eterna el soldado incansable de su pueblo.

Lola Rodríguez de Tió (1843-1924) nació en San Germán, el 11 de septiembre. Es la primera mujer puertorriqueña de renombre extraisleño, por sus versos y por su actitud rebelde. Temprano fue al destierro. El Grito de Lares, 1868, fue su bautizo glorioso, al poner letra guerrera a la blanda y sentimental melodía de La Borinqueña; inicio que será norma de amor patrio hasta el fin de sus días que terminaron en la hermosa isla de Cuba, su segunda patria. Su poesía tiene una razón de ser —amor a su patria—, ya cubana o puertorriqueña pues su vida se ilumina con tres hechos sobresalientes: el Grito de Lares, que ya hemos comentado; el movimiento autonomista, 1887, en que recaba y logra la libertad de los presos políticos en la época de los comportes impuestos por el capitán general Romualdo Palacio, y la Guerra de Independencia de Cuba, 1895-1898, cuando se convierte en mujer ejemplar y estimula a los hombres de honor a pelear por la libertad de Cuba, que era también la de Puerto Rico.⁸ Hechos estos que hacen que su lira tenga resonancias heroicas y un dulce acento de melancolía al paisaje boricua. Al igual que Francisco Gonzalo Marín (Pachín Marín), fue Lola Rodríguez de Tió peregrino del ideal de independencia patria, cantándole en forma subjetivista al paisajes y al hogar nativos, recordándolos con tristeza. La patria era para ella, sin embargo, lo primero,

*Niega todo lo que quieras,
si negar es tu desgracia,
mas no niegues tres cosas,
el alma, Dios y la Patria.*

Ya en 1876, había dicho en su primer libro de versos, *Mis cantares*. Y según la fina ensayista y profesora doctora Concha Me-

léndez: "fue este sentimiento de la patria y el del destierro resuelto en nostalgia, lo que más conmovió a Ramón Emeterio Betances en sus libros".⁹

El poeta, en su poema "A Puerto Rico"¹⁰ enlaza el amor a su patria con el de Cuba:

*Pues hoy Puerto Rico y Cuba
son mis dos grandes amores.*

La pena de estar ausente acrece el arraigo del solar nativo, por lo que al visitar su tierra en 1915, su "espíritu se embarga de alborozo y alegría", aunque, según ella misma confiesa, siempre tuvo a su isla presente "entre las blancas palomas del ensueño". El querer a la patria es padecer con ella, es estar siempre con ella, en las palmas y en los mares, que el viento le dirá dulcemente en sus *Cantares*, que es de su patria, el pensamiento. Y nos dice emocionada que por haber llegado a otras tierras —Cuba—, que aman también la libertad de su isla, la ama también, por lo que con ella comparte su corazón:

*En defensa de tu duelo
hará suya la venganza
alentando la esperanza
que resplandecé en el cielo.*

En su poema "A Cuba", concibe a esta bella isla igual en su sentimiento de amor a Puerto Rico, como una misma patria, que era su ideal más acendrado hacer de ambas, una sola.

*Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas
reciben flores y balas
sobre un mismo corazón*

En este período de transición del neoclasicismo-parnasiano-romántico, hay un poeta de enlace que es el que va hacer evidente este pasar de un período a otro sin cambios abruptos visibles: este poeta es José de Jesús Domínguez (1843-1898), nacido en Añasco el 21 de junio. Se recibió de doctor en medicina en 1870, en París, donde conoció a los poetas más notables de la época parnasiana, y prestó servicios como médico titular en la guerra franco-prusiana. En 1871 regresa a Puerto Rico y se dedica a

la práctica de su profesión, a la política y a las letras especialmente a la poesía. Hombres de varias inquietudes culturales, filólogo, investigador, historiador, conferenciante y poeta. Publicó los siguientes libros de poemas: *Poesías*, 1879, que firmó con el seudónimo de Gerardo Alcides; *Odas elegíacas*, 1883, y *Las huríes blancas* 1886. De esta experiencia parisina traerá Domínguez las innovaciones estéticas que en ese momento se están, como el parnasianismo —Leconte de Lisle, José María de Heredia, Sully Prudhomme—, que unido a las traducciones de Manuel de Elzaburu y José A. Negrón Sanjurjo, irá creando una atmósfera de renovación poética en Puerto Rico. A José de Jesús Domínguez se le adjudica en justicia el hecho de haber sido el precursor del modernismo, al editar en 1886, su exquisito poema *Las Huríes Blancas* —plenitud parnasiana y simbolista, con vislumbres modernistas—, publicado dos años antes que *Azul*, 1888, de Rubén Darío. También habrán de abrir camino a esta innovación los poemarios: *Tropicales*, 1902, de Luis Muñoz Rivera, y *Poesías*, 1905, de José A. Negrón Sanjurjo, así como el poema de tema sepulcral *El Cementerio*, 1889, de Vicente Palés Anés. Es, a su vez, en cierto modo precursor del modernismo en Puerto Rico, José de Diego, que de estudiante en Barcelona, colabora en *La Semana Cómica* y el *Madrid Cómico*, donde publica sus poemas, de remozamiento en la métrica, en versos decasílabos y dodecasílabos.

Pero será de Jesús Domínguez el verdadero precursor. Este poeta exotista, apenas le canta a Puerto Rico, pero en su poema "Rara Avis",¹² dedicado a la poetiza Lola Rodríguez de Tió, habla de Borinquen, y dice que es "la flor de los amores", la "bella flor de Nereo".

José de Diego (1866-1918) nació el 16 de abril, en el pueblo de Aguadilla. Político, jurista, prosador y poeta. Estudió la carrera de leyes, en España y la Habana. En España fue colaborador de las revistas de género chico, antes mencionadas, por los años de 1886. Su estro oscila entre el parnasianismo y el modernismo, aunque su tono es incuestionablemente romántico. Su modernismo, tiene arraigo político y telúrico. Es el poeta que más se distingue por su afán libertario en esta época y por el hecho de haber puesto su lira incondicionalmente al servicio de la política y el ideario de liberación nacional. La patria será el tema principal y casi diríamos único, en sus cuatro poemarios: *Pomarosas*, 1904, *Jovillos*, 1916 *Cantos de rebeldía*, 1916, y *Cantos de*

Pitirre, publicado póstumamente en los cuales se concentra "el ideal sufriente, moribundo de una patria adorada, llorada, perdida", según propio decir del poeta .

El verso de De Diego es vibrante, duro, demoledor a veces, elaborado con clara conciencia estética, no obstante ser un verso comprometido. Su ideal primero y último fue el de redimir a su isla de interventores y a ello dedicó su vida y su obra. Por esta actitud de serena hidalguía y abnegada dedicación a su patria, se ganó el honroso título de Caballero de la Raza. La libertad de su tierra era la dignificación suprema del hombre puertorriqueño:

nacido en un país infausto, siervo en peligro de muerte, debo a la conservación de su vida y a la defensa de su libertad, la sangre que es de su tierra y el alma que es de su cielo; si tengo una lira como si tuviera una espada o un martillo, o un arado, lo que tengo, suyo es, de mi patria es y debo cantar como blandiría el acero, golpearía el yunque, o abriría el surco, por ella y para ella que es mía y de quien soy en cuerpo y alma.¹³

Posición romántica que le acompañará a lo largo de toda su vida de incomprendido idealista, para ser glorioso agonista de su patria. Para este poeta la patria es redención, pues el nombre de Patria, aun en la tumba de los muertos Dios pone, "vuelos de arcángel y alas de plegaria"; porque decir ese nombre es decir libertad:

—*¡Patria sin libertad, cuna vacía,
nido sin ave, astro sin fulgores,
arpa sin armonía,
hogar sin padre, corazón sin guía,
infinito sin Dios, Dios sin amores.*¹⁴

Fuera de la patria no es posible la vida verdadera y feliz. La rebeldía del poeta llega al extremo de tomar simbólicamente "una tripa del santo Cordero —que tiene alaridos del clarín guerrero" — y hacer con ella, "una cuerda larga y fuerte para el cuello del tirano!"¹⁵

Su soneto "Última Actio",¹⁶ construido a base de combinaciones de unidades métricas pentasilábicas, bien podría servir de testamento poético patriótico, que aguarda hoy su realización profética. Poema de novedad formal, pero también de gran originalidad en su contenido y aún más en su mensaje de resurrección libertaria. Oigamos al poeta:

*Colgadme al pecho después que muera
mi verde escudo en un relicario,
cubridme todo con el sudario
con el sudario de tres colores de mi bandera.*

*Sentada y triste habrá una Quimera
sobre mi túmulo funerario. . .
Será un espíritu solitario
en larga espera, en larga espera, en larga espera.*

*Llegará un día tumultario
y la Quimera, en su silenciarío
sepulcro erguida, lanzará un grito. . .*

*¡Buscaré entonces entre mis huesos mi relicario!
¡Me alzaré entonces con la bandera de mi sudario
a desplegarla sobre los mundos desde las cumbres de lo infinito!*

Santa reliquia es para el poeta el escudo de su tierra, sudario la bandera. Su ideal estará en constante alerta sobre su sepulcro, como un espíritu solitario, esperando el día de la revolución en que desplegará la enseña de la liberación patria. Pero hemos de recordar que el poeta tuvo siempre fe en el triunfo del entendimiento, de la razón, y la revolución habra de ser, más bien la del espíritu, la de la comprensión lógica, que la de las armas. Y aquí podemos mencionar como guión colateral el símbolo del Múcaro —dejadez, resignación(indiferencia— que puede conducir a la muerte del espíritu nacional, en que el poeta se pregunta si puede ser nuncio de "las alboradas futuras".

N O T A S

(1) Manuel Fernández Juncos, *Antología Portorriqueña*, p. 239
254.

(2) *Ibid.*, p. 228.

(3) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo lírico de la poesía puer-
torriqueña*, T. I. p. 420.

(4) *Ibid.*, p. 427-29.

(5) *Ibid.*, p. 430-433.

(6) *Ibid.*, p. 398-400.

(7) *Opus Cit.*, p. 314-318.

(8) En los planes de redención cubana de José Martí estaba incluida la liberación de Puerto Rico. Véase, Luis Caballer, *José Martí y la independencia de Cuba y Puerto Rico*, El Día, Ponce, P. R., 1930.

(9) Concha Meléndez, *Figuraciones de Puerto Rico*, p. 18.

- (10) Carmen Gómez Tejera, Ana María Losada y Jorge Luis Porras, *Poesía Puertorriqueña*, p. 76-78.
- (11) *Opus. Cit.*, p. 208-210.
- (12) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo Lírico de la poesía Puertorriqueña*, p. 330-337. T. I.
- (13) José de Diego, *Cantos de Rebeldía*, p. 10 Citado por Cesáreo Rosa-Nieves, en *La poesía en Puerto Rico*, p. 106.
- (14) José de Diego, *Pomarrosas*, p. 42 —Poema que fue escrito en 1888, págs. 39-50.
- (15) *Opus cit.*, p. 44-45.
- (16) *Ibid.*, p. 49.

CAPÍTULO VI

EL MODERNISMO EN PUERTO RICO

Por factores históricos y políticos, nuestro modernismo tuvo características singulares: el arraigo, el sentido de lo nuestro, los valores tradicionales de la raza y la hispanidad. No fue propósito literario sino preocupación por salvar nuestras esencias nacionales. Bien pudiéramos afirmar que tuvimos una generación noventaiochista interesada por el destino de Puerto Rico. Autores como Luis Muñoz Rivera, José de Diego y José Mercado, ya lo habían hecho evidente: la salvación por la lengua, por la actitud frente a los nuevos valores, costumbres, raza y conceptos de la vida, nos hacía estar vigilantes; así lo harán nuestros hombres representativos.

Nuestro pueblo había obtenido la Autonomía, cuyo gobierno se implantó el 9 de febrero de 1898, inaugurándolo el general Manuel Macías Casado, cuando pocos meses después surge la Guerra Hispanoamericana que había de cambiar definitivamente el rumbo de la política y la suerte de Puerto Rico.

La Guerra fue provocada por la explosión del carguero norteamericano "Maine", surto en La Habana, Cuba, el 15 de febrero de 1898. La explosión en el interior del buque —como luego se comprobó por peritos imparciales— se debió a combustión espontánea del algodón pólvora y no a mina submarina alguna. Y el 21 de abril de 1898 se declaró la Guerra entre los Estados Unidos y España.

Algunos puertorriqueños, creyendo de buena fe que este hecho era un jalón para proclamar a Puerto Rico libre totalmente de

España, trataron de ayudar a los Estados Unidos para que invadiera nuestra isla. En esta tarea habian de colaborar el doctor José Julio Henna y el señor Roberto H. Todd. Eugenio María de Hostos, previendo lo que sucedería, estuvo en todo momento alerta para no confundir la ayuda con la anexión. Así también lo vio Ramón Emeterio Betances que desde París aconsejaba a los puertorriqueños aprovechar la ayuda norteamericana pero enarvolando la bandera de la independencia sin cooperar a la anexión, pues en ella veía el oprobio de la colonia. Y el 12 de mayo de 1898 fue bombardeada la ciudad de San Juan. Como resultado del Tratado de París, que puso punto final a esta guerra, Puerto Rico vino a ser posesión de los Estados Unidos, y el 18 de octubre de ese mismo año, ondeó la bandera norteamericana en los palacios, fuertes y castillos de San Juan de Puerto Rico.

Para recrudecerse aún más la situación, un Ciclón, el de San Ciriaco el 8 de agosto de 1899, azotó a nuestra isla, devastando su agricultura. El pueblo quedó en la indigencia más dolorosa. Sumado a esto tenemos el cambio de la moneda circulante que bajó a un 40% el capital metálico de la Isla.

Es decir, cuando íbamos a tomar posesión de nuestras responsabilidades, con la implantación del Gobierno Autonomista, la perplejidad nos ahoga. A tal respecto, nos dice el ensayista Tomás Blanco:

Para nosotros, aquel momento de transición —desde febrero del 98, en que empezamos a gozar la autonomía, hasta mayo de 1900, en que se inaugura el primer Gobierno Civil bajo el régimen norteamericano— debió haber sido la hora de la verdad; del realismo puro y sereno; de las visiones claras y las determinaciones enérgicas. Salvo en contados grupos, en el que se destaca Eugenio María de Hostos, nadie lo comprendió así. Triunfó el fácil optimismo, la ingenuidad pueril, la garrullería vacua, el oportunismo acomodaticio, la patriotería indocumentada.¹

Fue éste momento de confusión, de aturdimiento; la euforia fue el signo general; pero vueltas las aguas a su nivel, los hombres más avisados se percataron del peligro y vieron con serenidad y juicio claro. Surgen entonces dos bandos: los que aman esa tradición hispánica, esa lengua y la autoctonía nacional que levantaron su voz de protesta, y los que ceden llevados por el nuevo orden de cosas, deslumbrados por la generosidad de los soldados que sonríen y traen en sus alforjas comestibles y donaires, porque

ven en ellos la salvación económica de Puerto Rico. Además, no hay que olvidar que, en los momentos de desesperación producidos por el Ciclón de San Ciriaco, los norteamericanos y la Cruz Roja habían prestado su ayuda generosa en alimentos.

Desde la prensa se levantaron trincheras para defender los puntos de vista de anexionistas e hispanistas:

Se asume una actitud de severa crítica, ante la situación prevaleciente y se trata de buscar una solución digna. Hay honda preocupación por una política de afirmación en los valores más auténticos de la raza. Se estudia nuestro pasado, nuestra historia. Y con el propósito de patentizar y rescatar nuestra personalidad se funda *Idearium*, revista que por sus ideales nos recuerda la generación del '98 español. La prosa que se escribe es fuerte, combativa, polémica, mientras que la poesía tendrá tendencias a lo comprometido, interesándose por lo telúrico y la tradición.²

Pues habrá de ser la prensa, principalmente las revistas, la que se encargue de dar la orientación. Se fundará además un sinnúmero de voceros como *El Carnaval*, 1900, *Claro de luna*, 1910, *Puerto Rico Ilustrado*, 1910, *Plumas amigas*, 1912, *Revista de las Antillas*, 1913, *Juan Bodo*, 1915, *La Revista Blanca*, 1917, entre otras. En esta polémica sostenida en revistas y periódicos se confunden españoles y puertorriqueños.

Debido a esa efervescencia política el modernismo puertorriqueño va a tener un sentido terrígeno, nacional e hispánico, mientras que el preciosismo, el exotismo, las princesas y la blandura no van a ser ingredientes notorios de esta escuela en Puerto Rico. Y aún los poetas que no participan totalmente de la independencia patria, le cantarán al terruño con amor entrañable, como lo hará Virgilio Dávila.

Según ya hemos afirmado, nuestro modernismo tiene sus antecedentes en los poemas de José de Jesús Domínguez, con *Las huríes blancas*, 1866, y las traducciones de José A. Negrón Sanjurjo, y los metros remozadores de José de Diego, va a tener influencias a su vez de los poetas hispanoamericanos, como Rubén Darío, Amado Nervo, Julio Herrera y Reissig, Salvador Díaz Mirón y, ya a mediados de la segunda década, de Leopoldo Lugones y José Santos Chocano, así como más tarde de los poetas españoles, Salvador Rueda, Francisco Villaespesa, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, y también de los norteamericanos Edgar Allan Poe y Walt Whitman.

La publicación que más impulso dará a estas nuevas corrientes estéticas será, *Revista de las Antillas*, en donde publicarán su obra madura prosadores y poetas. Referente a la actividad literaria y a los intelectuales más destacados de esa época decíamos en la *Antología de la poesía de Antonio Pérez Pierret*:³ "Entre los prosistas de mayor relieve de ese momento en nuestra isla se encuentran Luis Samalea Iglesias, que escribe sobre temas sociológicos y literarios; Enrique Lefebre, que hace crítica literaria de afirmación insular e hispánica; Cristóbal Real, que, aunque no es nacido en Puerto Rico, prestó su concurso y esfuerzos a nuestras letras al fundar con su hermano Romualdo, el *Puerto Rico Ilustrado*, vocero de expresión múltiple; Rafael Ferrer, fino estilista que que en sus *Perfiles* nos presenta nuestros hombres de valía; Miguel Guerra Mondragón, de gran vigor renovador que en parte aclarará los ideales creacionales de la generación; Luis Lloréns Torres, poeta y prosista magnífico, que velando por la conciencia espiritual de su pueblo escribe libros de afirmación patria como *El Grito de Lares* y *Lienzos del solar*, y sobre todo, Nemesio R. Canales, por su actitud, nuestro Angel Ganivet, mordaz y sincero, que en sus *Paliques* caló en nuestro hondón nacional señalando nuestros defectos y virtudes para una mejor orientación.

"Surge también para este momento un grupo de poetas que tomando el banderín de la defensa de lo nuestro escriben una poesía de honda raíz criollista e hispánica. Entre los poetas de ese instante que se interesan por la tradición y la intrahistoria tenemos a Virgilio Dávila, que con sabor a la tierra se expresa en sus libros *Patria*, *Viviendo y Amando*, y en muchos de los poemas que luego formaron parte de su aromoso a tierra y ambiente nuestro. *Aromas del Terruño*, y principalmente su *Pueblito de Antes*, en el que nos ofrece una estampa interesantísima de la vida en un pueblo típico puertorriqueño de fines del siglo pasado; Luis Lloréns Torres, que escribe sus emotivos poemas "Rapsodia criolla", "Valle de Collores", "Canción de las Antillas", además de su libro *Sonetos Sinfónicos*, 1914, en el que encontramos poesías de acento hispánico, antillano, boricua y de descarnada intención política".

Otros poetas notables del momento modernista serán Jesús María Lago, José de Jesús Esteves, Antonio Pérez Pierret, José P. H. Hernández, Antonio Nicolás Blanco, Francisco Negroni Mattei, José A. Balseiro y, en parte, Evaristo Ribera Chevremont y Luis Palés Matos, que se inician como líricos de grandes aptitudes y vuelo creador.

Virgilio Dávila (1869-1943), nació en Toa Baja. Poeta, agricultor y maestro. Los cinco libros que publicó, *Patria*, 1904, *Viviendo y amando*, 1912, *Aromas del terruño*, 1916 *Pueblito de antes*, 1917 y *Un libro para mis nietos*, 1928, nos dan un hermoso saldo de su amor a Puerto Rico; en especial, *Pueblito de antes*, que resume color y hondo amor puertorriqueño. "Verdadero trovador de la campiña puertorriqueña" se le llamó; su regionalismo es intimista, dulce y añorante. La patria y el paisaje son sus temas preferentes.

Virgilio Dávila, aunque incondicional en política, se distingue por el amor a su tierra y cuando ve el peligro que acarrea el desprenderse de la heredad "que vale más que el oro" —según él afirma— lo advierte: su poema "No des tu tierra al extraño" parece, a más de admonitorio, profético. Para el poeta, nuestra patria fue creada por Dios, al tirar al azar un beso que cayó en el mar; de ahí que suponga que es bajo y miserable el que vende su terruño:

*No des por ningún dinero
tu pedazo de vergel
que eres tú patriota fiel
y de legítimo cuño
y el que vende su terruño
vende la patria con él*

Ya en *Aromas del terruño*, 1916, en su poema inicial, "La Tierrauca", había cantado.

*Es el móvil océano
gran espejo
donde luce como adorno sin igual,
el terruño borincano,
que es reflejo
del perdido paraíso terrenal.*

Paraíso que es de "fáciles pendientes", "valles de riquísimo verdor", donde las fuentes cristalinas van cantando "como flautas que bendicen al Creador". Por tanta hermosura y por ser "la mansión de todo bien", el poeta reverente nos confiesa que

*¡Yo no cambio por ninguna
esta tierra
donde tuve el privilegio de nacer!*

En ella —jardín del paraíso— la primavera es eterna y en sus campos deslumbran flores y frutos. Imagen directa que captará el poeta de su vida en labores campesinas. Por eso, en su poema "Nostalgia", décimas con glosa, nos dice, del que en procura de un "futuro mejor", abandona su suelo natal y al no poder resistir el clima extraño, exclama:

*¡Mamá! ¡Borinquen me llama!
 ¡Este país no es el mío!
 Borinquen es pura flama
 ¡y aquí me muero de frío!*

El jíbaro puertorriqueño no puede olvidar su tierra que concibe como madre o lugar edénico.

El costumbrismo de este poeta es evocador, afirmador del cariño a la tierra, dicho con sencilla humildad lírica, pero con amor verdadero. Y como nos dice el poeta Francisco Matos Paoli, Virgilio Dávila es:

El cantor esencial de nuestra autoctonía. En la poesía de Dávila la tierra se acendra en un fundamento ético, insoportable que le insta a identificar la belleza con la patria.⁷

Luis Lloréns Torres (1876-1944) nació el 14 de mayo, en el Barrio Collores de Juana Díaz. Abogado, polígrafo, dramaturgo y poeta, creador del movimiento esteticista conocido como el pancalismo, en que se supone que todo en la naturaleza es belleza. Su lira es de fuertes tonos amatorios, sensuales y lúbricos, la patria es mujer, pero para el amor más alto, a ella también la verá como hermana y esposa.

Alrededor de la *Revista de las Antillas*, 1913, que él fundó para dar a conocer sus ideas estéticas, se agruparán los poetas y escritores más significativos del momento modernista, como Antonio Pérez Pierret, Gustavo Fort, Nemesio R. Canales, Miguel Guerra Mondragón, Cayetano Coll y Toste, Virgilio Dávila y otros muchos. Es en esa *Revista* donde expondrá Lloréns Torres sus para aquel entonces novísimas ideas de belleza: "Visiones de mi musa", que luego concretará en su libro *Sonetos sinfónicos*, 1914. En esta teoría se aprecia la belleza en sí misma, como arte por el arte. Pero un acontecimiento verdaderamente significativo, la visita del poeta José Santos Chocano a Puerto Rico, el 20 de octubre de 1913, hará que Luis Lloréns Torres dé un viraje

radical y cante primordialmente a lo propio puertorriqueño con másculo vigor patriótico. Para ese entonces, José Santos Chocano es opositor fiero del imperialismo yanqui en la América Hispana y al llegar a Puerto Rico aconsejará a los mejores hombres del quehacer intelectual isleño luchar por la independencia y a los poetas, el poner sus liras al servicio de esa noble causa. Sobre este particular nos dirá el profesor y poeta Dr. Cesáreo Rosa-Nieves:

... con esta presencia de Chocano en la isla, estos asuntos autóctonos se reafirman poderosamente más en la conciencia borincana, y de esta suerte, se estimulan nuestros bardos a cantarle a la patria, tal y como se nota en Lloréns Torres, Virgilio Dávila, José de Jesús Esteves, José de Diego, Evaristo Ribera Chevremont, Ferdinand R. Cestero.⁸

Es decir, su poesía tendrá una intención marcadamente patriótica, telúrica e hispánica. Para este momento escribe Lloréns Torres su drama histórico *El Grito de Lares*, 1914, de tono romántico, basado en el levantamiento independentista de Lares, del 23 de septiembre de 1868.

Lloréns Torres en uno de sus primeros poemas pancalistas, "Rapsodia criolla",⁹ le canta a la patria en actitud romántica y dice que ella es novia, hermana, amiga, esposa, madre y tierra, y que por constituirlo ella todo, quiere que le dé a su pueblo patriotismo, altivez, y "engendre espíritus viriles". Este poema en buena parte viene a ser su declaración de amor patrio, pues según él mismo confiesa:

*Mas nadie, nadie, patria mía
nadie en el mundo te ha querido ni te ha cantado
como yo.*

Amor al que será fiel hasta el último instante de su vida.

En uno de sus poemas más celebrados, "Valle de Collores",¹⁰ el amor a la madre natural con "la campestre floración", en que las lágrimas de la madre que despide al hijo se identifica con la tristeza del paisaje:

*La campestre floración
era triste, opaca, mustia,
y todo como una angustia
me aprétaba el corazón.*

.....

*zumbaba el viento, oloroso
a madre selvas y a pinos,
y las ceibas del camino
parecían sauces llorosos.*

El sentimiento terrígeno habrá de ser tan íntimo en el poeta. luego de haber conocido el mundo y alcanzado gloria, que todo lo hubiera borrado por esa paz, por ese amor...

*y a mi bohío de Collores
volver en mi jaca baya
por el sendero entre mayas
arropás de cundiamores.*

Sin lugar a dudas, Luis Lloréns Torres había ordenado su libro antológico, *Alturas de América*, 1940, con el propósito de ofrecer en él todos aquellos poemas que guardan cierta unidad hispánica: lo hispanoamericano con lo antillano y lo particular boricua forman un conjunto espiritual y étnico. El libro se abre con la musical "Canción de las Antillas", —núcleo y sentido de su poetizar— y se cierra con "Mare Nostrum", su último poema de hondo aliento, en donde se concentra su ideal hispánico de patria y libertad. Son reveladores estos versos de la "Canción".¹²

*Hemos toda la poesía
de los cielos, de la tierra y de la mar:
en los cielos, los rosales florecidos de la aurora
que el azul dormido borden de capullos carmesíes
en la cóncava turquesa del espacio que se enciende y se colora
como en sangre de rubíes;
en los mares, la gran gema de esmeralda que se esfuma
como un viso del encaje de la espuma
bajo el velo vaporoso de la bruma;
y en los bosques, los crujientes pentagramas
bajo claves de orquídeas tropicales,
los crujientes pentagramas de las ramas
donde duermen como notas los zorzales...*

Y estas hermosuras múltiples, del rosario edénico de las Antillas,

*Todas, todas las bellezas de los cielos de la tierra y de la mar
nuestras aves las contemplan en las raudas perspectivas de sus vuelos,
nuestros bardos las enhebran en el hilo de la luz de su cantar.*

Nuestras Antillas fueron motivo de leyenda, y su abolengo viene desde las referencias más antiguas de la historia de occidente:

*¡Somos nobles! La nobleza de los viejos pergaminos señoriales:
que venimos resonando por las curvas de los siglos ancestrales,
en las clásicas leyendas
y en los libros de los muertos idiomas inmortales.*

Y ya refiriéndose propiamente a su Isla —acaso reafirmando aún más su origen bíblico y profético —dirá:

*Nuestro escudo engasta perlas del dolor de Jeremías
y esmeraldas de las hondas profecías
de Isaías.*

De ahí que el poeta orgulloso de la ascendencia de su Isla diga con alto y gozoso entusiasmo lírico que:

*Somos las Antillas! Hijas de la Antilia fabulosa
Las Hespérides amadas por los dioses,
Las Hespérides soñadas por los héroes.
Las Hespérides cantadas por los Bardos.*

Donde vemos que en el otro plano, en el material, puede que el poeta piense que en las Antillas se dé el hecho extraordinario del heroísmo redentor de toda la América. cuando, como señala:

*las Hespérides seremos las Antillas
cumbre y centro de la lengua y de la raza!*

Mientras en su último magistral poema, "Mare Nostrum", afirma del mar antillano, el Caribe:

*Y eres nuestro, Mare Nostrum:
porque, a todos nuestros pueblos,
para que oren por su paz y por su unión,
les ofreces el rosario de sus islas
de que vuela en letanía la oración,
la oración que a Dios le reza el Nuevo Mundo
prosternado ante la tumba de Colón.*

En estos poemas podemos apreciar cómo predomina la exaltación hispánica y que por la superioridad de sus valores eternos, morales, religiosos y espirituales, obtendrá finalmente nuestra Améri-

ca, su unidad. Ese es, indudablemente, el sentido de su libro, *Alturas de América*: alturas de amor, comprensión y libertad que habrían de lograrse en las Antillas.

Esa conciencia de hispanidad está expresada en los diversos aspectos de la vida desde lo puramente intrascendente hasta lo esencial y culminante de la realización patria. En su poema, "Don Juan Ponce de León",¹³ el "romántico inmortal", del que afirma el poeta:

*Jue el primer Don Quijote de la historia
y el primer Fausto y el primer Don Juan.*

En dicho poema, el poeta mezcla los aspectos múltiples de la raza, los cuales quedan fundidos gallardamente en la españolísima ciudad de San Juan:

*la ciudad que en el paño del Caribe
es el salero de sabrosa sal,
y ala no bien abierta todavía
y hamaca aún colgada en el palmar.*

En que, a nuestro parecer, queda expresado lo español donairoso, lo incipiente de la conciencia nacional isleña, así como la placidez del vivir en la zona tórrida, hitos que pueden dar idea clara de las características del puertorriqueño y que en otro poema suyo, "Fuente Ovejuna lo hizo",¹⁴ se explica. En este poema el poeta se pregunta cuándo el puertorriqueño mirará las cosas en la exacta medida de su carácter, cuándo se unirá para decidir su destino y deje de ser pueblo doblegado a las circunstancias y no ser "una cultura del aire, del aliento, del hálito del alma del mundo",¹⁵ por decirlo con voz ponderada del poeta cubano, Cintio Vitier, y nuestro poeta nacional Luis Lloréns Torres dice:

*¡sino que Dios lo disponga!
¡y Puerto Rico lo hizo!*

Intuitivamente el poeta acierta: somos así porque hay un designio —geografía y geología— y porque a su vez, el pueblo lo percibe con claro entendimiento. Es una paradoja que resulta lógica.

Pero no es que con ello afirme el poeta una posición negativa —sólo, creemos, señala una realidad, que él mismo ve con objetiva honradez—, pues en otro hermoso poema, el dedicado al prócer "Luis Muñoz Rivera",¹⁶ ante su estatua erigida en el cam-

po de la Universidad de Puerto Rico, se muestra expresador leal de su persistente voluntad libertaria y con ardorosa esperanza nos dice que:

*Plegue al destino que este bronce
faro de luz de patrio amor,
guíe las naves hacia adentro
de nuestro propio corazón.*

En que vemos que aún hay esperanza y fe en el sentimiento patriótico de sus compueblanos, porque sabe que en ellos hay amor al terruño, amor que puede ser la salvación de su pueblo. Por eso, simbolizando ese ardor amoroso en el gallo —símbolo de amor sin rencores— en su décima "Desafío",¹⁷ nos dirá:

*Gallo que los tiene azules,
es el de los sueños míos
ensueñan en desafíos
que el campo tiñe de gules,
Que su plumaje de tules
la lid desfleque y desfibre
y que cuando cante y vibre
al lanzarse a la pelea
su canto de plata sea
¡viva Puerto Rico libre!*

En la poesía de Luis Lloréns Torres vemos cómo el amor telúrico —aprecio edénico de Puerto Rico —se torna en amor patrio que culmina con la libertad de su Isla: sólo en la libertad hay verdadera plenitud amorosa.

A nuestro juicio, Luis Lloréns Torres es el gran amador de su patria, el Don Juan cabal y fiel que mira como mujer a su Isla, para amarla apasionadamente. De ella, su edén de Puerto Rico, no fue un erótico intrascendente sino un amante ideal que la soñó pura y la vio como "novia, hermana, amiga, esposa, madre, Tierra".

José de Jesús Esteves (1881-1918) nació en Aguadilla. Poeta y periodista. A Esteves se le puede considerar como el poeta del amor en Puerto Rico; un libro completo lo dedica a este tema: *Rosal de amor*, 1917. Su modernismo es hondo y fino. Ante la patria asume una actitud romántica; hay que "trocar la p'uma en vengadora espada", y que la fe por la redención patria crezca, "como crecen las llamas del incendio", nos dirá en su poema "Pensando en la patria".¹⁸

Como Gautier Benítez, Lloréns Torres y otros, ve a la patria como mujer, como madre para amarla, y al saberla cosa sagrada se postra ante ella reverente. El poeta también tendrá la concepción edénica e idílica de la Isla. Veamos su poema "Patria".¹⁰

*Americano vergel
donde la hermosa Natura
sus tesoros de verdura
trueca en aromas y miel;
esmeralda de un joyel
perdido a un cacique indiano
te contemplo, Patria, ufano
de que sean, cual yo anhelo,
tu angel de la guardia, el cielo;
tu poeta el océano.*

En este paraje único, "la siesta es ardiente como un beso de pasión", y

*La tarde es una canción
de mimosa despedida,
y la noche, flor dormida
con pétalos de oración. . .*

Las playas tienen palmares rumorosos, las selvas, ruiseñores "siempre llenos de cantares". Para colmo de exaltación amorosa, el poeta nos asegura que

*No hay como el tuyo otro suelo
tan hermoso. . . tan fecundo. . .
Eres lo mejor de un mundo
bendecido por el cielo:
Parecen de terciopelo
tus perspectivas lejanas
cuando en las tibias mañanas
la luz su gloria exhuma
y arroja un manto de bruma
tus selvas americanas.*

Toda esa belleza exuberante que provoca su amor apasionado también le hace meditar en el hecho de que entre tanta hermosura no se dé el gesto rebelde:

*¡De tus fértiles entrañas
no brotan más que dulzuras
que bajan a las llanuras
a henchir de jugo las cañas!*

Lo cual hace que aún "el patriotismo sea sereno", su historia blanda y su gloria más grande y pura "consiste en la paz", por lo que nos dice emocionado:

*¡A ti, Puerto Rico mía
con ser hermosa te basta!*

Y con la "infancia perpetua de tus primores", que

*Tú eres un nido de amores,
un Paraíso encantado.*

Pero el poeta no espera que ese entusiasmo amoroso sea solamente eso, porque sintiendo en su pecho "la alondra de la esperanza", sueña también que así como es hermosa sea libre:

*Y, siendo bella por Dios
serás libre por tus hijos.*

Ese mismo tema de la belleza de la Isla por gracia recibida de los cielos, se reafirma casi de manera mística en su poema "La campiña borincana",²⁰ premiado con medalla de oro, en el Certamen de la Colonización, el 12 de agosto de 1908. Su lema, "Patria", se cumple a lo largo del poema, escrito en redondillas. En él, el poeta vislumbra el alma de su Isla en el solemne alborar del día:

*ante cien tonos del verde
que forman la lejanía.*

El cuadro que intuye el poeta es digno de Juan Francisco Millet: la brisa duerme en la copa de una palma y

*El ave madrugadora
deja cantando, su nido
como un mensaje salido
de la selva hacia la Aurora.*

y "una oración de rumores" va creando una atmósfera de religiosidad, en la que el monte se convierte en un ara desde donde se oye cantar al labriego, se ve "el rastro del arado junto de hu-

*¡De tus fértiles entrañas
no brotan más que dulzuras
que bajan a las llanuras
a henchir de jugo las cañas!*

Lo cual hace que aún "el patriotismo sea sereno", su historia blanda y su gloria más grande y pura "consiste en la paz", por lo que nos dice emocionado:

*¡A ti, Puerto Rico mía
con ser hermosa te basta!*

Y con la "infancia perpetua de tus primores", que

*Tú eres un nido de amores,
un Paraíso encantado.*

Pero el poeta no espera que ese entusiasmo amoroso sea solamente eso, porque sintiendo en su pecho "la alondra de la esperanza", sueña también que así como es hermosa sea libre:

*Y, siendo bella por Dios
serás libre por tus hijos.*

Ese mismo tema de la belleza de la Isla por gracia recibida de los cielos, se reafirma casi de manera mística en su poema "La campiña borincana",²⁰ premiado con medalla de oro, en el Certamen de la Colonización, el 12 de agosto de 1908. Su lema, "Patria", se cumple a lo largo del poema, escrito en redondillas. En él, el poeta vislumbra el alma de su Isla en el solemne alborear del día:

*ante cien tonos del verde
que forman la lejanía.*

El cuadro que intuye el poeta es digno de Juan Francisco Millet: la brisa duerme en la copa de una palma y

*El ave madrugadora
deja cantando, su nido
como un mensaje salido
de la selva hacia la Aurora.*

y "una oración de rumores" va creando una atmósfera de religiosidad, en la que el monte se convierte en un ara desde donde se oye cantar al labriego, se ve "el rastro del arado junto de hu-

meante bohío", la caña que mece su "guajana", los platanares, "el maizal de blonda espiga", y el ganado que "pone una mancha rojiza" en el prado, todo lo cual, a los ojos del poeta le parece que:

*El alma encantada sueña
y en su ternura infinita
ve que está por Dios bendita
la campiña borinqueña.*

El poeta velando por la heredad hispánica canta también "A la lengua Castellana",²¹ y augura que esa lengua no morirá porque en ella anida "purezas de gaviota" y "es la misma religión" si oramos, y "el verbo de la ira" si protestamos. Que sólo podrían morir los ecos arrobadores de esa lengua, cuando en la tierra,

*Las mañanas no sean una fiesta
de luz y de alegría. . .
... ..
y la noche un mensaje de poesía.*

Es decir, cuando ocurra un cataclismo que haga desaparecer de nuevo estas Islas. Pero esta lengua no podrá morir porque es "oración" y "miel en los labios de la esposa" y porque algún día se oirá el "grito sonoro" de

*Quiero ser libre
como el ave que canta en la mañana.*

Pues el poeta comprende que la lengua es el verdadero espíritu de la raza.

En su "Mater Natura",²² el poeta enardecido canta a la naturaleza, en la que "ha'la la gestación deslumbradora de una nueva poesía" y la amaré sobre todas las cosas porque

*¡La tierra en que nací! ¡La patria mía!
Este rincón del Mundo Americano
en donde se unió la Poesía
enamorada de su Sol Indiano.*

Nueva forma de mirar que tendrá la naturaleza, en que su Isla es encarnadora de la gracia poética. Ejemplo exquisito y selecto de esta aseveración podría ser su soneto, "El Angelus",²³

*Es la tarde en los campos aldeanos
y desciende la calma desde el cielo
como si la vertieran unas manos
blancas de amor y suaves de consuelo. . .*

*El crepúsculo es toda melodía;
todo silencio la extensión agraria,
y está pasando por el alma mía
un vuelo candoroso de plegaria. . .*

*Hay un adiós de luz en los caminos
por donde van mis ojos peregrinos
siguiendo a los usanos labradores. . .*

*Y a la tierra después doblo la frente
porque ha llegado al campesino ambiente
una divina vibración de amores.*

Al caer el día, baja de los cielos a la tierra de Borinquen la paz, en forma de melodía; por eso, el poeta siente en su alma latirle mansamente, "un vuelo candoroso de plegaria". La luz del mundo cesa para alumbrar la del espíritu, el amor, ganado con el sencillo laborar campesino.

Esteves, indudablemente es el poeta del amor en todas sus manifestaciones pero sintiendo con mayor pureza el de la patria. A este respecto nos dice la penetrante investigadora de nuestra literatura Dra. Mariana Robles de Cardona:

En Esteves, el amor a la patria es como una linterna mágica que lo abarca todo en su haz de luz: infancia, adolescencia, juventud. Ama a su patria en todos sus aspectos: en su paisaje, en su tradición, en sus próceres, en su raza en su idioma. ²⁴

Antonio Pérez Pierret (1885-1937) nació en San Juan, el 22 de enero. Estudió en España y allí se le despertó la afición por las letras y su fervor hispánico que luego había de madurar en recia y viril poesía, al contacto de la *Revista de las Antillas*, que capitaneaba Luis Lloréns Torres. De mi *Antología de Antonio Pérez Pierret*, cito sobre este particular:

"Al frecuentar ocasionalmente Antonio Pérez Pierret las tertulias de *La Mallorquina*, a la que asistían los intelectuales y políticos más connotados de la época en Puerto Rico, conoce a Luis

Loréns Torres, el gran corifeo de las nuevas tendencias de renovación lírica. Será a instancias de Lloréns Torres que Pérez Pierret publica sus primeros poemas, los cuales tienen la aceptación general y el elogio de la crítica. La euforia creadora crece y lleva al novel portalira a publicar sus versos en los periódicos y revistas más importantes como *Gráfico*, *Puerto Rico Ilustrado*, *Revista de las Antillas*, *Idearium*, etc. Este ascendente entusiasmo creador culmina al ser premiados, en el Certamen del Ateneo y Sociedad de Escritores y Artistas, el 31 de enero de 1914, sus poemas, "Vasco Núñez de Balboa" y *Mare Nostrum*". Este magnífico soneto, "Vasco Núñez de Balboa", Diálogo de razas, según afirma Eugenio Astol, uno de sus biógrafos, se halla esculpido en la base del monumento al notable descubridor y explorador español, erigido en la ciudad de Panamá. Sin duda alguna, este poema, síntesis del ideal de hispanidad del poeta, lo moverá a publicar su libro *Bronce*, 1914".²⁵

La cuerda predominante en la lira de Pérez Pierret es propiamente la del ideal hispánico". En Pérez Pierret, "el modernismo se da en la expresión de lo auténtico español, sin regodeos retóricos".²⁶

El verso de este poeta es recio, atemperado, sin ser áspero ni dejar de ser rítmico: parnasianismo y simbolismo en él se mezclan gallardamente— y con esa cuerda de bronce austero, le canta también a su patria. Veamos su poema, "Nuestra bandera",²⁷ donde el poeta trata en forma dura e irónica, al dominador yanqui. Al cantarle a la enseña nacional boricua, dice, es la bandera de los esclavos y que sólo cubre aprobios:

*Esta es la bandera de San Juan, hermanos,
esta bandera cubre dolores, nada más.
Es la bandera de los parias y, como tienen las manos
atadas, no la pueden tremolar.*

*Esta es la que pisotearon los Norte Americanos,
es la primera víctima. Ya verán las demás. . .
Esta es la enseña de un millón de Antillanos
que morirán de hambre, sobre un peñón del mar.*

*En su cruz hay el símbolo de un Gólgota de horrores
cometidos en nombre de la Libertad. . .
Y hay sangre en sus cuarteles. . . Aunque en verdad*

*os digo! que no la derramaron nuestros conquistadores!
Somos gente, pacífica y los dominadores
son piratas, pero... por Humanidad.*

En este soneto, a las claras vemos que el poeta hace mención al hecho de la invasión yanqui a Puerto Rico y cómo esos primeros años de la dominación fueron crueles y nefastos —en su cruz hay el símbolo de un Golgota de horrores —en nombre de la Libertad ya que nuestro país compuesto de gente pacífica no había provocado guerra alguna.

Luis Palés Matos (1898-1959) nació en Guayama. Apenas adolescente, publica su primer libro: *Azuleas*, 1915, de tono modernista y atisbos hispánicos. Desde un principio, su poesía tuvo visos innovadores, más que modernista, su primer libro era ya moderno. Esa misma preocupación lo llevó a no publicar varios de sus libros, y a editar tardíamente su extraordinario poemario *Tuntún de pasa y grifería*, 1937, en donde patentiza ese consciente deseo de superación creadora. En su poesía, la palabra cobra calidades de transparencia y virginalidad y en su verso una voz rítmica novedosa. Fue un poeta que estuvo superándose hasta sus últimas creaciones: "Asteriscos de lo intacto", "Puerta al tiempo en tres voces", "El llamado", "La búsqueda da asesina", lo confirman con creces.

Aunque empieza a cultivar el verso en el período modernista, hay en su poesía muy poco de esta escuela, más hay en ella de parnasianismo y simbolismo. Don Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, 1934, lo considera como ultramodernista.

Hijo de familia de poetas: su madre, doña Consuelo Matos y su padre don Vicente Palés, fueron poetas notables. Su padre se hizo famoso con su canto sepulcral *El Cementerio*, 1889; de muy temprano tuvo en sus manos el instrumento técnico el cual dominó como pocos a perfección.

Su espíritu renovador se manifiesta, desde 1921, cuando en unión de José I. de Diego Padró, crea el movimiento postmodernista el *Diepalismo* —De Diego y Palés— y escriben ambos una poesía en que prava lo musical y onomatopéyico. Este jalón músico-imitativo lo utilizará magistralmente Luis Palés Matos para su gran innovación en la lírica antillana, del negrismo poético, que inicia en 1925, con su poema. *Pueblo negro*. Sobre este aspecto de la poesía palesiana nos dirá la ensayista y profesora Dra. Margot Arce de Vázquez:

Los poemas de Palés poseen calidades de poesía genuina. . . La elaboración, la estilización y la síntesis son normas que el poeta practica sabiamente. La técnica, admirable: ritmo maravilloso, lengua flexible, expresiva, sensual, llena de color y de sonoridades: adjetivos ágiles, metáforas, de sorprendente originalidad. Inspiración y maestría, intuición poética e intelecto: este equilibrio de facultades hace de Luis Palés Matos un gran poeta lírico y asegura su permanencia en su obra.²⁸

Hombre alerta al destino de su pueblo, le cantará a su tierra, unas veces con desabrimiento por la dejadez y acomodo de sus compatriotas a las circunstancias y otras con optimismo e ironía hacia el yanki invasor. En "Bocetos impresionistas",²⁹ en actitud rebelde nos hace la caricatura y lanza la burla:

*Tierra de hambres y saqueos
y de poetas azucareros. . .
Antilla perfumada que arrastra
su estómago vacío sobre el agua.
Jaula de loros tropicales
politiqueando entre los árboles.
¡Pobre isla donde yo he nacido!
El yanki, bull-dog negro,
te roe entre sus patas como un hueso.*

En este poema el poeta hace el sumario de un hecho histórico en el que su Isla perfumada se ve prostituída por acuerdo de sus propios dirigentes políticos e intelectuales. En la Isla todo se va en decir palabras sin sentido, sin atender a la realidad que corroe nuestra vida de pueblo. Esta desazón llevará al poeta al pesimismo más abstruso y desolador, en su "Preludio Boricua",³⁰ de Tuntún de pasa y grifería, cuando, luego de caracterizar a Cuba, Jamaica, Santo Domingo y Haití, nos dice de su pueblo:

*¿Y Puerto Rico? Mi isla ardiente
para tí todo ha terminado.
En el yermo de un continente.
Puerto Rico, lúgubrement
bala como cabro estofado.*

Vemos claramente que el poeta echa la culpa de que su "isla ardiente" bale "como cabro estofado" a la indiferencia hispanoamericana. Negación y amargura se unen a chanza y tragedia.

En otro poema, "Canción festiva para ser llorada",³¹ el poeta es aún más despiadado, al ahondar en la dolorosa vida de las Antillas, indiferentes a su destino;

*Cuba ---ñáñigo y batacha---
Haití ---vodú y calabaza---
Puerto Rico ---burundanga.*

Mientras a Cuba no le "arredra el ñáñigo del jueguito de la Habana", y Haití oficia en su vodú misterioso:

*Ogún Badagri en la sombra
afina su negra daga...*

Puerto Rico no es más que "burundanga", cualquier cosa, donde predomina un

*Idioma blando y chorreoso
---mamey, cacao, guanábana---*

En este poema, en que se cita por sus nombres a las demás islas principales que constituyen las Antillas, a Puerto Rico, el poeta ni siquiera la menciona por su nombre, sólo es, "burundanga".

Pero, en el poeta habrá finalmente luz de esperanza, cuando al cantarle a las Antillas todas, en su poema "Mulata- Antilla"³² nos dice:

*Eres inmensidad libre y sin límites
eres amor sin trabas y sin prisas
en tu vientre conjugas mis dos razas
sus vitales potencias expansivas.
Amor, tórrido amor de la mulata,
gallo de ron, azúcar derretida,
tabonuco que el tuétano se abrasa
con aroma de sándalo y de mirra.
Con voces del Cantar de los Cantares,
eres morena porque el sol te mira.
Debajo de tu lengua hay miel y leche
y unguento derramado en tus pupilas.
Como una torre de David, tu cuello,
y tus pechos gemelas cervatillas.
Flor de Sarón y lirio de los valles
yegua de Faraón, ¡Oh Sulamita!*

Aquí apreciamos que el poeta concibe a su Isla como la mujer para ser amada con ardimiento y la llena del prestigio bíblico, enlazándola con la Sulanita, amada de Salomón. Es por el amor —la verdadera unión antillana, sueño de José Diego— por lo que podrán salvarse,

* *porque eres tú, mulata de los trópicos
la libertad cantando en mis Antillas.*

Evaristo Ribera Chevremont nace en 1896, en San Juan de Puerto Rico. La figura de este poeta es ejemplar en la devoción y dedicación al cultivo de la poesía. Su vida es una trayectoria ascendente por el dominio del arte. Empezó siendo modernista. Ha pasado por todas las escuelas y en ninguna se ha quedado, en él, lo esencial es el ser poeta sin sujeciones a módulos preestablecidos. Fue uno de los primeros innovadores de nuestro parnaso y en justicia se le puede dar el título de gran innovador de vanguardia. Su verso ha estado en constante experimentación, desde el versolibrismo —aunque empezó con los metros tradicionales—, el versículo, para volver, en su última y gloriosa etapa superadora, al soneto clásico, diáfano y luminoso en sus manos.

Sus cinco años en España le hicieron beber en las fuentes mismas de la tradición hispánica "lo fuerte y lo sencillo", diríamos lo perdurable y esencial. A su regreso a Puerto Rico, pondrá su noble experiencia al servicio de sus compatriotas; dirige en el periódico *El Imparcial*, de San Juan de Puerto Rico, una *Página de Vanguardia*, donde, a la vez que expone sus ideas de renovación y publica poemas que ofrecen ejemplo de ello, da a conocer poetas que trató y estudió en su estadía en España.

Muy joven había publicado su poemario *Desfile romántico*, 1914, que le ganó altos elogios. En este libro hallamos sonetos de perfección técnica insuperable. Su obra culminará en 1938, con la publicación del libro de poemas, *Color*, en donde se reafirma como excelente poeta. Luego publica *Tonos y formas*, 1943 *Anclas de oro*, 1945, *Tú, mar y yo y ella*, 1946, *Verbo*, 1947, y finalmente, *La llama pensativa*, 1955, en el que palpamos, en sonetos de íntima y diáfana orfebrería, su plasmada superación. Ribera Chevremont es un poeta que nunca ha dejado de serlo. Cada libro suyo resulta un logro más hacia ese "canto en altura" a que aspira y creemos ha llegado el poeta.

Su poesía es austera, fuerte y honda, sin dejar de ser, en su "palabra natural y pura". Ha llegado, como nos asegura la fina ensayista Dra. Concha Meléndez, en su estudio sobre la poética

de Ribera Chevremont, a la "inquietud sosegada", a la serenidad de espíritu: ritmo y verbo nos parece que dan atisbos de plenitud mística —recordemos que el tema de la poesía mística es una de las trayectorias de su creación—, ejemplos hermosos serían sus sonetos, *San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Fray Luis de León*. Tiene su verso a la vez honduras metafísicas, preocupación por hallarse en la poesía; pero ello no le ha hecho olvidarse de las realidades vitales del mundo que le rodea, el destino de su pueblo, que por el mismo hecho de conocer y amar sus raíces étnica, ama aún más con dolor y dignidad insobornable. De él podríamos decir orgullosos que vida y obra se hermanan en una reciedumbre y elevación de espíritu constante. Su amor a la poesía ha sido también amor a su patria, la cual ha mirado y deseado ver libre sin palabrería ni retóricas estudiadas, le ha cantado con verbo varonil y entrañable.

Para Ribera Chevremont, como antes lo fue para Vidarte, Tapia y otros, el monte de *Luquillo*³³ es símbolo de lo más recio de la raza:

*En tí he de hallar, Luquillo, la autóctona pujanza,
Lo logro plenamente, gozando la esperanza
en la oscura dureza del formidable ausubo.*

Símbolo que es esperanza de fortaleza, de resistencia, en él está "lo fuerte y lo sencillo" del espíritu de la raza, así como de su canto, que en su poema "La décima criolla",³⁴ se llena de aliento portentoso. La décima, según el poeta, "corre por nuestras zonas de planta, mar y arena", y más que figurar'la para el decir doliente al hacerla expresión nativa —caliente, morena—, la imagina aguerriada y fiera:

*y uña de gato y diente de perro juntamente
brinda cuando, con rústicos instrumentos, resuena.*

Para el poeta, las "Noches de Puerto Rico",³⁵ son profundas, románticas, íntimas:

*La noche arde en soles amarillos y azules
desciende sobre el patio, dándole vaguedades;
y la luna, la altísima, relumbra en los gandules.
Profundas, en la noche, se sienten las edades.*

La noche es propicia al amor puro y eterno, mientras la luna, que embriaga al poeta, con su luz le invita a soñar en lo inalcanzable.

El espectáculo nocturno en Puerto Rico es algo maravilloso, el cucubano que "se enciende y se apaga" le enajena, también la luna con su luz, y la música de las esferas le hace delirar, mientras que en su atmósfera de idealismo.

*Las firmes y elegantes construcciones de España
se imponen con orgullo.*

En este poeta que desea "llegar a la sumo en poesía", a lo esencial y trascendente de su patria, más que al volumen del paisaje brillante a los ojos, desea auscultar lo intrínseco, lo que toca al espíritu. Comentemos su poema "Nuestra luz" ³⁶ rico en sugerencias y caracterización. a nuestro juicio de lo peculiar boricua:

*Nuestra luz, exaltada, con brutal oleada
tendiéndose en la isla, la bruñe, la sofoca.
Nuestra luz, que es inculta, recia y diafanizada,
en sus desbordamientos bruscos, todo lo toca.*

*Nuestra luz, que no tiene paralelo, es extrema,
excesiva en sus ímpetus y en sus encendimientos.
Nuestra luz es suprema luz y, por viva, quema.
Nuestra luz proporciona pasiones, ardimientos.*

*Nuestra luz, dominante luz de trópico, empuja
con rayos anchurosos, fuertes y enardecidos,
el iris y la nube, la hierba y la burbuja;
y, como tales formas, empuja mis sentidos.*

*Nuestra luz, en lo crudo del solar, encandila
con sus llameamientos y sus entonaciones.
Nuestra luz, que es luz única, le ofrece a mi pupila
el color, violentas y vastas sugerencias.*

El poeta identifica la luz exaltada de la isla con el puertorriqueño apasionado. Singulariza nuestra luz —excesiva en sus ímpetus y en sus encendimientos— conformadora de un hombre ardoroso. Pero esa luz también le conduce a ir a la violencia, a la glorificación lírica, lo cual da al traste con lo connatural del poetizar del puertorriqueño. Esa "luz única" viene a ser impulso creador y amoroso. En la visión que tiene el poeta del paisaje nativo no hay pintoresquismo sino esencialidad que toca y fortalece el espíritu.

Como hemos podido comprobar, estos poetas de principios y mediados del siglo XX, tendrán una marcada preocupación, más que por describir la naturaleza en sus rasgos sensoriales, por la fisonomía espiritual y sustantiva del paisaje; en él van a mirar lo que hay de vital sentido propiamente autóctono. En ella, en la naturaleza, habrán de encontrar el verdadero ser, lo imperecedero y redimible, orgullo y sostén de la raza: la nacionalidad.

N O T A S

- (1) Tomás Blanco, *Prontuario histórico de Puerto Rico*, p. 110
- (2) Félix Franco Oppenheimer: *Antología de Antonio Pérez Pierret*, Selec. y pról. de: Ateneo Puertorriqueño, p. 10.
- (3) *Ibid.*, P. 10-11.
- (4) Carmen Gómez Tejera, Ana María Losada y Jorge Luis Porras, *Poesía Puertorriqueña*, p. 79-81.
- (5) Virgilio Dávila, *Aromas del terruño*, p. 5-6.
- (6) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, t. II, p. 87-88.
- (7) Francisco Matos Paoli, Virgilio Dávila, (1869-1943), en *Asomante* (1), 1946, p. 58.
- (8) Cesáreo Rosa-Nieves, Santos Chocano en Puerto Rico, *Rev. del Instituto de P. R.*, año II, No. 17, julio-septiembre, 1961, p. 1
- (9) Luis Lloréns Torres, *Alturas de América*, p. 172-175
- (10) *Ibid.* p. 170-172.
- (11) *Ibid.*, p. 183-190. Los poemas ocasionales que cierran materialmente el libro no suman nada de importancia al contenido de la obra.
- (12) *Ibid.*, p. 17-26.
- (13) *Ibid.*, p. 27-28.
- (14) *Ibid.*, p. 60-63.
- (15) Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, p. 491.
- (16) *Opus Cit.*, p. 75-76.
- (17) *Ibid.*, p. 104.
- (18) José de Jesús Esteves, *Poemas selectos* de p. 16-23.
- (19) *Ibid.*, p. 20-24.
- (20) *Ibid.*, p. 25-28.
- (21) *Ibid.*, p. 30-33.
- (22) *Ibid.*, p. 54-58.
- (23) *Ibid.*, p. 65.
- (24) Mariana Robles de Cardona, A. José de Jesús Esteves, *Asomante* (2), 1947, p. 75-85; p. 81.
- (25) *Opus Cit.*, p. 8-9.
- (26) *Ibid.*, p. 12.
- (27) *Ibid.*, p. 60.
- (28) Margot Arce de Vázquez, *Impresiones*, p. 59.
- (29) Luis Palés Matos, *Poesía*, (1898-1956), p. 150-159.
- (30) *Ibid.*, p. 213-215.
- (31) *Ibid.*, p. 252-257.
- (32) *Ibid.*, p. 258-260.
- (33) Evaristo Ribera Chevremont, *Antología poética, 1924-1950*, p. 101.
- (34) *Ibid.*, p. 102.
- (35) *Ibid.*, p. 11-115.
- (36) *Ibid.*, p. 81.

CAPÍTULO VII

LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS

Una serie de factores concurren para hacer que diera el modernismo un viraje hacia formas y expresiones más permanentes, actuales. Por ejemplo, el tema de lo telúrico y de lo patriótico ahondó sus raíces en lo autóctono, abonado indudablemente por los efectos inmediatos de la primera Guerra Mundial, que en parte había creado desasosiego y dispersión. No obstante, en Puerto Rico va a tener un acto reflexivo, afirmativo. En lo político, recibe nuestra Isla, el Acta Jones, que nos brinda mayores oportunidades cívicas y gubernamentales y nos hace ciudadanos americanos. Tenemos entonces una visión abierta al mundo, así como un sentir puertorriqueño más profundo. Sin embargo, surge la disyuntiva de ser hacia afuera o ser hacia adentro, universalistas sin raíces o nacionales con fruto propio. Pero lo cierto es que en literatura crece ese interés por discutir y plantearnos la razón ontológica nacional. Queremos ser nosotros, pero sin rechazar lo de afuera. Es así cómo se gesta la conciencia de autóctonía, a veces con soberbia intelectual, que dará origen a movimientos de vanguardia, demostración evidente de que estábamos alertas al puso creador del mundo pero celosos a la vez de nuestro sentir-soñar y crecer colectivo. Sumado a ello, el regreso a nuestra isla del poeta Evaristo Ribera Chevremont que trae nuevos postulados de renovación artística y literaria. Es decir, que las preocupaciones hispánicas, hispanoamericanas y boricuas, la Guerra Mundial y las nuevas corrientes de remozamiento predominantes en Europa, dejarán en nuestra Isla su influencia, o mejor, su estímulo más apreciable; todo lo cual, en cierta medida, habrá de cul-

minar en la revista *Índice*, 1929, que fundaran, Antonio S. Pedreira, Alfredo Collado Martell, Samuel R. Quiñones y Vicente Géigel Polanco. Aunque esta revista vivirá al margen de escuelas, logra "realizar, como se propone, la tríplice significación de su nombre: señalamiento de orientaciones, medida de valores, registro de los capítulos de la actividad cultural de ayer y de hoy",¹ según afirma Vicente Géigel Polanco.

Aunque ya para 1921 había surgido el primer movimiento renovador, el diepalismo —con ideal de síntesis expresiva y estética— y el euforismo, en 1923, que deseaba expresar "lo fuerte y lo útil", en sus propósitos humanizantes, y el grupo de los Seis —en abierta oposición a lo plebeyo en el arte, las letras y la vida en general— los tres con escasa duración, no será hasta el regreso a la Isla del poeta Evaristo Ribera Chevremont, el año de 1924, después de su estadía de cuatro años en España, cuando propiamente podríamos afirmar que comienza el influjo de los movimientos de vanguardia en Puerto Rico. Es Ribera Chevremont el que vitaliza con su ejemplo —teorizante y creador— esta nueva escuela. Es poeta cabal, cuyo oficio es la poesía, ejemplo que habrá de servir de incitador a las nuevas generaciones. Según nos dice Vicente Géigel Polanco:

Ribera Chevremont ha ejercido una influencia positiva en el arraigo de la estética de vanguardia en nuestro medio. En el campo de las letras, su vida, su obra, su dedicación, constituye un alto ejemplo para las presentes y futuras generaciones.²

Si en la actualidad Puerto Rico se puede preciar de tener una poesía de logros superiores, en gran parte lo debemos a la actitud y dedicación de Ribera Chevremont.

Entre los movimientos del primer ademán innovador está el diepalismo, —fundado por Palés Matos y de Diego Padró—, De Diego Padró nació en Vega Baja, el 12 de abril de 1896. Novelista y poeta. Como poeta empezó en el modernismo, cultivando una poesía erótica, con preferencia de la mitología griega: *La última lámpara de los dioses*, 1921. En la novelística tiene tres obras: *Sebastián Guenard*, 1930, *En Bahía*, (El manuscrito de un braquicéfalo), 1940 y *Jerónimo y Arabelo*, 1962. Luego ha publicado el poemario *Ocho epístolas mostrencas*, 1952, en que se preocupa por un verso humano. Los temas de esta poesía, un tanto intelectual en su última época, son la hispanidad, lo cotidiano y la campaña puertorriqueña, de

*quietos amaneceres provincianos,
soles de madrugada, soles húmedos;*

Tiene el poeta una visión de modorra, de pesimismo y de aburrimiento de su pueblo

*donde lo más notable que sucede
es el naufragio de una pobre mosca
en mi café con leche.*

Es la misma actitud de desgano que había asumido Luis Palés Matos en esa época en que pide piedad para su pobre pueblo, donde no sucede nada. Un poema característico de ese momento puede ser, "Siesta":³

*Es la hora del sol pleno sobre los campos verdes
se exhala del reciente chamusca de la poda
un vaho de salubre rusticidad; las reses,
inmóviles, tranquilas, en la cercana loma*

*oliscan los madroños azules. Mediodía,
mediodía llameante: el sol cafre rebota
en el monte, en la casa, en el río y el llano.
Zigzagueante y astuta, removiendo las hojas,*

*va la iguana a lo largo de los surcos proféticos.
Calor, sueño, fastidio. La pereza invasora
rosa con dedos tenues el sopor afelpado*

*de mis nervios; la carne se adormece y afloja;
y la siesta, esa virgen de los trópicos, pasa
aferrada al calmoso caracol de la hora.*

El ambiente no puede ser más desolador:; sólo la "pereza invasora", "calor, sueño, fastidio", "el sopor afe'pado", sobre el hombre que se "adormece y afloja". Esa es la imagen del "calmoso caracol de la hora" que vive el hombre en una época de inactividad, de modorra, de hastío. El mismo poeta tratará de huir de ese ámbito y por varios años residirá en la ciudad de New York.

El euforismo será el segundo movimiento de vanguardia, fundado en 1923, por los poetas Vicente Palés Matos y Tomás L. Batista. Se desea excluir de la poesía, "la garrullería de sentimentalismos dulzones", "los temas teatrales, preciosismos, cama-

feos, artificios", pues como dice el historiador de estos movimientos literarios, Vicente Géigel Polanco, desean "una nueva lírica creadora de gestos seguros y potentes". Aunque este movimiento no duró largo tiempo, el ademán significó profilaxia y superación. Tomás L. Batista murió joven y su producción quedó dispersa en revistas y periódicos.

Vicente Palés Matos, (1903-1963) nació en Guayma. Poeta y cuentista, publicó un libro antológico, en prosa y verso, *Viento y espuma*, 1945. La expresión y actitud que asume en su poesía es también de época, hay en ella aburrimiento, tedio, dejadez evocación melancólica. El poeta mira "El pueblo natal",⁴ en la distancia:

*Mi pueblo, de un mugir dulce y profundo
roto de espuelas y pañales tibios
en los amaneceres de cazabe,
húmedo en leche azul y manso río.*

De ese pueblo "de tierra calcinada y tamarindo" con su "nevada de jazmin y lirios", donde gozó su adolescencia y escribió sus primeros versos y era "jardin de paz", le pregunta al destino:

*Caminante que llevas de la mano;
a un viejo peregrino
dime; ¿Qué fue del pueblo de mi ocaso?
y. El sollozó: ---Perdido
---Padre--- ---clamó en vano;
después dio un suspiro.
La cruz, en la noche
se abrió como un símbolo.
Su voz deliraba:
---Hacia Tí mi espíritu...*

Es que el pesimismo y la resignación abaten al poeta. Se evocan tradiciones, fe, ideas, pero todo se ha perdido en un futuro incierto en que el poeta encomienda al padre, ---su padre natural--- el recuerdo y acaso la salvación de su pueblo. A nuestro entender, éste nos parece un poema simbólico en que tomando su pueblo natal como ejemplo, mira a toda la isla de Puerto Rico. En este poema sigue la corriente pesimista de ese momento en la vida política insular.

El poeta Vicente Palés Matos murió recientemente en el pueblo de Mayaguez donde ejercía su profesión de abogado.

Los Seis, grupo creado en 1924, es vocero de combate que discute los problemas del momento, y aunque no es de poesía, congrega a los intelectuales de primer rango: Luis Palés Matos, José I. de Diego Padró, Bolívar Pagán, Antonio Coll Vidal, José Enrique Gelpí, y al poeta español, Juan José Llovet. Este grupo promueve un nuevo espíritu en las artes, las letras y la vida en general, amén de acabar con la rutina, deseando levantar el entusiasmo afirmador de lo propio.

Es en este instante cuando surge el *Noismo* que, contrario a su nombre negativo, trata de agrupar a "la juventud artística e intelectual de la Isla en una hermandad de mutuas compenetraciones". Este movimiento es feliz resultado del anterior y vale por decir No, a todo lo que no sea auténtico: "buscaremos nuestra verdad". De este movimiento forman parte Vicente Palés Matos, Cesáreo Rosa-Nieves, Samuel R. Quiñones, Emilio R. Delgado, Joaquín López López, Enrique Serbold, José Arnaldo Meyners, Antonio Paniagua Picazo, Juan Antonio Corretjer, Antonio J. Colorado, Fernando Sierra Berdecía y José Paniagua Serracante. De este grupo logran realizar una obra poética notable Joaquín López López, Cesáreo Rosa-Nieves, Emilio R. Delgado y Juan Antonio Corretjer.

Joaquín López López (1900-1942) nace el 19 de agosto en Guayama. Poeta que aspiró siempre a la pulcritud del verso galante y fino, amador delirante de la luna, la hizo puertorriqueña. Su forma métrica preferente fue el octasílabo en el cuál logró joyas como "Madre, las flores de mayo", "Mabel, el campo tenía", "A quién echar la culpa", "El aljibe", en donde predomina la ternura y a ratos lo madrigalesco melancólico. Publicó dos hermosos poemarios; *A plena lumbre*, 1934, y *Romancero de la luna*, 1939.

Su poesía tiene un fino marco romántico y tono evocador autóctono. Hay en su poesía una tristeza que percibimos es puertorriqueña. En su poema "Río Piedras",⁵ humaniza a este pueblo que le parece tiene "el rostro inmóvil de una charca" en que a veces se escucha "alguna carcajada de sol". El poeta se ha identificado con este pueblo, del cual nos dice:

*Y en esta hora en que
todo tiene un paisaje
al buen Pastor doy gracias,
porque al amanecer
de este día de junio,*

*mi caro amigo el sol
vino a verme a mi casa.*

De inmediato asociamos el sol de junio, jubiloso y ardiente, con la canícula sofocante pero placentera:

*y mi alma
ha salido a teñirse
de luz por los caminos
que van a las montañas.*

En que nos recuerda el clima agradable y delicioso de que hablaban los primeros cronistas que visitaron a Puerto Rico.

En la poesía de López López las montañas, los ríos, los prados, el sol y la luna tienen fisonomía puertorriqueña —luz y color de nuestros campos—. En su romance "Sombrero de la luna" —en que asocia la luna con la amada— nos dice:

*Eres más puertorriqueña
que el donaire de la danza
a tu hermosura saludan
carabinas de guajanas.*

Vemos aquí claramente que etnografía y medio se confunden y nos dan una cabal expresión puertorriqueña.

Cesáreo Rosa-Nieves, nació el 17 de julio de 1901 en Juana Díaz. Ensayista, dramaturgo, profesor universitario, crítico y poeta, desde sus libros iniciales, *Las veredas olvidadas*, 1922, y *La feria de las burbujas*, 1930, se muestra lírico, de un decir moderno, entrando luego en una poesía de aliento y audacia ultramodernista, para volver más tarde a un tono mesurado. Su obra poética es abundante y de ella se distinguen *Tú, en los pinos*, 1938; *Tres baladas en luna de vísperas*, 1954; *Siete caminos en luna de ensueño*, 1957; entre sus obras de teatro figuran el drama *Román Baldorioty de Castro*, 1948 y *Trilogía lírica*, 1950. Tanto su teatro como su poesía tienen raíces profundas en lo telúrico, cierta frescura agreste que le da sabor puertorriqueño. Su poesía huele a flor y fruto boricua; su tono galante, madrigalesco, se hermana a la euforia de la luz y la naturaleza. Buen ejemplo de ello sería su romance "Ritornello del roble florecido":⁶

*Cuando te besa la brisa
y el sol te dora la copa*

*una llovizna de pétalos
rosado el camino torna.*

... ..

*Primavera en tus ramajes:
mayo te adorna las horas
y tú las vas derramando
como una cesta de auroras.*

... ..

*La luna —mirto de estaño—
rima un sueño en tu corona,
y en lago de porcelana
eres anclada una góndola.*

En que advertimos la idealización de la naturaleza del trópico: los elementos, la brisa, el sol, la luna, se llenan de aromas. Otro hermoso ejemplo, en que todo parece musicalizarse en una atmósfera de galantería y evocación, es el romance "Ba'ada de sol":⁷

*Un rayo lila de sol
me trajo un triste cantar:
Dios vino y llamó a mi alma
—voz de voz de eternidad—
Cantando en verde las hojas
se hicieron diáfidad...
Dijo un dejo en el mensaje:*

*"A la vibera, a la vibera de la mar
por aquí yo he de pasar,
las de alante corren mucho
las de atrás se quedarán.*

Y en medio de tanta luz y de tanta música, el poeta evoca aquel primer amor imposible:

*A la limón, a la limón
que se rompió la fuente.*

La vida no vuelve atrás. El poeta ve en la naturaleza isleña todo ese ensueño amoroso, para ya nunca dejar pasar el amor porque lo tiene por siempre en la belleza luminosa del paisaje. Acaso concreción de ello podría ser su raro soneto "Presencia en Yauco: Cumbre".⁸

*Aquí sinfonía de alas, las palomas sobre el intenso verde:
cenizas, marmóreas, rubias; y en la tarde
entre los guayabales, vereda de cristal el arroyuelo, y el sol rueda
[y se pierde
por los cafetos y las guabas, luz apenas arde...*

*... aquí sobre el Torito-Cayey, estoy dentro del país del cielo:
diálogo en verso con las nubes; y los gorriones juegan caperucitas
[con las estrellas;
en la ceiba, un canario de oro canta a su hembra que coquetea en
[celo.
y hacia el mar por los ríos sollozos mis angustias grosellas...*

*... aquí con Dios habito; la yerba, el cedro, el ruiseñor, la peña;
el pitirre castiga al guaraguao y lo despeña,
y la palma pensativa nos indica con su espada los edénicos sende-
[ros...*

*... aquí, meseta de los ángeles, luciérnagas pintan audaces:
voy soñando jardines entre helechos por rutas de azahares,
¡y aquí en las agrestes azules cimas, son míos los luceros!*

Estampa más que real ensoñada, musical, en que la "luz apenas arde" y el poeta se encuentra en un "país del cielo" dialogando con las nubes; en este mundo ideal el poeta habita con Dios, mientras la palma pensativa nos indica "los edénicos senderos". En este lugar único, meseta de los ángeles, se vuelve al concepto de un paisaje edénico donde todo es ensueño, paz, maravilla.

Juan Antonio Corretjer será figura destacada del *noismo*, que luego plasmará una obra de singular valía. Nace en Ciales en el año de 1908. Su vida ha sido la patria y la poesía, de ahí que su verso sea "honda pasión telúrica" como acertadamente nos dice Rosa-Nieves. La tesis predominante en sus libros es lo puertorriqueño: *Agueybana*, 1932; *Ulises*, 1933; *Amor de Puerto Rico*, 1937; *Cántico de guerra*, 1937; *El leñero*, 1944; *Los primeros años*, 1951; *Tierra Nativa*, 1951; *Alabanza en la torre de Ciales*, 1953; *Don Diego en "El Cariño"*, 1956, y *Yerba bruja*, 1957, dan ejemplo apasionado de su amor patrio .

Su poesía es fuerte, honda, de un lirismo tierno y viril:

*¿Dónde estás mi corazón,
que ya ni latir te siento?
Pasa el viento; gime el viento
Tierra de mi corazón.⁹*

Para el poeta la isla es "imagen de esmeralda y azucena" que "sobre el mar fulgura". y la ama porque es ella "amorosa como un corazón".

En la poesía de Corretjer vemos, más que la naturaleza hermosa y deslumbrante, el carácter sañudo del isleño defensor de su predio:

*Andar, andar. Un día
tornarnos a la falda del maternal edén.*

*Madre tierra que todos los senderos anudas:
a ti volveremos a la hora grávida del dolor;
yo con las manos finas, limpias de toda mancha,
él, con las manos fuertes, todas llenas de sol.*

Se sabe que es un edén la tierra, la cual se ha de defender, porque todos los caminos del mundo van a dar a ella; que es "paloma en soleado paraíso".

El movimiento de vanguardia que sigue al *noísmo* es el *Atalayismo*, fundado en 1928 por los poetas Graciany Miranda Archilla, Fernando González Alberty, Clemente Soto Vélez y Alfredo Margenat, a los que más tarde se unen Luis Hernández Aquino y Samuel Lugo. El movimiento tuvo raíces raciales, telúricas y políticas. Sobre este último aspecto nos dice Hernández Aquino, en su tesis de Maestro en Artes *Movimientos literarios del Siglo XX*.

"El Atalayismo tuvo vinculaciones con el partido Nacionalista puertorriqueño. Desde el año 1930, cuando el partido Nacionalista eligió presidente al doctor Pedro Albizu Campos a su regreso de su viaje de propaganda a los países suramericanos, se inicia una tendencia nacionalista en la poesía atalayista".

Dentro de los postulados atalayistas se producen tres poemarios: *Responso a mis poemas náufragos*, 1930, de Miranda Archilla; *Grito*, 1931, de González Alberty y *Niebla lírica*, 1931, de Hernández Aquino en los cuales se tratará el tema nacionalista en su expresión más recia de afirmación puertorriqueña.

De los tres libros, el más significativo en su mensaje y estructura es *Grito*¹² de González Alberty, que lleva un aliento de protesta social y de rebeldía política. El título del libro es simbólico, su tono es mesiánico: es como una mano larga "derramando vergüenza", porque el grito es

Para el poeta la isla es "imagen de esmeralda y azucena" que "sobre el mar fulgura", y la ama porque es ella "amorosa como un corazón".

En la poesía de Corretjer vemos, más que la naturaleza hermosa y deslumbrante, el carácter sañudo del isleño defensor de su predio:

*Andar, andar. Un día
tornarnos a la falda del maternal edén.*

*Madre tierra que todos los senderos anudas;
a tí volveremos a la hora grávida del dolor;
yo con las manos finas, limpias de toda mancha,
él, con las manos fuertes, todas llenas de sol.*

Se sabe que es un edén la tierra, la cual se ha de defender, porque todos los caminos del mundo van a dar a ella; que es "paloma en soleado paraíso".

El movimiento de vanguardia que sigue al *noísmo* es el *Atalayismo*, fundado en 1928 por los poetas Graciany Miranda Archilla, Fernando González Alberty, Clemente Soto Vélez y Alfredo Margenat, a los que más tarde se unen Luis Hernández Aquino y Samuel Lugo. El movimiento tuvo raíces raciales, telúricas y políticas. Sobre este último aspecto nos dice Hernández Aquino, en su tesis de Maestro en Artes *Movimientos literarios del Siglo XX*.

"El Atalayismo tuvo vinculaciones con el partido Nacionalista puertorriqueño. Desde el año 1930, cuando el partido Nacionalista eligió presidente al doctor Pedro Albizu Campos a su regreso de su viaje de propaganda a los países suramericanos, se inicia una tendencia nacionalista en la poesía atalayista".

Dentro de los postulados atalayistas se producen tres poemarios: *Responso a mis poemas naufragos*, 1930, de Miranda Archilla; *Grito*, 1931, de González Alberty y *Niebla lírica*, 1931, de Hernández Aquino en los cuales se tratará el tema nacionalista en su expresión más recia de afirmación puertorriqueña.

De los tres libros, el más significativo en su mensaje y estructura es *Grito*¹² de González Alberty, que lleva un aliento de protesta social y de rebeldía política. El título del libro es simbólico, su tono es mesiánico: es como una mano larga "derramando vergüenza", porque el grito es

*“Evangelio blindado de verdades
regando en el espíritu
su simiente de auroras.*

Afirmando ese sentimiento de rebeldía, nos dirá el poeta en “Ilotismo”,¹³

*Ilotia
asesina el cordero balador
de tu espíritu paria.*

Más que ver la hermosura topográfica el poeta invita a observar las lacerias e injusticias. En el ánimo del poeta, pesa el pesimismo. No debemos olvidar que para esos años, 1931, Puerto Rico pasaba por una dolorosa crisis económica.

La obra de Graciany Miranda Archilla, el gran animador del Atalayismo, se realizará en otro ámbito, el terrígeno, y nos ofrece una poesía sin excentricidades, de un criollismo candoroso, pero de novedad expresiva. Miranda Archilla nace en Morovis en el año 1910. Periodista y poeta, su obra poética es de gran fuerza lírica y registra los siguientes poemarios: *Cadena de ensueños*, 1926; *Responso a mis poemas naufragos*, 1931; *Sí de mi tierra*, 1937, y *El oro en la espiga*, 1941.

El poema “¡Bendito!”¹⁴ de Graciany Miranda Archilla, podríamos afirmar resume el carácter del isleño!

*decir casi gozo en que el sueño
de un pueblo se arrulla a sí mismo*

Forma un tanto ambigua del ser puertorriqueño en que se com-
padece de todo y de todos, menos de su propia desgracia:

*Si el mundo te es duro y el cielo te es sordo
y estás como un pino en verano, ¡bendito!*

El bendito es un decir popular paradójico; pero a nuestro juicio, exacta dimensión del ser de nuestro pueblo —como dice el poeta— es

*... lanza clavada en el pecho
puñal de sol en los ojos, martirio
de ser lo más suave en la vida,
que está lo más suave en más hondo peligro.*

Es sin duda ese, ¡bendito! lo que más ha traicionado el porvenir, —independencia— de nuestro pueblo. El ¡bendito! es "penar de mi tierra".

La importancia del Atalayismo estriba, más en lo que se insinuó que en lo que se realizara en su momento, pues este grupo fue estímulo provechoso para otro movimiento poético, —el *Integralismo*—, fundado por el poeta Luis Hernández Aquino. A este grupo se sumaron luego los poetas Carmelina Vizcarrondo, Samuel Lugo, María Mercedes Garriga y Magda López de Fernández. El movimiento trata de afirmar el espíritu puertorriqueño, vincular la cultura en su totalidad con las fuentes autóctonas y "con la realidad etnográfica, geográfica y telúrica puertorriqueña, para de esa manera crear una realidad y una filosofía propias."¹⁵ Sostiene "que nuestros intereses culturales son comunes a los de la hispanidad"; y rechaza todo coloniaje del arte, del espíritu y del intelecto.

Luis Hernández Aquino, de irreductible vocación poética, nace en Lares, el año de 1907. Poeta, periodista, crítico y profesor universitario. Ha publicado *Niebla lírica*, 1931; *Agua de ramaso*, 1939; *Poemas de la vida breve*, 1940; *Isla para la angustia*, 1943; *Voz en el tiempo*, 1953; y *Memorias de Castilla*, 1956. Su poesía es de contenido romántico, intimista, un tanto juanramoniana en su tono apacible. El paisaje y la patria son temas frecuentados reiteradamente por el poeta. Según nos firma el poeta Francisco Matos Paoli, en Hernández Aquino.

El paisaje se resuelve en una modalidad permanente de la conciencia y no es un refugio circunstancial para la herida del alma. Es un paisaje sustantivo, experimentado, vivido y recordado y vuelto a añorar.

... Hernández Aquino es más bien un sensitivo de su paisaje puertorriqueño tanto en su realidad estética como en en su realidad moral.¹⁶

Su poemario más representativo de esta modalidad es *Isla para la Angustia*, 1943, en donde, en el primer poema, "La tierra triste",¹⁷ el poeta nos ofrece una visión paradisiaca de Puerto Rico:

*La tierra estaba intacta,
como recién creada,
aunque resumando cumbres;*

*torciéndose en los ríos hacia el vasto Caribe—
olorosa y prolífica cual el puño de Dios—
enérgica en el Yunque,
blanda como una madre en los conucos:
Lares, Adjuntas, Orocovis, Yauco;
cansada hacia la costa, desangrándose en verde.*

.....
*Yo estaba triste pero quise cantar, porque en el cántico
estaba mi montaña, mi cafetal de Lares,
que me anhelaban puro para siempre,
así de claro el canto del torcaz en el alba.*

Poeta y tierra se funden en un mismo sentimiento de tristeza. La tierra viene a ser en su poema "El coloquio del hombre", un estado de alma, un grito, salido de las entrañas del poeta, que cree "debía hablarse con un lenguaje de montañas que se alcen a las nubes". Y mientras "la mañana era un mágico culminar de la luz" y "el agua era quietud en las quebradas", el poeta, pide fervoroso...

Montaña,

*dame tu numen milagroso y tu cántico
que quiero despertar para el hecho infinito al hombre de mi tierra!*

Pide la inspiración, para levantar el entusiasmo del amor patrio.

Siendo el poeta de origen campesino, gozará a plenitud la fresca belleza de su isla, y en su poema "Reconquita", vemos que se siente ebrio de su isla por haber bebido en la "alta copa de las montañas", "el jugo de la tierra". También ha gozado de su isla, los ríos, sus "albas radiantes, en mañanas y atardeceres".

El poeta busca en la belleza de su isla la exaltación lírica, un mayor acendramiento de espíritu:

Nûtreme, Isla de mi Cordero

*con tus nubes de oro, de algodón y de grana
con tus blancas estrellas silenciosas que ocultan el secreto de la noche,
con los vientos alisios, pulidores del día
con las lluvias constantes que fatigan el monte para hacerle parir
(sus maravillas,
con la neblina lenta de Luquillo
y la impecable luz de las tardes caídas
que no sólo de pan el hombre se alimenta.*

Luego el poeta invoca al Cordero representativo de su Isla, que le dé aliento levantado a su espíritu, todo lo que vive en ella de inponderable, entrañable y hermoso, en su pura naturaleza y en esas "blancas estrellas silenciosas" que acaso se resumen en la estrella solitaria de la bandera de Puerto Rico. Este, su símbolo ideal se yergue en "la neblina lenta de Luquillo" y en la "impeccable luz de las tardes caídas". Porque el poeta se siente ebrio de su Isla —en luces, ardores, cimas y abismos— se identifica con ella:

*Que por tí me siento como cedro azotado
para mirar de frente el universo—
o contigo me quedo, latiendo mudamente en la más leve hoja.*

El ideal de reconquista, es en el poeta. "sed no calmada por tus ríos, y que sólo se atenúa al pronunciar tu nombre". Es decir, el verla libre —el amor es libertad para el poeta—, reconquistada. Por eso en su poema "Sinfonía de la Isla" —su isla— viene a ser como "un manantial que fluye del costado de Dios", es decir una sinfonía de dolor: —tierra, luz, viento, agua—

*Dulces tierras maternas, blanca luz de mi Antilla durmiente
lento mar de mis costas,
aguas apacibles de mis manantiales,
aire terrígeno que merodeas la Isla:
fuiste creados para mí.*

De todo ello igualmente le llega al poeta la canción —tierra para la angustia— que cantar es su "breve destino de cenizas y olvido"; de ahí que por amarla tanto, le cante, "un nuevo poema" a su viento, "recargado de soles" de aromas y de yodos a "su agua tierna, sencilla, con ternura de hija", todo lo cual, tiene para el poeta un significado amoroso.

El otro poeta del *Integralismo* que realizará una obra de ahondamiento telúrico acorde con este movimiento, será Samuel Lugo, gran temperamento poético de fina sensibilidad, cuya poesía nostálgica, evocadora y tiernamente criolla, resume frescura de quebrada horicua. Nace Samuel Lugo en Lares, el año de 1905. Poeta, periodista y cuentista, sus temas son el paisaje, la vida en el campo, la tristeza. Un aroma a égloga nativa circula por sus versos. Ha publicado los siguientes libros poéticos: *Donde caen las claridades*, 1934; *Yumbra*, 1943 y *Ronda de la llama verde*,

1949: en todos ellos está presente la nota bucólica casi virginal, matizada de nostalgia de nuestro pueblo.

En "Clamor de ríos",¹⁸ el poeta indentifica la isla como antes lo han hecho otros poetas, con la mujer:

*El alma de mi tierra hoy gozo en tus encantos,
mujer, que amorosa tú me ungaste la vida
con el alba y la rosa y el panal que te diera
—en tu niñez— lo puro de las montañas mías.*

El poeta goza del alma de su tierra en los encantos de la mujer, que —ungida de alba, rosa y panal— viene a ser lo más puro de las montañas nativas; de ahí que nos diga que "el tiempo no ha manchado tu claridad de espíritu" y su belleza provoca el amor puro.

El poeta evoca en su existencia —mujer, tierra— el amor de las montañas y en la cabellera de la amada, ve cantar todos los ríos serranos:

*Si vieras cómo llenas mis horas de canciones,
cuando triunfal te sueltas al aire tus cabellos;
tus trenzas destrenzadas remedo son del salto
fresco de la quebrada que cruza por mi pueblo.*

El poeta, por serlo, siente su vida llena de canciones —en la amada-mujer-tierra— le trae el recuerdo de lo más querido de su niñez, en su pueblo de origen y nos dice.

*El cielo está contigo
porque si a veces salta a tu pupila un duende
por rozarte la sombra de los embrujamientos,
tampoco estás vencida;
para lavar tu embrujo te sobran muchos ríos
que corren con Dios mismo por tu montaña adentro.*

Parece insinuar el poeta que su isla tiene el don celeste de la fortaleza, manifestado en sus ríos, "que corren con Dios mismo por tu montaña adentro", o sea la salvación por el espíritu.

Luego el poeta nos habla de los atributos característicos de la mujer puertorriqueña —amazona—

*... nadie en la carrera de indómitos corceles
lucir puede más bella la femenina gracia.*

Y ciertamente hubo una época en nuestra historia en que se hizo famoso el garbo de la mujer a caballo, cuyos "dedos fueron nidos de amor entre las crines locas de tus caballos".

Mujer de voz "de rocío madrugador" la llama, y nos confiesa:

*Yo sé que está mi monte guardado en tus canciones;
tu voz se va por luna y enanos y saúco
y flor de limonero a la fuente encantada
cuando la vida llena tu corazón de música.*

Es decir toda ella —la tierra— es canción que alienta lo nativo natural, que es paz y música íntima: "toda la tierra mía florece cuando cantas", —un jardín musical— es Borinquen. Por eso, el poeta enhechizado le dirá. —a la mujer— patria:

*Déjame en tus raíces;
hechízame en tus sueños;
dame la luz que guardas;
quemame en tu sol mi cuerpo.
Cautívame en tus manos;
tus manos guardan sueños de serranías de rosas
y son por taumaturgia de amor,
vasos ungidos para evocar aromas.*

Quiere el poeta quedarse en lo entrañable, en el sueño, en la luz, en el sol —espíritu y cuerpo— de la mujer —patria, amada— y gozarla en un éxtasis pletórico de amor. Este poema —"clamor de ríos"— se nos figura simbólico, resumidor no sólo de un sentimiento de amor a la tierra, sí que también de una tradición poética, que comienza con Santiago Vidarte y que vimos culminaba en Gautier Benítez, en que se transfigura la patria en mujer, para amarla con más ardoroso tesón. En "Clamor de ríos", la palabra poética se percibe fresca, rejuvenecida, nueva, como "agua desnuda" viva de amor, para la isla que según el poeta está hecha "de corazón y de roca".

N O T A S

(1) Vicente Géilgel Polanco, *Los "ismos" en la década de los veinte*, pp. 263-289. En: *Literatura Puertorriqueña: 21 Conferencias*.

(2) *Ibid.*, p. 278.

(3) Angel Valbuena Briones y Luis Hernández Aquino, *Nueva poesía de Puerto Rico*, Poema, *Siesta*, p. 174.

- (4) *Ibid.*, p. 183-85.
- (5) Carmelina Vizcarrondo, Joaquín López López, *Antología, selección y prólogo*, p. 42.
- (6) C. Gómez Tejera, A. M. Losada, Jorge L. Porras, *Poesía Puertorriqueña*, p. 49-51.
- (7) *Ibid.*, p. 391-92.
- (8) En: *Crítica y antología de la poesía puertorriqueña*, p. 159.
- (9) Juan Antonio Corretjer, *Amor de Puerto Rico*, (Poemas), (sin foliación).
- (10) *Ibid.*, *Los dos hermanos*, (sin folio).
- (11) Luis Hernández Aquipo, *Movimientos literarios del siglo XX en Puerto Rico*, Tesis para optar al grado de Maestro en Artes de la Universidad de Puerto Rico en 1951, p. 101.
- (12) Fernando González Alberty, *Grito*, poemario de vanguardia, dedicado a la juventud intelectual de Puerto Rico.
- (13) *Ibid.*, *Hotismo*, (sin foliación).
- (14) Graciany Miranda Archilla, *El oro en la espiga* (Poesías, p. 156-57).
- (15) Luis Hernández Aquino, *Opus cit.*, pp. 151-52. **Apéndice D. Declaración de principios del movimiento integralista**, pp. 151-52.
- (16) Francisco Matos Paoli, *El paisaje en la poesía de Hernández Aquino*, En: *Isla para la angustia*, p. 9-10.
- (17) Luis Hernández Aquipo, *Isla para la angustia*, p. 15.
- (18) Samuel Lugo, *Ronda de la llama verde*, p. 7-10.

CAPÍTULO VIII

POETAS QUE NO PERTENECEN A ESCUELAS

Entre los poetas que han cultivado los temas regionales, criollos --paisaje, lo característico puertorriqueño, de afirmación terrígena-- que no pertenecen a movimiento o escuela alguna, se encuentran Vicente Rodríguez Rivera, Arturo Gómez Costa, Carlos N. Carreras, José Antonio Dávila, José A. Balseiro, Felipe N. Arana, Francisco Manrique Cabrera, Obdulio Bauzá, Gaspar Gerena Bras, Julia de Burgos, Francisco Hernández Vargas y Francisco Matos Paoli; de los cuales sólo estudiaremos aquellos de obra más lograda y singular, de significación para nuestros propósitos.

Tanto el poeta Vicente Rodríguez Rivera, (1884-1939), como Arturo Gómez Costa, 1896, y Carlos N. Carreras, (1895-1960), aunque tratan los temas telúricos, no se adentran --se mantienen con rezagos modernistas-- en el hondón nativo, se quedan en la periferia de lo puertorriqueño. En Rodríguez Rivera la actitud romántica es nostálgica; Gómez Costa, igualmente romántico en su contenido, mira el pasado heroico, la hispanidad, lo caballeresco, mientras que Carlos N. Carreras --modernista en expresión y de posición post-romántica-- cantará el aspecto tradicional, lo folclórico y la evolución del pasado histórico.

Uno de los poetas de más alto relieve lírico de nuestros días es José Antonio Dávila, hijo del poeta terruñista, Virgilio Dávila. Nació en Bayamón en el año 1898. Poeta, ensayista y crítico, estudió la carrera de medicina la cual abandonó al enfermar, dedicándose de lleno al cultivo de las letras. Su poesía es tierna y

melancólica. Cuando trata el paisaje puertorriqueño lo sitúa como telón de fondo, pero también como un estado de alma. Un ejemplo algo pintoresquista puede ser el soneto "Posada".¹

*Sobre un jergón de harapos con lujillos de lana,
rodeado por los setos musgosos del bohío,
duermo, mientras me acechan los luceros, y el frío
entra por la rendija como hoja toledana.*

*No es silencioso el marzo de la noche aldeana,
y entre el coquí, el becerro, y el déspota del frío
tal fustigan la noche, que amanece sin brío
y desnuda de sombras al llegar la mañana.*

*Apenas a dos brazas de mí, noto que duerme
una moza del campo, con ese sueño inerme
del que aún tiene la cáscara de la naturaleza...*

*Y en conjunción de siglos circulan por la choza
el aroma terroso que exhala la maleza
y el olor a novilla que despide la moza...*

El soneto está trabajando a base de contrastes, los que al final se hermanan:

*Y en conjunción de siglos circulan por la choza
el aroma terroso que exhala la maleza
y el olor a novilla que despide la moza...*

El poeta nos muestra un cuadro —ocaso doloroso— en donde los luceros acechan bohíos de setos musgosos. Y en las noches de marzo que debieran ser apacibles —coquí, becerro, frío, fustigan la noche— por no tener lo necesario para un dormir reposado, el campesino apenas puede disfrutar de esa arcadia en donde ha nacido. No sabemos si el poeta quiso pintar meramente o darnos una nota de una situación.

José A. Balseiro, 1900, nació en Barceloneta. Profesor universitario, ensayista, novelista y poeta. "Caballero de verso y prosa, fino Portorriqueño andante" lo llamó Alfonso Reyes. Balseiro ha paseado su nostalgia boricua por Europa y América, anhelando siempre "Mirarse en el espejo de su Mar Caribe". De ello son muestras sus dos últimos libros de poesía: *La pureza cautiva*, 1946, y *Saudades de Puerto Rico*, 1957.

*Amor de mi Puerto Rico
no importó mi itinerario
para en el pecho sin mancha
llevarte siempre señalado.²*

Para el poeta errante, Puerto Rico —isla de la primavera— el paisaje es de miel:

*En el panal de los valles
se vuelve azúcar la tierra.³*

Al igual que otros poetas del pasado y del presente, Balseiro concibe a su Isla como algo íntimo:

*Isla mía:
¿Eres mi madre o mi hija?*

Adivínalo, adivina.

*Siempre, siempre en la memoria
¿Serás mi hermana o mi novia?⁴*

Balseiro como Gautier Benítez torna la nostalgia en pasión y jamás desterrará a su Isla de sus pasos añorantes.

Felipe N. Arana, (1902-1962), es otro poeta enraizado en lo criollo y costumbrista, de verso sencillo, oloroso a tierra en cultivo. Nació en Hatillo. Periodista y poeta, ha publicado: *Floreциllas silvestres*, 1927; *Retoños líricos*, 1933; *Música aldeana*, 1934; 1934; *Antena*, 1937; *Sementera*, 1945, y *Grito de la tierra honda*, 1962. En su poema "Regreso del Jíbaro",⁵ nos habla de la avaricia que sembró la caña en el terruño —tierra-Cristo— "para extraer riquezas de tu entraña"; no obstante, el poeta alienta la esperanza de que su tierra volverá a estar "llena de amor y parirás a gusto", cuando sea de nuevo del campesino libre. Melancolía y rebeldía hallamos en los versos de este poeta de tono costumbrista y telúrico.

Obdulio Bauzá, 1907, es poeta de verso sin artificios, diáfano, henchido de emoción patriótica. Nació en las montañas de Puerto Rico, Lares, de ahí brotan sus temas —el abra, el cafetal, el campo, la sierra, el río, en síntesis, el paisaje y la patria—. En su poema "A mi tierra"⁶ el poeta se lamenta de haberse alejado de su suelo amado; lo encuentra distinto, "y sus colinas tienen una ex-

traña neblina". En su ausencia, otros hombres llegaron y la sembraron de caña que hoy luce, con penachos de guajanas su triunfo invasor. Pero el poeta que nunca dejó de recordarla, exclama:

*Señor, dile a mi tierra lo que siento por ella,
aunque me fui muy lejos en su entraña quedaron
en hontanares hondos que fluyen todavía
las semillas ardientes que mi mano sembró.*

Es decir, su amor a ella aún está latente, y adonde quiera que el poeta fue, llevó un pedazo de su Lares.

Francisco Manrique Cabrera, es uno de los más altos representantes de la poesía terruñista, de clara y fina expresión léxica, de gran frescura y moedad en el decir. Acaso por su origen campesino, conoce y puede expresar, mejor que muchos, el sentimiento y el color de la campiña puertorriqueña. Ha publicado dos poemarios reveladores de sus grandes dotes líricos en este sentido: *Poemas de mi tierra tierra*, 1936, y *Huella-sombra cantar*, 1943; además de una *Antología de poesía infantil*, 1943, en donde recoge poemas de los niños de las escuelas públicas de Puerto Rico.

Nació Cabrera en un pueblecito de Bayamón, Dajaos, en el año 1908. Periodista, ensayista y poeta, profesor universitario, en su poesía, más que naturaleza, hay espíritu, y como dice José Emilio González. "el paisaje cabreriano es el producto de la síntesis identificativa entre el yo y su objeto. Aunque hay contemplación en esta poesía, lo importante es la querencia de engendrar de nuevo, la patria en espíritu".⁷

El poeta, como queriéndose identificar con lo más suyo, la sierra, nos dirá en su poema "Vuelta",⁸

*Porque nací del río, de la tierra,
tan vecino del monte,
que mi voz será la postrera en decir:
compadre sol,
comadre luna,
cuñado viento.
Mi voz jibara terca,
que no acabará nunca
en las palabras que otros creyeron muertas.*

Como queriéndonos decir el poeta que el alma de su Isla jamás se apagará mientras haya una voz que le cante, porque

*La manigua alzará
 todos mis ritmos cubreros
 y ellos, de loma en verso,
 con cubreras canciones,
 salvarán las exóticas cuencas
 hasta dar en el blanco
 de aquel fervor moreno
 de mi pueblo.*

Es decir, voz que se alzaré para proclamar el deseo libertario, por el cual el poeta invita a los "gallitos de mis barrios" —el gallo como símbolo del hombre arriesgado y valeroso—; y los incita

*Aguzad con el sol vuestras espuelas
 y asesinad con voces canagüeyas
 toda estridencia
 ajena a la montaña y a la tierra.*

El poeta insinúa que habrá que defender el ideal de independencia en actitud de amor a lo autóctono puertorriqueño —gallo, güiro, tiple, bordonúa— porque es ahí donde reside su mayor fortaleza y hombría. En esas cosas características de lo puertorriqueño —peleas de gallos, el coquí, el güiro, el seis chorreo, el folklore, el batey, la décima, la copla— está el hondo amor de la patria:

*Mis manos callosas de coquí,
 no saben otra ruta
 que la que el Seis Chorreo
 les trazó sobre el güiro.⁹*

Porque con ello se hallará el alma, para finalmente, ya logrado el ideal, pueda decir el poeta:

*Yo, yo cantaré
 ¿Yo? Yo que eres tú, la montaña,
 el río, la tierra, la palma,
 y mis lomas: esas muchuchas jíbaras
 tan alegres y tristes
 cogidas de las faldas
 jugando ambos a dos.¹⁰*

Uno de los poetas de más extraordinario calibre lírico es Julia de Burgos, que empezó a los veinte años tañendo precozmente la lira. Nuestros mejores poetas y críticos, como Luis Llo-

réns Torres, Antonio J. Colorado, Manuel Rivera Matos, *La Hija del Caribe*, la consideraron como singular en nuestro parnazo. Su poesía, de altos vuelos metafísicos, sorprendió a todos y se le auguró un brillante nombre que alcanzó con sus tres libros poéticos: *Poema en veinte surcos*, 1938, *Canción de la verdad sencilla*, 1939; y *El mar y tú*, 1954, publicado póstumamente. Su verso es ágil, profundo, viril, sensual y tierno, pero sobre todo angustiosamente humano. Los temas cardinales de su poematizar son: su vida —erotismo y tristeza— y su patria —paisaje y liberación—. En este segundo aspecto ha creado un símbolo, con su poema "Río Grande de Loíza",¹¹

*¡Río Grande de Loíza! . . . Río Grande. Llento grande.
El más grande de todos nuestros llantos isleños,
si no fuera más grande el que de mí se sale
por los ojos del alma para mi esclavo pueblo.*

Es decir, ese río el más grande, es el expresador de la amargura de todo un pueblo que no tiene aún resuelto el problema de su soberanía.

El poeta encuentra que lo más fuerte y va'edero de la autoctonía está en la zona rural,¹²

*¡La tradición está ardiendo en el campo!
¡La esperanza está ardiendo en el campo!
¡El hombre está ardiendo en el campo!*

Porque

*Es la tierra que se abre, quemada de injusticias.
No la apagarán los ríos;
no la apagarán las charcas;
ni el apetito de las nubes;
ni el apetito de los pájaros.*

En que vemos que se confunde el sentimiento proletario con el de liberación política:

*¡Madura. . .
recogerá la tierra su cosecha de hombres libertados!
¡La niebla hay que echarla del campo!
¡Con los riscos si saltan los brazos!*

Francisco Matos Paoli acaso sea el ejemplo más sobresaliente de poeta puertorriqueño: en él se da, en palabra y vida la expre-

sión poética en su redonda integración cósmica, pureza trascendente, sacrificial. Poeta por los cuatro costados, que viviendo en un mundo absurdo y procaz ha realizado una poesía de transparencia en el decir sencillo y profundamente abismal y deslumbrante en su intimidad lírica. Poeta y periodista, nació en Lares en 1915. Su obra poética se concentra en los siguientes títulos: *Signario de lágrimas*, 1931, *Cardo labriego*, 1937, *Habitante del eco*, 1944, *Teoría del olvido*, 1944, *Luz de los héroes*, 1954, y *Poema de la locura*, 1962. Sus temas: el amor, el ser, la angustia y la patria, en su paisaje, luz y color que trasciende a la verticalidad del espíritu más acendrado. La poesía patriótica de Matos Paoli culmina, sin lugar a dudas, en su "Canto a Puerto Rico",¹³ premiado en un concurso de poesía del Ateneo Puertorriqueño, en 1949. El jurado calificador, compuesto por la ensayista Concha Meléndez y los poetas Gustavo Agrait y Luis Hernández Aquino, afirmó que:

En este poema desemboca una tradición de nuestra poesía comenzada con Santiago Vidarte en 1847: el canto amoroso a la belleza natural de nuestra Isla: luz, mar, cielos, montañas, pájaros, levantados en el poema en visiones de arte teñidas de nostalgia. Los poetas de esta tradición han mirado desde tierras extrañas su Isla, para ellos entonces la "isla ansiada" y la ausencia les ha revelado el 'misterioso idilio' que Gautier Benítez cantó en el mejor vuelo de su poesía romántica.

En el *Canto a Puerto Rico* de hoy culmina la tradición a que pertenece, pero al mismo tiempo, la libera del lastre retórico y vocabulario e imágenes, presentando renovados, con riqueza imaginística y amoroso saber, todo lo significativo en nuestro orbe isleño; mostrando su espiritual sentido, su gracia o su candor.¹⁴

Tratemos de analizar este hermoso poema, "Canto a Puerto Rico",¹⁵ de Francisco Matos Paoli: en el primer momento, el poeta evoca en la distancia a su "isla ansiada". Al cantarla, vuelve a la niñez y la ve con el sueño albo de la inocencia:

*Qué diminuto cerco de rosas en unción
sirve al llamado de alondras clarísimas
ante un colmado aroma de cenit
en un punto oloroso de rocío.*

Y recuerda a la palma de "soledad enhiesta", las olas azuladas, el cielo familiar,

*donde el candor se instala
en un árbol de múltiple alegría.*

Las "rumorosas estrellas", el "silencio de agua en armonía", el "tiempo que ríe en verdor".

*Era la levedad unida al equilibrio,
como si el aire fuera su naciente escultura.*

que alborea en las lomas, mientras la luna se alucina en las flores, y allí olvidado de todo, ver cómo se entrelazan hierbas y pájaros, mientras el aire es armonioso ser fruteado de mariposas doradas, "silvestres de misterio delicioso". Ambiente éste de égloga y sueño, que son los "Gozos del Despierto". Vemos cómo el paisaje natural se ha transfigurado en uno de puro idilio, fantástico, pero que es real para el estado anímico del poeta.

En la segunda parte del poema, nos habla de la bahía —primavera ensimismada en su sol moreno— que es "abeja de clausura de San Juan Cordero", y que

*en nombre de la aurora
talla colores de verdura frágil.*

Allí el hombre se convierte en el "vigía de todas las fragancias de la tierra". Entonces, el poeta, mirando a su Isla, se dice:

*¡Qué libertad para el suspiro nuevo
palma, pitirre, ruiseñor, ensueño!
¡Qué arquitectura del aire aquellas lomas
sobre las colinas de dulzor antiguo
y en justa remembranza de los ángeles
batiendo la ciudad con ímpetu de seda!*

El poeta mira desde la bahía, con seguridad de ánimo, las lomas del San Juan antiguo, mientras el mar bate "la ciudad con ímpetu de seda";

*Oh frescor del instante en pleamar
regalando pupilas al edén,
certidumbre de ir en eclosión
pisando los armiños del amor
y en el idilio de San Juan Cordero
una dádiva de abeja renacida.*

En que el poeta —promotor de alondras— siente todo el fresco bienhechor de esa arcadia donde se siente el “crepitar del rocío”.

En la tercera parte del poema, el poeta canta al mar, el cual supone es el llamado a salvar su Isla:

*El mar Caribe está
en su vaivén vidente
atando una gaviota
al surco de los peces.*

El Mar Caribe viene a representar al patriota constante —vidente— que está atando una gaviota —la Isla— al surco de los peces, es decir, a las nuevas expresiones de la justicia para liberar a la Isla. El mar es símbolo de libertad; los peces, los hombres que harán posible esa liberación. El poeta, para afirmar ese ideal de redención patria, dice:

*¿Oyes gemir al viento-flor, gemir
aquella copla de las blancas salves
geómetra de empíreos lloviznantes
en su lebrél de lumbres en acecho,
olor, olor, olor,
la palmera temblante de la orila
que en cumbres polariza de la mar
esa atarraya de miradas gráciles del céjiro?*

en estos versos el poeta insinúa claramente la naturaleza física y espiritual, y a su vez, lo autóctono de la Isla, mientras la palma, como símbolo de aprestamiento, es centro de fervor patrio, frente al mar, “maestro de las almas”, del cual emocionado, dice el poeta:

*Caribe Padre Nuestro.
Testigo suave de la arena, aguardas
tu Eneas patriarcal y madreporico,
vertido de la luna borinqueña
y machetes de estrellas seculares.
con filos filos de filosa clámido
en una torre ardua de luceros,
tu Eneas indiviso, que a preñar de la onda
de maravilla en maravilla, ordena
la tempestad de lirio,
la guerra de las tácticas palomas
con su olvido de paz, resurrecto en la mano.*

El mar que salva, espera al apóstol iluminado que con un verdadero sentimiento patrio haga la unión, la conciencia libertaria e inste a "la tempestad del lirio", o sea a la revolución que le lleve a la liberación política así como a la paz.

En la última parte del poema, luego de haber cantado a la libertad y gozado de esa paz, el poeta nos evoca su infancia en la montaña, la recobrada arcadia, y recreando sentir y vida, nos dice:

*Mirad a esas calandrias blanquineras
vertirse de la lluvia en los recodos,
entrelazar las gotas una a una,
adivinar el cerco inminente de perlas,
atraer a sus picos
el pan rumoroso de agua.*

Es como si el poeta volviera a reconquistar su paraíso infantil —original— perdido:

*Doña Ana no está aquí
que está en su verjel
cogiendo la rosa
y dejando el clavel.*

Que resulta ser la evocación de toda una vida de maravilla en la montaña, pero que también es el dulce retorno a esa vida:

*Ese vivir a curvas oleadas de cielo
en el claro bosque, en las torcaces
que en los nidos de lluvia cantarina
fabrican el cendal de toda Primavera.*

Aquí podemos comprobar que el poeta llega a una concepción mística de la patria, en que el mar es la salvación y la poesía es su sentido, sentimiento que encontramos realizado a plenitud en la vida misma del poeta que por amor a su Isla sufrió prisión: culminación de redención por la poesía y afirmación de la visión edénica.

N O T A S

(1) Cesáreo Rosa-Nieves, *Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña*, t.III, p. 52.

(2) José A. Balseiro, *Saudades de Puerto Rico, La Pureza cautiva, Poema, Amor de Puerto Rico*, p. 42.

- (3) *Ibid.*, **La lluvia**, p. 77.
- (4) *Ibid.*, **Amor sin término**, 175.
- (5) Cesáreo Rosa-Nieves, **Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña**, t. III, p. 115-16.
- (6) *Ibid.*, p. 265.
- (7) José Emilio González, **Los poetas puertorriqueños en la década del 1930**, pp. 291-318, En: **Literatura Puertorriqueña: 21 Conferencias**, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, P. R., 1960.
- (8) Francisco Manrique Cabrera, **Huella-sombra y cantar**, p. 29.
- (9) *Ibid.*, **Canción**, p. 35.
- (10) *Ibid.*, p. 35.
- (11) Julia de Burgos, (Criatura del agua), **Obra poética**, p. 69.
- (12) *Ibid.*, **Campo 1**, p. 307-8.
- (13) Francisco Matos Paoli, **Canto a Puerto Rico**, San Juan, P. R., Imp. Baldrich, 1954.
- (14) **Laudo del jurado en el Concurso de Poesía del Ateneo de Puerto Rico**, Santurce, P. R., 1949.
- (15) En: **Asomante**, (2), 1950, abril-junio, Año VI, Vol. p. 74-83.

CONCLUSIONES

No hemos agotado el tema, sólo hemos escogido aquellos poetas representativos que ahondan con certero tino en lo autóctono, los cuales nos ofrecen una imagen más ajustada de Puerto Rico. Poetas de primera fila que no han tocado el tema que tratamos no los hemos discutido, por eso.

En este estudio hemos querido discutir y presentar, objetivamente, una constante bien notoria en nuestra poesía —la metáfora edénica— que aparece desde los comienzos mismos de nuestras letras —Santiago Vidarte— y prosigue hasta nuestros días —Francisco Matos Paoli— en que, a nuestro juicio, culmina en una depurada expresión de arte. Pero sabiendo que la poesía es una expresión del ser, de lo íntimo —de un pueblo, de un individuo—, comprenderemos que en ese acendramiento poético se encuentra a su vez la aspiración más alta del alma de un pueblo. Por ello en esa expresión podemos reconocernos como quien somos y queremos ser, en dignidad, esfuerzo y realización. Creemos que toda poesía en sí es agónica: más aún, cuando es expresión del alma de un pueblo, en donde encontramos todas aquellas preocupaciones por esclarecer su personalidad.

Las formas y expresiones del ser puertorriqueño podemos encontrarlas en su poesía, sus esencias, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus valores permanentes. Y más que su historia que conocemos, abierta al conocimiento, a la memoria, en su poesía encontramos esa historia recóndita valedera que es su intrahistoria trascendental y gloriosa.

Nuestros poetas le han cantado a la naturaleza, al indio, a ese estado de inocencia y mansedumbre, que no sólo es del abori-

gen, sino del propiamente isleño, que ha vivido en ese ambiente eglógico, de fina sensualidad, de ensoñado idilio, donde parece que el tiempo no transcurre, en su delicia perpetua. De ahí que cuando el puertorriqueño se aleja de su terruño, la nostalgia le impele al retorno, al canto melancólico, apasionado a veces, y nada puede mitigar la angustia sino el volver a la tierra, el tenerla de nuevo ante sus ojos plena en su corazón.

Vemos cómo nuestra isla fue ideal intuido por los profetas en la antigüedad bíblica: ansia de paz, de belleza, de realización divina y humana— es decir, vivir una nueva vida, acorde con un ideal. Pero he aquí que ese ideal, luego de ser una realidad con el descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492, vino a revertirse, y la realidad es ahora idealizada, para tenerse como el sueño del sueño, puesto al tacto, a los sentidos, al amor, a la belleza. Y la tierra se amará de tal suerte que se idealizará, y el poeta, el hombre que en ella habría de vivir, al amarla habría de identificarla con lo más entrañable. Y la ama como mujer, madre, hermana, esposa, novia, como lo más sagrado para él y así entregarse en un amor todo espíritu.

Sentirá la pasión de la tierra, por eso celoso siempre de ella, al creerla perdida va a su rescate apasionadamente, capaz de consumir el último sacrificio y dar por ella la vida. Es decir, el amor más hermoso será el del sacrificio, logro y plenitud de ese amor que no tiene límites, que es entero como el sueño, como la realidad, como el corazón verdaderamente amante.

Podríamos decir que el puertorriqueño, inconscientemente, ha creado una mística exaltada de la patria. Mitifica la tierra, la convierte en aquello que desea: las más de las veces, en mujer, para mejor amarla. Gautier Benítez el apasionado cantor, nos puede ilustrar este aserto:

*Para poder conocerla
es preciso compararla
de lejos en sueños verla;
y para saber quererla
es necesario dejarla.*

Amor que es actitud de veneración, idealización de la belleza natural, en donde hallamos, una sincronización con todo lo que la patria ha significado, sentimental o espiritualmente: los lugares en que transcurriera la infancia, todo aquello que dejó en el espíritu un lastre de añoranza, de recuerdo o tristeza.

El paisaje nos ha hecho a su imagen —pasionales y vehementes, sentimentales y melancólicos—: por eso, al apartarnos de él, nos parece haber perdido algo que estaba muy adentro de nuestra vida; algo ensoñado: acaso, un paraíso que efectivamente vivimos, no sólo de niños sino de adultos. Por esa condición de blandura, de naturaleza emotiva, hemos también tenido que trastocar nuestra psicología y ser a veces suspicaces y desconfiados. Un buen ejemplo de ello lo podría ser la décima de sutil humor ladino de Luis Lloréns Torres:

*Llegó un jíbaro a San Juan
y unos cuantos pitiyanquis,
lo atajaron en el parque
queriéndolo conquistar;
le hablaron del Tío Sam,
de Wilson, de Mr. Root,
de New York, de Sandyhook,
de la libertad, del voto,
del dólar, del habeas corpus,
y el jíbaro dijo ¡Nju!*

La actitud astuta de ese jíbaro nos ofrece un perfil recio del alma de nuestro pueblo que no quiere dejarse confundir y desea conservarse tal cual es, en sus esencias primordiales. Por eso lucha, por ser lo que debe ser. Así, afirmando esos valores desea subsistir. Después de sesenta y seis años de intervención norteamericana no ha dejado de ser fiel a sus tradiciones, sus costumbres, su lengua. Porque somos un pueblo con una personalidad definida que no queremos perder, luchamos por no perderla, y la afirmamos en nuestra poesía que mira el contorno, el aire, el aroma de nuestros campos en una gama de verdes simbólicos. Luz consciente que se mira en la luz maravillosa de su isla a través de nuestra poesía: salvación por el espíritu de nuestra personalidad que no se resigna a ser construcción del egoísmo y la codicia. Porque queremos cobrar conciencia de lo que somos y proyectarnos a superadoras realizaciones en lo porvenir, para ir al descubrimiento de nosotros mismos.

En este estudio de nuestra poesía hemos visto cómo, en un principio los poetas, deslumbrados, cantaron con emoción exaltada a la naturaleza fastuosa: Juan Rodríguez Calderón, Santiago Vidarte, Alejandro Tapia y Rivera, José Gautier Benítez; cómo luego hemos apreciado que esa misma naturaleza —flora, geografía— daba peculiaridades a la gente, la configuraba, le formaba

un modo expresivo, una manera de ser, un carácter —Manuel A. Alonso, Francisco Gonzalo Marín, Lola Rodríguez de Tió, José de Diego, Luis Muñoz Rivera— y finalmente, vemos cómo surge esa voz profunda, de grandeza impoluta, en que la patria es culminación de un sentir, de un agonizar, de un no querer parecer, de un ser aquel que se debe ser —Luis Lloréns Torres, Luis Hernández Aquino, Juan Antonio Corretjer, Francisco Matos Paoli— en que se llega a una poesía actual; tal vez, de más depurada calidad artística. Poesía que se nos figura encarna sacramentalmente el ideal de patria y libertad. Patria como lábaro y realización de la belleza suprema..

A P E N D I C E

APÉNDICE I

VISION DE LOS EXTRANJEROS

Cuando estaba en su apogeo el modernismo hispanoamericano visitaron a Puerto Rico unos cuantos poetas representativos de esa época, cultivadores y simpatizadores de esta tendencia literaria. De España nos llegaron los poetas Salvador Rueda, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa, los cuales dejaron su huella influyendo en la actitud y tono de nuestra lírica de entonces. Mientras que de Hispano América nos llegó en 1913, un poeta que, si traía mucho oropel, también traía esencias verdaderas de su estirpe hispanoindia, José Santos Chocano.

En un número extraordinario de la revista *Bayoan*¹ dedicada a la poesía, que dirige en Río Piedras, el poeta y profesor Dr. Luis Hernandez Aquino, que fue dedicado a *Elogios de Puerto Rico*, hechos por los extranjeros que en distintas épocas nos han visitado, en el Editorial, escrito por la exquisita ensayista y profesora Dra. Margot Arce de Vázquez, que sirve de presentación a las poesías y trabajos literarios que aparecen en dicha edición, dice de ellos, que "como en un espejo, captamos su visión personal del mundo físico y humano puertorriqueño", las cuales son formas "de lo que otros ojos no apegados sentimentalmente a Puerto Rico, pero mirados con la simpatía, han visto y apreciado", ya que como sigue comentando la doctora Arce, los que nos visitan atraídos por el paisaje y por la cordial y sencilla hospitalidad

de nuestro pueblo. Algunos llegan a identificarse con nosotros —como Gabriela Mistral, como Gili Gaya— y a preocuparse por nuestro destino: y su actitud es la noble y libre actitud de los hombres de buena voluntad”.

Muchos quedan sorprendidos por la imagen sensible y sólo ven la belleza física de nuestra isla, pero según nos sigue diciendo la doctora Arce, quién

deja de captar esta melodía que enlaza sutilmente la suavidad luminosa del paisaje, la muelle y ondulante ternura de la tierra con los rasgos más puros y generosos del carácter moral puertorriqueño: la sencillez, la simpatía, la hospitalidad generosa.²

Y es como pueblo hispánico que conserva lengua y cultura que han mirado la geografía humana que persiste en conservar las raíces tradicionales de su identidad.

En un soneto, “Musa del trópico”, de Salvador Rueda (1857-1933), inserto en la revista *Baypan*, escrito en verso dodecasílabo, el poeta ve a nuestra isla en figura graciosa de mujer, hecha de sol y de heno. Galante, el poeta nos dice que su musa —Puerto Rico— viene del trópico, y que está formada con sol de corrientes de aguas impetuosas, que tal vez recuerdan el cataclismo que hundió a la Atlántida y que Puerto Rico vino a ser como reminiscencia de ella, con luz de lo alto y con cañas delgadas y flores de panoja para darles ese tono tierno y virgiliano y hacerla toda ella —mujer isla— como una unidad perfecta de “trigo maduro y moreno”, que el buril más delicado del sol ha modelado. Cincelado así su cuerpo viene a ser como un pan raro, dorado, cuyo interior contiene un conjunto de piedras preciosas que cantan. El poeta torna a imaginar de nuevo a nuestra isla en figura de mujer, para decirnos que, un

*collar de cigarras guarnece tu seno
y ciñe en cien vueltas tu forma encantada.*

Es decir, que el poeta de repente ve a nuestra isla como mujer encantada, en que parece que su existencia real está enajenada en la de una isla cercada por las olas cantarinas, como cigarras que le cantan y la defienden de la vulgaridad y realidad grosera de todos los días.

Ya vuelta mujer, el poeta encuentra que sus pestañas están entretejidas con hilos de oro y plata, donde tal vez anidan lágrimas

de ensueño, de dulce amor, mientras dice que una corona de pájaros le moldean la sien, para concluir, en una especie de identidad, con la naturaleza eglógica amén de su estirpe hispánica:

*Tus dientes de coco dan gracia a tu idioma
y cual incensario, tu carne te aroma
de caña, de plátano, de piña y canela.*

En que la voz coco, dándole sentido calificativo a idioma, nos trae el recuerdo de la importación a Puerto Rico de este fruto por los españoles, de las Islas de Cabo Verde, es decir, que nuestra lengua tiene —conserva aún— la gracia original de los primeros pobladores, que resulta, la lengua, como incensario, como bendición, afecto o recuerdo.

El poeta Salvador Rueda recibió homenajes, tuvo además la oportunidad de conocer "la soberana maravilla de la Isla de Puerto Rico", y fue tal su agradecimiento a su gente y admiración por su paisaje, que íntimamente emocionado, al despedirse de nuestras playas, confiesa, que "mientras mi cerebro contenga un átomo de fuego divino, escrito irá en mi ser el hombre inmortal de Puerto Rico".

En 1912, la imprenta del *Boletín Mercantil*, publicó su libro *Poesías* en donde apareció originalmente el soneto que hemos comentado.

Pero de todos los poetas que visitaron a Puerto Rico en la segunda década de nuestro siglo, fue José Santos Chocano, (1875-1934) —visitó nuestra isla en 1913— el que más influyó en nuestra lírica modernista. Chocano traía en sus alforjas esencias verdaderas de hispanidad. Su verso gozaba de una simpatía general. Para rendirle homenaje, la revista *Puerto Rico Ilustrado* le dedicó su edición del 25 de octubre de 1913, en la cual publicaron poemas en elogio suyo José de Diego, Evaristo Ribera Chevremont, José de Jesús Esteves y otros notables poetas de ese momento.

En esa época se debatían en Puerto Rico cruciales problemas políticos, de lengua y de hispanidad. Chocano, al hacerse eco de ellos, "clamó elocuentemente por la independencia de la isla e incitó a los poetas a poner sus lirás al servicio del paisaje y la patria", según afirma el notable investigador de nuestra literatura Dr. Cesáreo Rosa-Nieves, en su ensayo "*José Santos Chocano en Puerto Rico*".

Más adelante, en este mismo ensayo, dice el profesor Rosa-Nieves, que

... con la presencia de Chocano en la isla, estos asuntos autóctonos se reafirman poderosamente más en la conciencia borincana, y de esta suerte se estimulan nuestros bardos a cantarle a la patria, tal y como se nota en Lloréns Torres, Virgilio Dávila, José de Jesús Esteves, José de Diego, Evaristo Ribera Chevremont, Ferdinand R. Cestero,³

Este tono telúrico y rebelde le dará a nuestra poesía modernista una característica muy nuestra que rara vez hemos podido apreciar en la lírica hispanoamericana de esa época.

A José Santos Chocano, que fue reconocido generalmente como el poeta de América, por haberle cantado a los antepasados, los incas y glorias americanas, al advertirse que en sus cantos no había una genuina expresión de lo autóctono indoespañolamericano —porque se creyó que en su musa había más frondosidad lírica que nervio auténtico—, hoy se le debería reexaminar a la luz de este libro, *Puerto Rico lírico y otros poemas*, 1914, escrito en Borinquen, el cual lleva prólogo de un poeta nuestro, Luis Lloréns Torres.

En este mismo número extraordinario de la revista *Bayoan*, aparece un poema de Chocano, "En la bahía de San Juan", en el que el poeta toma como motivo de su canto la bahía. Es en una noche de luna en el trópico, frente a la bahía de San Juan, la cual descansa al "arrullo de las palmas", mientras que a un lado la ciudad con sus mil focos, sensual y trágica, "languidece bajo un nimbo de romántica luz lunar", y al otro lado está el Morro con su recia mole secular, angustiando las tinieblas. Ante este espectáculo solemne de claridad, que es como un "ensueño diluido", vemos de repente, que

*sobre un silencio de agua en paz
cae un temblor de margaritas
que se deshojan en la mar.*

Como si se iniciara una ceremonia nupcial, en que la luna finge ser una doncella que se disputa un ramo de azahar, entre dos caballeros medievales, uno es un ángel, el otro que es un demonio, sale triunfante, toma y hace suya a la luna doncella. Es decir, el poeta nos ofrece una atmósfera de misterio, de encantamiento, embrujamiento, sensualidad y a la vez de paz en el ambiente del trópico.

Otro poema de José Santos Chocano, que aparece en *Puerto Rico lírico y otros poemas*,⁴ que ha hecho el prodigio de bautismo es el dedicado a San Juan de Puerto Rico, "La ciudad encantada". Este poema, aunque escrito en la época modernista, es de tono esencialmente romántico, caballeresco. Presenta a la ciudad como sacudida por la emoción de un mar luminoso, soñando sentimentalmente su presente, mientras día y noche se pasa deshojando "la flor de una esperanza sin ventura". Y evoca el "ayer febril y aventurero".

*como atisbando, en su ilusión, la espada
y la cruz de un antiguo caballero*

cuando en ella reinaba el corazón de España y era la hija predilecta de Reyes, guerreros y trovadores. Pero el poeta, al evocar la grandeza de la ciudad, sueña en el reposo grave de las noches, que dos olas le han contado,

*como a tí llegan en la misma nave
un trovador, un monje y un soldado.*

Porque tal vez pensando el poeta en los manes de la raza, aún latentes en sus habitantes, dice:

*Noble ciudad, que yaces encantada,
firme con el rigor de una promesa,
un castillo ante el mar, cuida tu entrada
como un dragón guardian de una princesa*

Y soñando en la liberación de esta princesa encantada, el poeta, en una exaltación profética, supone que la isla tendrá su Romeo que la rescate de la esclavitud en que se encuentra.

*Puede seguir Romeo en los balcones
y Julieta viviendo poesía. . .
La alondra no ha trinado en mis canciones
ya trinará. . . no es tiempo todavía.*

*Entre tu encantamiento silencioso
que el temblor de la luna envuelve en chales,
¿no oyes gritos que turban tu reposo?
¿no ves sombras que inquietan tus cristales?*

*¿Qué te expresa el palmar que urde en tus frondas
escuadrones de espectros imponentes?
¿Y qué te dice el llanto de tus ondas
cuando llena los ojos de tus puentes?*

*Yo sé que volverán las golondrinas
de tu lirismo, a repicar sus notas
y anidar en las grietas de las ruinas
en que hoy se abruma tus murallas rotas...*

*Y ya sé que en tu mar tiembla un balido
que es angustiado afán de un derrotero:
cada copo de espuma retorcido
es tal vez un vellón de tu cordero...*

*Cordero de San Juan... Onda en vellones
plata luna, candor, melancolía...
¡Oh ciudad encantada que te impones
entre una musical cristalería!*

*Juego de Sol y Luna en un diamante,
yo te quisiera perpetuar en una
copa labrada por un Sol vibrante
o en un biombo bordado por la Luna.*

El poema, en su aparente lirismo fantasioso, romántico, encubre una fuerte dosis de pronósticos rebeldes, en que advierte a los puertorriqueños que no dejen morir el sentimiento de hispanidad, de dignidad nacional, que luchen por la libertad del terruño. A nuestro juicio, el poema vale más, ante los ojos de los puertorriqueños, por ese aliento, de fe en los valores de la raza, que por su realización artística. Y no podríamos dudar que la visita de José Santos Chocano a Puerto Rico fue, por varios motivos fructífera, desde ese punto en que prende el tema nativista: la patria, como asegura el crítico Rosa-Nives, pues es en el instante que se escribe, la obra poética más lograda de ese tono, como *Canción de las Antillas*, 1913, *Sonetos sinfónicos*, 1914, y *El grito de Lares*, 1914, de Luis Lloréns Torres; *Viviendo y amando*, 1913; *Aromas del terruño*, 1916, y *Pueblito de antes*, 1917, de Virgilio Dávila; *Bronces*, 1914, de Antonio Pérez Pierret; *Cantos de Rebeldía*, 1916, de José de Diego. Además se fundan revistas que han de discutir y plantear el tema de nuestra autoctonía. Entre las más connotadas, *Revistas de las Antillas*, *Juan Bobo*, *Idea*

rium, pero será la *Revista de las Antillas* la que agrupará el núcleo más entusiasta de poetas que se forjarán y expresarán con más entera enjundia nacional.

Otro ilustre poeta español que nos visitó en 1917, fue Eduardo Marquina (1879-1946) quien, a raíz de su llegada escribe el poema "Una leyenda" dedicándolo al ensayista y crítico nuestro, licenciado Miguel Guerra Mondragón. En dicho poema, el poeta, después de decirnos que los continentes fueron creados por Dios al gotear fango de sus dedos, dice, que en un raptó divino, al fijar Dios su mirada, sembró en el "campo marino un puñado de semillas"... de donde habría de surgir las islas como pedrerías lucientes que

*... como incrustadas
se quedaron y olvidadas
en los surcos de la mano
de Dios...*

Para decirnos más adelante, que

*... las islas retienen
no sé que virtud que tienen
de aquel molde sobrehumano
y por la mar esparcidas
recuerdan la aristocracia
de joyas, prendiendo un vuelo,
y libérrimas y ardidadas
no les merma la eficacia
ningún colindante anhelo,
refulge en ellas, la gracia
de Benjamines del cielo:*

Ya que el poeta ve imposible cumplir con sus altos propósitos, henchido de exaltada fervosidad de ánimo, confiesa

*... que no cabe en dos manos
un corazón borinqueño*

y termina a la postre por decir una leyenda de la Reina Isabel, relativa al descubrimiento, en que cede la Reina sus joyas a Cristóbal Colón para hacer el viaje, y éste, al regresar, correspondiendo a su generosidad le ofrece:

*¡Valga este anillo que os doy
por las joyas que me disteis!*

*Y en el anillo, que al verla
Colón a Isabel mostraba
su perla una isla incrustada
¡era Borinquen la perla!*

*Besó entonces Isabel
"la mejor de sus sortijas
y beso de oro y de miel"
¡aún palpita el beso aquel
en la frente de sus hijas!*

porque según nos manifiesta el poeta, en ese beso "puso la Madre su entraña", y aún hoy, "España te lleva en su corazón". El motivo del poema es más bien de evocación de la hispanidad, del amor de España a sus hijos, a la tierra que en otras épocas fue "tierra de promisión".

Dos años más tarde de la visita de Marquina, en el 1919, llegó a Puerto Rico, el poeta cantor de la Alhambra, Francisco Villaespesa (1877-1935). Villaespesa visitó nuestra Isla en dos ocasiones y tuvo tiempo suficiente para conocer nuestros problemas al convivir con nuestra gente. Así se habrá de identificar con nuestras costumbres e ideales. El poema que vamos a comentar, "A San Juan de Puerto Rico", lo escribió el 10 de enero de 1919, y fue recogido luego en su libro *Las ciudades de oro*. Los temas tratados en el poema son los de la hispanidad, el de la libertad nacional, amén del progreso y la modernidad. Dice en el poema que San Juan es una perla, la más brillante, "flor fragante del edén antillano", que "encierra todas las hermosuras del cielo y de la tierra".

Villaespesa, como todos los poetas que se han sentido cautivados por la belleza de nuestra isla, la admira como mujer y la compara con una "Concepción de Murillo", que tiene "lírico perfil de dogaresa"

*divinamente regia como esculpida en una
medalla troquelada en plata de la luna.*

Pero, para el poeta, Puerto Rico no es sólo una soberbia dama, de señorial hidalguía, atendida al pasado lejano, sino que también tiene un espíritu de modernidad y ama el progreso, el cual a su vez no le ha hecho perder los valores tradicionales de la raza, la cultura y la espiritualidad. Y así mantiene su contacto con el mundo,

*pues tus rubias abejas de tu enjambre sonoro
truecan la caña en mieles y las mieles en oro
y transforman la humilde flor de tus cafetales
en fabulosos iris de joyas imperiales.*

Y así como por el comercio y el contacto con otros países es Puerto Rico un pueblo que marcha al compás del progreso, no hemos olvidado la cultura que con oidores, soldados, frailes y hombres de negocios, vino el genio de Cervantes y evocándonos la figura de Juan Ponce de León, el poeta recuerda nuestro origen español, cuyos blasones aún patentes, aconseja:

*De tus viejos castillos sé el centinela armado
que defienda las piedras gloriosas del pasado,
para sobre la firme grandeza de ese muro
construir el alcázar de acero del futuro.*

hispanidad, raza, tradición deben ser definidos como esa fortaleza, con reciedumbre persistente. Porque según el poeta, los puertorriqueños, tienen "voluntad y entusiasmo" que harán posible la conservación simbólica de esos castillos, los cuales representan su salvación:

*Sigue compacta y firme la ruta en que te empeñas
será tuya, algún día, la estrella con que sueñas.*

Es decir, el poeta toca el tema político: esa "estrella con que sueñas", no es otra cosa que la independencia del solar nativo.

Otro de nuestros ilustres visitantes fue Gabriela Mistral (1889-1957), Premio Nobel de literatura 1955. Residió en Puerto Rico en dos ocasiones, habiendo sido profesora visitante de nuestra Universidad. La Mistral, al convivir con nosotros por algunos años, se internó en el corazón verdadero de nuestra tierra, pudo tener más cerca de sus ojos y su espíritu la esencia de la isla, por lo que será ella uno de los extranjeros que no sólo verán el paisaje como cosa accesoria y sensorial sino como algo hermanado a una realidad honda, viviente y sufriente: de ahí que al mirar nuestra geografía lo haga con hondura de alma. Cuando en su poema, "Mar Caribe" —dedicado a un gran poeta nuestro, Evaristo Ribera Chevremont— nos dice, que nuestra isla es de palmas —del millar de palmeras, la más alta—, lo hace para afirmar que es apenas cuerpo, "apenas posdura sobre las aguas", para concebir a nuestra isla toda ingravidez, palom que vuela al ser nombrada, cuyo eco melodioso se repite

*en las dos mil colinas
como llamada.*

Porque para el poeta, la isla de Puerto Rico es privilegio de Dios, amamantada por sus constelaciones, que siendo herida y violada por el sol, aparece "en el alba adoncellada". Pero la isla, a su vez es llena de pasión en su caña y su café, en todo lo cual el poeta la ve inviolada,

*tan dulce decir
como una infancia.*

Y porque habrá de ser preferida para ser cantada con júbilo, dice con voz profética el poeta, ya que por saberla irredenta, la sabe enajenada, para ese júbilo, verdadero, que es ella,

*Sirena sin canción
sobre las aguas.*

.....
*Cordelia de las olas
Cordelia amarga.*

El poeta vuelve a hacer alusión profética, cuando manifiesta que su ideal más sincero será el que nuestra isla tenga esa canción —la liberación política— y ser ganada para la raza:

*Serás salvada como
la corza blanca
y como el llama nuevo
del Pachacímuc.*

Ganada desde luego para la hispanidad, indemne,

*y como la Ifigenia.
viva en la llama.*

Espera el poeta que los símbolos guerreros y religiosos de la raza habrán de salvarla:

*Miguel castigador
Rafael que marcha
y el Gabriel que conduce
la hora colmada.*

Profecía que el poeta confiado deseaba ver realizada en vida,

*Antes que en mí se acaben
marcha y mirada*

*antes que carne mía
ya sea fábula:
antes que mis rodillas
vuelen en ráfagas. . .*

Tal ideal —alegría trascendente de su espíritu— no pudo verlo realizado el poeta, acaso algún día tenga sentido vivencial su profecía, y entonces, “desde las cumbres del infinito”, como otro poeta nuestro, José de Diego, desplegará su alto gozo.

Pedro Salinas (1891-1951), al igual que Gabriela Mistral, fue profesor visitante de nuestra Universidad. Dio cursos sobre literatura y crítica literaria, durante los años de 1943 a 1945. En nuestra isla, maravillado por la hermosura de nuestro mar, escribió su magistral poema “El contemp'lado” cuyo inicial “Tema” da el poeta cuenta de su experiencia, más que de visualizador objetivante, de místico y contemplador extasiado. Frente al mar nuestro, el poeta se siente como anonadado, mirándolo “brillo a brillo, pasmo a pasmo”, hasta que de súbito, como en una experiencia pudiéramos decir, mística, encuentra que el nombre —de nuestro mar—

*. . . los ojos
te lo encontraron, mirándote,*

que así, por las noches, el poeta soñaba que lo miraba, “al abrigo de los párpados”. No obstante, no fue el poeta quien en realidad encontrara el nombre, pues según él mismo nos confiesa, sin saberlo,

*soñando que te miraba
al abrigo de los párpados*

descendió a los labios y pudo decirlo con asombro: ¡Contemplado! El poeta supone que ya su nombre estaba, muy diáfananamente, en el silencio y que para él, fue *Contemplado*, desde el instante mismo que lo viera. El poeta, frente a nuestro mar, asume una actitud beatífica, de profundo misticismo, en que parece darnos la impresión de que mar y cantor, se confunden en un nirvana de gozo estético.

En la Variación IX, “Tiempo de Isla” de *El contemplado*, el poeta hace una orquestación jubilosa de lo prodigioso de la isla, siente la dulzura de las aves, de la brisa suave acariciarle amorosa, y las palmas, como abanicos, le dan su delicia y hacen la sombra grata. Ante tanta complacencia, el poeta mira la arena, que imagina un papel que le invita a escribir sus experiencias. Escribir le resulta natural consecuencia de la contemplación de tanta her-

mosura, en la isla cándida, donde el cielo inventa el azul y el mar lo copia. La creación de esta isla, según el poeta, está fuera del tiempo:

*¿Cuál fue el dios que un día octavo
me trazó esta isla,
Trocadero de hermosura
lonja sin codicia?*

Y por estar fuera del tiempo, su creación, a su vez, está fuera de lo falso y de las normas comunes de la civilización, por lo que en ella pueden ocurrir las cosas más insólitas:

*Aquí, la tierra, cielo y mar
en mercancías
de espuma, arenas, sol, nube
felices trajican.*

es decir, existe un inusitado comercio de belleza sin límites, libre para todos, de donde resulta la realidad expresa de una nueva Arcadia, donde el tiempo es mágico, y

*la hora no tiene minutos
sesenta delicias.*

Pues todo en ella es efectivamente vivido, y "un día es un día", donde la tristeza y la angustia son imposibles, sólo en ella tiene "forma, la dicha".

Concluye el poeta diciendo que en Puerto Rico no es forzoso buscar la expresión cotidiana del amor, porque es algo único, distinto de lo conocido todo en esta isla es un regalo, todo es de todos, la belleza, la luz, el color, lo cual hace posible gozar vida colmada. El concepto que tiene el poeta de nuestra isla es adénico, y la actitud que asume ante ella, místico-amorosa.

Juan Ramón Jiménez (1881- 1958), Premio Nobel de literatura 1956, visitó por primera vez a Puerto Rico en 1936, en ocasión de celebrarse la Fiesta de la Poesía y el Niño. Volvió en 1951, ya para quedarse. En Puerto Rico murió su esposa Zenobia Camprubí, en 1956, poco después de haber recibido el poeta el alto galardón literario. Muere el poeta en nuestro suelo, en 1958. Habiendo convivido con los puertorriqueños sus últimos años, pudo comprender y simpatizar con su gente y ver y sentir sus bellezas. *Isla de la simpatía* la llamó en un breve ensayo, en que hace su

elogio. Al hablarnos de su luz la concibe como polvillo líquido —agua fluidísima— que puede cogerse con las manos, y “que nos deja en lo desnudo como un polen de flor o ceniza de mariposa”. El espectáculo del atardecer le parece algo único, por la combinación de sus colores:

¡Qué plástica y qué química! En estos fastuosos crepúsculos nocturnos puertorriqueños, con tales colores que volverían locos a los pintores barrocos italianos y me vuelven loco a mí cada anocheecer, es fácil imaginar cualquier cosa.

Le parece ver en Puerto Rico la luz alegre de Andalucía, —en las calles de San Juan, tan andaluzas— y el color vivo de Italia, fundirse en campos y ciudades, en mar y cielo:

Los colores de los cuerpos y de los vestidos se funden en esta luz de modo inesperado, cambiadísimo, sobre todo, los verdes, los amarillos, los morados, los blancos, los grises y los negros.

.....
 arriba, alrededor, enfrente, el cielo de imposible descripción coloreado por su volubilidad oriental y occidental; abajo, cerca los árboles de verde oscuro, recortados como en Botticelli.

En esta isla de la simpatía, al poeta le pareció ver que sus gentes eran como una expresión de toda la Humanidad: “esta gente de cuño extraordinario y de una variedad y una originalidad tales que parecen vivero de humana animalidad bella”, y ciertamente vivero y crisol somos de todas las razas: los chinos hicieron parte de la carretera central que va de norte a sur; franceses hicieron los planos de las fortificaciones; corsos y salmantinos poblaron el sur; mayorquines y andaluces, las sierras; alemanes, árabes, suizos, poblaron gran parte de los llanos de Ponce; norteamericanos, ingleses, nos trajeron ideas liberales, en fin, materialmente, todas las razas se han fundido en Puerto Rico.

El poeta con fina penetración intuitiva ha advertido el tipo bíblico en el ambiente puertorriqueño, de lo que nos dirá:

Por aquí, Río Piedras, Hato Rey y sus alrededores, he reconocido personalmente a Herodes, Herodías y Salomé, a San Juan Bautista a Poncio Pilatos, a Barrabás, a Magdalena, a Marta y María, a la Samaritana, a la Verónica, a la Santa Ana de Leonardo, a San José...

pero lo que dirá, acaso desbordante de felicidad y paz su espíritu, que "algunos días me parece que estoy en el cielo".

En otros momentos, al poeta le parece el paisaje algo pintoresco y gracioso:

los típicos barrios isleños, con sus casitas de madera amarilla o verde su cuesta, su palmerita y su boca al mar siempre rizado.

Juan Ramón Jiménez verá nuestro mar como lo vió el poeta Pedro Salinas, como espectáculo para contemplarse y quedarse absorto, en éxtasis:

y antes y después, el mar: este mar que describe mejor que nada ni nadie el silencio atónito del que lo mira; *que él es a un tiempo mismo creado y creador*, objeto y sujeto y testigo. y para el que no lo haya mirado y remirado, no hay descripción ninguna que lo iguale.

Finalmente, el poeta verá la tierra como mujer agraciada, incitante; "qué ojos con qué mares dentro, qué bocas, con qué nubes en el fondo, qué ritmos con qué tierras en sismo suave sensual". Sin embargo, el poeta no sólo la admirará como pura expresión deslumbrante de los sentidos, también la habrá de ver como algo vital, entrañable:

Esta isla de San Juan de Puerto Rico y de la simpatía me está pareciendo como un amable regazo femenino, madre y mujer, en medio de la mar, ¡Qué duda cabe que esta es una tierra femenina!

Tanto amó el poeta a su tierra de la simpatía, que quiso él y su Zenobia incomparable, quedarse por una eternidad, en su seno; pero la oficialidad mentida, codiciosa e hipócrita; se nos los llevó a ambos y no tuvo fiel y cristiana comprensión su cariciosa última voluntad.

Otros hombres de letras, prosistas, investigadores, novelistas, críticos y poetas, como Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Samuel Gili Gaya, Eugenio Florit, Luis Santullano, Mariano Picón Salas. María Zambrano, Ciro Alegría, Ricardo Gullón, Francisco Monterde han dejado constancia de su experiencia de belleza gozosa de Puerto Rico. No desáramos terminar este capítulo, sin antes mencionar, sendas apreciaciones de Gili Gaya, Francisco Monterde, Ciro Alegría y Ricardo Gullón.

Samuel Gili Gaya (1892) ha visitado nuestro país en dos ocasiones, la primera en 1927, y la segunda, en 1959, ambas como profesor visitante de la Universidad de Puerto Rico. Nos deja su impresión, el celebrado lingüista y gramático, en un breve ensayo intitulado *El paisaje de Puerto Rico*, en que el autor observa que el paisaje puertorriqueño tiene ciertos rasgos específicos que le dan una fisonomía inconfundible, y es tal la atracción subyugante del paisaje que, para el autor, toda lógica se olvida y el hombre quisiera hallarse en un estado apacible de naturaleza:

junto a esa palma o aquel mangó desearíamos hundir con ellos nuestras raíces en el suelo, y sentirnos por arriba suavemente mecidos por la brisa blanda que hace ondular las ramas con graciosa coquetería, como si quisiera jugar un poco antes de entregarse a los abrazadores rayos del sol.

Como fémica sensual —de curvas gráciles— que se entrega gozosa al sol canicular, así como al hombre, la ve el circunspecto filólogo:

La lujuriosa vegetación del trópico tiene aquí, —en Puerto Rico— toda su excelencia, dista mucho de ser impotente. Todo adopta un aire suave, halagador, amable y profundamente femenino.

En su geografía no encontramos montañas imponentes, los animales domésticos, casi son vegetales, y montes como el Asomante, que tienen apariencia imponente, sencillamente, según Samuel Gili Gaya, "se inclina, con toda cortesía, ante el azul cobalto de la costa sur".

Tan llena de gracia encuentra la isla, que las estrellas le parecen "luceros familiares y amigos", cercanos a los hombres; y la luna, generosa, se le muestra como si quisiera acercársele al hombre para brindarle su hospitalidad.

Para el autor, el atardecer es un acontecimiento extraordinario, "un juego de tonos perlas, nácar, grises ligeros y radiantes, sin plomo, rosas transparentes, oros pálidos:

Los colores crepusculares, no están pintados en el lienzo del cielo, sino que tienen volumen; parece como si la luz no les viniera del sol, muestran incandescencia propia. El atardecer boricua convence sin más ni más de que la luz es natural y tiene peso, sin que necesitemos los argumentos

matemáticos y físicos de aquel lento teutón llamado Einstein.

En esta isla toda luz, según don Samuel, el día predomina:

La noche tiene su esplendor meridiano que no nos deja creer por completo en ella: noche risueña, expresada por la sinfonía optimista del sapo y el coquí, pleneros innumerables, gozadores simpáticos y un poco ebrios de caricias húmedas y tibias.

Del paisaje marino, nos dirá:

Las olas van llegando a la costa con suave ondulación de vals. Nada de enerespamientos inhóspitos ni de espumas desmelenadas. Las sirenas de Ulises se han refugiado aquí y envuelven la mente del extranjero en una canción acariciadora que le hace olvidarse de la patria lejana. Nadie puede sentirse extraño en Puerto Rico: es la isla de la flor de loto, sedante y borradora de nostalgia.

De donde resulta que el mar es igualmente femenino y menudo como la isla, de playas acogedoras, embrujadas como aquellas que al Ulises legendario, en su errabundez marítima, fuera cautivado por la canción misteriosa de las sirenas, mientras que en Puerto Rico, por el contrario, Ulises no hubiera sentido nostalgia porque el embrujo hubiera sido total, por ser, como dice el autor, "isla de la flor de loto".

En dos ocasiones —1950 y 1959— ha visitado el profesor Francisco Monterde (1894) a Puerto Rico: la última vez con motivo de un congreso de literatura hispanoamericana, en que deseoso de rendir homenaje a la memoria del prelado y poeta Bernardo de Balbuena, (1568-1627) visitó la catedral de San Juan y a su vez al poeta Juan Ramón Jiménez. Al ser llevado por Doña Zenobia Camprubí en un recorrido por la isla la recuerda como una que "reúne todos los matices del verde y el azul, en vegetación y playas, algunos de los más deslumbrantes paisajes".⁵

Por cinco años residió Ciro Alegría (1909), el gran novelista peruano, en Puerto Rico. Casado con mujer boricua, quiso conocer nuestra tierra. Fue profesor visitante en nuestra Universidad. En sus días de ocio se internó en nuestros campos y conoció bien paisaje y paisanaje.

Al novelista, acostumbrado a mirar los altos farallones andinos, nuestras montañas, le parecían plácidas colinas; no obstante, le sorprende la vegetación feraz y variada:

Hay aquí, frente a mi puerta árboles lozanos y un platanar melodioso, una falda de tierra rojiza que ondula hasta ser borde suave para el azul del cielo, y a lo lejos, al otro lado de la hoyada, un germinar de matizados verdes, un aparse de bohíos y senderos, hasta llegar de nuevo al azul.

Ante tanta cosa familiar, en su sencillez común y cotidiana, el escritor se pregunta si estará en tierra extraña, pues hay algo en estas tierras de América, que ha subsistido a través de los siglos, que le es característico:

y es la paradójica voz silenciosa, oída desde el Río Grande hasta Magallanes, en que reconozco de nuevo la patria americana de los que hemos vivido siglos de callado alerta.

Lo cual advierte el novelista en la parca voz de Rosa, "la bronceínea mujer que hace mi yantar y habla muy poco" y en "la más parca de José, el bronceíneo jíbaro que corta pasto, tumba guineos y habla menos todavía". A nuestro ver, ello como que parece resumir la misteriosa actitud, reservada e indiferente del indio olvidado.

El novelista, en busca de reposo para sus sienes fatigadas y sus nervios tensos de escribir, ha ido a sentarse cabe una loma inmediata, cuando se le aparecen dos niños, que en sus caras y ropas traen tierra —acaso, figuraciones simbólicas de su sentir—, pues hacemos comentario de su artículo, "El símbolo terrígena", uno de los niños, es rubio, de ojos azules; el otro, trigueño, oji-negro; hace este comentario de ellos:

Siendo diferente, la tierra jíbara unifica su aspecto. Pero hay en ambos otra tierra más neta que la que los cubre. Y es el aliento de la tierra, la manera de ser americana, las vivaces miradas del pájaro, los ademanes contenidos, la cadencia lenta en el hablar, la melancolía irónica de la sonrisa y una precoz madurez hecha dolor y conflicto.

Nos parece ver en esta descripción del ser de estos dos niños lo genérico americano, el ideal de confraternidad humana de dos razas; "los une el aliento de la tierra, la manera de ser americana" en donde a la vez podemos apreciar lo típicamente particular puertorriqueño. El novelista ha penetrado certeramente en nuestra psicología al hablarnos de esa "melancolía irónica de la sonrisa", y de la "precoz madurez hecha de dolor y conflicto", vislumbrando, cabalmente, el ser puertorriqueño. Querámoslo o no, somos un pueblo triste, y para hacer posible la amargura nos valemos de la ironía, como defensa, pues el sentimiento aflictivo y el trópico

—pequeñez y escasez—, nos ha hecho madurar antes de tiempo, dentro de un marco histórico, geográfico y político que es nuestro conflicto real; pero como nos dice esperanzado el novelista sicólogo, que hay en *Ciro Alegría*, "los árboles están creciendo, creciendo, y en sus copas maduran las estrellas", palabras éstas que pueden ser proféticas.

Otro trabajo literario de *Ciro Alegría*, "Escrito en Puerto Rico: Fraternidad", es trozo poético de intimidad simbólica, en el que el novelista nos ejemplariza en un árbol viejo, el ideal nacionalista puertorriqueño, en que —el aire tibio de nuestro tiempo— da renovación y optimismo, pero en otra forma. Se trata de un hecho histórico, que el escritor comenta de manera simbólica. El nacionalismo, por extremista, por no tener un sentido de la realidad, desconocedor de las raíces de nuestra autoctonía, no pudo tener eco eficaz en los corazones mejores del pueblo. Pero una nueva forma —afloró cierto día en la quiebra de un brazo—, y "una noche, el cielo hizo vibrar sus estrellas", y "un hombre solitario surgió de la sombra de los otros árboles y se detuvo frente al abatido", que en limpio romance viene a ser el gobierno actual del Partido Popular Democrático: ese "hombre solitario", no es otro que *Luis Muñoz Marín*, que según el escritor, en parte, viene a ser el salvador de una tradición. Debemos recordar que *Ciro Alegría* escribe este artículo en 1952, en que se constituye Puerto Rico en Estado Libre Asociado. "Cada uno supo lo que es la fraternidad", termina diciendo el escritor. La actitud de *Alegría* es conciliatoria y acaso, para esa época, se podía ver en esa forma, en que sin perder identidad ni decoro se establecía un ambiente de cordial fraternidad.

Ricardo Gullón, distinguido crítico y ensayista español, ha sido profesor visitante de la Universidad de Puerto Rico. Fue seleccionado por el poeta *Juan Ramón Jiménez* para ordenar y hacer las anotaciones y comentarios a su obra dispersa en periódicos y revistas que aún permanecía inédita. En su impresión sobre nuestra isla. "Delicia de Puerto Rico", advierte que la vida fluye mansa y quieta y que su clima es realmente agradable:

no hay apenas estaciones. De un verano delicioso, —noviembre a febrero— se pasa a un verano caluroso el resto del año.

Pero lo que más le llama la atención al ensayista español es la manera de ser del puertorriqueño, su generosa hospitalidad y fi-

neza, pues quien llega a Puerto Rico por primera vez llega incondicionalmente a su casa y en ella puede sentirse a gusto:

La gentileza del puertorriqueño y su genuino sentimiento de la hospitalidad facilita la adaptación del forastero que desde la llegada a la isla se encuentra rodeado por un sistema de atenciones tanto más sorprendentes y halagadoras cuanto con mayor claridad advierte su carácter gratuito.⁶

Esta viene a ser la imagen que los extranjeros que nos han visitado, han tenido de Puerto Rico. Imagen de admiración, de afecto, de simpatía a nuestro pueblo, donde han podido hallar, no sólo una naturaleza maravillosa, imponderable, sino también, una gente cordial, de brazos fraternales abiertos al mundo. Por esa actitud de comprensión humana, puede que en Puerto Rico se plasme algún día el ideal de entendimiento de los pueblos de nuestra América y tal vez del mundo.

N O T A S

(1) **Bayoan**, (Patria y Universo), Revista trimestral de poesía, Director Luis Hernández Aquino; Número dic. 1961, feb. 1962. Edición especial dedicada a **Elogios de Puerto Rico**, hechos por extranjeros que nos han visitado en distintas épocas. El Editorial de este número es de la Dra. Margot Arce de Vazquez.

(2) Margot Arce de Vázquez, **Elogio de Puerto Rico**, Editorial para este número extraordinario de **Bayoan**.

(3) Cesáreo Rosa-Nieves, **José Santos Chocano en Puerto Rico**, en **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, p. 5.

(4) José Santos Chocano, **Puerto Rico lírico y otros poemas**, prol. de Luis Lloréns Torres, Biblioteca Americana, San Juan, P. R., 1914.

(5) Francisco Monterde, "Juan Ramón Jiménez", en **La Dignidad de Don Quijote**, p. 59.

(6) Todos los trabajos comentados en este capítulo dedicados a **Elogios de Puerto Rico**, con excepción del poema **La ciudad encantada**, que se encuentra en **Puerto Rico lírico y otros poemas**, aparecieron en el número extraordinario de la revista **Bayoan**.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. De historia general

1. Abbad y Lasierra, Fray Iñigo, **Historia Geográfica, Civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico**, 2a. ed. Estudio preliminar por Isabel Gutiérrez del Arroyo, México, Editorial Universitaria, Río Piedras, P. R. 1959.
2. Brau, Salvador, **Disquisiciones sociológicas y otros ensayos**, Int. de E. Fernández Méndez, San Juan, P. R. Ed. Instituto de Literatura Puertorriqueña, 1956.
3. Cervantes de Salazar, Francisco, **Crónicas de Nueva España (Tercera serie-Historia)** 3 vol. Madrid, Imp. J. Rall Martin, 1914.
4. Coll y Toste, Cayetano, **Boletín Histórico de P. R.** (13 vol.) San Juan, P. R., Imp. Cantero Fernández, 1913.
5. Coll y Toste, Cayetano, "El Canónigo Torres Vargas": en **Puertorriqueños ilustres**, New York, Las Américas Publishing Co., 1957.
6. Fernández Méndez, E., **Crónicas de Puerto Rico (Desde la conquista hasta nuestros días)**. Antología de autores puertorriqueños. V. 2 (1493-1797) San Juan, P. R. Ed. del Gobierno E. L. A., 1957.
7. Géigel Sabat, Fernando, **Balduino Enrico**, Barcelona, Ed. Araluce, 1934.
8. Gómez Acevedo, Labor, **Sanz-Promotor de la conciencia separatista de Puerto Rico**—Pról del Dr. Manuel Ballesteros Gai-brois, México, Universidad de P. R., Río Piedras, P. R., 1956.
9. Herrera, Antonio de, **Crónica General de las Indias**, en **Bib. Histórica de P. R.** A. Tapia y Rivera, San Juan, P. R., 1945.
10. Laet, Juan de **Historia del Nuevo Mundo descripción de los Indios (Escrita en 1640, en 18 libros)** en **Bib. Histórica de P. R.** A. Tapia y Rivera, San Juan, P. R., 1945.
11. Ledrú, André Pierre, **Viaje a la Isla de Puerto Rico** (Trad. de Julio L. de Vizcarrondo-Prol., de E. Fernández Méndez, México, Ed. Instituto de Lit. Puertorriqueña, 1957.
12. López de Haro, Fray Damián, **Carta-Relación del viaje y embarcación y demás sucesos de Puerto Rico por el obispo**, en **Bib. Histórica de Puerto Rico**, etc. de A. Tapia y Rivera, San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1945.
13. **Memoria y descripción de la Isla de P. R., mandada a hacer por S. M. el Rey D. Felipe II en el año 1582 y sometida por**

- el ilustre Sr. Cap. Jhoan Melgarejo, Gob. y Justicia Mayor en esta ciudad e Isla: En **Crónicas de Puerto Rico**, (Desde la conq. hasta nuestros días) Antología de Autores Puertorriqueños. V. I. (1493-1797), San Juan, P. R., Ed. del Gobierno E. L. A., 1957
14. Miller, Paul G., **Historia de Puerto Rico**, New York Chicago, 1947.
 15. Miyares González, Fernando, **Noticias particulares de la Isla y Plaza de San Juan Bautista de Puerto Rico**. Univ. de Puerto Rico, Publ. de la Rev. de Historia. México, 1954.
 16. Navarro, Tomás, **El español en Puerto Rico**. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana, New York, Ed. de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico, 1945.
 17. O'Gorman, Fernando, **Navigaciones coloniales**, Enciclopedia popular, (Tercera época Sec. de Educación Pública, Selección y pról. de: México, 1952.
 18. Ponce de León, Presbitero Juan, **Memoria y descripción de la Isla de Puerto Rico**—Mandada hacer por S. M. el Rey D. Felipe II el año 1582— En **boletín histórico de Puerto Rico**, San Juan, Puerto Rico, Tip. Cantero Fernández y Co. 1914.
 19. Quiñones, Francisco Mariano, **Apuntes para la historia de Puerto Rico**, México Ed. Instituto de literatura puertorriqueña, 1957.
 20. Ramírez, Rafael W., **Instrucciones del Diputado don Ramón Power y Giral** —Boletín de la Universidad de P. R., Río Piedras, P. R., 1930.
 21. **Relación del viaje a P. R. de la Expedición de Sir George Clifford**, 3er. conde de Cumberland, escrito por el Rev. Dr. John Layfield, Capellán de la Expedición (fragmentos) año 1598: en **Crónicas y documentos de P. R.**, (Desde la conquista hasta nuestros días) **Ant. de autores puertorriqueños**. Vol. I (1493-1797) San Juan, Puerto Rico Ed. del Gobierno E. L. A. 1957.
 22. Solórzano y Pereyra, Juan de, **Política indiana**, corregida e ilustrada con notas por el Lic. Fdo. Ramiro de Valenzuela, T. I., Prol. de José Ma. Ots Capdequi, Madrid, Compañía Ibero Americana de Publicaciones, (s. f.).
 23. Tapia y Rivera, Alejandro, **Bib. histórica de Puerto Rico**, que contiene varios documentos de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII coordinados y anotados por Alejandro Tapia y Rivera, San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1945.
 24. Torres Vargas, Diego de— Canónigo de la Santa Iglesia de esta Isla en el aviso que llegó a España en abril 23, 1647. **Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico, y de su vecindad y población, presidio, gobernadores y obispos frutos y minerales**— En **Biblioteca histórica de Puerto Rico**, etc. de Alejandro Tapia y Rivera, San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1945.

II. De investigación o ficción

1. Mereshkovsky, Demetrio, **La Atlántida**, (Versión de J. Rodolfo Lozada, México, Ed. Vértice, 1947.
2. Muck, Otto H., **El Mundo a través del Diluvio, La Atlántida** Barcelona, Ed. Jano, 1959.
3. Rodríguez Prampolini, Ida. **La Atlántida de Platón**, México, 1947.

III. De crítica e Historia Literaria

1. Anderson Imbert, Enrique, **Historia de la literatura hispanoamericana**, (Breviario 89) T. I. México, Primera Edición, 1954.
2. Babin, María Teresa, **Panorama de la cultura puertorriqueña**. Pról. de Andrés Iduarte, New York, Las Americas Publishing Co., 1958.
3. Blanco, Tomás, **Prontuario histórico de P. R.**, San Juan, P. R., Bib. de Autores Puertorriqueños, 2 a. ed. 1935.
4. Cabrera, Francisco, Manrique, **Historia de la literatura puertorriqueña**. Nota preliminar del autor, New York, Las Américas Publishing Co., (Biblioteca Puertorriqueña dirigida por Gaetano Massa, 1956.
5. Coll y Toste, Cayetano. **Puertorriqueños ilustres**. Primera selección. Recopilación de Isabel Cuchí Coll, New York, Las Américas Publishing Co., 1957.
6. Figueroa, Sotero, **Ensayo biográfico**, Ponce, P. R., Tip. El Vapor, 1888.
7. Hostos, Adolfo de, **Ciudad Murada**, Ensayo acerca del proceso de la civilización en la ciudad española de San Juan de Puerto Rico, (1521-1898), La Habana, 1948.
8. **Literatura puertorriqueña: 21 conferencias**, Barcelona, España, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960.
9. Menéndez y Pelayo, Marcelino, **Historia de la poesía hispanoamericana**, T. I, Madrid, 1911.
10. Pedreira, Antonio S., **La actualidad del jíbaro**, Río Piedras, P. R., Pub. Universidad de Puerto Rico (Boletín Sept. 1935).
11. Pedreira, Antonio S., **Insularismo** —Ensayos de interpretación puertorriqueña, Madrid, Tip. Artística, 1934.
12. Rivera de Alvarez, Josefina, **Diccionario de literatura puertorriqueña**. Nota preliminar del autor, México, Ed. La Torre, 1955.
13. Rosa-Nieves, Cesáreo, **La lámpara del faro**, México, Ed. Campos, 1957.
14. Rosa Nieves, Cesáreo, **La poesía en Puerto Rico, Historia de los temas poéticos en la literatura puertorriqueña**, Barcelona, Ed. Rumbos, 1958.
15. Rosa Nieves, Cesáreo, **Tierra y Lamento** —Rodeos de contornos para una telúrica interpretación poética de lo puertorriqueño, México, Club de la Prensa, San Juan, P. R., 1958.
16. Siguenza y Góngora, Carlos de, **Obras Históricas**, Ed. Purísima S. A. México, 1944 (Colección de escritores Mexicanos, No. 2)

IV. Sobre estudios literarios

1. Alonso Pacheco Manuel A., **El jíbaro**, Cuadro de Costumbres de la isla de Puerto Rico, Barcelona, D. Juan Oliveras, Impresor de S. M. 1849).
2. Arce de Vázquez, Margot, **Impresiones**. Notas puertorriqueñas, San Juan, Puerto Rico, Yaurel, 1950.
3. Cadilla de Martínez, María, **La elegía de Juan de Castellanos**, Universidad de P. R., 1931 —Tesis para el Grado de Maestro en Letras, (Inédita).
4. Curet Cuevas, Miriam, **La poesía de José Gautier Benítez**, Río Piedras, Puerto Rico, 1950.
5. Mirabal, Antonio, **Daniel de Rivera** —Apología, Ponce, P. R. 1945.
6. Monterde, Francisco, **La Dignidad del Quijote**, Estudio, Pról. de Andrés Henestera, México, Imp. Universitaria, 1959.

7. Rivera, Modesto, **Concepto y expresión del costumbrismo en Manuel A. Alonso**, México, 1952.

V. Estudios literarios

1. Arce de Vázquez, Margor, **Elogio de Puerto Rico**, (Editorial para la Ed. dedicada a elogios de extranjeros) ed. extraordinaria, de Bayoan Dic. 1961-Feb. 1962.
2. Babín, María Teresa, **El tema de Puerto Rico en la literatura del presente**, Asomante (2) 1955.
3. Babín, María Teresa, **Amor y dolor de vivir en la literatura de Puerto Rico**, Rev. del Instituto de Cultura Puertorriqueña, No. 9. Oct.-Sept. 1960.
4. Bayoan, **Patria y Universo**, Rev. trimestral de poesía. Director L. Hernández Aquino, Dic. 1961-Feb. 1962. edición dedicada a **Elogios de Puerto Rico**, hechos por los extranjeros que nos han visitado en distintas fechas.
5. Hernández Aquino, Luis, **Movimientos literarios del siglo XX en Puerto Rico**, Disertación presentada a la Facultad del Departamento de Estudios Hispánicos para optar el grado de Maestro en Artes, 1951. (Inédita).
6. Hernández Aquino, Luis, **Dos Cantos a Puerto Rico (1-5)**. En Rev. Instituto de Cultura, 1960.
7. Marrero, Carmen, **Luis Lloréns Torres (1876-1944) Vida y Obra. Bibliografía—Antología**, New York, (Impresa en Cuba), The Hispanic Institute in the United States, (Monografía biográfico-críticas sobre autores modernos de España y América, con biografía y páginas antológicas), 1953.
8. Matos Paoli, Francisco, **Virgilio Dávila (1869-1943)** en **Asomante (1)** 1946.
9. Onís, Federico de, **España y América, Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispano-americanos**, España, Ed. Aldas, 1955.
10. Orama Padilla, Carlos, **Virgilio Dávila, su vida y su obra**, San Juan, P. R. Ad. Esther, 1945.
11. Peñaranda, Carlos, **Cartas Puertorriqueñas**, Madrid, 1885—Carta V.
12. Robles de Cardona, Mariana, A. José de Jesús Esteves, **Asomante (2)**, San Juan, Puerto Rico, 1947.
13. Rosa-Nieves, Cesáreo, **Santos Chocano en P. R.**, en Rev. del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Año IV, Julio-Sept. 1961, Barcelona, Tip. Rumbos, España.
14. Torres, José Antonio, **Alejandrina Benítez (1819-1879)**, **Asomante (3)** 1951.
15. Vitier, Cintio, **Lo cubano en la poesía**, LaHabana, 1958.

VI Antologías de poesía

1. **Aguinaldo Puertorriqueño**, Colección de producciones originales en prosa y verso, Puerto Rico, Imp. Gimbernau y Dalmau, 1843.
2. Cadilla de Ruibal, Carmen Alicia, **Antología poética**, San Juan, Puerto Rico, Imp. Venezuela, 1941.
3. **Crítica y antología de la poesía puertorriqueña**, Primer Congreso de poesía puertorriqueña, San Juan, P. R., Publicación del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1958.
4. Curet Cuevas, Miriam, **José Gualberto Padilla**, (El Caribe) Antología y selección y notas de: San Juan, P. R., 1961.
5. Esteves, José de Jesús, **Poemas selectos de: Santurce**, P. R., (s. f.)

6. Fernández Juncos, M., **Antología puertorriqueña, prosa y verso, para lectura escolar** (Nueva edición aumentada y revisada por el autor), New York, Hinds Hayden y Eldredge, Inc. 1923.
7. Franco Oppenheimer, Félix, **Antología de Antonio Pérez Pierret, Selección y pról. de:** San Juan, P. R. Ateneo Puertorriqueño 1959.
8. Gómez Tejera, C., A. M. Losado, Jorge L. Porras, **Poesías puertorriqueñas**, México, 1957.
9. Marín, Francisco Gonzálo, (1863-1897), **Antología: Selección y pról. de** María T. Babín, San Juan, P. R., Ateneo Puertorriqueño, 1958.
10. Ribera Chevremont, Evaristo, **Antología poética (1914-1956)**, México, 1957.
11. Rosa-Nieves, Cesáreo, **Aguinaldo lírico de la poesía puertorriqueña**, 3 vol., Madrid, 1957.
12. Valbuena Briones, A. y Hernández Aquina, L., **Nueva poesía de Puerto Rico**, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1952.
13. Varios autores—**Corona literaria a Juan Morel Campos**, Ponce, P. R., Tip. El Día, 1914.
14. Vizcarrondo, Carmelina, **Joaquín López López, Antología, selección y pról. de;** San Juan, P. R. 1960.

VII Libros de poesía

1. Alegría, José S., **Rosas y flechas, Ilustraciones de Carlos Marichal** —(Poemas), Madrid, Talleres Gráficos Cóndor, 1958.
2. Arana, Felipe N., **Grito de la tierra honda, Estampas de mi tierra** —Poemas y cuentos, Pról. de Federico de Onís, San Juan, P. R. Ed. Club de la Prensa, 1960.
3. Arana, Felipe N., **Floreillas silvestres**, Aguadilla, P. R. Imp. Ruiz, 1927.
4. Arriví, Francisco, **Frontera, poemas**, Portada y dibujo de Lear-te, Barcelona, España, Ed. Rumbos, 1960.
5. Arriví, Francisco, **Isla y Nada, poemas**, Portada y dibujo de Carlos Marichal, San Juan, P. R., Imp. Soltero, 1958.
6. Balseiro, José A., **Saudades de Puerto Rico—Poemas**, Pról. de M. García Blanco. **La Pureza cautiva—poema**, Pról. de Alfonso Reyes, Madrid, Aguilar, 1957.
7. Bauzá, Obdulio, **Las voces esperadas, poemas**, Imp. Venezuela, San Juan, Puerto Rico, 1957.
8. Cadilla de Martínez, María, **La elegía VI de Juan de Castellanos**, Universidad de P. R., Año 1931.
9. Castellanos, Juan de, **Elegías de varones ilustres de Indias**. Madrid, Bib. de Autores Españoles T. IV, Madrid, Imp. de los Sucesores de Fernando, 1914.
10. Corretjer, J. A. **Los Primeros años—versos**, San Juan, P. R., Imp. Baldrich, 1950.
11. Corretjer, J. A. **Imagen de Borinquen—poemas**, San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1950.
12. Corretjer, Juan A., **Distancias-Imagen de Borinquen I**. Portada y viñetas de Torres Martinó, Santurce, P. R., Tip. Sagrado Corazón, 1957.
13. Corretjer, Juan A., **Yerba bruja, Imagen de Borinquen, IV** Portada de Rafel Tufiño, San Juan, P. R. Imp. Venezuela, 1959.
14. Corretjer J. A., **Don Diego en El Cariño—poemas**, San Juan, P. R., Ed. La Escrita, 1956.
15. Corretjer, Juan A., **Amor de Puerto Rico—poemas**, San Juan, P. R., Ed. La Palabra, 1937.

16. Corretjer, Juan A., *Agueybana*—poemas criollos, Ponce, P.R. Tip. del Llano, 1932.
17. Chocano, José Santos, *La ciudad encantada*, (versos), pról. de Luis Lloréns Torres, San Juan, P. R. 1914.
18. Chocano, José Santos, *Puerto Rico Lírico y otros poemas*, San Juan, P. R., Cía. Ed. Antillana, 1914.
19. Dávila, Virgilio, *Aromas del terruño*, Bayamón, P. R., 1916.
20. Dávila, Virgilio, *Aromas del terruño*, (2a. ed.), San Juan P. R., Imp. Baldrich, 1940.
21. Diego, José de, *Pomarrosas*, Barcelona, España, Imp. de Henrich, 1904.
22. Gallego, Laura, *Presencia-poemas-SanJuan*, P. R. Bib. de Autores Puertorriqueños, 1952.
23. Gallego, Laura, *Celajes (1951-1953)*, Pról. de M. A. Feliciano Cuadernos de Poesía (8), Ateneo Puertorriqueño, San Juan Puerto Rico, Imp. Venezuela, 1959.
24. Girón de Segura, Socorro, *José Gautier Benítez- Obra completa. Recopilación y notas de: Palma de Mallorca*, Imp. Massen, Alcocer, 1960.
25. Gómez Costa, Arturo, *San Juan, Ciudad fantástica de América (Poemas 1954-1956)* Pról. de Emilio S. Belaval, Barcelona, España, Ed. Rumbos, 1957.
26. González Alberty, F., *Grito*, poemas de vanguardia. Dedicado a la juventud intelectual de Puerto Rico, San Juan, P. R., Ed. Atalaya de los dioses, 1931.
27. Hernández Aquino, L. *Niebla lírica*, San Juan, P. R. 1931.
28. Hernández Aquino, L., *Isla para la angustia (poemas)* Pról. de Gastón Figueira, y "El Paisaje en la poesía de Hernández Aquino" por Francisco Matos Paoli, San Juan P. R., Ed. Insula, 1943.
29. Hernández Aquino, L., *Voz en el tiempo (Antología poética) (1925-1952)* Pról. de Margot Arce de Vázquez, (La poesía de Luis Hernández Aquino, L., San Juan, P. R., 1952.
- 30.30. Lugo, Samuel, *Yumbra—Poemas—*Pról. de Margot Arce, San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1943.
31. Lloréns Torres, Luis, *Alturas de América (poemas)* Pról. del autor Seg. Ed., México, D. F. Ed. Diana, 1954.
32. Marín, Francisco Gonzalo, *En la arena*, New York, (s. f.)
33. Matos Paoli, Francisco, *Luz de los héroes*, (Poemas), San Juan, P. R., 1954.
34. Matos Paoli, F., *Canto a Puerto Rico (poema premiado en el Ateneo de P. R.)*, San Juan, P. R., 1952.
35. Miranda Archilla, G., *Responso a mis poemas náufragos*, Siglo XX de Nuestro Señor la Melancolía (1931) Portada de René Golman, San Juan, P. R., Imp. Venezuela (s. f.)
36. Padilla, José G., *En el combate*, Pról. M. Fernández Juncos París, Bib. Paul Ollendorff, 1913.
37. Palés Matos, Luis, *Poesía (1915-1956)* Pról. de Federico de Onís, México, 1957.
38. Pérez Pierret, Antonio, *Bronces (versos)* Pról. "El poeta" por Miguel Guerra Mondragón, San Juan, P. R. Cía. Ed. Antillana (Bib. Americana T. III correspondiente al número de mayo, 1914 de la Revista de las Antillas), 1914.
39. Rivera, Daniel de, *Agueybana el Bravo*, Canto heroico, con Pról. de Pedro de Angelis, San Juan, P. R., 1916.
40. Rodríguez Calderón, Juan, *A la hermosa y feliz isla de San Juan de Puerto Rico. En Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas*, T. IV. P. R. Oficina del Gob. D. Valeriano de Sannlúcar, 1932.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS
TORRE DE HUMANIDADES

SECRETARIA

Ma. del Carmen Millán

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

1. JULIO JIMÉNEZ RUEDA. *Estampas de los Siglos de Oro.*
2. ALICIA PERALES OJEDA. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX.*
3. HILDBURG SCHILLING. *Teatro profano en la Nueva España. Fines del siglo XVI a mediados del XVIII.*
4. RAÚL LEIVA. *Imagen de la poesía mexicana contemporánea.*
5. *Indices de El Domingo*, elaborados por: Ana Elena Díaz y Alejo, Aurora M. Ocampo Alfaro y Ernesto Prado Velázquez. Dirección de María del Carmen Millán.
6. PETER BOYD-BOWMAN. *El habla de Guanajuato.*
7. JOSÉ PASCUAL BUXÓ. *Góngora en la poesía novohispana.*
8. *Indices de El Nacional*, elaborados por Ana Elena Díaz y Alejo y Ernesto Prado Velázquez.
9. *Indices de El Renacimiento*, con un *Estudio preliminar* de Huberto Batis.
10. JUAN M. LOPE BLANCH. *Vocabulario mexicano relativo a la muerte.*



El Jarabe de ultratumba. J. G. Posada